El Golem

Gustav Meyrink

FABULA
TUSQUETS EDITORES

GUSTAV MEYRINK

Nació en Viena, en 1868. Tuvo una infancia y una adolescencia conflictivas por ser hijo natural de un ministro wurtemburgués. Se sabe que trabajó primero en un banco y que estuvo a punto de suicidarse. Mientras frecuenta los círculos esotéricos de Praga, Munich y Viena, publica sus escritos sobre estos temas en la revista *Simplizissimus*. Se interesó siempre por los fenómenos paranormales y, en *El dominio blanco* (1921), escribió: «Se aproxima la hora en que el espiritismo va a cubrir la humanidad como una marea pestilente». Corresponsal de Kafka y Thomas Mann, terminó sus días, al correr del año 1932, acusado de herejía: su nombre figuraba en las primeras listas negras de los nazis. Toda la obra de **Gustav Meyrink** es una constante búsqueda de lucidez, de la elucidación de los oscuros vericuetos de la actividad oculta y negada del hombre. Sus novelas más importantes son, además de las citadas, *El rostro verde* (1916) y *El túnel en la ventana de Occidente*.

Gustav Meyrink

El Golem

FABULA
TUSQUETS EDITORES

Título original: *Der Golem*

1.ª edición en Cuadernos Ínfimos: julio de 1972
4.ª edición en Cuadernos Ínfimos: marzo de 1986
1.ª edición en Fábula: enero de 1995
2.ª edición en Fábula: junio de 1997
3.ª edición en Fábula: octubre de 2000
4.ª edición en Fábula: mayo de 2004
5.ª edición en Fábula: abril de 2008

© by Rascher Verlag, Zürich
Traducción de Celia y Alfonso Ungría

Diseño de la colección: Pierluigi Cerri

Ilustración de la cubierta: detalle de la ilustración de Esteban Maroto para la edición original española de 1972

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-7223-834-3
Depósito legal: B. 14.024-2008
Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona

Impresión y encuadernación: GRAFOS, S.A. Arte sobre papel
Sector C, Calle D, n.º 36, Zona Franca - 08040 Barcelona
Impreso en España

Indice

P. 9 Sueño
13 Día
21 I
27 Praga
41 Ponche
57 Noche
71 Despierto
79 Nieve
89 Visión
105 Luz
113 Necesidad
137 Miedo
145 Impulso
157 Mujer
181 Ardid
197 Tormento
209 Mayo
223 Luna
241 Libre
251 Fin

Sueño

La luz de la luna cae al pie de mi cama y se queda allí como una piedra grande, lisa y blanca.

Cuando la luna llena empieza a encogerse y su lado derecho se carcome — como una cara que se acerca a la vejez, mostrando primero las arrugas en una mejilla y perfilándose después — a esa hora de la noche, se apodera de mí una inquietud sombría y angustiosa.

No estoy dormido ni despierto, y, en el ensueño, se mezclan en mi alma lo vivido con lo leído y oído, como corrientes de distinto brillo y color que confluyeran.

Antes de acostarme había leído la vida de Buddha Gotama e incesantemente volvían a repetirse en mi mente, de mil formas, estas frases:

«Una corneja voló hacia una piedra que parecía un trozo de grasa y pensó: Quizás haya aquí un buen bocado. Pero como la corneja no encontró nada apetitoso, se alejó. Del mismo modo que la corneja que se había acercado a la piedra, abandonamos — nosotros, los seguidores — al asceta Gotama, cuando hemos perdido placer en él.»

Y la imagen de la piedra que parece un pedazo de grasa crece monstruosamente en mi mente:

Camino por el lecho seco de un río y recojo guijarros lisos.

De color gris-azulado, cubiertos de polvo brillante, sobre los que pienso y recapacito y con los que, sin embargo, no sé qué hacer — y después otros negros con manchas amarillas de azufre, como petrificados intentos de un niño por imitar unas salamandras toscamente moteadas.

Y quiero arrojar estos guijarros lejos de mí, pero una y

otra vez se me caen de las manos, y no puedo apartarlos de mi vista.

Aparecen a mi alrededor todas las piedras que han jugado un papel en mi vida.

Algunas se esfuerzan desmesuradamente por surgir de la tierra a la luz — como grandes cangrejos de color pizarra, subiendo con la marea, empeñados en atraer mi mirada hacia ellos y decirme cosas de importancia infinita.

Otros, agotados, vuelven a caer, sin fuerzas, en sus agujeros y renuncian a hablar.

A veces salgo de la oscuridad de estos ensueños y veo de nuevo, por un instante, la luz de la luna sobre la abombada cubierta al pie de mi cama, como una piedra al pie de mi cama, como una piedra grande, lisa y clara, para, tanteando ciegamente, recuperar una conciencia que se diluye, buscando sin descanso la piedra que me atormenta — la que debe estar en algún sitio oculta entre los escombros de mis recuerdos y parece un pedazo de grasa.

No lo consigo.

En mi interior una obstinada voz afirma una y otra vez con necia tenacidad — incansable como una contraventana que el viento golpeara contra las paredes a intervalos regulares —: que ello no es así, que ésta no es en absoluto la piedra que parece grasa.

Y no hay forma de librarme de la voz.

Cuando, por centésima vez, objeto que todo esto es secundario calla entonces por un momento, pero luego, imperceptiblemente, va despertando para volver obstinadamente a comenzar: sí, bueno, está bien, pero no es la piedra que parece un pedazo de grasa.

Entonces, lentamente, empieza a apoderarse de mí una insoportable sensación de desamparo.

No sé lo que ha pasado después. ¿He abandonado voluntariamente la lucha, o ellos, mis pensamientos, me han dominado y amordazado?

Sólo sé que mi cuerpo yace dormido en la cama y que mis sentidos se han separado y ya nada los une a él.

De repente quiero preguntar quién es «Yo»; y es entonces cuando me acuerdo de que ya no poseo órgano alguno con

el que formular preguntas, y temo que esa tonta voz vuelva a despertar y comience desde el principio el eterno interrogatorio sobre la piedra y la grasa.

Y así me alejo.

Día

De repente me hallaba en un lóbrego patio y miraba por una puerta rojiza hacia el frente — al otro lado de una calle estrecha y sucia — a un cambalachero judío apoyado en una bóveda de cuyas paredes colgaban cachivaches de hierro, herramientas rotas, estribos y botas de patinar roñosos y una multitud de otros cadáveres similares.

Y esta imagen tenía en sí la acongojante monotonía que caracteriza a todas las impresiones que cruzan a diario el umbral de la percepción, tan a menudo como los vendedores ambulantes lo hacen por nuestras casas, sin despertar curiosidad ni asombro.

Me di cuenta de que ya hacía mucho tiempo me sentía como en casa en este ambiente.

Tampoco esta sensación me produjo grandes emociones, a pesar de su contraste con lo que hacía poco percibiera y con el modo de llegar aquí.

De repente, al subir las gastadas escaleras hacia mi vivienda y pensar superficialmente sobre el aspecto grasiento de los peldaños me vino la idea de que en algún sitio he debido leer u oír algo sobre la singular comparación entre una piedra y un pedazo de grasa.

Entonces oí pasos que subían delante de mí por el tramo superior de la escalera y al llegar a mi puerta vi que era Rosina, la chica pelirroja de catorce años, hija del cambalachero Aaron Wassertrum.

Tuve que pasar junto a ella y como estaba apoyada de espaldas en la barandilla de las escaleras, se echó divertida hacia atrás.

Había apoyado sus sucias manos en la barra de hierro y la palidez de sus desnudos brazos destacaba en la penumbra.

Evité su mirada.

Me daba asco su desvergonzada sonrisa al igual que su cara tan de cera como la de un caballo de tiovivo.

Sentí que su carne debía ser blanca y esponjosa como la del ajolote que acababa de ver en una jaula de salamandras en la pajarería.

Sus pestañas pelirrojas me resultan tan repugnantes como las de un conejo.

Abrí y cerré rápidamente la puerta detrás de mí.

Desde mi ventana podía ver al cambalachero Aaron Wassertrum delante de su puerta.

Estaba apoyado a la entrada de la oscura bóveda y recortaba sus uñas con unos alicates.

Rosina la pelirroja, ¿era su hija o su sobrina? El no se parecía a ella.

Puedo diferenciar claramente entre los rostros judíos que veo cada día en la calle Hahnpass, diferentes estirpes que no es posible borrar por los estrechos parentescos de cada individuo, del mismo modo que el aceite no se mezcla con el agua. Nunca es posible decir: esos dos son hermanos, o padre e hijo.

Este pertenece a esa estirpe o aquél o aquella otra, eso es todo lo que se puede leer en los rasgos de sus facciones.

Y por otra parte, ¿qué demostraría que Rosina se pareciera al cambalachero?

Estas estirpes mantienen entre sí una repugnancia y aborrecimiento ocultos, que rompen incluso las barreras del estrecho parentesco de sangre — pero saben ocultarlo al mundo exterior, del mismo modo que se guarda un secreto peligroso.

Ni uno solo deja traslucirlo, y en esta coincidencia se parecen a ciegos que llenos de odio se aferran a una cuerda sucia: uno con ambas manos, el otro a disgusto con un solo dedo, pero todos ellos llenos de un miedo supersticioso a sucumbir en cuanto olviden el apoyo común y se reparen de los demás.

Rosina pertenece a esta estirpe cuyo tipo pelirrojo es más desagradable que el de los demás, cuyos hombres son estrechos de pecho y tienen un largo cuello de gallina con una saliente nuez.

Todo en ellos tiene un aspecto pecoso, y durante toda su vida padecen ardientes tormentos — y luchan en secreto contra deseos y apetencias en una batalla ininterrumpida y sin éxito, atormentados por un continuo y repugnante miedo por su salud.

No sabía cómo podía considerar a Rosina en parentesco con el cambalachero Wassertrum.

Nunca la he visto cerca del viejo, ni he notado que se hayan dicho algo alguna vez.

Ella estaba casi siempre en nuestro patio o se metía en los oscuros rincones y pasillos de nuestra casa.

Seguramente todos mis vecinos la consideran una pariente próxima o una tutelada del cambalachero, y sin embargo, estoy convencido de que no se podía citar ni un solo motivo para tales suposiciones.

Quise apartar mis pensamientos de Rosina y miré a través de la ventana abierta de mi habitación a la calle Hahnpass.

Aaron Wassertrum, como si hubiese sentido mi mirada, volvió su rostro hacia mí.

Su rostro rígido y horrible, con los ojos redondos de besugo y el labio superior leporino y entreabierto.

Parecía una araña humana, que siente el más ligero roce en su tela, por muy indiferente que pretenda parecer.

Y, ¿de qué vivirá? ¿Qué piensa y qué posee? — Yo no lo sabía.

De los bordes de las paredes y de la puerta cuelgan día tras día, año tras año, invariables, las mismas cosas muertas y sin valor.

Podría dibujarlas con los ojos cerrados: aquí la retorcida trompeta sin teclas, el amarillento cuadro pintado sobre papel de unos soldados extrañamente agrupados.

Y en el suelo, amontonadas unas junto a otras (de modo que nadie pueda traspasar el umbral de la tienda), una serie de placas redondas de cocina oxidadas e inutilizables.

El número de estas cosas no aumentaba ni disminuía nunca y si alguien se detenía alguna vez al pasar y preguntaba por el precio de alguna de estas cosas el cambalachero se mostraba terriblemente excitado. Levantaba entonces, en forma enfurecida, su labio leporino y mascullaba irritado

algo incomprensible con unos gargarismos y trompicones tales, que al comprador se le iban las ganas de seguir preguntando y continuaba, espantado, su camino.

La mirada de Aaron Wassertrum se había retirado rápidamente de mi vista y descansaba ahora con gran interés en las desnudas paredes de la casa a la cual da mi ventana.

¿Qué podía haber allí?

La casa da la espalda a la calle Hahnpass y sus ventanas se abren al patio. Sólo una de ellas lo hace a la calle.

Casualmente pareció que en ese momento entraba alguien en las habitaciones del edificio de al lado, que están a la misma altura que las mías — y que me parece pertenecen a un pequeño ático — pues de repente oí a través de la pared una voz masculina y una femenina hablar entre sí.

Pero, ¡era imposible que el cambalachero lo hubiera percibido desde abajo!

Al otro lado de mi puerta se movió alguien y adiviné: sigue siendo Rosina que está esperando afuera en la oscuridad quizá deseosa de que la invite a pasar.

Y abajo, un tramo más abajo, espera el imberbe Loisa, picado de viruelas, escuchando en las escaleras, conteniendo la respiración por si abriera la puerta, y siento materialmente el hálito de su odio y de su rabiosa envidia que llega hasta mí.

Teme acercarse más y que Rosina le vea. Sabe que depende de ella como un lobo hambriento depende de su guarda, y sin embargo quisiera saltar y desligar sin pensarlo las riendas de su ira.

Me senté a la mesa de trabajo y saqué las pinzas y el buril.

Pero no podía hacer nada, mi mano no estaba lo suficientemente tranquila como para restaurar el fino grabado japonés.

La vida turbia y triste que envuelve la casa enerva mi ánimo y continuamente surgen ante mí viejas imágenes.

Loisa y su hermano gemelo Jaromir no son más que un año mayores que Rosina.

Apenas podría acordarme de su padre, hostiero. Y ahora se ocupa de ellos, creo, una anciana.

Pero no podría decir cuál de ellas, entre las muchas que

viven escondidas en la casa como tortugas en su rincón, era la que les cuidaba.

Ella se ocupa de los dos chicos, es decir les aloja, y a cambio ellos han de entregarle lo que consiguen robando o mendigando.

¿Si les dará de comer? No imagino que lo haga, pues la vieja llega muy tarde a casa.

Debe ser la limpiadora de cadáveres.

Cuando todavía eran muy pequeños les veía jugar inocentemente a Loisa, Jaromir y Rosina en el patio de la casa.

Pero hace tiempo que esto se acabó.

Ahora Loisa se pasa todo el día detrás de la judía pelirroja.

A veces la busca en vano por todos lados y cuando no logra encontrarla por ninguno, se arrastra hasta mi puerta y espera, con la cara descompuesta, a que venga.

Entonces, mientras yo trabajo, le veo esperar con el sentido obnubilado, agachado en los recovecos del pasillo, con la cabeza inclinada hacia delante, escuchando.

A veces un rumor bestial rompe el silencio.

Jaromir, que es sordomudo, y cuyo pensamiento está lleno de un continuo y loco deseo de Rosina, merodea como un animal salvaje por la casa, y su ladrido balbuceante y quejumbroso, inconscientemente emitido por sus celos y su rabia, resuena tan estremecedor que la sangre se le hiela a uno en las venas.

Busca a los otros dos, a los cuales él cree siempre juntos — escondidos en alguno de los miles de sucios escondrijos — con un delirio ciego, alimentado por la obsesión de permanecer pegado a su hermano, y así evitar que ocurra nada con Rosina sin que él se entere.

Yo tenía el presentimiento de que era precisamente este inacabable tormento del tullido lo que llevaba a Rosina a unirse continuamente con el otro. En cuanto se debilita esta inclinación o disposición de Rosina, Loisa inventa siempre algún nuevo cochino refinamiento, para atizar de nuevo en él el ansia de Rosina.

Entonces hacen como si el sordomundo les hubiese pillado o dejan que realmente les pille y le atraen subrepticia-

mente tras ellos hacia los oscuros pasillos, en los que han construido — con aros roñosos de garrafas que se catapultan nada más pisarse y rastrillos con las puntas hacia arriba — malvadas trampas en las que ha de tropezar y caer sangrando.

Rosina se inventa de vez en cuando algo infernal, para que el tormento sea mayor.

Entonces, de golpe, cambia su comportamiento para con Jaromir y hace como si de repente le agradase.

Con el rostro siempre risueño le cuenta rápidamente cosas que a él le producen una loca excitación; para este fin se ha inventado un lenguaje de signos aparentemente lleno de secretos y comprensible sólo a medias, que hace que el sordomudo se enrede inevitablemente en una inextricable red de inseguridad y ardientes esperanzas.

Una vez lo vi en el patio frente a ella y ésta le hablaba con tal movimiento de labios y desmesura de gestos que creí sucumbiría, en cualquier momento, a su salvaje excitación.

El sudor le caía por la cara a causa del esfuerzo sobrehumano por entender lo que decía intencionadamente fugaz y oscuro.

Durante todo el día siguiente estuvo esperando ardientemente bajo las oscuras escaleras de una casa medio derruida en la prolongación del estrecho y sucio callejo Hahnpass — hasta que se le pasó la hora de mendigar por las esquinas un par de reales:

Y cuando de noche quiso volver a casa, medio muerto ya de hambre y de excitación, hacía mucho que su ama había cerrado dejándole fuera.

A través de la pared llegó hasta mí, desde el estudio de al lado, una alegre risa femenina.

Una risa — ¿en esta casa una alegre carcajada? En todo el ghetto no vive nadie que pudiera reír alegremente.

Entonces me acordé de que hace unos días me había confiado el viejo marionetista Zwakh que un señor joven y elegante le había alquilado a buen precio su estudio — al parecer para poder reunirse sin ser visto con la elegida de su corazón.

Debieron subir poco a poco, pieza por pieza, los refinados muebles del nuevo inquilino para que nadie notara nada.

El bondadoso anciano se frotaba las manos de gusto cuando me lo contó, disfrutando como un niño por lo hábil que había sido al conseguir que ninguno de los vecinos tuviera la más mínima idea de la presencia de la romántica pareja.

Además desde las tres casas era posible llegar sin ser visto al estudio. — ¡Incluso a través de una trampilla se podía llegar a él!

Sí, si se abría la portezuela de hierro en el suelo de la habitación — y era muy fácil desde el otro lado — se podía llegar, pasando por mi habitación, a las escaleras de nuestra casa y utilizar esta salida...

De nuevo llega hasta mí la alegre risa y deja en mí el velado recuerdo de una lujosa mansión y de una familia noble, adonde me llamaban muy a menudo para hacer pequeñas restauraciones en valiosas antigüedades.

De repente, oigo al otro lado un grito estridente. Escucho asustado.

La trampilla de hierro en el suelo chirría con fuerza y al instante aparece una mujer en mi habitación.

El pelo suelto, blanca como la cal y un chal brocado sobre los hombros desnudos.

«¡Maestro Pernath, ocúlteme — por el amor de Cristo —, no haga ninguna pregunta y ocúlteme aquí!»

Antes de que pudiera contestar, abrieron de nuevo mi puerta y otra vez la cerraron de golpe.

Por un segundo nos sonrió, como una horrenda máscara, la cara del cambalachero Aaron Wassertrum.

Ante mí aparece una mancha redonda y clara y a la luz de la luna reconozco nuevamente los pies de mi cama.

Todavía me cubre el sueño como un pesado abrigo de lana y el nombre Pernath se dibuja en mi recuerdo en letras doradas.

¿Dónde he leído este nombre? ¿Athanasius Pernath?

Yo creo, creo que hace mucho, mucho tiempo, en alguna parte, tomé otro sombrero, por confusión, comprobando asombrado que me sentaba tan bien, teniendo, como tengo, una forma de cabeza tan especial.

Y miré en el sombrero y entonces — Sí, sí, allí estaba en letras doradas la etiqueta sobre el forro blanco:

ATHANASIUS PERNATH

Me asusté del sombrero y me dio miedo, no sabía por qué.

Entonces llega de repente hasta mí, como una flecha, la voz que había olvidado y que continuamente pretendía saber dónde estaba la piedra que parecía un pedazo de grasa.

Enseguida me imagino el agudo perfil con dulzona sonrisa irónica de la roja Rosina; y de ese modo retengo la flecha, que al instante se pierde en la oscuridad.

Sí, ¡la cara de Rosina! Se aparece más fuerte que la susurrante voz; ahora que estaré escondido en mi habitación de la calle Hahnpass podré estar totalmente tranquilo.

I

Sí, no me he confundido en la impresión de que alguien sube la escalera detrás de mí a cierta distancia, siempre igual, con la intención de visitarme, ese alguien debe estar ahora aproximadamente en el último tramo.

Ahora dobla la esquina en la que está la vivienda del archivero Schemajah Hillel y pasa de los gastados baldosines de piedra al pasillo del piso superior que está cubierto de ladrillos rojos.

Ahora va palpando a lo largo de la pared, y ahora, precisamente ahora, debe leer, deletreando con dificultad en la oscuridad, mi nombre sobre el letrero de la puerta.

Erguí mi cuerpo en el centro de la habitación y miré hacia la entrada.

Entonces se abrió la puerta y entró él.

Sólo dio unos pasos hacia mí, sin quitarse el sombrero ni decir una sola palabra.

Así se comporta cuando está en su casa, pensé, y me pareció muy normal que así fuera, y no de otra forma.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un libro.

Después lo hojeó largamente.

La cubierta del libro era de metal y los bajorrelieves en forma de rosetas y sellos estaban rellenos de color y de pequeñas piedras.

Por fin encontró el lugar que buscaba y lo señaló. Pude descifrar el título del capítulo «Ibbur, la saturación del alma».

La gran inicial, impresa en oro y rojo, ocupaba casi la mitad de la página que recorrí involuntariamente y que estaba descascarillada de un lado.

Yo la debía reparar.

La inicial no estaba pegada al pergamino como había visto hasta entonces en los libros antiguos, sino que parecía formarse de dos delgadas placas de oro soldadas en el centro y las dos puntas sujetas daban la vuelta a los márgenes del pergamino.

En el lugar de la inicial, ¿habría un agujero en la hoja?

Si así era, en la otra cara, ¿debería estar la «I» al revés?

Volví la página y vi confirmada mi suposición.

Sin querer leí también esta página y la siguiente.

Y seguí leyendo y leyendo.

El libro me hablaba, como en sueños, sólo que con mucha más claridad. Y afectaba a mi corazón como una pregunta.

De una boca invisible fluían palabras, revivían y venían hacia mí. Se volvían y cambiaban ante mí, como esclavas vestidas de colores, y después caían al suelo o desaparecían como el vapor irisante en el aire y hacían sitio a la siguiente. Cada una tenía, durante un momento, la esperanza de que yo la eligiera y renunciara a ver la siguiente.

Había algunas entre ellas que aparecían vanidosas como pavos, con preciosos vestidos y cuyos pasos eran lentos y medidos.

Otras como reinas, aunque envejecidas y desgastadas, con los párpados pintados — con un gesto de doncella en la boca y cubiertas las arrugas con una pintura horrible.

Yo pasaba mi vista sobre ellas hacia la siguiente y mi mirada pasó sobre largas filas de rostros y figuras grises, tan vulgares y sin expresión, que parecía imposible grabarlas en la memoria.

Trajeron entonces a rastras a una mujer, totalmente desnuda y tan gigantesca como un legendario coloso de hierro.

La mujer se paró un segundo ante mí y se inclinó hacia mí.

Sus pestañas eran tan largas como todo mi cuerpo y señaló, muda, el pulso de su mano izquierda.

Sonaba como un terremoto y sentí que en ella estaba la vida del mundo entero.

Desde lejos vino deprisa una procesión de corimbantes.

Un hombre y una mujer se abrazaron. Los vi venir desde

lejos y la fila se acercaba cada vez más con un ruido ensordecedor.

Entonces oí la vibrante canción de las estáticas muy cerca de mí y mis ojos buscaron a la pareja abrazada.

Pero ésta se había convertido en una sola figura y estaba sentada, medio masculina, medio femenina — un hermafrodita —, en un trono de nácar.

Y la corona del hermafrodita acababa en una tablilla de madera roja, en la que el gusano de la destrucción había roído misteriosas runas.

Detrás, envuelto en una nube de polvo, se acercaba trotando un rebaño de ovejas pequeñas y ciegas: los animales que, como alimento, llevaban al gigante hermafrodita en su séquito para mantener a su grupo de corimbantes.

A veces, entre las figuras que surgían de la invisible boca, había algunas que venían de las tumbas — un paño cubriendo su cara.

Y se paraban ante mí y dejaban caer bruscamente sus velos y miraban fijamente con ojos rapaces mi corazón, de tal forma que un terror helado me subía a la cabeza y la sangre se me estancaba como un río ante las rocas que caen del cielo — en medio de su lecho.

Una mujer pasó volando ante mí. No vi su rostro pues ella lo retiró; llevaba un abrigo de lágrimas, fluyendo.

Cabalgatas de máscaras pasaban bailando y riendo sin preocuparse de mí.

Sólo un pierrot se vuelve pensativo y regresa hacia donde yo estaba. Se planta ante mí y se mira en mi cara como si fuera un espejo.

Hace gestos tan raros, levantando y moviendo sus brazos — unas veces con recelo, otras con rapidez —, que se apodera de mí un fantasmagórico deseo de imitarle, de guiñar los ojos como él, encoger los hombros y hacer gestos con la boca.

Pero otras figuras que vienen por detrás le empujan impacientes a un lado, pues todas quieren llegar a verme.

Pero ninguno de estos seres tiene consistencia.

Son perlas resbaladizas, ensartadas en un hilo de seda, notas de una melodía que fluyen de la boca invisible.

Ya no era un libro lo que me hablaba. Era una voz. Una

voz que quería algo de mí, que yo no comprendía por mucho que me esforzara. Que me atormentaba con preguntas ardientes e incomprensibles.

Pero la voz que pronunciaba estas palabras materializadas era una voz muerta y sin eco.

Cada nota que suena en el mundo presente tiene muchos ecos, igual que muchas cosas tienen una sombra grande y otras pequeñas, pero esta voz ya no tiene ecos — hace ya mucho, mucho tiempo que se han apagado y desaparecido.

Había leído el libro hasta el final, y todavía lo tenía entre las manos, cuando tuve la sensación de que había estado hojeando y buscando en mi mente y no en sus páginas.

Todo lo que me había dicho la voz, lo había llevado toda mi vida dentro de mí, sólo que había estado oculto y olvidado y se había mantenido escondido en mis pensamientos hasta hoy.

Levanté la vista.

¿Dónde estaba el hombre que me había traído el libro?

¿Se habría ido?

¿Lo recogería cuando hubiese acabado?

¿O se lo debería llevar yo?

Pero no podía acordarme de que hubiera dicho dónde vivía.

Quise recordar su apariencia, pero no lo conseguí.

¿Cómo iba vestido? ¿Era viejo o joven? — ¿de qué color eran su cabello, su barba?

Nada, ya no me acordaba de nada. — Todas las imágenes que me creaba de él se deshacían, inconsistentes, antes de que las pudiese formalizar en mi mente.

Cerré los ojos y apreté la mano contra los párpados para cazar aunque sólo fuera una mínima parte de su imagen.

Nada, nada.

Me coloqué en mitad de la habitación y miré hacia la puerta como había hecho — antes, cuando él vino — e imaginé: Ahora dobla la esquina, ahora camina por el pasillo de piedra, ahora está leyendo ahí fuera el letrero de mi puerta «Athanasius Pernath» y ahora entra. — En vano.

Ni el más ligero rastro de cómo era su figura quiere despertarse en mí.

Vi el libro sobre la mesa y deseé hallar en mi pensamien-

to la mano que lo había sacado del bolsillo y me lo había entregado.

No podía acordarme siquiera de si llevaba guantes o no, si era joven o arrugada, si llevaba sortijas o no.

De repente tuve una idea extraña.

Era como una inspiración a la que no puede uno oponerse.

Me puse el abrigo y el sombrero, salí al pasillo y bajé la escalera. Entonces volví lentamente a mi cuarto siguiendo el mismo recorrido.

Despacio, muy despacio, igual que había venido él. Y cuando abrí la puerta vi que mi habitación estaba en la oscuridad pero, ¿no era totalmente de día, ahora mismo, cuando salí?

¡Cuánto tiempo debí permanecer pensando que no noté lo tarde que era!

E intenté imitar al desconocido, su paso y sus gestos, y a pesar de ello no los podía recordar.

¡Cómo iba a conseguir imitarle, si no tenía ya el más ligero indicio de cómo era!

Pero todo fue distinto. Muy distinto de lo que yo había pensado.

Mi piel, mis músculos, mi cuerpo se acordaron de repente sin comunicárselo al cerebro. Hacían movimientos no intencionados, que yo no deseaba.

¡Como si mis miembros ya no me pertenecieran!

De golpe, mi andar se había vuelto extraño y vacilante al dar unos cuantos pasos en la habitación.

Este es el paso de un hombre que continuamente está a punto de caer hacia delante, me dije.

Sí, sí, sí, ¡así era su paso!

Lo sabía claramente, es así.

Yo tenía una cara extraña, sin barba y con barbilla pronunciada, y miraba desde unos ojos rasgados.

Esta no es mi cara, quise gritar asustado y quise palparla, pero mi mano no siguió mis deseos y se hundió en el bolsillo sacando un libro.

Exactamente igual que él lo había hecho antes.

De repente, estoy sentado otra vez sin sombrero y sin abrigo, junto a la mesa. Y soy yo. Yo, yo.

Athanasius Pernath.

Me sacudieron el horror y el espanto, y mi corazón palpitaba a toda velocidad a punto de estallar, y sentí algo: los dedos fantasmagóricos, que ahora mismo habían manipulado en mi cerebro, acababan de abandonarme.

Todavía percibía en la nuca las frías huellas de su roce.

Entonces supe cómo era el desconocido, y hubiera podido sentirlo de nuevo en mí — en cualquier momento — con sólo quererlo; pero imaginarme su imagen ante mí, *verlo* ante mis ojos — esto todavía no lo puedo hacer y además nunca lo podré.

Me di cuenta de que era como un negativo, una forma hueca invisible, cuyas líneas no puedo captar — en la que me tengo que introducir yo mismo si quiero ser consciente, en mi propio yo, de su figura y de su expresión.

En el cajón de mi mesa había una caja de hierro: en ella quise guardar el libro, y de allí sólo lo cogería para sacar el desperfecto de la inicial «I», cuando se hubiera alejado de mí este estado de debilidad mental.

Cogí el libro de la mesa.

Entonces tuve la impresión de no haberlo tocado: cogí la caja: la misma sensación. Como si el sentido del tacto tuviera que recorrer un trecho muy largo en completa oscuridad antes de llegar a mi conciencia, como si las cosas estuvieran alejadas una cantidad enorme de años y pertenecieran a un pasado que hacía mucho tiempo se había alejado.

La voz que me rodea en la oscuridad buscándome para atormentarme con la piedra grasienta, ha pasado por delante sin verme. Yo sé que viene del reino del sueño. Pero lo que he vivido, ha sido real — por eso no logro verme y siento que me busca en vano.

Praga

Charousek, el estudiante, estaba junto a mí con el cuello de su fina y delgada capa subido, y pude oír cómo los dientes le castañeaban de frío.

Puede coger una enfermedad mortal en esta puerta tan fría y con tanta corriente, me dije y le insté a que me acompañara a casa.

Pero él rechazó mi oferta.

«Se lo agradezco, maestro Pernath», murmuró tiritando. «Siento no tener ya tiempo; debo ir enseguida a la ciudad. ¡Además nos calaríamos hasta los huesos a los pocos pasos de salir a la calle! ¡El chaparrón no quiere arreciar!»

Los aguaceros barrían los tejados y caían por los rostros de las casas como ríos de lágrimas.

Incliné un poco hacia delante la cabeza y pude ver enfrente, en el cuarto piso, mi ventana, tan mojada por la lluvia que sus cristales parecían haberse reblandecido — se había vuelto opaca y áspera como una ampolla.

Un arroyo de mugre amarillenta bajaba por el callejón y el arco del portón se llenó de transeúntes que esperaban a que acabara la tormenta.

«Ahí flota un ramo de novia», dijo de repente Charousek y señaló un ramo de mirtos marchitos arrastrado por el agua sucia.

Alguien detrás de nosotros, se rió de esto.

Al volverme, vi que había sido un hombre mayor, elegantemente vestido, el pelo blanco y la cara inflada como la de un sapo.

Algo desagradable se desprendía de aquel hombre — retiré mi atención de él y contemplé las casas de feo color que tenía ante mí, como animales viejos y malhumorados, acurru-

cados unos junto a otros bajo la lluvia. ¡Qué terribles y viejas parecían todas!

Habían sido edificadas sin criterio y aparecían como maleza que surge del suelo.

Se construyeron apoyadas en una amarillenta muralla de piedra, lo único que se mantenía aún de un alargado edificio anterior que data de hace dos o tres siglos. Las construyeron al buen tuntún, sin tener en cuenta las demás: aquí, media casa esquinada y con la fachada hacia atrás — al lado, otra que sobresalía como un colmillo.

Bajo el oscuro y triste cielo, parecía como si estuviesen dormidas y no se notaba nada de la vida engañosa y hostil que, a veces, emana de ellas, cuando la niebla de las noches de otoño cubre las callejas y ayuda a ocultar su silencioso y apenas perceptible juego de gestos y actitudes.

En el tiempo que llevo viviendo aquí, toda una existencia, se ha afirmado en mí la impresión imborrable de que ciertas horas de la noche y del amanecer acostumbran a susurrar un consejo mudo y misterioso. A veces un débil temblor, imposible de aclarar, cruza por sus paredes y se escapan ruidos que corren por sus tejados y caen por las cañerías — y nosotros los percibimos obtusamente, sin mayor atención, sin investigar su origen.

A menudo soñaba que había espiado estas casas en sus movimientos espectrales y me había enterado con gran asombro de cuáles eran los verdaderos amos ocultos de esta calleja, que se podían deshacer de su vida y de su sentimiento, para volverla a recuperar — se la prestan durante el día a los habitantes que viven aquí para exigírsela de nuevo a la noche siguiente con interés de usurero.

Y cuando estos extraños hombres que aquí viven semejantes a sombras, entes — no nacidos de madre —, construido su pensamiento y su forma de actuar por retazos sin ninguna selección, cuando pasan por mi espíritu, me siento más inclinado que nunca a creer que los sueños se esconden en oscuras verdades que, al estar despierto, permanecen latentes en mi alma, como impresiones de cuentos en colores.

Vuelve a despertarse calladamente en mí la leyenda del Golem espectral, de ese hombre artificial que hace tiempo

construyera de materia, aquí en el ghetto, un rabino conocedor de la Cábala, quien lo convirtió en un ser autómata y sin pensamiento, al situar tras sus dientes una mágica palabra numérica.

Y del mismo modo que aquel Golem se convertía en una estatua de barro en el mismo segundo en que se quitaba de su boca la sílaba misteriosa de la vida, me parece que todos estos *hombres* se derrumbarían sin alma en el mismo momento en que se borrara cualquier mínimo concepto, quizás un deseo secundario en alguno, tras borrar de su mente cualquier inútil costumbre, o en otro sólo la oscura espera de algo indeterminado e inconsistente.

¡Qué acechanza tan latente y terrible existe en estas criaturas!

Nunca se las ve trabajar y, sin embargo, están despiertas muy temprano, se levantan con la primera luz de la mañana y esperan conteniendo la respiración — como a un sacrificio que nunca llega.

Y si alguna vez parece posible que alguien entre en su territorio, algún indefenso del que se puedan enriquecer, cae de repente sobre ellas un temor paralizador que las vuelve a hacer esconderse en sus rincones y mantenerse apartadas y temerosas de cualquier provecho.

Nadie parece lo suficientemente débil, para que ellas se sientan con el valor suficiente para apoderarse de él.

«Animales de rapiña, degenerados y sin dientes, a los que se les ha quitado su fuerza y sus armas», dijo Charousek mirándome dubitativo.

¿Cómo podía adivinar lo que yo estaba pensando?

Sentí que, a veces, se atizan tanto los pensamientos propios que éstos son capaces de saltar, como chispas, a la mente del compañero.

«¿... de qué vivirán?», dije al cabo de un rato.

«¿Vivir? ¿De qué? ¡Algunos de ellos son millonarios!»

Miré a Charousek. ¡A qué se refería con esto!

Pero el estudiante permaneció en silencio y miró hacia las nubes.

Por un momento se acalló el murmullo que silbaba en el portal, escuchándose sólo el ruido de la lluvia.

¿Qué quería decir con aquello de que «Algunos de ellos son millonarios»?

De nuevo fue como si Charousek hubiera adivinado mis pensamientos.

Señaló el cambalachero Aaron Wassertrum que estaba junto a nosotros, y hacia cuyo lado el agua arrastraba la herrumbre de los cacharros en charcos rojizos.

«Aaron Wassertrum, por ejemplo, es millonario, posee casi un tercio del barrio judío. ¿No lo sabía usted, señor Pernath?»

En verdad, se me cortó la respiración: «¡Aaron Wassertrum! El cambalachero Aaron Wassertrum, ¿millonario?».

«Ah, le conozco perfectamente», continuó encarnizadamente Charousek, como si hubiese esperado que yo le preguntase. «Conozco también a su hijo, el doctor Wassory. ¿Nunca ha oído hablar de él?» ¿Del doctor Wassory el — famoso — oculista? Hace un año toda la ciudad hablaba entusiasmada de él, del gran sabio. Nadie supo entonces que había abjurado de su nombre y que anteriormente se había llamado Wassertrum. — Le gustaba representar el papel del hombre de ciencia mundano, y si alguna vez se hablaba de su origen, respondía, humilde y afectado, con medias palabras, que su padre aún vivía, que era originario del ghetto y que él había tenido que ascender a la luz con muchos esfuerzos, con toda clase de preocupaciones e increíbles penalidades, sí, ¡sacrificios y desvelos!

«Sí, ¡pero nunca dijo con las preocupaciones y los sacrificios de quién, ni con qué medios!

»¡Pero yo sé la relación que tiene con el ghetto!» Charousek me cogió del brazo, lo apretó y lo agitó con fuerza.

«Maestro Pernath, soy tan pobre que ni yo, casi, puedo comprenderlo, mire, me veo obligado a ir medio desnudo y como un vagabundo, y sin embargo soy un estudiante de medicina — ¡un hombre con formación!»

Se abrió la capa y vi, con asombro, que no llevaba ni camisa ni chaqueta, vestía el abrigo sobre la piel desnuda.

«Ya era así de pobre cuando provoqué la caída de esa bestia, de ese todopoderoso y famoso doctor Wassory — y aún hoy no hay nadie que sospeche de mí. En realidad, fui el verdadero causante.

»En la ciudad se piensa que un tal doctor Savioli fue quien publicó y dio a conocer sus prácticas y el que le llevó al suicidio. — Pero yo le aseguro que el doctor Savioli no fue otra cosa que mi instrumento. Yo solo maquiné el plan y reuní el material, proporcioné las pruebas e hice tambalear, en silencio, sin que nadie lo notara, piedra tras piedra, todo el edificio del doctor Wassory, hasta que llegó el momento en el que ni todo el dinero del mundo, ni todo el ingenio del ghetto hubiesen podido evitar la caída, para la que sólo era preciso ya un pequeño empujón.

»Sabe usted, así — como se juega al ajedrez.

»Exactamente igual que en un juego de ajedrez.

»¡Y nadie sabe que fui yo!

»Sin duda alguna el cambalachero Aaron Wassertrum tiene de vez en cuando la terrible sospecha, que no le deja dormir, de que fue alguien, al cual no conoce, que siempre está cerca de él sin que, sin embargo, pueda atraparle, otro, y no el doctor Savioli el que dirigía con su propia mano el juego.

»Y aunque Aaron Wassertrum es uno de esos cuyos ojos son capaces de ver a través de las murallas, no comprende que hay mentes capaces de calcular cómo se puede atravesar esas murallas con agujas largas, invisibles y envenenadas, a través de sillares, de piedras preciosas, para llegar y acertar en la vena de la vida.»

Y Charousek se dio un golpe en la frente y se echó a reír como un salvaje.

«Enseguida se enterará Aaron Wassertrum del día exacto en que piense saltar al cuello del doctor Savioli. ¡Exactamente ese mismo día!

»También he calculado esta partida de ajedrez hasta el último movimiento. — Esta vez será un gambito de rey. No existe ni un solo movimiento hasta el amargo final para el que no tenga una respuesta fatal. Yo le digo que quien se aventure conmigo a este gambito de rey, saltará por los aires como una marioneta desamparada cuelga de finos hilos — hilos de los que yo tiro — , me oye bien, de los que yo tiro, acabando con su libre voluntad.»

El estudiante hablaba como enfebrecido. Le miré asustado a la cara.

«¿Qué le han hecho a usted Aaron Wassertrum y su hijo para que esté tan lleno de odio?»

Charousek lo rechazó con fuerza:

«Dejemos esto, ¡pregunte mejor qué es lo que le rompió el cuello al doctor Wassory! ¿O prefiere que hablemos de esto en otra ocasión? La lluvia ha cesado. ¿Quizá quiera regresar a su casa?»

Bajó la voz como alguien que, de repente, se calma totalmente. Yo moví la cabeza a un lado.

«¿Ha oído usted alguna vez cómo se cura actualmente el glaucoma? — ¿No? — Entonces se lo tengo que aclarar para que comprenda todo perfectamente, maestro Pernath.

»Escuche: el glaucoma es una fatal enfermedad del ojo interno que culmina en ceguera y no existe más que un solo medio para detener el avance del mal, lo que se llama iridectomía, que consiste en cortar del iris del ojo un pequeño trozo cuneiforme.

»Sus consecuencias inevitables son unos tremendos deslumbramientos, que permanecen para toda la vida; sin embargo, la mayoría de las veces se detiene el proceso de la ceguera.

»Pero el diagnóstico del glaucoma es un caso muy particular.

»Pues existen momentos, sobre todo al principio de la enfermedad, en que los síntomas más claros desaparecen aparentemente, y en tales casos el médico nunca puede asegurar, a pesar de no encontrar ninguna huella de la enfermedad, que el médico anterior, de diferente opinión, se haya necesariamente confundido.

»Pero, en cuanto se ha realizado la iridectomía, que naturalmente se puede llevar a cabo tanto en un ojo sano como en uno enfermo, es imposible confirmar si antes existía realmente el glaucoma o no.

»El doctor Wassory había construido, a partir de éstas y otras circunstancias, un monstruoso plan.

»Infinidad de veces — especialmente en mujeres — diagnosticó glaucoma en donde sólo existían leves molestias visuales, sólo para llegar a una operación que no le ofrecía dificultades y sin embargo le proporcionaba mucho dinero.

»Como, además, sólo tenía a pobres indefensos en sus manos, no necesitaba para su crimen ni la más ligera huella de valor.

»Ve, usted, maestro Pernath, la degenerada fiera había llegado a unas condiciones vitales, en las que no necesitaba ni fuerza ni arma alguna para descuartizar a su víctima.

»¡Sin poner absolutamente nada en juego! — ¿Lo comprende? — ¡Sin tener que arriesgar lo más mínimo!

»El doctor Wassory supo conseguir, a través de gran cantidad de dudosas publicaciones en revistas especializadas, fama de extraordinario especialista e incluso supo evitar, arrojando arena en sus ojos, que sus colegas, que eran demasiado ingenuos y decentes, le descubrieran.

»La consecuencia lógica fue un río de pacientes que buscaban ayuda en él.

»Si acudía alguien a su consulta para ser reconocido de leves molestias visuales, inmediatamente se ponía manos a la obra con sus alevosos planes.

»Comenzaba por el interrogatorio normal al enfermo, pero muy hábilmente, para estar cubierto en cualquier caso, anotaba sólo aquellas respuestas que permitían diagnosticar el glaucoma.

»Y con mucha cautela sondeaba si había existido algún diagnóstico anterior.

»En la conversación, mencionaba de paso que le habían llamado urgentemente del extranjero con el propósito de tomar acuerdos científicos muy importantes y que por ello al día siguiente tenía que salir de viaje.

»En la investigación del ojo que realizaba inmediatamente con rayos de luz eléctrica ocasionaba intencionadamente al enfermo todo el daño posible. ¡Todo premeditado! ¡Todo premeditado!

»Al acabar el interrogatorio, cuando llegaba el momento en que el paciente preguntaba sobre la gravedad de su caso y hacía las preguntas normales sobre los posibles motivos de preocupación, hacía Wassory su primer movimiento de ajedrez.

»Se colocaba frente al enfermo, dejaba pasar un minuto y pronunciaba después, con voz comedida y sonora, la frase:

»"La ceguera de ambos ojos es inevitable en muy poco tiempo."

»La escena que lógicamente seguía era terrible.

»La gente se desmayaba con frecuencia, lloraba y gritaba y se arrojaba al suelo presa de la mayor desesperación.

»Perder la vista significa perderlo todo.

»Y, cuando de nuevo llegaba el inevitable momento en el que la pobre víctima se abrazaba a las rodillas del doctor Wassory suplicando si no había en todo el mundo de Dios ninguna ayuda ni solución posibles, realizaba la bestia su segundo paso de ajedrez y se transformaba a sí mismo en ese... Dios que podía ofrecer toda la ayuda necesaria.

»¡Todo, todo en el mundo es como una jugada de ajedrez, maestro Pernath!

»Una operación inmediata, decía pensativo el doctor Wassory, era lo único que podía traer la salvación y, con una vanidad salvaje y codiciosa que de repente le sobrevenía, se deshacía en un torrente de palabras en una amplia descripción de tal o cual caso, los cuales tenían una enorme semejanza con el presente — en la innumerable cantidad de enfermos que a él únicamente debían el haber conservado la luz de sus ojos y otras cosas por el estilo.

»Se regodeaba realmente con el sentimiento de ser considerado una especie de ser superior en cuyas manos se halla el bienestar y el dolor del prójimo.

»Pero la desamparada víctima se encontraba deshecha a sus pies, con el corazón lleno de ardientes interrogantes, con el sudor del miedo en la frente y no se atrevía siquiera a interrumpir sus palabras por miedo a irritarle a él — el único que todavía podía ayudarle.

»El doctor Wassory acababa su discurso diciendo que, desgraciadamente, sólo podía realizar la operación unos meses más tarde, cuando volviera de su viaje.

»Espero — en tales casos siempre se debía esperar lo mejor — que para entonces no sea demasiado tarde, decía.

»Los enfermos, naturalmente, saltaban entonces aterrorizados para decir que bajo ninguna circunstancia querían esperar ni un solo día más y rogaban suplicantes les aconsejara sobre otro oculista-cirujano de la ciudad al cual pudieran acudir.

— Ese era el momento en el que el doctor Wassory realizaba su último movimiento de ajedrez.

»Paseaba de un lado para otro meditando cabizbajo, arrugaba su frente con pesar para susurrar preocupado que una intervención por parte de *otro* médico requeriría por desgracia una nueva investigación del ojo con la luz eléctrica y que esto sería necesariamente fatal — el mismo paciente sabía lo doloroso que es — debido a los rayos cegadores.

»Otro médico por lo tanto — aparte de que a muchos de ellos les faltaba la práctica necesaria en la iridectomía — no podía, precisamente por ser necesaria esa nueva revisión, actuar hasta que hubiera transcurrido bastante tiempo y se hubieran regenerado los nervios ópticos.»

Charousek cerró los puños.

«A esto lo llamamos en ajedrez jugada obligatoria, querido maestro Pernath. — Y lo que seguía después era una nueva jugada obligatoria — un movimiento obligado tras otro.

»Porque, para entonces, el paciente, medio loco de desesperación, suplicaba al doctor Wassory que tuviera piedad y que retrasara su viaje un solo día para realizar él mismo la operación. — Se trataba de algo más que una muerte rápida. La espera atroz y agobiante de quedarse ciego en cualquier momento es lo más terrible que puede existir.

»Y cuanto más se resistía el monstruo y se lamentaba de que el retraso del viaje podría ocasionarle inevitables perjuicios, tanto mayores eran las cantidades que los enfermos le ofrecían... voluntariamente

»Cuando la cantidad ofrecida le parecía al doctor Wassory suficiente, cedía y el mismo día, antes de que cualquier eventualidad estropeara su plan, ocasionaba al miserable ese daño irreparable, esa continua sensación de estar cegado, esa sensación que debe convertir la vida en un suplicio, al tiempo que borraba de una vez para siempre las huellas de su canallada.

»Con estas operaciones en ojos sanos no sólo aumentaba el doctor Wassory su gloria y su fama como médico incomparable que siempre consigue detener la amenaza de la ceguera, sino que al mismo tiempo calmaba su insaciable ansia de dinero y se envanecía cuando sus ingenuas víctimas, sin

sospecharse perjudicadas en su cuerpo y en su bolsillo, le miraban y le alababan como su única salvación, su salvador.

»Sólo un hombre que tiene sus raíces en el ghetto, con sus innumerables, increíbles y, sin embargo, insuperables recursos, que desde niño ha aprendido a estar al acecho como una araña, que conoce a todos los hombres de la ciudad, hasta sus más mínimas relaciones, que conoce y adivina sus fortunas, sólo un hombre así — casi se le podría llamar un "semividente" — es capaz de realizar durante años tales monstruosidades.

»Si yo no hubiera existido, todavía hoy seguiría realizando su "oficio" y lo hubiera practicado hasta la vejez para, finalmente situado como un honorable patriarca en el círculo de sus familiares, ser con gran honor un claro ejemplo para las generaciones futuras, disfrutando del ocaso de su vida hasta que al fin le sobreviniera a él tambien el reventón final.

»Pero yo también nací en el ghetto y también mi sangre está colmada de esa atmósfera de ingenio infernal; por eso pude causar su perdición — del mismo modo que las fuerzas invisibles causan la caída de un hombre o que del cielo sereno cae un rayo.

»El doctor Savioli, un joven médico alemán, tiene el mérito de haberlo descubierto — pero yo le empujé y amontoné prueba tras prueba hasta que llegó el día en que el fiscal alargó su brazo en busca del doctor Wassory.

»¡Y entonces se suicidó la fiera! ¡Bendita sea la hora!

»Como si mi doble hubiera estado junto a él y hubiera guiado su mano, se suicidó con la redoma de nitrato de amilo que yo había dejado en su habitación cuando le empujara a pronunciar sobre mí mismo el falso diagnóstico del glaucoma — intencionadamente y con el ardiente deseo de que ese nitrato de amilo fuera lo que le diera el empujón definitivo.

»En la ciudad se dijo que había sido una apoplejía.

»El nitrato de amilo causa una muerte muy parecida a una apoplejía. Pero no se pudo mantener ese rumor durante mucho tiempo.»

Charousek se quedó parado de repente, ensimismado, como si se hubiera perdido en un profundo problema, mirando

hacia adelante, tras lo cual se encogió de hombros mirando hacia la tienda de Aaron Wassertrum.

«Ahora está solo», murmuró, «totalmente solo, con su avaricia — y — y su muñeca de cera.»

Sentí los latidos del corazón en la garganta.

Miré horrorizado a Charousek.

¿Estaría loco? Debían ser fantasías febriles las que le hacían inventar tales cosas.

¡Seguro, seguro! ¡Todo ello se lo ha imaginado, lo ha soñado!

No puede ser cierta la monstruosidad que ha contado sobre el oculista. Está tísico y las fiebres de la muerte dan vueltas en su cerebro.

Quise calmarle con algunas frases divertidas, dirigir sus pensamientos en otra dirección más agradable.

En ese instante, antes de encontrar las palabras adecuadas, cruzó como un rayo por mi memoria la imagen de aquel Wassertrum de labio leporino espiando con sus ojos redondos de besugo mi habitación a través de la puerta abierta.

¡Doctor Savioli! ¡Doctor Savioli! — sí — sí — ése era el nombre por el que el marionetista Zwakh había llamado al joven elegante que le alquilara el estudio!

¡Doctor Savioli! — Surgía en mi interior como un grito. Una serie de nebulosas imágenes se perseguían entre las terribles sospechas que se arrojaban sobre mí.

Deseaba interrogar a Charousek, contarle atemorizado todo lo que entonces experimenté cuando observé que un fuerte ataque de tos se había apoderado de él, hasta casi hacerle caer. Sólo pude ya distinguir cómo, apoyándose en la pared con ambas manos, caminaba con esfuerzo bajo la lluvia tras dedicarme un ligero gesto de despedida.

Sí, sí, tenía razón, no estaba delirando, sentí — es el fantasma impalpable del crimen, el que se arrastra día y noche por estas callejas e intenta materializarse.

Está en el aire y nosotros no lo vemos. De repente se posa sobre un alma humana sin que nosotros lo sospechemos — aquí, allá, y antes de que lo podamos apresar, desaparece, y ya todo ha pasado.

A nosotros, sólo nos llegan oscuras palabras sobre un suceso terrible.

De golpe comprendí en lo más profundo de su ser a esas criaturas misteriosas que viven a mi alrededor: se mueven sin voluntad por su existencia, agitadas por una corriente magnética invisible igual que hace un momento flotaba el ramo de novia, arrastrado por el arroyo de mugre.

Tuve la sensación de que todas las casas me miraban fijamente con sus engañosas caras cubiertas de innombrable maldad — los portalones: bocas negras abiertas, cuyas lenguas se habían podrido, gargantas de las que, en cualquier momento, podría surgir un grito ensordecedor, tan estridente y lleno de odio que necesariamente aterrorizaría hasta lo más hondo de nuestro ser.

¿Qué había dicho al final el estudiante sobre el cambalachero? — Susurré de nuevo sus palabras —. Aaron Wassertrum estaba ahora solo con su avaricia y con — su muñeca de cera.

¿A qué se refería con eso de su muñeca de cera?

Debe de haber sido una comparación, me dije calmándome a mí mismo — una de esas comparaciones enfermizas con las que suele sorprender y atacar a los demás, sin que al principio se comprendan, y que, tras ser descifradas, pueden asustar a uno tanto como aquellas cosas, de formas extrañas, sobre las cuales cae repentinamente un súbito rayo de luz.

Respiré profundamente para tranquilizarme y alejar de mí la terrible impresión que me había producido lo contado por Charousek.

Miré con mayor atención a la gente que esperaba conmigo en el portal: junto a mí estaba ahora el viejo gordo. El mismo que un rato antes se había reído tan desagradablemente.

Llevaba una levita negra y guantes, y miraba con sus ojos negros saltones el portal de enfrente, sin apartar la vista un momento.

Su cara, bien afeitada, de rasgos anchos y vulgares, se estremecía de excitación.

Involuntariamente seguí sus miradas y noté que estaban como hechizadas, fijas en la pelirroja Rosina, que estaba allí,

al otro lado de la calleja, con su perenne sonrisa en los labios.

El viejo se esforzaba en hacerle señas y yo vi que ella lo sabía, pero se comportaba como si no lo entendiera.

Por fin el viejo, sin aguantar más, cruzó la calle de puntillas saltando sobre los charcos con la ridícula elasticidad de una pelota negra de goma.

Parecía ser conocido, pues oí toda clase de comentarios que lo confirmaban. Un vagabundo que estaba detrás de mí con un pañuelo de punto rojo en el cuello, un gorro militar azul, el cigarro virginia detrás de la oreja, hacía, con una sonrisa irónica en la boca, alusiones que yo no entendía.

Sólo comprendí que en el barrio judío llamaban al viejo «el masón»; en su idioma se denomina con este mote al hombre que suele buscar a las adolescentes y que ciertas relaciones íntimas con la policía le aseguran la impunidad ante cualquier descuido.

Después, la cara de Rosina y la del viejo desaparecieron al otro lado, en la oscuridad del portal de la casa.

Ponche

Teníamos la ventana abierta para que saliera el humo del tabaco de mi pequeña habitación.

Entraba el aire frío de la noche y movía de un lado a otro los abrigos colgados detrás de la puerta.

«¡Ojalá volara el precioso tocado de Prokop!», dijo Zwakh y señaló el gran chambergo del músico, cuya ancha ala oscilaba como la de un pájaro negro.

Josua Prokop guiñó alegremente ambos ojos.

«Lo hará», dijo, «seguramente lo hará...»

«Quiere irse adonde Loisitschek, allí hay música y baile», dijo Vrieslander quitándole las palabras de la boca.

Prokop se echó a reír, mientras, con la mano, llevaba el compás de la música que el suave aire invernal arrastraba sobre los tejados.

Cogió mi vieja y rota guitarra, que estaba colgada de la pared, y haciendo como si pulsara sus desvencijadas cuerdas, cantó con agudo falsete y afectada pronunciación de argot una canción maravillosa.

Vrieslander lanzó una fuerte carcajada: «¡Qué bien domina de pronto el argot!», y cantó con él.

«El chiflado de Nephtalí Schaffranek, el de la visera verde, hace chirriar todas las noches en Loisitschek esta curiosa canción, mientras a su lado una pintarrajeada figura femenina toca la armónica y grita el texto», me explicó Zwakh. «Debería venir alguna vez con nosotros a la taberna, maestro Pernath. Quizá después, cuando hayamos acabado el ponche — ¿qué opina usted? Para celebrar su cumpleaños, ¿qué le parece?»

«Sí, sí, venga con nosotros», dijo Prokop mientras cerraba la ventana, «una cosa como ésa hay que verla.»

Tomamos nuestro ponche caliente y nos quedamos en silencio, pensando.

Vrieslander tallaba una marioneta.

«Usted nos ha virtualmente separado del mundo exterior, Josua», dijo Zwakh rompiendo el silencio, «desde que ha cerrado la ventana nadie ha pronunciado una sola palabra.»

«Sólo estaba pensando en lo extraño que es ver cómo el viento mueve cosas sin vida, cómo hace un momento hacía volar los abrigos», contestó rápidamente Prokop como para disculparse por su silencio. «Parece tan milagroso ver cómo de repente comienzan a agitarse las cosas que siempre han permanecido muertas, inmóviles. ¿No? — Una vez estuve mirando en una plaza, en la que no había nadie y sin que notara el viento, puesto que me hallaba a cubierto tras una casa, cómo unos enormes trozos de papel corrían girando como locos y se perseguían unos a otros como si se hubiesen jurado la muerte. Un momento más tarde parecían haberse calmado, pero de repente les sobrevino un brusco enfado y, con una rabia sin sentido, se movieron a toda velocidad de un lado para otro, se apretujaron en una esquina y de nuevo se separaron como posesos para, finalmente, desaparecer tras una esquina.

»Un grueso periódico fue el único que no pudo seguirlos; se quedó tirado en el asfalto y se abría y cerraba lleno de odio, como si le faltara el aliento y procurara respirar.

»Me sobrevino una oscura sospecha: ¿qué pasaría si, a fin de cuentas, las cosas con vida fueran algo semejante a esos trozos de papel? — ¿No es posible que haya un "viento" incomprensible e invisible que nos llevara de un lado para otro, y determinara nuestras acciones, mientras que nosotros, en nuestra simpleza, creemos vivir bajo nuestra propia y libre voluntad?

»¿Y si la vida en nosotros no fuera más que un enigmático remolino de aire? Ese viento del que dice la Biblia: ¿Sabes de dónde viene y adónde va? — ¿Acaso no soñamos a veces que metemos las manos en aguas muy profundas y sacamos peces de plata, cuando en realidad no ha pasado más que una fría corriente de aire que nos ha enfriado las manos?»

«Prokop, habla usted del mismo modo que Pernath, ¿qué le ha pasado?», dijo Zwakh y miró con desconfianza al músico.

«La historia que hemos escuchado antes, sobre el libro *Ibbur* — es una pena que usted haya llegado tarde y no la haya podido oír — le ha puesto así de pensativo», dijo Vrieslander.

«¿Una historia acerca de un libro?»

«En realidad sobre un hombre que trajo un libro y cuyo aspecto era muy extraño. — Pernath no sabe cómo se llama, dónde vive ni lo que quería y, a pesar de que su aspecto debe haber sido muy llamativo, no lo puede describir claramente.» — Zwakh le escuchaba atentamente.

«Es muy curioso», dijo tras un silencio, «¿carecía el desconocido por casualidad de barba y tenía los ojos oblicuos?»

«Sí, creo», contesté, «es decir, yo — yo estoy seguro. ¿Lo conoce usted?»

El marionetista movió la cabeza negando. «Sólo me ha recordado al Golem.»

Vrieslander, el pintor, dejó caer de repente el cuchillo de tallar:

«¿Golem? — He oído hablar mucho de eso. ¿Sabe usted, Zwakh, algo sobre el Golem?»

«¿Quién puede decir que *sabe* algo sobre el Golem?», contestó Zwakh encogiéndose de hombros. «Se le relega al reino de la leyenda hasta que un día sucede algo en una calle que de repente lo resucita. Durante un tiempo todo el mundo habla de él y los rumores crecen hasta lo increíble. Se hacen tan exagerados y desmedidos que finalmente vuelven a derrumbarse debido a su propia incredibilidad. Se dice que el origen de la historia se remonta probablemente al siglo XVI. Cuentan que un rabino creó, según métodos de la Cábala ahora perdidos, un hombre artificial — el llamado Golem — que le ayudara, como su criado, a tocar las campanas en la sinagoga y a hacer todos los trabajos duros.

»Pero también cuentan que no le salió un hombre auténtico ya que su única forma de vida consistía en vegetar de un modo rudo y semiinconsciente. Además, según dicen, sólo durante el día gracias a la influencia de una hoja mágica que

le ponía entre los dientes y que atraía las libres fuerzas siderales del universo.

»Cuando una noche el rabino se olvidó de quitarle, antes de la oración, la hoja de la boca, dicen que cayó en un estado de delirio tal que, corriendo en la oscuridad de las callejas, destruyó todo lo que encontraba en su camino.

»Hasta que el rabino se enfrentó a él y destruyó la hoja. La criatura debió caer sin vida. No quedó nada más de él que la figura enana de barro que hoy todavía se puede ver en la antigua sinagoga de Altneus.»

«Se dice que en cierta ocasión llamaron al rabino al palacio del emperador, que conjuró e hizo visibles a los muertos», interrumpió Prokop. «Algunos investigadores modernos afirman que para ello utilizó una linterna mágica.»

«Sí, no hay ninguna explicación lo suficientemente simple y absurda como para no encontrar el aplauso de la gente de ahora», continuó inmutable Zwakh. «¡Una linterna mágica! Como si el emperador Rodolfo, que se dedicó toda su vida a estas cosas, no se hubiera dado cuenta a primera vista de un engaño tan burdo.

»Yo, naturalmente, no puedo decir en qué se basa la leyenda del Golem, pero sin embargo sí estoy seguro de que en esta parte de la ciudad hay algo que no puede morir, que vive y se mueve a nuestro alrededor y que está relacionada con ella. Mis antepasados han vivido aquí generación tras generación y nadie puede mejor que yo retroceder a recuerdos heredados y vividos de la aparición del Golem.»

Zwakh dejó de hablar de repente, y se notaba que sus pensamientos retrocedían al pasado.

Tal y como estaba sentado junto a la mesa, apoyada la cabeza, sus mejillas coloradas y juveniles extrañamente alumbradas bajo la luz de la lámpara y su pelo blanco, comparé mentalmente sin querer sus rasgos con las máscaras de sus marionetas, que tantas veces me había enseñado.

¡Qué extraño! ¡Cuánto se parecía el anciano a ellas!

¡La misma expresión y el mismo corte de cara!

Sentí que hay cosas en la tierra que no se pueden separar de otras y, al recordar el sencillo destino de Zwakh, me pareció de repente fantasmagórico y terrible que un hombre

como él pudiera retroceder de repente — a pesar de que había disfrutado de una educación mejor que la de sus antepasados y de que debía haber sido actor — a su raída y desgastada caja de marionetas para volver de nuevo a las ferias anuales y hacer con los mismos muñecos, que habían sido el mismo miserable medio de vida que el de sus antepasados, las mismas rígidas contorsiones y representar las mismas aburridas historias.

Comprendí que él no puede separarse de ellos; forman parte de su vida. Cuando ha estado lejos de ellos se convirtieron en pensamientos y vivieron en su mente y no lo dejaron descansar tranquilo hasta que volvió con ellos. Por eso los trata ahora con tanto cariño y los viste orgulloso con lentejuelas.

«Zwakh, ¿no quiere seguir contándonoslo?», le rogó Prokop al anciano, mirándonos a Vrieslander y a mí para saber si nosotros también lo deseábamos.

«No sé por dónde empezar», dijo dudando el anciano, «no es difícil captar la historia del Golem. Tal y como ha dicho Pernath hace un rato: sabe exactamente cómo era el desconocido y sin embargo no puede describirlo. Aproximadamente cada treinta y tres años se repite un hecho en nuestras callejas que no tiene en sí mismo nada especialmente excitante y que, sin embargo, produce un gran terror para el que no existe ni aclaración ni causa justificada.

»Sucede siempre que un hombre totalmente desconocido, sin barba, de cara amarillenta y tipo mongol aparece caminando desde la calle de La Antigua Escuela por el barrio judío, envuelto en un traje antiguo y raído, con pasos regulares, dando traspiés como si a cada momento fuera a caerse hacia adelante y de repente — se hace invisible.

»Generalmente da la vuelta a una esquina y desaparece.

»Se dice que otras veces describe un círculo en su camino y que vuelve al punto de partida: una casa antiquísima cerca de la sinagoga.

»Algunos, excitados, afirman también que le vieron doblar una esquina e ir hacia ellos, pero que, al dirigirse claramente hacia ellos, se hacía cada vez más pequeño, igual que alguien que se pierde en la lejanía — hasta que finalmente desaparece.

»Hace sesenta y seis años fue especialmente grande la impresión que produjo pues todavía me acuerdo — yo entonces era muy pequeño — que el edificio de la calle de La Antigua Escuela fue registrado de arriba abajo.

»También se comprobó que en esa casa hay realmente una habitación con una ventana con rejas que no tiene acceso.

»Colgaron ropa de todas las ventanas para poder distinguirla mejor desde la calle y así se identificó la huella de ese hecho real.

»Como no era posible llegar hasta ella de otra forma, un hombre bajó colgado de una cuerda desde el tejado para verla. Pero apenas había llegado cerca de la habitación, se rompió la cuerda y el desgraciado se destrozó la cabeza en el asfalto. Cuando quisieron intentarlo otra vez, eran tan dispares las opiniones sobre la situación de la ventana que se abandonó el intento. Yo mismo encontré al Golem por primera vez en mi vida hace treinta y tres años.

»Lo encontré debajo de un arco que forma una casa sobre la calle, venía hacia mí y casi chocamos.

»Todavía hoy no comprendo lo que pasó entonces en mí. Pues en verdad nadie tiene continuamente, día tras día, la impresión exacta de que va a encontrarse con el Golem.

»En aquel momento, sin embargo, estoy seguro, totalmente seguro, algo gritó en mí un momento antes de que llegase a verlo: ¡El Golem! En aquel mismo momento salió alguien a tropezones de la oscuridad del pasaje y aquel desconocido pasó por mi lado. Un segundo más tarde una tormenta de caras pálidas y excitadas vino hacia mí y me atosigaron preguntándome si le había visto.

»Al contestar, sentí como si mi lengua se librara de una rigidez que no había notado antes.

»Estaba verdaderamente asombrado de poder moverme y me di cuenta claramente — aunque sólo durante una fracción de segundo — de que debía de haber permanecido en una especie de agarrotamiento.

»Por mucho tiempo he meditado sobre todo esto y me parece que cuando más cerca estoy de la verdad es cuando me digo: en el transcurso de cada generación aparece siempre, rápida como el rayo, una epidemia espiritual en la ciu-

dad judía, que domina las almas de aquellos que viven por algún motivo, para nosotros desconocido, y que hace que surjan, como un espejismo, los rasgos de un ser característico que quizás hace siglos vive aquí y tiene ansias de poseer forma y figura.

»Quizás está entre nosotros hora tras hora y nosotros no le percibimos. Del mismo modo que tampoco oímos el sonido del diapasón que vibra hasta que toca la madera y la hace vibrar también a ella.

»Tal vez no sea más que algo así como una obra de arte anímica, sin conciencia interna — una obra de arte que nace de lo informe, al igual que un cristal según leyes inmutables.

»¿Quién sabe?

»¿No podría ser que del mismo modo que en los días de bochorno crece la tensión eléctrica hasta hacerse insoportable y formar el rayo, debido a la continua repetición de esos pensamientos, siempre iguales, que envenenan el aire, aquí en el ghetto haya una descarga repentina y súbita — una explosión anímica que sacase a la luz del día nuestro subconsciente para, al igual que allí el rayo —, crear aquí un fantasma que en todas y cada una de las cosas, el símbolo del alma de la masa, si se supiera entender correctamente el enigmático lenguaje de las formas?

»Del mismo modo que algunos fenómenos anuncian la caída del rayo, también aquí hay ciertos terribles presagios de la amenazadora aparición de ese fantasma en el reino de la realidad. El revoco de un muro al derrumbarse toma el aspecto de un hombre al caminar; y en las figuras que configura el hielo se forman rasgos de caras rígidas. La arena de los tejados parece caer de un modo distinto al normal y crea en el espectador receloso la sospecha de que es una inteligencia invisible, que se esconde temerosa de la luz, la que la arroja, e intenta misteriosamente trazar toda una serie de extraños rasgos. — Si la vista descansa en un monótono enrejado o en las asperezas de la piel, se apodera de nosotros el desagradable don de ver en todas partes significativas formas premonitorias, formas que en nuestros sueños crecen hasta hacerse gigantescas. Y siempre cruza, como un hilo rojo, en todos estos esquemáticos intentos de los rebaños del pensamiento, reuni-

dos para resquebrajar los muros de lo cotidiano, la angustiosa seguridad de que se nos arranca con premeditación y contra nuestra voluntad nuestro más verdadero y propio interior, sólo para que con ellos pueda tomar forma plástica la figura del fantasma.

»Cuando hace unos instantes he oído que Pernath afirmaba haberse encontrado a un hombre sin barba y con los ojos rasgados, he tenido delante de mí al Golem, tal y como lo vi entonces.

»Apareció ante mí como surgido del suelo.

»Y un cierto y sordo temor de que algo inexplicable se nos acercaba me ha dominado por un momento; el mismo miedo que sentí ya una vez en mi infancia cuando las primeras manifestaciones espectrales anunciaban la sombra del Golem.

»Hace ya probablemente sesenta y seis años. Fue una noche en la que el prometido de mi hermana había venido de visita para fijar en familia el día de su boda.

»Entonces — para entretenernos — fundimos plomo. Yo estaba allí con la boca abierta y no comprendía lo que aquello significaba — en mi confusa e infantil imaginación lo relacionaba con el Golem del que había oído contar muchas cosas y me imaginé que en cualquier momento tendría que abrirse la puerta y entraría un desconocido.

»Mi hermana vació la cuchara con el metal líquido en el agua y se burló divertida de mí porque lo miraba muy excitado.

»Mi abuelo sacó con sus manos marchitas y temblorosas el trozo de plomo y lo puso bajo la luz. Inmediatamente se apoderó de nosotros un gran nerviosismo. Hablábamos en voz alta y atropelladamente; quise llegar hasta él, pero me lo impidieron.

»Más tarde, cuando fui mayor, mi padre me contó que el metal fundido había formado una cabeza pequeña pero muy clara — lisa y redonda como vaciada en un molde y de tal semejanza con los rasgos del Golem que todos se asustaron.

»He hablado muy a menudo de esto con el archivero Schemajah Hillel, que tiene encomendado el cuidado de todas las cosas de la sinagoga Altneus y también de esa figura

de barro de la época del emperador Rodolfo. Se ha ocupado y ha estudiado mucho sobre la Cábala, y piensa que ese pedazo de tierra con miembros humanos quizá no sea nada más que un antiguo presagio, exactamente igual que en mi caso lo fue la cabeza. El desconocido que anda por ahí debe ser la figura imaginaria que el rabino medieval había *pensado* antes de poder revestirla de materia, y que vuelve en regulares períodos de tiempo — en la misma configuración astral bajo la que fue creada — torturada por el deseo de tener una vida material.

»También la mujer de Hillel, que ya ha fallecido, vio al Golem cara a cara y se sintió, al igual que yo, en un estado de catalepsia total, mientras ese misterioso ser se encontraba cerca.

»Ella decía que estaba firmemente convencida de que no había podido ser más que su propia alma la que — habiendo salido del cuerpo — estaba frente a ella y había mirado fijamente su rostro con los rasgos de una criatura desconocida.

»A pesar del terrible miedo que se apoderó de ella, ni un solo momento le abandonó la seguridad de que ese otro no podía ser más que una parte de su propio ser.»

«Es increíble», murmuró Prokop sumido en sus pensamientos.

También el pintor Vrieslander pareció sumergirse en los suyos.

Llamaron a la puerta y la vieja mujer que me trae por las noches el agua y todo lo que necesito entró, puso la jarra de barro en el suelo y salió de nuevo en silencio. Todos habíamos levantado la vista y mirado, como recién despertados, por toda la habitación, pero ninguno dijo ni una sola palabra en mucho tiempo.

Como si con la anciana hubiera entrado en la habitación una nueva presencia a la que primero había que acostumbrarse.

«¡Sí! Rosina la pelirroja es otra de ésas de las que no es fácil liberarse y que aparece continuamente por todos los rincones y esquinas», dijo de repente Zwakh. «Esa risa estereotipada e irónica la conozco de toda la vida. Primero la abuela, después la madre — ¡y siempre la misma cara, ni un rasgo

distinto! El mismo nombre, Rosina — , es siempre como una resurrección de la anterior.»

«¿No es Rosina la hija del cambalachero Aaron Wassertrum?», pregunté.

«Eso se dice», opinó Zwakh. «Pero Aaron Wassertrum tiene algunos hijos de los que nada se sabe.

»Tampoco se sabe quién fue el padre de la madre de Rosina — ni tampoco qué fue de ella —. Con quince años tuvo un hijo y desde entonces no ha vuelto. Su desaparición estuvo relacionada con un crimen que, por lo que recuerdo, se cometió en la casa por su culpa.

»Exactamente igual que su hija. Fue ella la que metió los fantasmas en la cabeza de sus hijos aún adolescentes. Uno de ellos todavía vive — a menudo lo veo — pero he olvidado su nombre. Los demás murieron enseguida, pero de aquella época no me acuerdo más que de episodios aislados que se mueven en mi memoria en imágenes borrosas. Había por aquel entonces un hombre medio tonto que iba por las noches de taberna en taberna y que, por un par de monedas, hacía una silueta de los clientes recortándola en papel negro. Cuando se emborrachaba se ponía indeciblemente triste y, entre lágrimas y sollozos, recortaba sin interrupción siempre el mismo marcado perfil de una muchacha hasta que se le acababa el papel.

»Por lo que se podía deducir de ciertas relaciones — que yo he olvidado hace mucho — amó, siendo todavía casi un niño, a una tal Rosina, probablemente la abuela de la actual, tan profundamente que por ello perdió la razón.

»Haciendo el cálculo de los años no puede ser más que la abuela de la actual Rosina.»

Zwakh calló y se apoyó en el respaldo.

El destino se mueve en esta casa en círculo y vuelve una y otra vez al mismo punto, pensé por un momento y me vino a la memoria la terrible imagen de un gato con la mitad de la cabeza herida dando vacilantes vueltas en círculo.

De repente oí al pintor Vrieslander decir con voz muy clara: «Ahora viene la cabeza».

Sacó un trozo de madera del bolsillo y comenzó a tallarlo.

Un pesado cansancio se posó sobre mis párpados y me apoyé en el respaldo fuera de la luz.

El agua para el ponche hervía en la marmita y Josua Prokop llenó de nuevo los vasos. La música de baile entraba baja, muy baja, por la ventana cerrada; a veces callaba del todo y despertaba otra vez, según si el aire la perdía por el camino o la subía hasta nosotros desde la calleja.

Al cabo de un momento el músico me preguntó si yo no quería brindar con ellos.

No contesté. — Había perdido de tal forma el deseo de moverme que no caí siquiera en la idea de abrir la boca.

Pensé que dormía, tan pétrea era la calma interior que se había apoderado de mí. Tuve que mirar el cuchillo brillante de Vrieslander — que mordía sin descanso pequeños trozos de la madera — para convencerme de que estaba despierto.

En la lejanía susurraba la voz de Zwakh que contaba de nuevo toda clase de historias maravillosas sobre marionetas y complicados cuentos que se había inventado para sus representaciones.

También se habló del doctor Savioli y de la dama, esposa de un noble, que venía a visitarle a escondidas en su oculto estudio.

De nuevo vi en mi mente la irónica y triunfante sonrisa de Aaron Wassertrum.

Pensé si debía contar a Zwakh lo que anteriormente había ocurrido — pero consideré que no merecía ese esfuerzo y que no tenía sentido. Además sabía que mi voluntad fallaría si intentaba hablar ahora.

De repente los tres que estaban alrededor de la mesa me miraron atentamente y Prokop dijo en voz muy alta: «Se ha dormido» — tan alto que casi pareció que lo preguntaba.

Siguieron hablando en voz baja y me di cuenta de que se referían a mí.

El cuchillo de tallar de Vrieslander bailaba de un lado para otro recogiendo la luz que caía de la lámpara y el brillo que se reflejaba me quemaba los ojos.

Murmuraron algo así como «estar loco» y me puse a escuchar su conversación.

«No deberíamos nunca tocar delante de Pernath temas

como el del Golem», dijo con reproche Josua Prokop. «Cuando antes ha estado hablando del libro *Ibbur* nos hemos callado todos y no hemos hecho preguntas; apostaría a que lo ha soñado. ¿No lo creéis así? Pernath es un tipo muy especial.»

Zwakh afirmó: «Tiene usted toda la razón. Es como si se quisiera entrar en pleno día en una habitación llena de polvo, en la que las paredes y el techo estuvieran forrados de telas picadas y el suelo estuviera cubierto por una espesa capa de yesca seca del pasado; no hace falta más que rozarlo para que el fuego prenda en todos los rincones».

«¿Estuvo Pernath mucho tiempo en el manicomio? Es una pena, pues no puede tener más de cuarenta años», dijo Vrieslander.

«No lo sé. Además tampoco tengo idea ni de dónde es ni cuál fue su oficio anterior. Su apariencia es de antiguo noble francés, con su delgada figura y su perilla. Hace muchos años que un médico amigo mío me pidió que me ocupara un poco de él y que le buscara una casa pequeña, aquí en estas callejas, donde nadie se preocupara por él ni le inquietara con preguntas sobre tiempos pasados.» — Zwakh me miró otra vez emocionado —. «Desde entonces vive aquí, restaura antigüedades, pule gemas y en ello ha encontrado su pequeño bienestar. Es una suerte para él que al parecer haya olvidado todo lo que tiene relación con su desgracia. Por lo que más quieran, no le pregunten nunca cosas que puedan despertar el pasado en su memoria —. ¡Cuántas veces me lo pidió aquel viejo médico! Sabe usted, Zwakh — decía siempre —, tenemos un cierto método; hemos enclaustrado, por decirlo así, con mucho trabajo, su enfermedad, igual que se cierra una tumba, porque a ella se unen tristes recuerdos.» La charla del marionetista llegaba hasta mí como el carnicero se acerca a su víctima, oprimiéndome el corazón con manos rudas y terribles.

Desde siempre existía en mí un sordo tormento — un presentimiento como si me hubieran quitado algo y como si en mi vida hubiera recorrido un largo camino al borde del camino, como un sonámbulo. Nunca había conseguido encontrar su origen.

Ahora estaba abierto ante mí el camino hacia la solución

del enigma y me quemaba insoportablemente como una herida abierta.

La enfermiza repugnancia de unir mis recuerdos a hechos pasados — y ese extraño sueño que vuelve de tiempo en tiempo en el que estoy en una casa en la que hay una serie de habitaciones cerradas inaccesibles para mí — el continuo fallo de mi memoria y de mi mente en cuanto a las cosas que se refieren a mi juventud — todo esto tenía ya de repente una terrible aclaración: había estado loco y se había utilizado la hipnosis para cerrar la «habitación» que me unía a las otras cámaras de mi mente y que me había convertido en un apátrida en el mundo que me rodea.

¡Y sin esperanzas de recobrar los recuerdos perdidos!

Los resortes de mi pensamiento y de mis actos están ocultos en otra existencia ya olvidada y comprendí que... nunca los conocería: soy una planta cortada, como un retoño que brota de raíces extrañas. Aunque quisiera forzar la entrada de esa «habitación» cerrada, ¿no caería en manos de los fantasmas que han estado allí desterrados?

Recordé la historia del Golem que acababa de contar Zwakh una hora antes y de repente me di cuenta de la enorme y misteriosa relación entre la legendaria cámara sin entrada en la que se decía que vivía el desconocido y mi significativo sueño.

¡Sí! También en mi caso se rompería la cuerda si quería intentarlo, si quería mirar por la enrejada ventana de mi interior.

Cada vez estaba más clara esa extraña relación y tomaba para mí un carácter indescriptiblemente atemorizador.

Sentía que había cosas — intangibles, soldadas y unidas entre sí, que corren unas al lado de otras como caballos salvajes que no saben por dónde va el camino.

También en el ghetto: una habitación, un cuarto cuya entrada nadie puede encontrar — ¡un ser espectral que vive en él y que de vez en cuando camina por las calles para llevar a los hombres al terror!

Vrieslander seguía tallando la cabeza y la madera crujía bajo la hoja de su cuchillo.

Me hacía casi daño oírlo y miré para comprobar si acabaría pronto.

Parecía como si la cabeza, que se movía como en manos de un pintor, tuviera conciencia y mirara hacia todos los lados. Después sus ojos se posaron en mí, tranquilos al haberme encontrado.

Pero yo ya no pude apartar mi mirada; la fijaba en el rostro de madera.

Por un momento parecía que el cuchillo buscaba dudoso algo, por fin raspó decidido una línea y de repente los rasgos del pedazo de madera adquirieron una vida terrible.

Reconocí la cara amarilla del desconocido que me había traído el libro.

Después ya no pude distinguir nada, la mirada no había durado más de un minuto y sentí que mi corazón había cesado de latir y que aleteaba temeroso.

Y sin embargo, seguía consciente — como entonces — de ese rostro.

Se había convertido en mí mismo y sobre el regazo de Zwakh miraba a todos lados.

Mis ojos se paseaban por la habitación y una extraña mano movía mi cráneo.

Entonces vi de repente el gesto asustado de Zwakh y oí sus palabras: «¡Dios mío, éste es el Golem!».

Se originó una pequeña lucha pues querían arrancar a la fuerza la talla de las manos de Vrieslander, pero él se defendió y gritó riendo:

«¿Qué decís? No se parece en absoluto», y librándose de ellos abrió la ventana y tiró la cabeza a la calle.

Perdí entonces el conocimiento y me sumergí en una profunda oscuridad cruzada por brillantes hilos dorados y cuando, después de mucho tiempo — eso me pareció —, desperté, oí golpear la cabeza en el asfalto.

«Ha dormido tan profundamente que no ha notado siquiera que le sacudíamos», me dijo Josua Prokop. «El ponche se ha acabado y usted se lo ha perdido todo.»

El ardiente dolor que me había producido lo que poco

antes había oído se apoderó otra vez de mí y cuando quise gritar que no había estado soñando, les hablé sobre el libro *Ibbur* — y que podía sacarlo de la caja y mostrárselo.

Pero no pude llegar a pronunciar estas palabras y semejantes pensamientos no pudieron impedir que los invitados se marcharan.

Zwakh me puso a la fuerza el abrigo y exclamó:

«Venga con nosotros a Loisitschek, maestro Pernath, y se animará un poco.»

Noche

Dejé, sin voluntad, que Zwakh me llevara escaleras abajo.

Noté que el olor de la niebla que entraba desde la calle a la casa se hacía cada vez más marcado y sensible. Josua Prokop y Vrieslander se habían adelantado unos pasos y se les oía hablar afuera, junto al portal.

«¡Tiene que haberse caído por la alcantarilla! ¡Al infierno!»

Salimos a la calleja y vi que Prokop se agachaba y buscaba la marioneta.

«Me alegro de que no puedas encontrar esa absurda cabeza», murmuró Vrieslander. Se había apoyado contra la pared y su cara se iluminó y ensombreció de nuevo — al aspirar el fuego de una cerilla, en su corta pipa.

Prokop hizo un fuerte movimiento negativo con el brazo y se inclinó aún más. Estaba casi de rodillas sobre el asfalto.

«¡Callaos! ¿No oís nada?»

Nos acercamos a él. Señaló en silencio la reja de la alcantarilla y apoyó las manos en la oreja para escuchar. Durante un rato no nos movimos y escuchamos atentamente.

Nada.

«¿Qué era, pues?», murmuró por fin el anciano marionetista; pero inmediatamente Prokop le cogió fuertemente de la muñeca.

Durante un momento — apenas el tiempo de un latido — me pareció como si alguien allá abajo golpeara con la mano una chapa de hierro — casi inaudible. Un segundo más tarde, al pensarlo, ya había pasado todo; sólo en mi pecho resonaba como un eco de la memoria, y poco a poco se convirtió en un indeterminado sentimiento de horror.

Unos pasos que se acercaban calle arriba disiparon esta impresión.

«Vámonos, ¿qué hacemos aquí parados?», nos advirtió Vrieslander.

Caminamos a lo largo de la fila de casas.

Prokop nos siguió, pero muy a disgusto.

«Apostaría el cuello a que alguien ha gritado allá abajo, preso de un miedo mortal, como si corriera un grave peligro.»

Ninguno de nosotros le contestó, pero noté que algo así como un miedo inconsciente nos ataba la lengua.

Al poco rato estábamos ante las ventanas con cortinas rojas de una taberna.

Salón LOISITSCHEK
(Hoy gran concierto)

se anunciaba en un cartón, cuyo margen estaba adornado con fotografías femeninas descoloridas.

Antes de que Zwakh pudiera poner la mano en el picaporte se abrió la puerta de entrada y un muchacho regordete de pelo negro y poco cuello — con una corbata verde de seda anudada alrededor del cuello desnudo y adornada la chaqueta del frac con un montón de dientes de cerdo — nos recibió inclinándose.

«Sí, sí, éstos son mis clientes — Pane Saffranek, ¡pon enseguida un mantel!», añadió rápidamente a su saludo gritando sobre los hombros hacia el local abarrotado de gente.

Un ruido, como si una rata corriera por las cuerdas de un piano, fue la respuesta.

«Sí, sí, éstos son mis clientes, éstos son mis clientes. ¡Miren!», continuaba murmurando sin parar el tipo rechoncho mientras nos ayudaba a quitarnos los abrigos.

«Sí, sí, hoy se ha reunido en mi casa toda la alta nobleza del país», contestó triunfante al gesto asombrado de Vrieslander, al ver al fondo en una especie de estrado, separado de la parte delantera de la taberna por una barandilla y dos escaleras, a unos cuantos jóvenes vestidos de gala.

Nubes de humo se posaban sobre las mesas, detrás de las

cuales estaban los largos bancos de madera apoyados en la pared, llenos de figuras desastradas: las mozas del local desgreñadas, sucias, descalzas, sus duros pechos apenas cubiertos por pañuelos descoloridos, y a su lado los chulos con gorras militares azules, el cigarrillo en la oreja, los ganaderos con manos peludas y dedos bastos que a cada movimiento expresaban el mudo lenguaje de su vileza, los camareros de mirada insolente y los escribientes, marcados de viruela, vistiendo pantalones a cuadros.

«¡Les voy a poner un biombo alrededor para que nadie les moleste», graznó la aguda voz del regordete y un biombo decorado con pequeñas figuras de bailarines chinos se desenrolló desde una mesa, en la esquina opuesta a la que nosotros habíamos ocupado.

Los rechinantes sonidos de un arpa apagaron el murmullo de voces del local.

Una pausa rítmica de un segundo.

Silencio sepulcral, como si todos contuvieran la respiración.

De repente, con una claridad asombrosa, se oyó cómo las bocas de hierro del gas resoplaban sus planas llamas en forma de corazón. — La música cayó sobre el cuchicheo y se lo tragó.

Entonces, como si hubieran sido creadas en ese mismo instante, surgieron, de entre el humo, dos figuras ante mí.

Un anciano con larga y ondulada barba blanca de profeta, un gorrito de seda negra — como los que llevan los antiguos padres de familia judíos — sobre la calva, con los ojos ciegos de un azul lechoso y cristalino, fijos en el techo — estaba allí, sentado, moviendo en silencio los labios y sus dedos rígidos como las garras de un buitre sobre las cuerdas del arpa. Junto a él, con un vestido de tafetán negro, reluciente de grasa, con pulseras y adornos de ámbar negro en el cuello y los brazos y una cruz igualmente ambarina y negra — como la imagen de la fingida moral burguesa — estaba una blanda figura de mujer, con un acordeón sobre el regazo.

Un salvaje tropel de sonidos surgió de sus instrumentos, pero, poco a poco, la melodía se agotó hasta convertirse en un simple acompañamiento.

El anciano había mordido un par de veces el aire, abriendo la boca de tal forma que podían verse los negros muñones de sus dientes. Desde el fondo de su pecho fue naciendo, lentamente, un fuerte bajo acompañado de los extraños y estertóreos sonidos hebreos:

«Estrellas azules, rojas.»

«Rititit» (chirrió la mujer e inmediatamente volvió a cerrar con fuerza la boca, como si ya hubiera dicho demasiado).

«Estrellas rojas, azules,
a mí también me gusta comer croissants.»

«Rititit.»

«Barba roja, barba verde
toda clase de estrellas...»

«Rititit — rititit.»

Las parejas comenzaron a bailar.

«Esta canción es en realidad una "bendición de la mesa"», nos explicó sonriente el marionetista mientras seguía el compás golpeando con la cucharilla de zinc, que estaba fija con una cadena a la mesa. «Hace más de cien años, siendo aprendices de panaderos, Barba roja y Barba verde envenenaron en la noche del Gran Sabbath, la víspera de Pascua, el pan, las estrellitas y los croissants — para provocar una muerte general en el barrio judío, pero el "meschoress" — el servidor de la comunidad — se dio cuenta a tiempo por medio de una revelación divina y pudo entregar a los dos criminales a la policía de la ciudad. Los "landomin" y los "borchelch", alumnos de la Yechiva, compusieron, como recuerdo de esa milagrosa salvación del peligro de muerte, esa extraordinaria canción que acabamos de oírle a esa banda de burdel.»

«Rititit — rititit.»

«Estrella roja, azul...» El rugido del anciano sonaba cada vez más hueco y fantástico.

De repente la melodía se hizo cada vez más confusa y retomó lentamente el ritmo del «chlapak» bohemio — un baile arrastrado — en el que las parejas juntaban fuertemente sus sudorosas mejillas.

«¡Muy bien! ¡Bravo! Eh, oye, coge, yep, yep», gritó desde el estrado un joven y delgado caballero con monóculo, vestido de frac, al arpista metiendo una mano en el bolsillo de

su chaleco y arrojando una moneda de plata en aquella dirección. No alcanzó su objetivo: pude ver cómo brilló sobre el montón de bailarines, pero de repente desapareció. Un vagabundo — su cara me resultaba conocida, creo que era el mismo que hace poco, durante la tormenta, estuvo al lado de Charousek — había sacado la mano de debajo del pañuelo del escote de su pareja de baile en donde la había tenido pertinazmente hasta entonces — y de un manotazo, con la velocidad de un mono, sin perder por ello el compás del baile, había cazado la moneda. Ni un solo músculo de la cara del pillo se contrajo, sólo dos o tres parejas de su alrededor sonrieron en silencio.

«Por su habilidad puede deducirse que es del "Batallón"», dijo Zwakh riendo.

«Seguro que el maestro Pernath no ha oído nunca hablar del "Batallón", ¿verdad?», interrumpió Vrieslander con una brusquedad que llamó la atención, dirigiendo al marionetista un guiño que yo no debía ver. — Pero yo comprendí aquello; era igual que antes en mi habitación. Me consideraban un enfermo. Querían alegrarme. Y Zwakh debía contar algo. Cualquier cosa.

Cuando el buen anciano me miró tan compasivamente, algo ardiente me subió del corazón a los ojos. ¡Si supiese cuánto daño me hacía su compasión!

No escuché las primeras palabras con las que el marionetista introdujo su narración — sólo sé que me sentía como si me desgarrara lentamente. Tenía cada vez más frío y me ponía cada vez más rígido, como antes, cuando, convertido en cabeza de madera, estaba en el regazo de Vrieslander. Pero, de repente, me encontré dentro de la narración que me envolvió extrañamente como el trozo sin vida de un libro.

Zwakh comenzó:

Historia del abogado Dr. Hulbert y su Batallón

«... Bueno, ¿qué puedo decir? Tenía la cara llena de arrugas y las piernas torcidas como un perro pachón. Desde muy joven lo único que conocía era su estudio. Un estudio seco, enervante. De lo que ganaba con enorme esfuerzo dando clases tenía que mantener además a su madre enferma. Creo que aprendió cómo son las verdes praderas, los arbustos, las coli-

nas en flor y los bosques en los libros. Usted mismo sabe el poco sol que llega a las negras callejas de Praga.

»Hizo su doctorado con distinción de honor; en realidad, era lo lógico.

»Y con el tiempo se convirtió en un famoso abogado. Tan famoso que todo el mundo — jueces y abogados — iba a consultarle cuando no sabía algo. Sin embargo, vivía pobremente, como un mendigo en una oscura habitación, cuyas ventanas daban a un patio.

»Así pasaron años y años, y la fama del Dr. Hulbert como lumbrera de la ciencia se convirtió en dogma en todo el país. Pero nadie hubiera creído que un hombre como él fuera capaz de sentimientos delicados, sobre todo cuando su cabello había empezado a encanecer y nadie hasta entonces le había oído hablar de otra cosa que de jurisprudencia. Pero es precisamente en estos corazones encerrados en sí mismos donde las añoranzas son más ardientes.

»El día en que el Dr. Hulbert alcanzó la meta que durante su época de estudio fue la más activa: el día en que su Majestad el Emperador de Viena le nombró Magnífico de nuestra Universidad, corrió la voz de que se había prometido con una joven bellísima de familia pobre pero noble.

»Parecía que desde ese momento la felicidad había entrado en la casa del Dr. Hulbert. Pues aunque no tuvieron hijos, llevaba a su mujer en palmitas, y convertir en realidad cualquiera de sus deseos, que él sabía adivinar tan sólo con una mirada, era su mayor alegría.

»Sin embargo en su felicidad no se olvidó en absoluto, como cualquier otro podría haber hecho, de su prójimo que sufría. "Dios ha colmado mi añoranza", solía decir, "ha permitido que mis sueños se convirtieran en realidad, los sueños que tuve desde la infancia, y me ha dado el ser más encantador que hay sobre la tierra. Por eso quiero que un reflejo de esta felicidad se extienda a los demás mientras esté en mis manos."

»Y así fue cómo, cuando se dio la ocasión, tomó a un pobre estudiante aceptándole como si fuera su propio hijo. Quizá recordaba el bien que le hubiera hecho una buena acción como ésta para su propio cuerpo y espíritu durante los

penosos años de su juventud. Pero como en la tierra algunas acciones, que parecen buenas y nobles a los hombres, tienen las mismas consecuencias que otra digna de maldición, porque quizá nosotros no sepamos distinguir claramente entre lo que lleva semillas venenosas y semillas buenas, sucedió que, de esta compasiva obra del Dr. Hulbert, nació la mayor desgracia para él.

»Su joven esposa se enamoró enseguida, con un ardiente y oculto amor, del estudiante, y el destino despiadado quiso que, precisamente en el momento en que el rector volvía inesperadamente a casa para sorprenderla, en señal de su amor en el día de su cumpleaños, con un ramo de rosas, la encontrara en los brazos de aquél sobre el que había volcado su bondad...

»Se dice que la flor azul del cornezuelo puede perder para siempre su color cuando, de repente, cae sobre ella la luz blanquecina y sulfurosa del rayo que anuncia una tormenta de granizo; pero lo cierto es que el alma del anciano se anegó para siempre, el día en que su felicidad se rompió en pedazos. Aquella misma noche estuvo, él que hasta entonces no había sabido lo que era intemperancia, aquí en Loisitschek — casi inconsciente por el aguardiente — hasta el amanecer. Loisitschek se convirtió en su hogar para el resto de su destrozada vida. En verano dormía en cualquier parte sobre los escombros de alguna construcción y en invierno, aquí, en estos bancos de madera.

»Se dejó en el olvido y nunca se volvió a hablar de sus títulos de Doctor y Catedrático de derecho. Nadie tenía corazón para levantar contra él, el hasta entonces famoso sabio, cualquier reproche escandalizado por su cambio.

»Poco a poco se fue agrupando a su alrededor toda la chusma nocturna que merodeaba por el barrio judío y así se llegó a la fundación de esa extraña comunidad que hoy se suele llamar el "Batallón".

»Los amplios conocimientos en leyes del Dr. Hulbert se convirtieron en un manual para todos aquellos que estaban estrechamente vigilados por la policía. Si algún preso recién liberado estaba a punto de morir de hambre, el Dr. Hulbert le mandaba totalmente desnudo al paseo central — y el ayun-

tamiento en su servicio llamado "Fischbanka" se veía obligado a darle un traje. Si habían expulsado de la ciudad a una muchacha sin domicilio, se casaba enseguida con un vagabundo que perteneciera al distrito, con lo cual se hacía residente en él.

»El Dr. Hulbert conocía centenares de soluciones como éstas y, frente a sus consejos, la policía se hallaba impotente. — Todo lo que estos marginados de la comunidad "ganaban" lo entregaban fielmente, hasta el último céntimo, a la banca común de la cual se administraba el sustento necesario para vivir. Nunca se produjo el más ligero engaño, ni la más mínima estafa. Puede que el nombre de "Batallón" surgiera debido a esta disciplina de hierro.

»El día 1 de diciembre, puntualmente, día del aniversario de la desgracia del anciano, tenía lugar por la noche, aquí, en Loisitschek, una extraña fiesta. Apiñados, uno junto a otro, se reunían en este lugar todos los mendigos, vagabundos, chulos y mujerzuelas, borrachos y traperos, en absoluto silencio, como durante una misa. — El Dr. Hulbert, desde aquella esquina donde están ahora los músicos, precisamente debajo del cuadro de la Coronación de Su Majestad el Emperador, les contaba la historia de su vida: cómo consiguió ascender, sacar el título de Doctor para finalmente convertirse en Rector Magnífico.

»Cuando llegaba el momento en que entraba a la habitación de su mujer para celebrar su cumpleaños con el ramo de rosas, que al mismo tiempo era un recuerdo de aquel otro momento en que fuera a pedir su mano y la había convertido en su mujer, todos los años, se le rompía la voz y caía llorando sobre la mesa. Entonces alguna mujerzuela avergonzada se acercaba a veces a él, sigilosamente para que nadie lo viera, y le ponía entre las manos una flor semimarchita.

»Ninguno de los oyentes se movía durante largo rato. Estos hombres son demasiado duros para llorar, pero miraban hacia abajo y se retorcían inseguros los dedos.

»Una mañana encontraron al Dr. Hulbert muerto sobre un banco junto al río Moldavia. Creo que se heló.

»Todavía estoy viendo su entierro. El "Batallón" se había casi desangrado para hacerlo todo lo más espléndido posible.

»Delante iba el bedel de la universidad con su uniforme de gala: llevaba en las manos un cojín dorado y sobre éste la cadena de oro; detrás de la carroza fúnebre, en una fila inextrincable, todos los del "Batallón", descalzos, sucios, harapientos, rotos. Uno de ellos había vendido todo lo que tenía e iba con el cuerpo, las piernas y los brazos envueltos en viejos trozos de papel de periódico.

»Así le ofrecieron sus últimas honras.

»En el cementerio, sobre su tumba, hay una piedra blanca en la que se han grabado tres figuras: el Salvador crucificado entre los dos ladrones. Donado por una persona desconocida. Se murmura que fue la mujer del Dr. Hulbert quien ha erigido ese monumento a su recuerdo.

»En el testamento del abogado muerto estaba previsto un legado por el cual cada uno de los miembros del "Batallón" recibiría gratis al mediodía una sopa, aquí, en Loisitschek. Por eso estas cucharas están atadas a la mesa y las depresiones que hay en la tabla sirven de platos. A las doce viene la camarera y echa el puré en estos harapos con una jeringa muy grande de metal, y si alguien no puede demostrar que pertenece al "Batallón", recoge otra vez la sopa con la jeringa.

»Desde esta mesa esa costumbre ha dado la vuelta al mundo como algo anecdótico.»

Un tumulto en el local me despertó de mi letargo. Las últimas frases que pronunció Zwakh pasaron volando sobre mi conciencia. Todavía pude ver cómo movía sus manos para aclarar perfectamente el modo de apretar y estirar el émbolo de la jeringa, pero de pronto todas las imágenes que se agitaban a nuestro alrededor se movieron tan rápida y automáticamente y, sin embargo, con tal espectral claridad ante mis ojos que, por unos momentos, me olvidé por completo de mí mismo y me sentí como una rueda en la maquinaria viva de un reloj.

La habitación se había convertido en un único torbellino de hombres. Arriba, en el estrado, docenas de señores en fracs negros, puños blancos y anillos brillantes. Un uniforme de dragón con galeones de capitán de caballería. Al fondo, un sombrero de señora con plumas de avestruz color salmón.

El demudado rostro de Loisa miraba fijamente hacia arriba entre los barrotes de la barandilla. Yo lo miré; apenas podía mantenerse en pie. También estaba allí Jaromir que miraba impasible hacia arriba, apoyada la fuerte espalda contra la pared, como si una mano invisible lo empujara.

Las figuras interrumpieron de repente el baile: el dueño del local debió haber gritado algo que les había asustado. La música seguía tocando, pero muy bajo, como si ya no se fiara de sí misma. Temblaba, se notaba claramente. Y sin embargo, en el rostro del dueño del local había una extraña expresión de salvaje y maliciosa alegría.

De pronto, aparece en la puerta de entrada el comisario de policía en uniforme. Tiene los brazos extendidos para no dejar salir a nadie. Detrás de él, un agente de la brigada criminal.

«Entonces, aquí se sigue bailando, ¿eh? ¡A pesar de la prohibición! ¡Cerraré este tabernucho! y usted, patrón, ¡venga conmigo! Y todos los presentes ¡caminando, hacia la comisaría!»

Se elevan voces de mando.

El regordete no respondió, pero su expresión no se inmutó.

Unicamente se había quedado aún más estereotipada.

La armónica se ha trabucado y ya sólo silba.

También el arpa esconde su rabo.

De repente, todas las caras están de perfil: todos miran perplejos y sin esperanza hacia el estrado.

Entonces, una elegante figura vestida de negro desciende serenamente las escaleras y se dirige con lentitud hacia el comisario.

Los ojos del policía de la brigada criminal se quedan fijos en los negros zapatos de charol que se acercan.

El caballero se detiene a un paso del policía y pasea aburrido su mirada sobre él, de la cabeza a los pies, y, de nuevo, hacia arriba.

Los demás jóvenes nobles del estrado se han inclinado sobre la barandilla e intentan contener la risa detrás de sus pañuelos de seda gris.

El capitán de Dragones sujeta una moneda de oro en el

ojo y escupe unos restos de tabaco sobre el cabello de una joven que está apoyada debajo de él.

El comisario de policía se ha quedado pálido y mira confundido, fija y continuamente, la perla que lleva el aristócrata sobre la pechera de la camisa.

No puede soportar la mirada indiferente y sin brillo de esa cara afeitada e inamovible de nariz aguileña.

Le saca de quicio. Le destruye.

El silencio sepulcral del local se hace cada vez más insoportable.

«Así son las estatuas de los caballeros que yacen con las manos enlazadas sobre los sarcófagos de piedra en las catedrales góticas», murmuró el pintor Vrieslander mirando al caballero.

Por fin el aristócrata rompe su silencio: «Eh, hum», imita la voz del dueño del local: «Sí, sí, éstos son mis invitados – miren». Unas bulliciosas carcajadas explotan en el local, con tal fuerza que los vasos tintinean: los vagabundos se sujetan el estómago doblados de risa. Una botella vuela contra la pared y se rompe en mil pedazos. El rechoncho propietario nos aclara en un murmullo temeroso: «Su Serenísima Excelencia el Príncipe Ferri Athenstädt».

El príncipe le ha entregado al policía su tarjeta. El pobre funcionario la coge, saluda repetidamente y junta los talones.

De nuevo se hace el silencio. La muchedumbre espera sin respirar lo que va a suceder.

El caballero habla de nuevo.

«Las señoras y los caballeros que están aquí reunidos – hum – son mis queridos invitados.» Su Excelencia señala con un negligente movimiento de brazo a la chusma. «¿Desea quizá, señor, que se los presente?»

El comisario niega con una sonrisa forzada, tartamudea confundido algo sobre «el enojoso cumplimiento del deber» y por fin reúne fuerzas para decir: «Ya veo que aquí todo es decente».

Esto reanima al capitán de Dragones, se dirige de prisa hacia el fondo, hacia el sombrero femenino con plumas de avestruz, entre el júbilo de los jóvenes nobles, agarra a Rosina por el brazo y la arrastra a la pista.

Vacila y tropieza por la embriaguez, y mantiene los ojos cerrados. Lleva torcido el enorme y costoso sombrero y sobre su cuerpo desnudo no lleva más que unas largas medias rosas y — una chaqueta de frac de caballero.

Es como una señal: la música se reanuda como enloquecida — rititit, rititit — y ahoga el fuerte graznido emitido por Jaromir el sordomudo al ver a Rosina desde el otro lado, junto a la pared.

Queremos irnos.

Zwakh llama a la camarera.

El barullo general encubre sus palabras.

Las escenas que se desarrollan ante mí parecen fantásticas, como salidas del ensueño del opio. El capitán de caballería tiene cogida a Rosina semidesnuda en sus brazos y se mueve con ella, lentamente, siguiendo el compás.

La multitud les ha dejado sitio respetuosamente.

Llegan murmullos de los bancos: «El Loisitschek, el Loisitschek», se alargan los cuellos, y, a la primera pareja de bailarines, se une otra aún más extraña. Un muchacho afeminado con un jersey rosa, una melena rubia hasta los hombros, los labios y las mejillas pintadas como una muchacha y los ojos entornados en una coqueta expresión de turbación — cuelga lánguido del pecho del Príncipe Athenstädt.

Un vals dulzón brota del arpa.

Una salvaje repugnancia por la vida se me agolpa en forma de nudo en la garganta.

Mi mirada busca temorosa la puerta: allí está el comisario, de espaldas para no ver nada, murmurando rápidamente algo al policía que esconde cierto objeto. Suenan como esposas.

Ambos miran hacia Loisa el virueloso que, por un momento, intenta ocultarse para después detenerse como paralizado, la cara blanca como la pared y demudada de terror.

Una imagen toma cuerpo en mi memoria y se diluye enseguida: la imagen de Prokop escuchando por las rejas de la alcantarilla — hace una hora — y un grito de muerte que surge atronador de la tierra.

Quiero gritar y no puedo. Dedos fríos me abren la boca y retuercen mi lengua hacia dentro, contra los dientes, de forma

que llena toda la cavidad como una bola y no puedo pronunciar ni una sola palabra.

No puedo ver esos dedos, sé que son invisibles y sin embargo los siento como algo corpóreo.

En mi conciencia está muy claro: pertenecen a la mano espectral que me entregó el libro *Ibbur* en mi habitación de la calle Hahnpass.

«¡Agua, agua!», gritó Zwakh a mi lado. Tiene cogida mi cabeza y me alumbra las pupilas con una vela.

«Hay que llevarlo a su casa y llamar a un médico — el archivero Hillel sabe de estas cosas — ¡llevémoslo a su casa!», dijeron entre sí susurrando. Más tarde me encuentro tendido, rígido como un cadáver, sobre una camilla, y Prokop y Vrieslander me sacan fuera de aquel lugar.

Despierto

Zwakh había subido las escaleras corriendo delante de nosotros y oí cómo intentaba calmar a Miriam, la hija del archivero Hillel, que atemorizada le hacía muchas preguntas.

No me esforcé por escuchar lo que decían y adiviné más que entendí las palabras con que Zwakh contaba cómo yo había tenido un accidente y cómo venían a pedir que me dieran los primeros socorros para hacerme salir de mi inconsciencia.

Todavía no podía mover ni un solo miembro y los dedos invisibles tenían aún agarrada mi lengua; pero mis pensamientos eran fijos y seguros y había perdido ya la sensación de terror. Sabía perfectamente dónde estaba y lo que me pasaba y no me pareció extraño que me subieran como un muerto, que me pusieran sobre un camastro en la habitación de Hillel y me dejaran luego solo.

Me envolvió un tranquilo y natural sosiego parecido al que se disfruta al volver a casa después de una larga excursión.

La habitación estaba oscura y los marcos de las ventanas en forma de cruz se destacaban con desvaídos perfiles del vaho mate que subía de la calleja.

Todo me parecía lógico y no me extrañó que Hillel entrara con un candelabro judío de siete velas del Sabbath, ni que, con toda serenidad, me deseara «buenas noches», como a alguien cuya llegada se espera.

De repente me llamó fuertemente la atención algo especial que en todo el tiempo que llevaba viviendo en la casa no había notado — a pesar de que a menudo nos habíamos encontrado hasta tres y cuatro veces en las escaleras — me di cuenta al verle ir de un lado para otro ordenando cosas sobre

la cómoda y al encender con el primer candelabro otro, también de siete velas.

Lo que noté fue lo bien proporcionado que eran su cuerpo y sus miembros, el fino corte de su rostro y su noble frente.

Ahora, a la luz de las velas, vi que no podía ser mayor que yo: tendría como máximo 45 años.

«Has venido unos minutos antes», comenzó a decir al cabo de un instante, «de lo que se podría prever, de otro modo hubiera encendido antes las luces.» Señaló ambos candelabros, se acercó a la camilla y dirigió sus ojos oscuros y sombríos a alguien que estaba al parecer de pie o de rodillas a mi cabecera y al cual no alcanzaba a ver. Al tiempo movió los labios y dijo, sin pronunciarla, una frase.

Al instante los dedos invisibles soltaron mi lengua y el agarrotamiento de mi cuerpo desapareció. Me levanté y miré detrás de mí: en la habitación no había nadie más que Schemajah Hillel.

Su tuteo y la observación de que me esperaba, ¡se referían entonces a mí!

Pero aún mucho más extraño que todo eso era en realidad para mí el no poder sentir ni el más mínimo asombro.

Hillel adivinó al parecer mis pensamientos pues sonrió divertido mientras me ayudaba a levantarme de la camilla y, señalando un sillón, me dijo:

«No hay nada milagroso en ello. Sólo las cosas fantasmagóricas — los kiscuph — son terribles para los hombres, la vida araña y quema como un abrigo de cilicios, pero los rayos del sol del mundo espiritual son suaves y templados.»

Permanecí en silencio, pues no se me ocurría lo que podía contestarle. Como si no esperara respuesta alguna, se sentó frente a mí y continuó tranquilamente: «También a un espejo de plata, si tuviera sentimientos, le dolería ser límpido. Pero, al brillar, devuelve todas las imágenes que caen sobre él sin dolor ni excitación».

«Bienaventurado el hombre», añadió en voz baja, «que puede decir de sí mismo: Yo estoy limpio.» — Por un momento se hundió en sus pensamientos y le oí murmurar una frase en hebreo: «*Lischnosécho kiwisi Adoschem*». Después, su voz me llegó otra vez claramente al oído:

«Has venido a mí en un profundo sueño y yo te he despertado. En el salmo de David está escrito:

»"Entonces me dije a mí mismo, ahora empiezo: La mano derecha del Señor es quien ha hecho esta transformación."

»Cuando los hombres se levantan del lecho se imaginan que han alejado el sueño de sí y no saben que son víctimas de sus sentidos, convirtiéndose en presa de un nuevo sueño mucho más profundo que aquél del que acaban de salir. Sólo existe una única forma de vigilia y es a la que tú te acercas ahora. Háblales a los hombres de ello: te dirán que estás enfermo pues no pueden entenderte. Por eso es inútil y cruel decirles nada.

»Van como un río...

»Y están como dormidos.

»Igual que la hierba que pronto se marchita... que se rompe al anochecer y se seca.»

«¿Quién era el desconocido que vino a mi habitación y me dio el libro *Ibbur*? ¿Le vi despierto o en sueños?», quise preguntarle, pero Hillel me contestó antes de que pudiera expresar estos pensamientos con palabras.

«Supón que el hombre que llegó a ti, y al que tú llamas el Golem, significa el despertar de la muerte a través de la más interna vida espiritual. ¡Todas y cada una de las cosas de la tierra no son más que un símbolo eterno, cubierto de polvo!

»¿Cómo piensas con la vista? Cada forma que ves la piensas con la vista. Todo lo que ha adquirido una forma fue antes un fantasma.»

Siento cómo los conceptos que hasta ahora habían estado anclados en mi cerebro se sueltan y surcan, como barcos sin timón, por un mar sin orillas.

Hillel continuó tranquilamente:

«Quien ha sido despertado, ya no puede morir. Sueño y muerte es lo mismo.»

«—¿Ya no puede morir?» — Un dolor sordo me sobrecogió.

«Dos sendas corren paralelas: el camino de la vida y el camino de la muerte. Tú has cogido y leído el libro *Ibbur*. Tu alma se ha preñado del espíritu de la vida», le oí decir.

«Hillel, Hillel, déjame seguir el camino que siguen todos los hombres: ¡el de la muerte!», gritó todo dentro de mí.

La cara de Schemajah Hillel quedó rígida y seria.

«Los hombres no siguen ningún camino, ni el de la vida ni el de la muerte. Se mueven por ahí como el tamo en la tormenta. En el Talmud está escrito: "Antes de que Dios creara el mundo puso delante de los seres un espejo; en él vieron primero los dolores espirituales de la existencia y después los placeres. Entonces unos tomaron sobre sí las penalidades. Otros, sin embargo, se negaron a ello, por lo que Dios los borró del libro de la vida". Tú, en cambio, sigues un camino y lo has tomado, además, por tu libre voluntad — aunque quizá ya lo hayas olvidado: tú has sido llamado por ti mismo. No te aflijas: poco a poco, cuando llega el conocimiento, llega también el recuerdo. *Conocimiento y recuerdo son la misma cosa.*»

El tono amable y cariñoso con que habían sonado las palabras de Hillel me tranquilizó de nuevo y me sentí seguro como un niño enfermo que sabe que su padre está a su lado.

Levanté la vista y vi de pronto que muchas figuras llenaban la habitación, en círculo, alrededor de nosotros: unos envueltos en blancos sudarios de muerte, como los que llevaban los antiguos rabinos, otros con sombreros de tres picos y hebillas de plata en los zapatos — pero Hillel pasó su mano sobre mis ojos y la habitación quedó vacía de nuevo.

Entonces me acompañó fuera, a la escalera, y me dio una vela encendida para que pudiera alumbrar el camino hasta mi habitación.

Me tumbé en la cama y quise dormir, pero el sueño no llegaba; me encontré en cambio en un extraño estado, muy diferente al de soñar, dormir y velar.

Aun habiendo apagado la luz, todo en la habitación me parecía tan nítido que podía distinguir exactamente cada forma particular. Al mismo tiempo me sentía perfectamente cómodo y libre de esa terrible inquietud que le tortura a uno cuando se encuentra en semejante situación.

En mi vida había sido capaz de pensar con tal agudeza y precisión como en este momento. El ritmo de la salud fluía

por mis nervios y ordenaba mis pensamientos y los contornos de mi cuerpo como un ejército en espera de mis órdenes.

Sólo llamar y venían a mí para cumplir lo que deseaba.

Me acordé de una venturina que había querido tallar, sin lograrlo, en las últimas semanas, pues la multitud de laminillas centelleantes del mineral no querían nunca coincidir con los rasgos del rostro que yo había imaginado, y en un abrir y cerrar de ojos vi la solución ante mí y supe exactamente por dónde debía meter el buril para seguir sin equivocarme la estructura del mineral.

Antes era esclavo de una horda de impresiones y visiones fantásticas que a menudo no conocía; ideas o sentimientos que, de repente, me hacían sentir como rey y señor en mi propio reino.

Problemas de cálculo que antes sólo hubiera podido solucionar con gran esfuerzo y sobre el papel, se reunían de una vez en mi cabeza dándome el resultado como en un juego. Todo ello con la ayuda de una nueva capacidad, que se había despertado en mí, de ver y retener precisamente lo que necesitaba: números, formas, figuras o colores. Para cuestiones que no se podían resolver con este sistema — problemas filosóficos y otros similares —, esta visión interior era sustituida por el oído, en el que Schemajah Hillel hacía de narrador.

Hice descubrimientos extrañísimos.

Las cosas que sin prestar atención había dejado pasar en mil ocasiones de mi vida como simples palabras en mis oídos, estaban ahora repletas de valor en mis fibras más internas: lo que había aprendido «de memoria» lo «comprendía» ahora de golpe como mi «propiedad». Los misterios de la formación de las palabras, que nunca imaginé, estaban ahora desnudos ante mí.

La humanidad con sus «saltos» ideales que me había tratado despectivamente, con gesto noble de comerciante íntegro, el pecho cubierto de las condecoraciones del pathos — se quitaba ahora humildemente la máscara caricaturesca y pedía excusas por no ser más que un mendigo y aun así el instrumento para — una estafa todavía más descarada.

¿Acaso no sigo soñando? ¿Acaso no he hablado siquiera con Hillel?

Alargué la mano hacia el sillón que estaba junto a mi cama.

Exacto: todavía estaba allí la vela que me había dado Schemajah; me acurruqué de nuevo entre las almohadas, feliz como un niño que en la noche de Navidad se ha convencido de que existe y tiene cuerpo el maravilloso títere.

Me sentí como un perro de caza en la espesura de los enigmas espirituales que me rodeaban.

Primero intenté volver al punto de mi vida hasta el que llegaban mis recuerdos. Desde allí, creí que me sería posible ver esa parte de mi existencia que me había sumido en la oscuridad, por un extraño designio del destino.

Pero por más que me esforzara no llegaba más allá que, hace tiempo, en el triste patio de nuestra casa, observando, a través del arco de la puerta, la cambalachería de Aaron Wassertrum — como si yo llevase un siglo viviendo en esta casa como tallador de piedras preciosas, siempre con la misma edad, y sin haber sido nunca un niño.

Iba ya a renunciar desesperanzado a seguir gateando por los pasillos del pasado, cuando de pronto comprendí con absoluta claridad que, si bien la ancha avenida de los acontecimientos acababa en mi memoria en el gran portal, no acababan ahí en cambio una gran cantidad de pequeños escalones que, a pesar de haber corrido siempre paralelos al camino principal, no había notado hasta ahora. «¿De dónde vienen», me gritaba casi en los oídos, «los conocimientos gracias a los que puedes ganarte la vida? ¿Quién te ha enseñado a tallar las gemas — a grabar y todo lo demás? ¿Leer, escribir, hablar — y comer — y caminar, respirar, pensar y sentir?»

Inmediatamenle acepté este consejo interior. Retrocedí sistemáticamente en mi pasado.

Me obligué a mí mismo a pensar en una ininterrumpida sucesión en sentido inverso. ¿Qué ha pasado ahora mismo? ¿Cuál ha sido el punto de partida de esto? ¿Qué ha pasado antes?

De nuevo había llegado al portal. — ¡Ahora, ahora! Sólo había que realizar un pequeño salto en el vacío, al abismo

que me separaba de lo olvidado — entonces apareció ante mí una imagen que me había dejado pasar al retroceder en mi vida con mis pensamientos: Schemajah Hillel pasaba sus manos sobre mis ojos — exactamente igual que antes en mi habitación.

Con ello se había borrado todo. Incluso el deseo de seguir investigando.

Sólo una cosa había ganado para siempre — el conocimiento de que la sucesión de acontecimientos en la vida son un callejón sin salida, por muy ancho y fácil de caminar que parezca. Son las escaleras estrechas y ocultas las que nos llevan a la patria perdida: es lo que está grabado en nuestro cuerpo con letra microscópica, apenas visible, y no la horrible cicatriz que deja la escofina de la vida exterior lo que nos oculta la solución de los últimos enigmas.

Del mismo modo que podría volver a encontrar los días de mi juventud si tomase la cartilla y siguiera el alfabeto desde el final, es decir de la Z a la A, para llegar al punto en que empecé a aprender en el colegio, comprendí que así también podría caminar y llegar a esa lejana patria que se encuentra más allá de todo pensamiento.

Un mundo de trabajo se me echaba encima. Me acordé de que también Hércules llevó durante mucho tiempo la cúpula del cielo sobre su cabeza: un significado oculto se desprendía de esta leyenda. Así como Hércules se libró de ello por un engaño al pedirle al gigante Atlas: «Deja que me ponga unos pañuelos atados para que este horrible peso no me aplaste la cabeza», se me ocurrió que, quizá, podría haber un oscuro camino para librarme de este escollo.

Un terrible recelo de seguir confiando ciegamente en que me guiaran los pensamientos me sobrevino de repente. Me tumbé por completo y me tapé con los dedos los ojos y los oídos para que los sentidos no me distrajeran. Para matar cualquier pensamiento.

Pero mi voluntad se deshizo en pedazos ante la misma ley de antes: sólo podía alejar un pensamiento con otro distinto y en cuanto uno moría ya se cebaba el siguiente en su carne. Huí por la rápida corriente de mi sangre, pero los pensamientos me seguían pisando los talones; sólo por un momento me

escondí en la herrería de mi corazón, pero enseguida me encontraron.

De nuevo vino en mi ayuda la amable voz de Hillel que dijo: «¡Sigue en tu camino y no vaciles! La llave del arte del olvido pertenece a nuestros hermanos que caminan por el sendero de la muerte, pero tú estás preñado del espíritu de la — vida».

Apareció ante mí el libro *Ibbur*, y dos letras brillaron: una que representaba la mujer de metal con el pulso fuerte como un terremoto — la otra en interminable lejanía: *el hermafrodita en el trono de nácar con la corona de madera roja sobre la cabeza.*

Schemajah Hillel pasó por tercera vez sus manos sobre mis ojos, y me dormí.

Nieve

Mi querido y respetado maestro Pernath,

Le escribo esta carta muy aprisa con un miedo terrible. Destrúyala por favor, en cuanto la haya leído — o mejor aún tráigamela con el sobre. De lo contrario, no estaría tranquila.

No confíe a ninguna alma humana que le he escrito. ¡Tampoco a quien va a visitarle hoy!

Su cara noble y buena me ha llenado — «recientemente» — (por esta pequeña alusión a un hecho del que usted fue testigo, adivinará quién le escribe esta carta, pues temo escribir aquí mi nombre) de confianza. Esto y el hecho de que su querido y bondadoso padre me diera clases siendo niña — me infunde el valor suficiente para dirigirme a usted, quizá como la única persona que pudiera ayudarme.

Le ruego que venga esta tarde a las cinco a la catedral del Hradschin.

Una dama que usted conoce.

Estuve sentado casi un cuarto de hora con la carta en la mano. La extraña y solemne sensación que me había rodeado desde ayer por la noche se había disipado de golpe — borrado por el soplo de aire fresco de un nuevo día terrenal. Venía hacia mí, sonriente y esperanzador, un nuevo y joven destino — un retoño primaveral. Un corazón humano buscaba ayuda en mí —. ¡En mí! ¡Qué distinta parece de repente mi habitación! El carcomido y arañado armario sonreía contento y los cuatro sillones me parecían cuatro viejos amigos que, colocados alrededor de la mesa, jugaban risueños y apacibles al tarot.

Mis horas tenían ahora un contenido, un contenido lleno de riqueza y esplendor.

¡Así que el árbol podrido todavía daría frutos!

Sentí cómo me recorría una fuerza viva que, hasta ahora, había permanecido dormida en mí — oculta en la profundidad de mi alma, cubierta por los escombros que amontonaba lo cotidiano, al igual que una fuente que surge rompiendo el hielo cuando se acaba el invierno.

Y tenía el preciso convencimiento, mientras tenía la carta en las manos, que iba a poder prestar mi ayuda, fuera lo que fuese. La alegría de mi corazón me infundía esta seguridad.

Leí una y otra vez la frase «... Esto y el hecho de que su querido y bondadoso padre me diera clases siendo niña...» — se me cortó la respiración. ¿No sonaba como la promesa «Hoy estarás conmigo en el paraíso»? La misma mano que se tendía en busca de ayuda, me ofrecía a cambio un regalo: *el recuerdo que tanto deseaba* — me revelaría el misterio, me ayudaría a levantar la espesa cortina que se había cerrado tras mis recuerdos.

«Su querido y bondadoso padre» — ¡qué extrañas sonaban estas palabras cuando las repetí en voz alta! — ¡Padre! — Por un momento vi aparecer en el sillón, que estaba junto a mi arca, el cansado rostro de un anciano de pelo blanco — extraño totalmente extraño y, sin embargo, tan estremecedoramente conocido — después volvieron mis ojos a equilibrarse y los martillos de mi corazón marcaron el palpable momento presente.

Me levanté asustado: ¿se me habría pasado la hora? A Dios gracias, todavía las cuatro y media.

Entré al dormitorio, cogí el sombrero y el abrigo y bajé las escaleras. ¿Qué me importaba hoy el cuchicheo de los oscuros rincones, los malignos, mezquinos y enojosos escrúpulos y las recriminaciones que siempre surgían de ellos?: «No te dejamos — eres nuestro —, no queremos que estés contento — ¡estaría bonito, alegría en esta casa!».

El fino y venenoso polvo de estos pasillos y de estas esquinas, que siempre se posaba sobre mí con sus garras dispuestas a ahogarme, desaparecía hoy ante el hálito de vida

que salía de mi boca. Me paré un momento delante de la puerta de Hillel.

¿Debía entrar?

Un oculto temor me impidió llamar. Me sentía hoy tan distinto, como si no *debiera* entrar en su habitación. La mano de la vida me empujó hacia adelante, hacia la escalera de bajada.

La calleja estaba blanca, cubierta de nieve.

Creo que mucha gente me ha saludado. No me acuerdo si les respondí. Continuamente miraba mi pecho para comprobar si aún llevaba conmigo la carta:

De ese lugar salía cierto calor.

Caminé por el arco de cuadriculados emparrados del paseo que rodea la vieja ciudad, el Ring, y pasé ante la fuente de bronce, cuyas rejas barrocas estaban llenas de carámbanos de hielo, hacia el puente de piedra adornado por varias estatuas de santos además de la de Juan de Nepomuk.

Debajo, el río formaba nubes de espuma, lleno de odio contra los pilares.

Medio en sueños, mi mirada cayó sobre la roca hueca de San Luitgardo con sus «tormentos del condenado»: la nieve se amontonaba sobre los párpados de los que pagaban sus culpas y sobre las cadenas atadas a sus manos, alzadas para rezar.

Arcos y soportales me recibieron y después me abandonaron, pasaron lentamente junto a mí palacios con portales orgullosamente esculpidos, en los que cabezas de león mordían aros de bronce.

También aquí había nieve por todas partes, nieve suave, blanca, como la piel de un gigantesco oso polar.

Ventanas altas y envanecidas de sus molduras, brillantes por el hielo, miraban indiferentes hacia las nubes.

Me asombré de la cantidad de pájaros que volaban por el cielo.

Mientras subía los innumerables escalones de granito que conducían al Hradschin, cada uno tan ancho como el largo de cuatro cuerpos humanos, desaparecía, hundiéndose paso a paso, la ciudad con sus tejados — ante mis sentidos.

Se acercaba el anochecer pegado a la fila de casas, cuando

llegué a una plaza desierta en cuyo centro se alzaba la catedral hasta el trono de los ángeles.

Huellas, cuyos bordes rodeaban costras de hielo, se dirigían hasta la puerta secundaria.

Desde alguna parte, de una lejana casa, llegaba, en el silencio del anochecer, las suaves y perdidas notas de un armonium. Caían en el vacío, en el abandono, como lágrimas de un llanto melancólico.

Oí detrás de mí el sollozo del batiente cuando me recibió la puerta de la iglesia y me encontré en la oscuridad. El altar dorado brillaba hacia mí en su rígida quietud a través de la triste luz azulada, de la luz que entraba por los vitrales muriendo sobre los bancos. De las rojas lámparas de cristal saltaban chispas.

Olor mustio a cera e incienso.

Me apoyé en un banco. Mi sangre estaba extrañamente tranquila en este reino de silencio.

Una vida sin palpitaciones llenaba este lugar — una oscura y paciente espera.

Los relicarios de plata dormían su sueño eterno.

¡Allí! — Desde muy lejos llegó amortiguado, apenas sensible para mi oído, un ruido de cascos de caballos, que pareció acercarse y luego se calló.

Un sonido seco como cuando se cierra la portezuela de un coche.

Se había acercado a mí el fru-fru de un vestido de seda y una delicada y fina mano de mujer me rozó el brazo.

«Por favor, por favor, vayamos allá, junto a la columna; me desagrada hablar aquí entre esos bancos de rezos de lo que tengo que hablar con usted.»

Los solemnes cuadros de alrededor se desvanecieron en una tenue claridad. De repente me había alcanzado el día.

«No sé, maestro Pernath, cómo le puedo agradecer que haya hecho por mí el largo camino hasta aquí, con este mal tiempo.»

Tartamudeé algunas palabras banales.

«Pero no conozco ningún otro lugar en el que pueda es-

tar más segura de todo peligro y toda curiosidad. Seguro que nadie nos ha seguido hasta aquí, a la iglesia.»

Saqué la carta y se la entregué a la dama.

Estaba ella parcialmente envuelta en una costosa piel, pero, por el sonido de su voz, la había reconocido como la misma dama temerosa que aquel día entró, huyendo de Wassertrum en mi habitación de la calle Hahnpass.

Pero no estaba asombrado pues no esperaba a ninguna otra persona.

Mis ojos estaban fijos en su rostro que, en la oscuridad del nicho de la pared, parecía seguramente más pálido de lo que en realidad debía ser. Su belleza casi me cortó la respiración y estaba como fascinado. Hubiera deseado arrojarme ante ella y besar sus pies, puesto que era ella a la que yo debía ayudar y me había elegido a mí para ello.

«Le ruego, por favor, de todo corazón, que olvide — por lo menos mientras estemos aquí — la situación en la que me vio aquella vez», siguió hablando oprimida, «en realidad tampoco sé lo que piensa sobre esas cosas...»

«Yo ya soy un hombre mayor pero ni una sola vez en mi vida me atreví a considerarme juez de mi prójimo», fue lo único que pude decir.

«Se lo agradezco, maestro Pernath», dijo ella con sencillez y dulzura. «Y ahora escúcheme con paciencia a ver si puede ayudarme en mi desesperación o si por lo menos puede darme algún consejo.» — Sentí que un terrible temor la dominaba y oí temblar su voz. — «Aquella vez — en el estudio — me sobrevino la horrible seguridad de que aquel abominable monstruo me había estado siguiendo intencionadamente. — Desde hacía algunos meses me había dado cuenta de que a cualquier parte que fuera — sola, con mi marido o con — con el Dr. Savioli — siempre aparecía próxima a mí esa horrible cara de asesino del cambalachero. Sus ojos bizqueantes me seguían despierta y en sueños. Todavía no sé qué pretende, pero quizá por esto me acucia aún más el miedo por las noches. ¿Cuándo me arrojará la cuerda alrededor del cuello?

»Al principio el doctor Savioli me quiso tranquilizar du-

dando de lo que iba a poder hacer ese Aaron Wassertrum — en el peor de los casos no podía tratarse más que de un pequeño chantaje o de algo semejante, pero cada vez que se pronunciaba el nombre de Wassertrum se le ponían blancos los labios. Yo lo presiento: el Dr. Savioli me ocultaba algo para tranquilizarme — algo terrible que puede costarnos la vida o a él o a mí.

»Más tarde me enteré de lo que con tanto cuidado quería ocultarme: *¡el cambalachero le había ido a visitar varias veces a su casa por la noche!* — *Lo sé,* lo siento en cada fibra de mi cuerpo; ocurre algo que nos va rodeando lentamente y que se cierra como los anillos de una serpiente. — ¿Qué es lo que busca allí ese asesino? ¿Por qué no puede librarse de él el Dr. Savioli? No, no, ya no lo soporto más: he de hacer algo, cualquier cosa antes de que me vuelva loca.»

Quise contestarle con algunas palabras de consuelo, pero no me dejó acabar.

«En los últimos días la pesadilla que me amenaza con ahogarme está tomando continuamente formas tangibles. El Dr. Savioli se ha puesto repentinamente enfermo — ya no puedo comunicarme con él —, no puedo visitarle, si no quiero esperar a cada momento que se descubra nuestro amor — está delirando continuamente y lo único de lo que me he podido enterar es de que en la fiebre se cree perseguido por un monstruo con labio leporino: ¡Aaron Wassertrum!

»Sé lo valiente que es el Dr. Savioli; por eso es aún más terrible para mí — ¿se lo puede usted imaginar? — verle ahora paralizado ante el peligro; yo misma no siento más que como la oscura proximidad de un espantoso ángel exterminador, destruido ante él.

»Usted dirá que soy muy cobarde, que por qué no admito públicamente que pertenezco al Dr. Savioli, y lo dejo todo, si tanto le quiero — todo: riqueza, honor, fama, etc., pero» — gritó de tal forma que resonó en las galerías del coro — «¡no *puedo*! — ¡Yo tengo a mi hija, a mi querida niña pequeña y rubia! ¡No *puedo* dar a mi hija! — ¿Cree usted que mi marido me la dejaría? Tome, tome esto, maestro Pernath» — en su enajenación abrió de golpe un pequeño bolso que estaba lleno de collares de perlas y piedras preciosas — «y llé-

veselos a ese asesino — sé que es codicioso —, puede coger y quedarse con todo lo que tengo, pero tiene que dejarme a mi hija. — ¿Verdad que se callará? ¡Por el amor de Cristo, hable, diga por lo menos una palabra, que me quiere ayudar!»

Con gran esfuerzo logré tranquilizar a la mujer enajenada, por lo menos lo suficiente como para que se sentara en un banco.

Hablé y le dije lo que se me ocurría en aquel momento. Frases confusas y sin sentido.

Al mismo tiempo los pensamientos se removían en mi mente, de tal forma que apenas yo mismo entendía lo que mi boca decía — ideas fantásticas que caían destruidas en cuanto nacían...

Mi mirada estaba ausente, fija en la estatua de un monje que estaba en la hornacina de la pared. Hablaba. Poco a poco los rasgos de la estatua se fueron transfigurando, el hábito se convirtió en un raído gabán con el cuello subido y, de él, surgía un rostro juvenil con las mejillas demacradas y manchadas por la tisis.

Antes de que pudiera comprender esta visión ya había vuelto a ser un monje. Mi pulso latía desenfrenado.

La desafortunada mujer se había inclinado sobre mi mano y lloraba en silencio.

Le transmití algo de la fuerza que me sobrevino en el momento en el que leí la carta y que, ahora, me llenaba de nuevo y vi cómo, poco a poco, comenzó a disfrutarla.

«Quiero decirle por qué me he dirigido precisamente a usted, maestro Pernath», comenzó de nuevo tras un largo silencio. «Han sido unas palabras que usted me dijo en una ocasión — y que no he podido olvidar en todos estos años.»

¿Hace muchos años? La sangre se me coaguló.

«Usted se despidió de mí — yo no sé por qué ni cómo, pues yo era todavía una niña — y dijo tan amable y tristemente:

»"Seguramente nunca llegará ese momento, pero acuérdese de mí si alguna vez en la vida no tiene a nadie más a quien acudir. ¡Quizás el Señor me conceda que sea yo quien la ayude!" — Me volví enseguida y dejé caer mi pelota en la fuente, para que usted no viera mis lágrimas. Entonces

pensé en regalarle el corazón de rojo coral que llevaba en el cuello, colgado de una cinta de seda, pero me avergoncé porque hubiera sido ridículo.»

. . . . . .

Recuerdos

Los dedos de la catalepsia buscaban tanteando mi garganta. Surgió ante mí un brillo, como de una olvidada y lejana región del anhelo — terrible e inmediatamente una pequeña muchacha con un vestido blanco y a su alrededor las oscuras praderas de un parque palaciego, rodeado de viejos olmos. Lo vi de nuevo muy claro ante mí.

Debí palidecer; lo noté en la rapidez con que continuó. «Ya sé que sus palabras de entonces se debían al estado de ánimo de la despedida; pero muchas veces han sido un consuelo para mí y — y yo se lo agradezco.»

Apreté los dientes con todas mis fuerzas y ahogué en mi pecho el horrible dolor que me despedazaba.

Comprendí: había sido una mano piadosa la que había cerrado el pestillo de mis recuerdos. Ahora estaba escrito muy claramente en mi conciencia lo que un corto reflejo de viejos tiempos me acababa de traer: un amor que había sido demasiado fuerte para mi corazón, que había estado royéndome durante años el pensamiento; y la noche de la locura se convirtió entonces en el bálsamo de mi espíritu herido.

Una calma mortal se posó poco a poco sobre mí y enfrió las lágrimas tras mis párpados. El eco de las campanas cruzó sombrío y orgulloso la catedral, y pude mirar sonriente y alegre los ojos que habían venido a buscar mi ayuda.

De nuevo oí el sordo ruido de la portezuela y el trote de los caballos.

Bajé a la ciudad por la nieve que tenía el brillo azulado de la noche.

Los faroles me miraban asombrados guiñando los ojos, y

de las montañas de abetos surgía el susurro de las lentejuelas y las nueces plateadas de la próxima Navidad.

En la plaza del ayuntamiento las viejas mendigas, bajo la luz de las velas, susurraban, envueltas en sus grises pañuelos de cabeza, una plegaria a la virgen, bajo la columna de María.

Ante la oscura entrada del barrio judío estaban los puestos del mercado navideño. En el centro, cubierto con un paño rojo, llamaba la atención, alumbrado por las antorchas medio encendidas, el escenario abierto de un teatro de marionetas.

El polichinela de Zwakh, vestido de púrpura y violeta, con el látigo en la mano del que colgaba una calavera, galopaba sobre las tablas en su caballo de madera.

Los pequeños — con sus gorros de piel tapándoles las orejas — en fila, unos junto a otros — miraban con las bocas abiertas y escuchaban ensimismados los versos del poeta de Praga, Oscar Wiener, que mi amigo Zwakh recitaba desde dentro del armario:

Delante caminaba un muñeco.
el muchacho era delgado como un poeta
iba vestido con trapos de colores
se tambaleaba y hacía gestos...

Entré en la callejuela oscura y llena de esquinas que acababa en la plaza. En silencio, muchas personas miraban en la oscuridad, muy juntas unas a otras, un bando.

Un hombre encendió una cerilla y pude leer a trozos algunas líneas. Con oscuros pensamientos mi conciencia captó algunas palabras:

Se busca —
1.000 florines de recompensa
Señor mayor ... vestido de negro ...
..... señas:
cara rellena, bien afeitada .....
..... color de pelo: blanco .....
.....Dirección policial .....Habitación núm....

Sin desearlo, sin tomar parte en ello, como un cadáver viviente, entré despacio entre las oscuras filas de casas.

Un puñado de pequeñas estrellas brillaba en el cielo, en el estrecho y oscuro camino, sobre los tejados.

Mis pensamientos volvieron tranquilamente a la catedral, y la serenidad de mi alma se hizo aún más pacífica y profunda; desde la plaza llegó hasta mí, cortante y clara — como si estuviese junto a mi oreja — la voz del marionetista, a través del aire invernal.

¿Dónde está el corazón de piedra roja
que colgaba de una cinta de seda
y brillaba en el rojo amanecer?

Visión

Estuve caminando, midiendo la habitación hasta muy pasada la noche, sin descanso y me devanaba los sesos buscando cómo podría yo ayudarla a «ella». Muchas veces estuve a punto de bajar donde Schemajah Hillel y de contarle lo que me había confiado para pedirle consejo. Pero todas las veces rechacé esta decisión.

Era para mí tan grande, tan importante, que me parecía una profanación molestarle con cosas de la vida exterior; pero, después, en otros momentos me sobrevenían ardientes dudas de si en realidad había vivido todo eso, de hecho había ocurrido hace tan poco, y sin embargo parecía todo tan pálido y descolorido en comparación con los acontecimientos tangibles del día transcurrido.

¿Acaso había soñado? ¿Podía yo — un hombre al que había sucedido el inaudito hecho de olvidar su pasado — aceptar ni por un segundo como seguro algo cuyo único testigo para confirmarlo definitivamente era mi memoria?

Mi mirada se posó en la vela de Hillel que todavía yacía sobre el sillón. Gracias a Dios, por lo menos una cosa era segura: ¡había estado en contacto personal con él!

¿No debía correr hacia él sin pensarlo más y, abrazándole las rodillas, contarle de hombre a hombre que un dolor indecible roía mi corazón?

Tenía la mano sobre el timbre y la volví a retirar: preveía lo que iba a pasar: Hillel pasaría suavemente su mano sobre mis ojos y — no, no, ¡eso no! Yo no tenía derecho a pedir ningún alivio. «Ella» confiaba en mí y en mi ayuda y, aunque en ciertos momentos el peligro en que se encontraba me parecía mínimo e insignificante — *«ella»* lo consideraba gigantesco.

Mañana tendría tiempo de pedir consejo a Hillel. Me obligué a mí mismo a pensar fría y serenamente: ¿molestarle, ahora, en plena noche? — no podía ser. Así sólo actuaría un loco.

Quise encender la luz, pero de nuevo lo dejé: el brillo de la luz de la luna caía desde los tejados a mi habitación y me daba más claridad de la que necesitaba. Temí que la noche transcurriera más lenta si encendía la luz.

Había tanta desesperación en la idea de encender la lámpara sólo para esperar el día... un miedo silenciosamente me decía que la mañana se apartaría con ello a una lejanía inalcanzable.

Me acerqué a la ventana: las filas de tejados barrocos se mostraban como un cementerio espectral fluctuante en el aire — losas sepulcrales con las fechas borradas y, apilados sobre estos sepulcros mohosos, estas «viviendas» en las que se ha horadado el hervidero de pasillos y cuevas de los vivientes.

Estuve así largo rato, mirando fijamente hacia arriba, hasta que muy poco a poco comencé a asustarme de por qué no me asustaba cuando a través de los muros llegó hasta mis oídos claramente el ruido de unos pasos contenidos.

Escuché: no había duda: alguien caminaba al otro lado. El ligero quejido de las tablas denunciaba que una suela se arrastraba dudosa.

De repente volví en mí. Me hice realmente más pequeño, todo se encogió en mí ante la presión del deseo de oír. Todo concepto y toda noción de tiempo se convirtió en presente.

Otro rápido crujido que se asustó de sí mismo y que enseguida acabó. Después, silencio sepulcral. Ese silencio expectante y terrible que se traicionaba a sí mismo y que en unos minutos puede crecer gigantescamente.

Permanecí inmóvil, con la oreja pegada a la pared y la amenazadora sensación en la garganta de que al otro lado había alguien que hacía exactamente lo mismo que yo.

Escuchaba y escuchaba, nada

El ático de al lado parecía muerto.

En silencio — de puntillas — me acerqué al sillón que estaba junto a mi cama, cogí la vela de Hillel y la encendí.

Entonces recapacité: la puerta de metal del desván, que

conducía al estudio de Savioli, sólo podía abrirse desde el otro lado.

Cogí al azar un alambre en forma de gancho que estaba encima de la mesa sobre mis cinceles: ese tipo de cerraduras saltan muy fácilmente. Con la primera presión alcancé el muelle de la cerradura.

¿Qué sucedería después?

No lo pensé mucho tiempo: ¡actuar, no pensar! ¡Aunque sólo fuera por destrozar esa espera al amanecer!

Al momento me encontré ante la puerta del desván, me pegué a ella, introduje con mucho cuidado el alambre en la cerradura y escuché. Se oía exactamente un murmullo raspante en el estudio, como cuando alguien abre un cajón.

Poco después se retiró rápidamente el cerrojo.

Pude observar toda la habitación y vi, a pesar de que casi estaba a oscuras y mi vela me cegaba, que un hombre envuelto en un largo abrigo negro saltaba asustado por delante de una mesa — estuvo durante un segundo indeciso dudando de adónde debía dirigirse — e hizo un movimiento como si quisiera abalanzarse sobre mí. Pero enseguida se quitó el sombrero de la cabeza y se tapó rápidamente la cara con él.

Quise preguntar: «¿Qué busca usted aquí?», pero el hombre se me adelantó:

«¡Pernath! ¿Es usted? ¡Por Dios, apague esa luz!» La voz me pareció conocida, pero no era en absoluto la del cambalachero Wassertrum.

Apagué automáticamente la vela.

La habitación estaba en penumbras — pálidamente iluminada por el tenue vaho que entraba por el hueco de la ventana — igual que la mía, y tuve que esforzar al máximo mis ojos hasta poder reconocer en el rostro demacrado y tísico, que de repente surgió del abrigo, los rasgos del estudiante Charousek.

Me vino a la boca «¡El monje!», y de golpe comprendí la visión que tuve ayer en la catedral. *¡Charousek, ése era el hombre al que debía dirigirme!* — y oí de nuevo las palabras que me dirigiera aquel día de lluvia bajo el arco. «Aaron Wassertrum se enterará de que se puede pinchar a través de las paredes

con agujas invisibles y envenenadas. ¡Será precisamente el día en que intente estrangular al Dr. Savioli!»

¿Tenía en Charousek un aliado? ¿Sabía él también lo que había ocurrido? Su presencia aquí en una hora tan extraña permitía suponerlo, pero temía plantearle la cuestión directamente.

Había corrido hacia la ventana y observaba la calleja entre las cortinas.

Me di cuenta de que temía que Wassertrum hubiera notado la claridad de mi vela.

«Usted, maestro Pernath, pensará seguro que soy un ladrón, puesto que estoy rebuscando aquí, de noche, en una casa que no es mía», comenzó a decir tras un largo silencio con voz insegura, «pero yo le juro...»

Le interrumpí inmediatamente y le tranquilicé.

Para demostrar que no ocultaba en absoluto ninguna desconfianza hacia él, sino que más bien le veía como un aliado, le conté con pequeñas reservas, que consideraba necesarias, el motivo que me traía al estudio: temía que una mujer, muy próxima a mí, estuviese en peligro de convertirse de algún modo en víctima de los manejos chantajistas del cambalachero.

De la forma cortés con que me escuchaba, sin interrumpirme con sus preguntas, deduje que conocía gran parte del asunto, aunque quizá no sabía todos los detalles.

«¡Es cierto!», dijo pensativo cuando acabó. «Por lo tanto; ¡no me he equivocado! El individuo quiere asesinar a Savioli, pero por lo visto todavía no ha reunido material suficiente. ¿Por qué, si no, iba a estar merodeando continuamente por aquí? Pues ayer iba yo, digamos "casualmente", por la calleja Hahnpass — dijo él al notar mi gesto inquisitivo — y de repente me llamó la atención que Wassertrum paseara, al parecer despreocupado, de arriba a abajo, por delante del portalón, pero cuando creyó que nadie le observaba entró rápidamente en la casa. Inmediatamente le seguí e hice como si quisiera visitarle a usted, es decir, llamé a su puerta, y al hacerlo le sorprendí manipulando con una llave en la cerradura de la puerta de hierro. Naturalmente en el momento en que yo llegué lo dejó y, como precaución, llamó también a

su puerta. Al parecer usted no estaba en casa, pues nadie abrió.

»Después de preguntar cuidadosamente en el barrio judío, me enteré de que alguien, que por las descripciones podía ser el Dr. Savioli, tenía aquí, a escondidas, un estudio. Puesto que el Dr. Savioli está gravemente enfermo, recompuse yo el resto del hecho.

»Mire usted, esto lo he reunido yo rebuscando entre los cajones para adelantarme en cualquier caso a Wassertrum», añadió Charousek señalando un paquete de cartas sobre la escribanía. «Es todo lo que he podido encontrar escrito. Espero que no haya nada más. Por lo menos he revuelto y buscado en todos los armarios y baúles, lo mejor que pude en la oscuridad.»

Mis ojos observaban con atención la habitación mientras él hablaba e involuntariamente se quedaron fijos en una trampilla. Entonces me acordé borrosamente de que Zwakh me había hablado en una ocasión acerca de un acceso que conducía al estudio.

Era una placa cuadrada con una anilla.

«¿Dónde vamos a guardar las cartas?», dijo Charousek de nuevo. «Usted, maestro Pernath, y yo somos seguramente los dos únicos en todo el ghetto que podemos parecerle inofensivos a Wassertrum — ¿por qué precisamente *yo,* eso voy a tener — motivos especiales» — (vi cómo su cara se retorcía llena de un odio salvaje al pronunciar hiriente la última frase) — «y a usted le considera» — Charousek ahogó la palabra «loco» en una tos rápida y artificial, pero yo adiviné lo que iba a decir. No me dolió; la impresión de poder ayudarla a «ella» me hacía tan feliz que se había borrado toda sensiblería.

Nos pusimos de acuerdo en esconder el paquete en mi casa, y pasamos a mi habitación.

Hacía ya rato que Charousek se había marchado, pero yo no podía decidirme aún a meterme en la cama. Una cierta insatisfacción interior que me remordía me lo impedía. Sentía que debía hacer algo más, pero ¿qué?

¿Hacer un plan para el estudiante de lo que debía seguir haciendo?

No era suficiente. De todas formas Charousek no perdía de vista a Wassertrum. De eso no existía duda alguna.

Me estremecí al pensar en el odio que había en sus palabras.

¿Qué le podía haber hecho Wassertrum?

Esa extraña inquietud interna crecía en mí y me llevaba casi a la desesperación: algo invisible, del más allá, me llamaba y yo no lo comprendía.

¿Debía bajar a ver a Schemajah Hillel?

Cada una de mis fibras se negaba a ello.

La visión en la catedral del monje sobre cuyos hombros apareció ayer la cabeza de Charousek, como respuesta a mi mudo ruego de consejo, era para mí señal suficiente para no despreciar desde ese momento sin más ni más esos oscuros sentimientos y sensaciones. Ya no había ninguna duda de que en mí germinaban desde hace mucho tiempo fuerzas ocultas: lo sentía con demasiada lucidez y demasiada potencia como para intentar negarlo.

Comprendí que la clave para entenderse en un lenguaje claro con el propio interior está en *sentir* las letras, no sólo en leerlas con la vista en los libros — en crear en sí mismo un intérprete que tradujera lo que los instintos murmuran sin palabras.

«Ellos tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen», recordé esta cita de la Biblia como una aclaración a la cuestión.

Noté que mis labios repetían mecánicamente: «Llave, llave, llave», mientras que mi espíritu me repetía embaucador esas extrañas ideas.

«¿Llave, llave?» Mi mirada se fijó en el torcido alambre que poco antes me había servido para abrir la puerta y una curiosidad ardiente me hostigó a descubrir adónde conduciría la cuadrada trampilla del estudio.

Y sin pensarlo más entré de nuevo en el estudio de Savioli y tiré de la anilla de la trampilla hasta que por fin conseguí levantar la tapa.

Al principio sólo oscuridad.

Después vi unas escaleras estrechas y empinadas que bajaban a la oscuridad. Descendí.

Durante un tiempo fui tanteando con las manos las paredes; pero nunca llegaba el fin, nichos húmedos de lodo y moho — esquinas, ángulos, recovecos — pasillos rectos hacia el frente, hacia la derecha e izquierda, restos de una vieja puerta de madera, divisiones en el camino y de nuevo escaleras, escaleras hacia arriba y hacia abajo. Por todas partes un opaco y asfixiante olor a hongos y tierra.

Y sin un rayo de luz.

¡Si hubiera cogido por lo menos la vela de Hillel!

Por fin un camino llano y liso.

Por el crujido de mis pasos deduje que caminaba sobre arena seca.

No podía ser más que uno de esos innumerables caminos que, al parecer, sin sentido y sin ninguna finalidad, conducen por debajo del ghetto al río.

No me asombré: la mitad de la ciudad se hallaba desde tiempos inmemorables sobre esos caminos subterráneos y los habitantes de Praga tenían desde hace mucho tiempo una razón decisiva para temer la luz del día.

La ausencia total de ruido sobre mi cabeza me decía que todavía me encontraba en la zona del barrio judío que por la noche está como muerto, a pesar de que ya llevaba una eternidad caminando. Si hubiera sobre mí calles o plazas más animadas se habrían delatado por el lejano ruido de los coches.

Durante un segundo me ahogó el miedo. ¿Qué pasaría si estuviese caminando en círculo? ¿Si me cayera en un agujero, me hiriera o rompiera una pierna y no pudiese seguir avanzando?

¿Qué pasaría entonces con *sus* cartas en mi habitación? Caerían inevitablemente en manos de ese Wassertrum.

Sin quererlo, el pensar en Schemajah Hillel, al que yo relacionaba vagamente con el concepto de un amigo y un guía, me tranquilizó.

Como medida de precaución seguí, sin embargo, más despacio, tanteando el paso; llevaba los brazos en alto para no golpearme sin darme cuenta la cabeza, en caso de que el techo se hiciera más bajo.

De tiempo en tiempo, y luego con mayor frecuencia, ro-

zaba el techo por encima de mi cabeza con las manos, hasta que por fin las piedras bajaron tanto que tuve que agacharme para poder seguir.

De repente, entré con un brazo en alto en una habitación vacía.

Me quedé quieto y miré fijamente hacia arriba.

Poco a poco me pareció como si del techo cayera, tenue e indecisa, una luz silenciosa y apenas sensible. Acababa aquí una tubería, ¿quizá de algún sótano?

Me erguí y fui tanteando con ambas manos alrededor de mí a la altura de la cabeza: la abertura era exactamente cuadrada y con paredes empedradas.

Conseguí distinguir al fondo los rasgos llenos de sombras de una cruz horizontal y por fin logré alcanzar los barrotes, escalar y deslizarme entre ellos.

Ahora *estaba de pie* sobre la cruz. Me orienté.

Aquí acababan, claramente, los restos de una escalera de caracol, si el tacto de mis dedos no me engañaba.

Tuve que ir tanteando durante mucho, muchísimo tiempo, hasta encontrar por fin el segundo escalón, y entonces subí.

Eran en total ocho escalones. Cada uno casi a la altura de un hombre sobre el otro.

Extraordinario: la escalera acababa en una especie de plancha horizontal, que dejaba pasar la luz a través de las líneas que se cortaban con regularidad, según noté más abajo en el pasillo.

Me agaché cuanto pude para poder distinguir desde una distancia mayor la dirección de las líneas y vi con asombro que formaban exactamente un hexágono, tal y como se encuentran en las sinagogas.

¿Qué podía ser?

De repente me di cuenta: ¡era una trampilla que por los cantos dejaba pasar la luz!

Una trampilla de madera en forma de estrella.

Apoyé con fuerza los hombros contra la placa y empujé hacia arriba. De pronto me encontré en una habitación iluminada por la clara luz de la luna.

Era bastante pequeña, totalmente vacía, excepto un pe-

queño montón de trastos en un rincón, y no tenía más que una ventana, con unas fuertes rejas.

No pude descubrir ninguna puerta, ni ninguna otra entrada, con excepción de la que yo acababa de utilizar, a pesar de la minuciosidad con que investigué una y otra vez las paredes.

Las barras de la ventana estaban muy juntas como para no dejar pasar más que una cabeza y pude ver que:

La habitación se encontraba aproximadamente a la altura de un tercer piso, pues las casas de enfrente no tenían más que dos pisos y eran bastante más bajas.

Apenas podía ver la acera de la calle, pues debido a la cegadora luz de la luna que me daba de lleno en la cara, estaba hundida en profundas sombras que me impedían totalmente distinguir los detalles.

Sin embargo, la calleja pertenecía sin duda al barrio judío, ya que las ventanas de enfrente estaban todas tapiadas o señaladas en la construcción por listones, y sólo en el ghetto se vuelven las casas la espalda de esta manera.

Me martirizaba en vano por deducir qué era la extraña construcción en la que me encontraba.

¿Sería quizás una torrecilla lateral abandonada de la iglesia griega? ¿O pertenecía acaso de algún modo a la sinagoga Altneus?

Los exteriores coincidían.

De nuevo miré a mi alrededor en la habitación: nada que me diera la más pequeña pista. — Las paredes y el techo estaban desnudos, el revoco y la cal se habían caído hacía ya mucho tiempo y no había ni clavos ni agujeros que demostraran que la habitación hubiese estado habitada anteriormente.

El suelo estaba cubierto de polvo, hasta la altura de los tobillos, como si en decenios no hubiera entrado allí ningún ser viviente.

Me repugnaba rebuscar entre los trastos del rincón. Estaba totalmente a oscuras y no podía ver de qué se componían.

Por el aspecto exterior daba la impresión de ser trapos, envueltos en un hatillo.

¿O eran un par de viejas maletas de madera negras?

Me acerqué y tanteando con el pie conseguí arrastrar con el tacón hasta la luz, que vertía la luna a través de la habitación, una parte del mantón. Parecía como una cinta ancha y oscura, que muy despacio se desenrolló.

¡Un punto brillante como un ojo!

¿Sería quizás un botón metálico?

Poco a poco me di cuenta: una manga salía del montón, una manga de un corte extraño y antiguo.

Debajo había como una pequeña caja blanca, o algo parecido que se abrió bajo mis pies y se deshizo en un montón de hojas con manchas.

Le di un pequeño empujón; una hoja voló hasta la luz.

¿Una foto?

Me agaché: un *Fou.*

Lo que me había parecido una caja blanca era un juego de tarots.

¿Podía haber algo más ridículo?, ¡un juego de cartas en este lugar fantasmagórico!

Es curioso que tuviera que esforzarme por reír. Una ligera sensación de terror me invadió.

Busqué una aclaración banal, de cómo podían haber llegado hasta aquí estas cartas. Entretanto las contaba mecánicamente.

Estaba completo: setenta y ocho piezas. Pero ya al contarlas algo me llamó la atención: las hojas eran como de hielo.

Salía de ellas un frío paralizador y, al tener el paquete de cartas en las manos, apenas lo podía soltar, tal era la rigidez de mis dedos. De nuevo busqué desaforadamente una sencilla explicación:

Mi traje tan fino, mi larga caminata sin abrigo ni sombrero por esos pasillos subterráneos, la terrible noche de invierno, las paredes de piedra, la horrible escarcha que entraba con la luz de la luna por la ventana. Era bastante extraño que no hubiera notado el frío hasta ahora. La excitación en la que me había encontrado todo el rato me debía de haber hecho olvidarlo.

Un escalofrío tras otro se deslizaban sobre mi piel. Poco a poco, capa tras capa, iba penetrando siempre más adentro de mi cuerpo.

Sentí que mi esqueleto se convertía en hielo y notaba cada uno de mis huesos como frías barras de metal en las que se quedaba helada la carne.

No servía de nada correr alrededor de la habitación, ni taconear con los pies, ni golpearme con los brazos. Apreté los dientes para no oír su castañeo.

Esto es la muerte, me dije, que pone sus manos frías sobre mi cabeza.

Y me defendía como un loco contra el sueño atolondrante de la congelación, que venía a envolverme, cómodo y asfixiante, como un abrigo.

Las cartas en mi habitación — *¡sus cartas!* — gritaba algo dentro de mí: las encontrarán si me muero aquí. ¡Y ella que confía en mí! ¡Ha puesto su salvación en mis manos! — ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Grité a través de los barrotes de la ventana hacia la calleja vacía y el eco repetía: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!».

Me eché al suelo y me levanté de nuevo de un salto. No podía morirme, ¡no podía! ¡Por ella, sólo por ella! Aunque tuviera que sacar chispas de mis huesos a golpes para calentarme.

Mi mirada se posó entonces sobre los harapos del rincón, me arrojé sobre ellos y me los eché con las manos vacilantes sobre mis ropas.

Era un traje desgastado, de un paño grueso y oscuro, con un corte extraño, anticuadísimo.

Olía a moho.

Me acurruqué en el rincón de enfrente y noté que mi piel se iba calentando despacio, muy despacio. Pero la terrible sensación de mi propio esqueleto helado no quería desaparecer. Estaba allí, sentado, sin moverme, paseando la vista: la carta que había visto al principio — el *Fou* — estaba todavía a la luz en el centro de la habitación.

Algo me obligaba a mirarla fijamente.

Parecía, por lo que podía reconocer desde aquella distancia, pintada torpemente con acuarelas por un niño y representaba la letra hebrea, el aleph, en la forma de un hombre vestido a la antigua usanza de los francos, con la perilla re-

cortada, levantando el brazo izquierdo y señalando hacia abajo con el otro.

¿No tenía el rostro del hombre una extraña semejanza con el mío?, me pregunté de pronto. — La barba no le pegaba nada a un *Fou* —. Me arrastré hasta la carta y la arrojé al rincón con el resto de los cachivaches para librarme de ese miedo torturador.

Estaba allí y brillaba — una mancha indeterminada y grisácea desde la oscuridad.

Me obligué a pensar en lo que debería emprender para volver a mi casa:

¡Esperar a la mañana! Llamar a los que pasaran por abajo para que me subieran desde fuera con una escalera, velas o un farol. — Sentí con absoluta seguridad que sin luz nunca lograría encontrar el regreso en esos interminables y eternos caminos llenos de encrucijadas. — O, en el caso de que la ventana estuviera demasiado alta, que alguien desde arriba con una cuerda —. ¡Santo cielo!, como un rayo cruzó por mi mente: ahora sabía dónde me encontraba: *¡En la habitación sin acceso* — sólo con una ventana enrejada — la antigua casa en la calleja Schulgasse, que todo el mundo evitaba! — Ya una vez, hace muchos años, había bajado un hombre colgado de una cuerda desde el tejado para mirar a través de la ventana y la cuerda se había roto — sí: *¡me encontraba en la casa en la que siempre desaparecía el espectral Golem!*

Un profundo horror, contra el que luchaba en vano y que ya no podía vencer ni siquiera al recordar las cartas, paralizaba cualquier otro pensamiento y mi corazón comenzó a encogerse.

Me repetía arrebatado, con los labios entumecidos, que no era más que viento lo que entraba y llegaba helado hasta mí desde la esquina; me lo decía siempre más y más de prisa, con la respiración entrecortada — pero ya no servía de nada: aquella mancha blancuzca — la carta — se hinchaba formando pompas, llegaba tanteando hasta el rayo de luna y volvía arrastrándose a la oscuridad. — Se producían sonidos que goteaban — medio imaginados, presentidos, semirreales — dentro de la habitación y sin embargo fuera de ella, a mi alrededor y sin embargo en otra parte — muy dentro del cora-

zón y de nuevo en medio de la habitación: ruidos, como cuando se cae un compás y la punta se clava en la madera.

Una y otra vez: la mancha blancuzca — ¡la mancha blancuzca! — Me gritaba metiéndome en la cabeza — es sólo una carta, una simple, absurda y tonta carta de juego — en vano — sin embargo ahora — ahora el *Fou* ha tomado forma — y agachado en la esquina me clava su mirada, en *¡mi propio rostro!*

Estuve allí, encogido, inmóvil, durante horas y horas — en mi rincón, como un esqueleto helado y rígido envuelto en ropas extrañas y mohosas — y él también, allí mismo: mi propio yo.

Mudo e inmóvil.

Así nos estuvimos mirando a los ojos — uno el horrible reflejo del otro.

El también vería cómo los rayos de luz se arrastran con la pereza de un caracol y palidecen más y más, subiendo por la pared como las agujas de un reloj que midiera la eternidad.

Le hechicé con una mirada y no le sirvió de nada su deseo de desaparecer en la luz del amanecer que entraba por la ventana en su ayuda.

Le retuve.

Paso a paso he luchado con él por mi vida — por la vida que es mía, porque ya no me pertenece.

Cuando se hizo cada vez más pequeño y volvió, con el principio del día, a esconderse en su carta, me levanté, fui hacia él y lo metí en el bolsillo — ¡al *Fou!*

La calleja, abajo, seguía estando desierta, vacía.

Revolví y registré el rincón de la habitación que ahora se hallaba bajo la pálida luz matinal: escombros, una sartén roñosa, harapos apolillados, el cuello de una botella. Cosas muertas y, sin embargo, ¡tan extrañamente conocidas!

Y también las paredes — ¡qué claros se veían las grietas y los descascarillones! — ¿Dónde los había visto?

Cogí el montón de cartas en la mano — algo empieza a aclararse: ¿no las pinté yo mismo en una ocasión, de niño, hace mucho tiempo?

Era un juego de tarots antiquísimo. Con caracteres hebraicos. — El número doce tiene que ser el Ahorcado, me vino

parcialmente a la memoria. — ¿Con la cabeza hacia abajo, los brazos a la espalda? — Lo busqué entre las cartas. ¡Aquí, aquí estaba!

De nuevo, medio en sueños, semiconsciente, una imagen se apareció ante mí: una escuela ennegrecida, jibosa, torcida, un edificio ceñudo, brujeril, con el hombro izquierdo levantado, y el otro apoyado en otra casa. — Nosotros, unos cuantos chicos jóvenes — hay en alguna parte un sótano abandonado.

Entonces observé mi cuerpo y de nuevo enloquecí: aquel traje antiguo me era totalmente desconocido.

Me asustó el ruido de un carro, pero, al levantar la mirada: ¡ni un alma humana! Sólo un perro meditabundo sentado en una esquina.

¡Ya! ¡Por fin! ¡Voces! ¡Voces humanas!

Dos viejas venían caminando lentamente cuando introduje media cabeza por entre las rejas y grité.

Con la boca entreabierta miraron, asombradas, hacia arriba y murmuraron algo. Pero cuando me vieron dieron un grito estridente y salieron corriendo. Comprendí que habían pensado que yo era el Golem.

Esperaba que se arremolinara gente y que podría explicarme, pero pasó más de una hora y sólo de vez en cuando miraba desde abajo una cara pálida con mucho cuidado para retroceder de nuevo presa de un susto mortal.

Debería esperar a que tras de unas horas, o quizá mañana, llegaran los policías — la bofia, como solía llamarlos Zwakh.

No, preferí explorar parte de los pasillos subterráneos.

Quizás ahora, durante el día, entrase, por entre algunas grietas de las piedras, una huella de luz.

Bajé por la escalera. Continué por el camino por el que ayer había llegado — por entre montones de escorias, de ladrillos rotos, a través de sótanos hundidos — subí por los ruinosos restos de una escalera y me encontré, de repente — en el pasillo de la *negra escuela,* que poco antes viera en mi sueño.

Al momento fui arrastrado por una enorme ola de recuerdos: bancos sucios de tinta de arriba abajo, cuadernos de

cálculo, cantos berreantes de chiquillos, un chico que suelta una mariquita en clase, libros de lectura con bocadillos estrujados y olor a peladura de naranja. Ahora lo sabía con seguridad: yo había estado aquí de niño. — Pero no me concedí tiempo para pensar y me fui deprisa a casa.

El primer hombre que me encontré en la calle Salniter era un viejo judío con las patillas blancas, rizadas. Apenas me vio se tapó la cara con las manos y recitó en voz alta varias oraciones hebreas.

Al oír sus plegarias debió salir mucha gente de sus cuevas, pues detrás de mí se organizó un griterío indescriptible. Me volví y vi que me seguía un ejército revoloteante de rostros pálidos como cadáveres, desencajados por el terror.

Me miré asombrado y comprendí: todavía llevaba encima desde la noche el extraño ropaje medieval y la gente creía tener ante sí al Golem.

Rápidamente volví una esquina y, detrás de un portal, me arranqué los harapos apolillados.

Casi inmediatamente pasó corriendo por delante mío un montón de gente, con palos en alto y las bocas desencajadas, gritando.

Luz

Había llamado un par de veces a lo largo del día a la puerta de Hillel: no podía tranquilizarme, tenía que hablar con él y preguntarle qué significaban todos esos extraños sucesos; pero siempre me decían que no estaba en casa.

Su hija me pondría en contacto con él en cuanto llegara del ayuntamiento judío.

¡Una muchacha especial, esta Miriam!

Un tipo como no he visto antes.

Una belleza tan extraña que en un primer momento no se podía captar — una belleza que le deja a uno mudo nada más verla y que despierta una sensación inexplicable, algo así como una suave falta de valor.

Estuve recapacitando y tuve la certeza de que su rostro respondía a unos cánones de belleza perdidos hace siglos.

Entonces imaginé qué piedra preciosa debía elegir para plasmarla en una gema conservando a la vez la expresión artificial: pero me di cuenta de que en lo más superficial, en lo más externo, en el brillo negro-azulado de su cabello, en sus ojos, algo superaba todo lo que yo pudiera pensar. — ¿Cómo retener en un camafeo esa delgadez no terrena de su rostro, para los sentidos y para la mirada, sin limitarse a la torpe imitación de los cánones de orientación «artística»?

Comprendí que sólo se podría solucionar con un mosaico, pero ¿qué material debería elegir? Se necesitaría toda una vida para poder elegir lo adecuado.

¿Dónde estaría Hillel?

Le añoraba como a un querido y viejo amigo.

Era curioso cómo en pocos días había entrado tan hondo en mi corazón, pues, en realidad, para ser exacto, sólo había hablado con él una sola vez en mi vida.

Sí, exacto: las cartas — *sus* cartas —, mejor sería esconderlas. Para mi tranquilidad, en caso de que en otra ocasión faltara de casa por mucho tiempo.

Las saqué del arca: estarían más seguras en el joyero.

De entre las cartas resbaló una fotografía. No quería mirarla, pero era demasiado tarde.

El tejido del brocado sobre los hombros desnudos — tal y como lo vi en «ella» por primera vez, cuando entró para refugiarse en mi habitación desde el estudio de Savioli —, me saltó a los ojos.

Un horrible dolor me taladró. Leí la dedicatoria al pie de la foto sin comprender las palabras, y el nombre:

Tu Angelina.

¡Angelina!

Cuando pronuncié este nombre se rompió de arriba abajo la cortina que me ocultaba los años de mi juventud.

Creí estar a punto de derrumbarme de desolación. Agarroté los dedos en el aire y gemí — me mordí la mano: — ¡Santo Cielo! pedí, rogué, seguir solo siendo ciego — seguir viviendo en ese letargo, como hasta ahora.

El dolor me subía hasta la garganta. — Manaba. — Tenía un extraño sabor dulce — como sangre.

¡Angelina!

El nombre daba vueltas en mis venas y se convirtió en una insoportable y espectral caricia.

Con un brusco arranque me encogí y me obligué — apretando los dientes — a mirar la foto, hasta hacerme poco a poco su propietario.

¡Amo había escrito sobre ella!

Como esta noche sobre la carta.

¡Por fin, pasos! ¡Pasos de hombre!

El venía.

Lleno de gozo fui corriendo hasta la puerta y la abrí de un tirón.

Schemajah Hillel estaba fuera y, detrás de él — yo me hice ligeros reproches porque lo sentí como una desilusión —, con las mejillas coloradas y los ojos redondos de niño: el viejo Zwakh.

«Veo con alegría que se encuentra usted muy bien, maestro Pernath», comenzó Hillel.

¡Qué frío aquel «usted»!

Frío. Un frío constante, mortal, entró de repente en la habitación.

Aturdido, oí a medias lo que Zwakh, casi sin aliento por la excitación, comenzó rápidamente a contarme:

«¿Sabe usted ya que el Golem ha vuelto a aparecer? Hace muy poco que hemos hablado de eso, ¿se acuerda, Pernath? Todo el barrio judío está excitado. Vrieslander mismo lo ha visto. Y otra vez ha comenzado, como siempre, con un asesinato.» — Escuché asombrado: ¿un asesinato?

Zwakh me zarandeó: «¿No sabe usted nada de eso, Pernath? Abajo hay unos enormes pasquines de la policía, en todas las esquinas: dicen que han asesinado al grueso Zottmann, el "masón" — bueno me refiero al director de los Seguros de Vida Zottmann. Ya han detenido a Loisa, aquí en la casa, y Rosina la Pelirroja ha desaparecido sin dejar huella. — El Golem — el Golem — me pone los pelos de punta».

No le contesté y rebusqué en los ojos de Hillel. ¿Por qué me miraba tan fijamente?

Una risa contenida contrajo de repente los ángulos de su boca.

Comprendí. Era por mí.

Hubiera deseado arrojarme a su cuello de júbilo y alegría.

Encantado y fuera de mí, caminaba sin ningún plan por la habitación. ¿Qué debía traer? ¿Vasos? ¿Una botella de vino de Borgoña? (pero no tenía más que una). ¿Puros? — Por fin hallé las palabras: «Pero, ¿por qué no os sentáis?». Rápidamente empujé unos sillones hacia mis amigos.

Zwakh comenzó a enfadarse: «¿Por qué sonríe siempre, Hillel? ¿No cree usted que el Golem ha aparecido y camina como un espectro? Me parece que usted no cree en absoluto en el Golem».

«Yo no creería en él, aunque lo viera aquí, delante de mí, en la habitación», contestó Hillel tranquilamente dirigiéndome su mirada. — Comprendí el doble sentido que encerraban sus palabras.

Zwakh, asombrado, dejó de beber: «¿No le sirve para nada

a usted, Hillel, el testimonio de cientos de personas? Ya lo verá usted, Hillel, piense en mis palabras: ¡habrá ahora una muerte tras otra en el barrio judío! Yo lo conozco. El Golem lleva una terrible corte tras de sí».

«Una acumulación de sucesos similares no es nada milagroso», contestó Hillel. Lo dijo acercándose a la ventana y miró hacia la cambalachería. — «Cuando llega el hielo caliente del deshielo se siente hasta en las raíces, tanto en las buenas como en las venenosas.»

Zwakh me guiñó alegre un ojo y señaló con la cabeza a Hillel.

«Si el rabino quisiera hablar, nos podría contar cosas que nos erizarían el pelo», dijo a media voz. — Schemajah se volvió.

«Yo no soy "rabino" aunque pueda utilizar el título. Yo no soy más que un humilde archivero en el ayuntamiento judío y llevo el *Registro de Vivos y Muertos*.»

Sentí que en sus palabras había un significado oculto. También el marionetista lo sintió inconscientemente — se quedó en silencio, y durante largo rato nadie dijo una palabra.

«Escuche, rabino — perdone, Hillel, quería decir», comenzó de nuevo Zwakh al cabo de un tiempo, y su voz sonaba muy grave. «Hace ya mucho que quiero preguntarle algo. No necesita usted contestarme si no quiere o no puede.»

Schemajah se acercó a la mesa y jugó con el vaso de vino — no bebía: quizá se lo impedía el ritual judío.

«Pregunte tranquilamente, Zwakh.»

« — ¿Sabe usted algo acerca de la oculta ciencia judía de la Cábala, Hillel?»

«Sólo un poco.»

«He oído que hay un documento por el que se puede comprender la Cábala: el *Sohar*.»

«Sí, el *Sohar*, el libro del brillo.»

«Ve usted, ahí está», empezó a gemir Zwakh. «¿No es una injusticia que clama al cielo el que una escritura que, al parecer, tiene la clave para la comprensión de la Biblia y para alcanzar la felicidad...?»

Hillel le interrumpió: « — Sólo algunas de las claves».

«Bueno, bien, ¡pero por los menos algunas! — ¿y que esta escritura, por su alto valor y su rareza, sólo sea accesible a los ricos? ¡En un original único que para colmo está en el museo de Londres! — por lo menos eso me han contado. Y además en caldeo, arameo, hebreo, ¡o qué sé yo! — ¿He tenido *yo,* por ejemplo, alguna vez en mi vida la posibilidad de aprender estas lenguas o de viajar a Londres?»

«¿Ha dirigido siempre todos sus deseos con tanta intensidad hacia esta meta?», preguntó Hillel con una ligera ironía.

«Pues la verdad — no», concedió Zwakh, en cierto aspecto turbado.

«Entonces, no debería quejarse», dijo Hillel secamente. «El que no lucha por el espíritu con todos los átomos de su cuerpo — como uno que se está ahogando busca el aire — ése no podrá ver los misterios de Dios.»

«Sin embargo debería haber un libro en el que estén todas las claves de los enigmas del otro mundo, no sólo algunas», me pasó por la cabeza, mientras mi mano jugaba automáticamente con el *Fou,* que todavía llevaba en el bolsillo, pero antes de que pudiera formular mi opinión, ya la había expresado Zwakh.

Hillel sonrió de nuevo como una esfinge: «Toda pregunta que un hombre pueda formular está resuelta en el mismo momento en que la plantea espiritualmente».

«¿Entiende usted lo que quiere decir con eso?», me preguntó Zwakh.

Yo no le respondí y contuve la respiración para no perder una sola palabra de la lección de Hillel.

Schemajah continuó:

«Toda la vida no es *nada* más que preguntas que han tomado forma, que llevan en sí el germen de las respuestas — respuestas que van preñadas de preguntas. El que vea en ella cualquier otra cosa es un loco.»

Zwakh dio un puñetazo en la mesa.

«Sí, preguntas que cada vez son distintas y respuestas que cada uno comprende de una forma diferente.»

«Precisamente de eso se trata», dijo Hillel amablemente. «El curar a todos los hombres con *una sola* cuchara — es únicamente privilegio de los médicos. El que pregunta recibe la

respuesta que necesita: de lo contrario la criatura iría por el camino de sus añoranzas. ¿Cree usted que nuestras escrituras judías están escritas en consonantes únicamente por capricho? Cada uno tiene que encontrar para sí mismo las ocultas vocales que le aclaren el significado hecho para él — pues la palabra viva no se debe quedar rígida en un dogma muerto.»

El marionetista negó con fuerza.

«Estas son sólo palabras, rabino, *¡palabras!* Quisiera ser el último *Fou* si de ello sacara algo!»

¡Fou! — La palabra me golpeó como un rayo. Estuve a punto de caerme de la silla del susto.

Hillel evitó mi mirada.

«El último *Fou.* ¿Quién sabe si no se llama usted así en realidad?», resonó desde lejos en mi oído la respuesta de Hillel. «No se debe estar nunca demasiado seguro de las propias circunstancias. — Por cierto, ya que hablamos de cartas, señor Zwakh, ¿juega usted a tarots?»

«¿Tarots? Naturalmente, desde la infancia.»

«Entonces me extraña que pregunte por un libro en el que esté la Cábala, cuando usted mismo la ha tenido miles de veces en sus manos.»

«¿Yo? ¿En las manos? ¿Yo?» — Zwakh se llevó las manos a la cabeza.

«Sí, *¡usted!* ¿No le ha llamado nunca la atención que los tarots tienen veintidós triunfos — exactamente el mismo número que las letras del alfabeto hebreo? Además, ¿no nos muestran claramente nuestras cartas bohemias una gran cantidad de imágenes que son obviamente símbolos: el loco, la muerte, el demonio, el juicio final? ¿Cuán alto desea en realidad que le responda la vida al oído? — En realidad, no necesita saber que "tarok" o "tarot" significa lo mismo que la Tora judía = la ley, o la antigua forma egipcia "tarut" = la pregunta, y la palabra "tarisk" en la antiquísima lengua zend = Yo exijo la respuesta. — Los sabios sí deben saberlo, antes de mantener la afirmación de que el tarot proviene de la época de Carlos VI. — Y del mismo modo que el *Fou* es la primera carta del juego, así también es el hombre la primera imagen de su primer libro de estampas, su propio doble: — la letra hebrea Aleph, que, construida según la forma de un

hombre, señala con una mano al cielo y con otra hacia abajo, quiere decir: "Igual que arriba es abajo; lo mismo ocurre abajo que arriba". — ¡Por eso he preguntado hace un momento si de verdad se llama usted Zwakh y no *Fou!* — pero no lo evoque.» — Hillel me miraba mientras tanto fijamente y yo sospechaba que en el fondo de sus palabras ponía cada vez un nuevo significado. «¡Pero no lo llame, señor Zwakh! Se puede llegar a oscuros caminos, de los que nunca se ha vuelto, pues no encontró la salida nadie — *que no llevara un talismán consigo.* La tradición cuenta que en cierta ocasión descendieron tres hombres al reino de la oscuridad, uno se volvió loco, el otro ciego y sólo el tercero, el rabino Ben Akiba, pudo volver sano y dijo que se había encontrado a sí mismo. Usted me dirá que otros se encontraron también a sí mismos, por ejemplo Goethe, quienes en un puente o en cualquier otro escalón, que lleva desde una orilla a otra — se miraron a sí mismos a los ojos y *no* se volvieron locos. Pero en esos casos sólo se trataba de un reflejo de la propia conciencia y no del verdadero doble: no era eso que se llama "el hálito de los huesos", el "Habla Garmin" del que se ha dicho: "tal y como fue a la tumba incorrupto, así resucitará el día del juicio final".» La mirada de Hillel penetraba cada vez más profundamente en mis ojos. «Nuestras abuelas dicen de ese estado: "Vive muy alto sobre la tierra en una habitación sin puertas, con una sola ventana, desde la que es imposible comunicarse con los hombres. ¡El que sepa dominarlo e instruirlo será un buen amigo de sí mismo!". — Por último, por lo que se refiere a los tarots, sabe usted tanto como yo: para cada jugador aparecen las cartas de una forma distinta, pero el que utiliza los triunfos correctamente, ése gana la partida... Pero, ¡venga usted, señor Zwakh! Vámonos, de lo contrario se va usted a beber todo el vino del maestro Pernath, y no le va a quedar nada para él.»

Necesidad

Una batalla de copos de nieve tenía lugar ante mi ventana. Las estrellas de nieve — diminutos soldados envueltos en abriguitos blancos y gruesos — caían en regimientos, unos detrás de otros, ante el cristal — siempre en la misma dirección, como huyendo todos juntos ante un enemigo especialmente peligroso. De repente se hartaban de huir y por motivos misteriosos parecían tener un ataque de rabia y retrocedían rápidamente hasta que de nuevo les caían por arriba y por abajo nuevos ejércitos enemigos y transformaban todo en un remolino sin arreglo.

Me parecía que hacía ya muchos meses de aquellos acontecimientos extraordinarios que acababa de vivir, y de no ser porque llegaban diariamente nuevos y excitantes rumores sobre el Golem, que me hacían revivirlo todo, creo que hubiera podido sospechar, en un momento de duda, haber sido víctima de un estado de oscuridad anímica.

De todos los coloridos arabescos, que los sucesos habían tejido a mi alrededor, el que aún se destacaba con tonos más intensos, era lo que me había contado Zwakh sobre la muerte no aclarada del llamado «masón».

Relacionar al virueloso Loisa con esto no podía aclarar nada, a pesar de que no podía alejar de mí una oscura sospecha — casi inmediatamente después de que Prokop creyera oír aquella noche por el desagüe un ruido horrible, vimos al muchacho en Loisitschek. Si bien esto no nos daba pie para interpretar el grito bajo la tierra, que además podía haber sido perfectamente una ilusión de los sentidos, como el grito de auxilio de un hombre.

Me cegaba el torbellino de nieve delante de mis ojos, y comencé a ver todo en rayos danzantes. Dirigí de nuevo la

atención a la gema que tenía ante mí. El modelo de cera que había hecho del rostro de Miriam podía imprimirse perfectamente en esta piedra lunar de brillo azulado. — Me alegraba: había sido una agradable coincidencia el que hubiera encontrado entre mi colección de minerales algo tan adecuado. La negra matriz de la hornablenda recogía en la piedra exactamente la luz precisa y los bordes coincidían tan exactos como si la naturaleza la hubiera creado ex profeso para convertirse en la imagen imperecedera del fino perfil de Miriam.

Mi intención al principio fue hacer con ello un camafeo que representara al dios egipcio Osiris, pero la visión del hermafrodita del libro *Ibbur*, que en cualquier momento podía recordar con absoluta claridad, me había excitado mucho artísticamente, sin embargo, poco a poco, descubrí en los primeros cortes tal parecido con la hija de Hillel, que todo mi plan sucumbió.

¡El libro *Ibbur!*

Excitado, retiré la herramienta de acero. Era increíble el número de acontecimientos que en tan poco tiempo habían concurrido en mi vida.

Como alguien que de repente se siente transportado a un inmenso desierto de arena, caí de pronto en la cuenta de la profunda y gigantesca soledad que me separaba de mi prójimo.

¿Podría hablar alguna vez en toda confianza — exceptuando a Hillel —, con algún amigo, de lo que había vivido?

Era cierto que en las horas silenciosas de las pasadas noches había vuelto ese recuerdo que durante toda mi juventud — desde mi primera infancia — me había atormentado con una inexplicable sed de portentos; pero la satisfacción de ese ardiente deseo había llegado como una tormenta que ahogaba en mi alma con su enorme fuerza el grito de sorpresa y de alegría.

Temblaba ante el momento en que volviera a mí y comprendiera lo sucedido en tal asfixiante y total corporeidad que parecía real.

Pero ahora no debía regresar aún. Primero disfrutar de su encanto: ¡ver acercarse lo inexpresable en todo su fulgor!

Todavía lo tenía en mi poder. Sólo necesitaba entrar en

mi habitación y abrir la arqueta en la que estaba el libro *Ibbur*, ¡el regalo de lo invisible!

¡Cuánto tiempo hace que mi mano lo tocara, cuando metí allí las cartas de Angelina!

Ahora un sordo temblor, como cuando el viento, de tiempo en tiempo, tira sobre las aceras los montones de nieve formados en los tejados de las casas, seguidos de pausas de profundo silencio, puesto que la colcha de copos ahoga todo ruido en el asfalto.

Quise seguir trabajando — cuando de repente percibí el trote de un caballo a lo largo de la calle, tan fuerte que realmente se veían saltar las chispas.

Era imposible abrir la ventana y mirar afuera: unos músculos de hielo abrazaban los marcos de la ventana y los cristales estaban a medias cubiertos de nieve. Sólo pude ver que Charousek estaba, al parecer, muy apaciblemente junto al cambalachero Wassertrum — debían haber estado hablando un momento antes — y vi cómo el asombro que se dibujaba en sus rostros crecía y cómo, sin decir una palabra, miraban claramente al coche que había desaparecido de mi vista.

Se me pasó por la cabeza que era el marido de Angelina. — ¡Ella misma no podía ser! Pasar con su equipaje por aquí — ¡por la calle Hahnpass! — ¡a la vista de todo el mundo! — ¡Hubiera sido una locura! — Pero ¿qué debía decirle a su marido, si es que era él, y si me hacía preguntas directas?

Negar, naturalmente, negar.

Rápidamente imaginé la situación: sólo puede ser su marido. Ha recibido una carta anónima — de Wassertrum — diciéndole que había estado aquí en una cita, y ella ha buscado una excusa: seguramente que me ha encargado una gema o cualquier otra cosa — ¡Ya! Unos golpes furiosos en la puerta y Angelina estaba ante mí.

No podía pronunciar ni una sola palabra, pero la expresión de su rostro me lo reveló todo: ya no necesitaba esconderse. La canción se había acabado.

Sin embargo, algo surgió ante mí que se negaba a esta suposición. No podía acabar de creer que la sensación de poder ayudarla me hubiese engañado.

La acompañé hasta el sillón. Le acaricié en silencio el ca-

bello: y ella, muerta de cansancio, ocultó como un niño su cabeza en mi pecho.

Podíamos oír el chisporroteo de los leños que ardían en la estufa y miramos cómo su rojo fulgor pasaba rápidamente por el suelo, se encendía y apagaba — se encendía y apagaba — se encendía y apagaba.

«¿Dónde está el corazón de piedra roja...?», exclamó algo en mi interior. Me sobresalté: ¿dónde estoy? ¿Desde cuándo está ella aquí?

La examiné — en silencio, con cuidado, con mucho cuidado, para que no se despertara y para no rozar con la sonda la herida abierta.

Por fragmentos, por tiempos, me enteré de lo que necesitaba saber, colocando y juntando todo como un mosaico.

«¿Su marido sabe...?»

«No, todavía no; está de viaje.»

Por lo tanto se trata de la vida del doctor Savioli — Charousek ha acertado. Y ella estaba aquí porque se trataba de la vida del doctor Savioli y no ya de la suya. Comprendí que ahora ella no pensaba en ocultar nada.

Wassertrum había estado otra vez donde el doctor Savioli. Había logrado llegar con amenazas y por la fuerza hasta su lecho de enfermo.

¡Y más! ¡Más! ¿Qué quería del doctor Savioli?

¿Qué quería? Ella se había enterado de la mitad y había adivinado la otra mitad: él quería que... que... él quería... herir al doctor Savioli.

También conocía ahora los motivos del violento e insensato odio de Wassertrum. ¡El doctor Savioli había conducido a la muerte a su hijo, el oculista Wassory!

Inmediatamente me sobrevino como un rayo este pensamiento: bajar y contárselo todo al cambalachero: que había sido *Charousek* el que había dado el golpe — en un segundo término — y no el doctor Savioli que fue sólo el instrumento... Algo en mi cabeza me gritaba: «¡Traición, traición! ¿Pretendes entregar al pobre y tísico Charousek, que os quería ayudar a *ti* y a *ella,* al ansia de venganza de ese bribón!». — Y me desgarraba en pedazos sangrientos. — Entonces mi pensamiento expresó tranquila y muy fríamente la solución:

«¡Loco! ¡Si lo tienes cogido! Sólo necesitas coger esa lima de encima de la mesa, bajar y clavársela al cambalachero en la garganta, hasta que la punta salga por detrás, por la nuca».

Mi corazón lanzó un grito de jubiloso agradecimiento a Dios.

Seguí investigando.

«¿Y el doctor Savioli?»

No cabía duda alguna de que el se suicidaría si ella no le salvaba. Las enfermeras no le quitaban la vista de encima, le habían aturdido con morfina, pero quizá si despertase de repente — quizás ahora precisamente — y — y — no, no, ella tenía que irse, no podía perder ni un minuto; me dijo que quería escribir a su marido y contárselo todo — podría quedarse con la niña, pero tenía que salvar al doctor Savioli. Le quitaría de las manos de Wassertrum la única arma que tenía y con la que le amenazaba.

Ella misma iba a descubrir el secreto, antes de que él pudiera delatarlo.

«¡Usted *no* hará eso, Angelina!», grité y pensé en la lima. Mi voz flaqueó por la alegría y el júbilo de mi poder.

Angelina quería soltarse: la retuve.

«Sólo una cosa más: recapacite usted: ¿creerá su marido sin más ni más al cambalachero?»

«Pero Wassertrum tiene pruebas, sin duda mis cartas, quizá también una foto mía — todo lo que estaba escondido en el escritorio del estudio de al lado.»

¿Cartas? ¿Foto? ¿Escritorio? — Yo ya no sabía lo que hacía: estreché a Angelina contra mi pecho y la besé.

Su pelo rubio caía como un velo dorado sobre mi rostro.

Entonces la cogí por sus finas manos y le conté con vivas palabras que el enemigo mortal de Wassertrum — un pobre estudiante bohemio — había traído las cartas y todo lo demás a un lugar seguro y que las tenía yo en mi poder, bien guardadas.

Ella se arrojó a mi cuello; reía y lloraba a la vez. Me besó y corrió hacia la puerta. Volvió otra vez y me besó de nuevo.

Después desapareció.

Yo estaba aturdido y sentía todavía la respiración de su boca en mi rostro.

Oí cómo las ruedas del coche y el rápido galope de las herraduras retumbaban en el asfalto. En un minuto estaba todo de nuevo en silencio. Como una tumba.

También dentro de mí.

De repente la puerta se abrió detrás mío y Charousek apareció en mi habitación:

«Perdone, señor Pernath, he estado llamando mucho rato, pero usted parece no haber oído.»

Asentí en silencio.

«Espero que no haya pensado que me he reconciliado con Wassertrum al verme hablar hace un momento con él.» — La sonrisa irónica de Charousek me decía que sólo estaba bromeando. — «Usted debe saberlo: la suerte me favorece; ese canalla de allí abajo comienza a aceptarme y a hacerme un lugar en su corazón, maestro Pernath. — Es algo muy singular, eso de la voz de la sangre», añadió en voz baja — casi para sí mismo.

No entendía a lo que se refería con ello, y pensé que se me había escapado algo que no había oído. La excitación por la que acababa de pasar vibraba aún demasiado fuerte en mí.

«Quería regalarme un abrigo», continuó Charousek en voz alta. «Lo he rechazado, agradecido, por supuesto. Ya me calienta bastante mi propia piel. — Además, me ha obligado a llevarme dinero.»

Estuve a punto de gritar: «¿Y usted lo ha aceptado?», pero él no dejó que pronunciara una sola palabra.

«El dinero, naturalmente, lo he aceptado.»

Todo en la cabeza me daba vueltas.

«¿A-ceptado?», tartamudeé.

«Nunca hubiera creído que se pudiera sentir una alegría tan pura en la tierra» — Charousek se detuvo un momento e hizo un gesto. — «¿No es acaso una sensación alentadora ver actuar por todas partes con sabiduría y circunspección en la economía de la naturaleza a la "previsión material" como manos económicas?» — Hablaba como un pastor y, mientras hablaba, jugueteaba con la calderilla en su bolsillo. — «En verdad, siento como un deber sublime dedicar el tesoro que se me ha confiado, hasta el último céntimo al más noble de los fines.»

¿Estaba borracho o loco?

Charousek cambió súbitamente de tono:

«Hay algo cómico y satánico en el hecho de que Wassertrum se pague a sí mismo — la medicina. ¿No cree?»

Se despertó en mí la sospecha de lo que se escondía tras las palabras de Charousek, y sus ojos enfebrecidos me estremecieron.

«Pero, bueno, vamos a dejar esto ahora, maestro Pernath. Vamos a solucionar primero los asuntos que tenemos entre manos. La dama de antes, era *ella,* ¿no? ¿Qué le ha sucedido, qué le ha pasado para venir aquí públicamente?»

Conté a Charousek lo que había pasado.

«Wassertrum no tiene, con absoluta seguridad, ninguna prueba en su poder», me interrumpió alegremente, «si no, no hubiera rebuscado esta mañana otra vez en el estudio. — ¡Es curioso que usted no le haya oído! Ha estado allí una hora entera.»

Me asombré de cómo podría saberlo todo con tanta exactitud y se lo dije.

«¿Puedo?» — Como explicación cogió un cigarrillo de la mesa, lo encendió y añadió: «Mire usted, si abre ahora la puerta, la corriente que entra de la escalera arrastrará el humo del tabaco en esa dirección. Esta es quizá la única ley de la naturaleza que Wassertrum conoce y, para cualquier eventualidad, ha mandado hacer en la pared del estudio que da a la calle — usted sabe que la casa le pertenece a él — un pequeño agujero oculto: una especie de ventilación, y en ella ha puesto una banderita roja. Así cuando alguien entra o sale de la habitación, es decir, cuando abre la puerta, Wassertrum nota la corriente desde abajo por el fuerte aleteo de la banderita. Pero en cualquier caso *yo* lo sé», añadió Charousek lentamente. «Por eso, cuando siento curiosidad, puedo ver lo mismo que él desde el agujero del sótano, en el que el destino piadoso me ha concedido vivir. Este ingenioso invento es una patente del honorable patriarca, pero yo lo conozco desde hace años.»

«¡Qué odio tan grande y sobrehumano debe tenerle para seguir así cada uno de sus pasos! Además, como dice usted, ¡desde hace años!», dije interrumpiéndole.

«¿Odio?» Charousek rió convulsivamente. «¿Odio? — Odio no es la expresión. — Todavía está por crearse la palabra que pueda expresar mis sentimientos hacia él. — Además, para ser exactos, no le odio a él. Odio su sangre. ¿Comprende usted esto? La huelo como un animal salvaje, aun cuando haya una sola gota de su sangre en las venas de un hombre — y —», apretó sus dientes, «y eso me sucede a veces aquí, en el ghetto.» Incapaz de seguir hablando de excitación, corrió hacia la ventana y miró afuera. — Oí cómo mantuvo su jadeo. Ambos permanecimos un rato en silencio.

«¿Eh, qué es eso?», continuó de repente y me hizo unas rápidas señas. «¡Deprisa, deprisa! ¿No tiene usted unos prismáticos o algo así?»

Espiamos con cuidado tras las cortinas.

Jaromir, el sordomudo, estaba ante la puerta de la cambalachería y le hacía ofertas a Wassertrum, por lo que pude entender de su lenguaje de señas, para que comprara un objeto que tenía medio oculto en la mano. Wassertrum se abalanzó sobre ello como un buitre y entró en su cueva con él.

Al momento salió bruscamente — pálido como un muerto — y cogió a Jaromir por las solapas: se entabló una violenta lucha. — De repente Wassertrum le soltó y pareció recapacitar. Mordisqueaba furioso su labio leporino. Dirigió una mirada pensativa hacia arriba, hacia nosotros y llevó a Jaromir tranquilamente por el brazo hacia el interior de la tienda.

Esperamos más de un cuarto de hora: parecía que no llegaban a un acuerdo en su negocio.

Por fin salió el sordomudo con gesto contento y siguió su camino.

«¿Qué piensa usted de eso?», le pregunté. «No parece ser nada importante. Seguramente el pobre muchacho ha vendido algún objeto mendigado.»

El estudiante no respondió y se sentó otra vez a la mesa en silencio.

Al parecer él tampoco daba importancia al suceso, pues tras una pausa continuó a partir de donde se había interrumpido.

«Sí, le decía que odio su sangre. — Interrúmpame, maestro

Pernath, si vuelvo a excitarme. Quiero permanecer frío. No puedo despilfarrar así mis mejores emociones. De lo contrario, luego me dominan como una borrachera. Un hombre con sentido de la vergüenza debe hablar con palabras frías, no con pathos, como una prostituta o — o un poeta. Desde que existe el mundo a nadie se le hubiera ocurrido "frotarse las manos" de dolor, si los actores no hubieran considerado ese gesto muy "plástico".»

Comprendí que hablaba ciegamente adrede, para tranquilizarse interiormente.

Pero no podía lograrlo. Caminaba nervioso por la habitación, cogía todas las cosas posibles y las ponía luego revueltas en su sitio.

Después, de improviso, volvió a centrarse en el asunto.

«Noto esa sangre en los más pequeños e involuntarios movimientos de un hombre. Conozco a algunos niños que se parecen a él, que son considerados suyos y, sin embargo, no son de la misma familia — a mí no se me puede engañar. Durante muchos años no me enteré de que Wassory era hijo suyo, pero yo lo había — diría — olido.

»Ya desde niño, cuando no podía aún ni sospechar las relaciones que tiene conmigo Wassertrum» — su mirada se posó durante un segundo en mí, escudriñándome — «poseía yo este don. Me dieron patadas, me pegaron de tal modo que ni un solo lugar de mi cuerpo dejó de sufrir aquel dolor furioso, me dejaban pasar hambre y sed hasta que me volvía medio loco y comía tierra y barro, pero nunca, nunca, pude odiar a los que me atormentaban. Sencillamente, no podía. Ya no había más sitio en mí para el odio. — ¿Comprende usted? Y, sin embargo, todo mi ser estaba empapado de él.

»Nunca me hizo Wassertrum ni lo más mínimo — quiero decir con esto que nunca me pegó ni golpeó, ni siquiera me riñó cuando yo andaba por ahí siendo un golfillo callejero; lo sé con seguridad —, y sin embargo, todo lo que dentro de mí hervía de odio y sed de venganza, estaba dirigido contra él. ¡Sólo contra él!

»Es curioso que siendo niño no le jugara ninguna mala pasada. Cuando los demás se la hacían, yo me retiraba. Sin embargo, podía estar durante horas detrás del portal mirando

fija e inmutablemente su cara a través de las rendijas de la puerta, hasta que, debido a esa inexplicable sensación de odio, lo veía todo negro.

»Creo que fue entonces cuando puse la primera piedra de esa clarividencia que se despierta en mí cuando estoy en relación con seres, e incluso con cosas, relacionados con él. Debí aprenderme entonces *de memoria* cada uno de sus movimientos: su modo de llevar la chaqueta, el modo con que coge las cosas, cómo tose y bebe y mil cosas más, hasta que todo esto se inculcó en mí, taladrando e hiriendo mi alma de tal forma que, a primera vista y con absoluta seguridad, puedo reconocer sus huellas en su descendencia.

»Más tarde se convirtió casi en una manía: arrojaba humildes y miserables cosas lejos de mí, sólo porque me torturaba la idea de que su mano las hubiera podido rozar — otras, por el contrario, estaban muy dentro de mí, las quería como amigos que también le deseaban el mal.»

Charousek se calló un momento. Vi cómo miraba absorto el vacío. Sus dedos acariciaban mecánicamente la lima que estaba sobre la mesa.

«Cuando, más tarde, un par de profesores compasivos reunieron dinero para mí y empecé a estudiar Filosofía y Medicina — y a la vez aprendí a pensar por mí mismo — tuve entonces conciencia de lo que es el odio:

»Sólo podemos odiar algo, tan profundamente como yo lo hago, si es parte de uno mismo.

»Más tarde, cuando lo fui descubriendo — y poco a poco me enteré de todo: lo que era mi madre — y — y todavía debe seguir siendo si — si vive todavía — y que mi propio cuerpo — » — se volvió para que yo no viera su rostro — «está lleno de *su* asquerosa sangre — sí, Pernath, — ¿por qué no lo va a saber usted? *¡él es mi padre!* — entonces vi claramente dónde estaba la raíz. — A veces me parece que existe una misteriosa relación con el hecho de que yo sea tísico y tenga que escupir sangre: mi cuerpo se defiende contra todo lo que es de *él* y lo arroja con asco fuera de sí.

»Este odio me ha acompañado con frecuencia hasta en los sueños y ha intentado consolarme con la imagen de todos los tormentos imaginables que podía hacer caer sobre *él*, pero

cada vez los rechazaba, pues dejaban en mí el insípido sabor de la insatisfacción.

»Cuando recapacito sobre mí mismo, me asombro de que no haya nada ni nadie en este mundo al que sea capaz de odiar, ni siquiera sentir antipatía, excepto por *él* y por su estirpe — entonces siento una desagradable sensación: yo podía ser eso que se llama un "buen hombre". Pero por suerte no es así. — Ya se lo he dicho: ya no queda sitio en mí.

»Y no crea que mi triste destino me ha amargado (pues de lo que le hizo a mi madre me enteré cuando ya era mayor) —, he disfrutado *un* día de alegría que deja muy atrás, en la sombra, la felicidad que se les ha concedido a otros mortales. No sé si usted sabe lo que es una piedad interna, verdadera, ardiente — yo tampoco la conocía hasta entonces — pero aquel día en el que Wassory se destruyó a sí mismo y vi, puesto que estaba abajo, junto a la tienda, cómo *él* recibía la noticia y la aceptaba tan abúlico — como un laico que no conoce el verdadero escenario de la vida —, quieto durante una hora, sin inmutarse, con su labio leporino un poco más alto que de costumbre sobre los dientes y su mirada inmersa en sí misma, tan fija tan — tan — particularmente — entonces sentí el aroma del incienso del arcángel al volar — ¿conoce usted el cuadro de la Virgen Negra en la iglesia de Tein?

»Allí me incliné, y la oscuridad del paraíso envolvió mi alma.»

Al contemplar a Charousek con sus ojos grandes y soñadores llenos de lágrimas, me acordé de las palabras de Hillel sobre el hermetismo del oscuro camino de los hermanos de la muerte.

Charousek continuó:

«Seguramente no le interesan a usted las circunstancias exteriores que pudieran "justificar" mi odio o hacerlo comprensible ante los jueces estatales: los hechos pueden parecer piedras miliares y, sin embargo, no son más que cáscaras de huevo vacías. Son en realidad el insistente ruido del corcho de champán en las mesas de los bullangueros, que sólo el simple considera como lo esencial del banquete. — Wassertrum obligó a mi madre a ser suya con todos los medios infernales que tiene por costumbre utilizar — si no fue peor

aún. Y después — bueno, pues — después la vendió a un burdel — esto no es difícil de hacer, si se tiene entre los amigos de negocios algunos consejeros de la policía — pero no crea que porque se había hartado de ella — ¡no! Conozco todos los recovecos de su corazón: la vendió *precisamente en el día* en que con gran terror se dio cuenta de que en realidad la quería. Los tipos como él actúan siempre aparentemente contra sentido, pero siempre igual. Pues lo que llevan dentro de su ser de la concupiscencia del hamster se despierta y chilla al igual que cuando alguien viene y compra algo de su cambalachería por muy bien que lo pague: él sólo siente la presión de "tener que darlo". Desearía comerse e introducir muy adentro de sí mismo el concepto de "poseer" y, si alguna vez pudiera albergar un ideal, sería para convertirlo y disolverlo inmediatamente en el concepto abstracto de "propiedad".

»Así creció en él en proporciones gigantescas hasta convertirse en una montaña de miedo: no estar seguro ya de sí mismo — no *querer* dar algo de amor, sino *tener* que darlo. Sentir en sí la presencia de algo invisible que encadenara silenciosamente su voluntad, o por lo menos eso que él quisiera que fuera su voluntad. — Ese fue el comienzo. Lo que vino después sucedió automáticamente. Igual que el esturión muerde mecánicamente — quiera o no — en el momento adecuado — cuando un objeto brillante pasa por su lado.

»La venta de mi madre fue para Wassertrum una consecuencia lógica. Tranquilizaba el resto de sus deseos dormidos: el ansia de dinero y el perverso placer de la automortificación. — «Perdóneme, maestro Pernath», la voz de Charousek sonó de repente tan dura y serena que me asusté, «perdone que hable de forma tan juiciosa, pero cuando se está en la universidad tiene uno tal enorme cantidad de libros usados que involuntariamente cae uno en ese imbécil modo de expresarse.»

Me esforcé por serle agradable y sonreí; comprendí perfectamente que luchaba contra las lágrimas.

De algún modo tengo que ayudarle, pensé, por lo menos debo intentar mitigar su más amarga necesidad mientras esté en mis manos. Cogí del cajón de la cómoda, sin llamar su

atención, el billete de cien florines que me quedaba en casa y me lo metí en el bolsillo.

«Cuando, dentro de un tiempo, viva en un ambiente mejor y ejerza su profesión de médico, entrará en usted la paz, señor Charousek», le dije para dar a la conversación una dirección optimista: «¿Cuándo se licenciará?».

«Enseguida. ¡Se lo debo a mis bienhechores! En realidad no tiene sentido porque mis días están contados.»

Le comenté, como es de costumbre en estos casos, que lo veía todo demasiado negro, pero lo negó rotundamente.

«Es mejor así. Además no produce placer imitar a un curandero y adquirir incluso un título como envenenador de fuentes. — Por otra parte», continuó con su humor bilioso, «no tengo posibilidad alguna de hacer algo en beneficio de esta parte del ghetto.» Cogió su sombrero. «Y ahora, ya no quiero molestarle más. ¿O hay algo más que comentar en el asunto de Savioli? Creo que no. En cualquier caso hágamelo saber si se entera de algo nuevo. Lo mejor es que usted cuelgue un espejo de la ventana cuando quiera que venga a verle. A mi casa, a mi sótano, no debe venir en ningún caso: Wassertrum sospecharía inmediatamente que estamos relacionados. — Por cierto, tengo una enorme curiosidad por ver qué hará ahora que ha visto a la dama subir a su casa. Diga sencillamente que le ha traído alguna joya para que se la arregle y, si insiste, haga como si se pusiera furioso.»

Parecía imposible encontrar un pretexto adecuado para entregarle a Charousek el billete: cogí del alféizar la cera de modelar y dije: «Venga, le acompañaré por las escaleras. — Hillel me espera», mentí.

El se asombró: «¿Son ustedes amigos?».

«Un poco. ¿Le conoce usted — o quizá desconfía de él» — tuve que sonreír involuntariamente, «también?»

«¡No lo quiera Dios! — ¿Por qué lo dice tan serio?»

Charousek dudó y pensó:

«Yo mismo no sé por qué. Debo ser algo inconsciente: siempre que me lo encuentro en la calle, quisiera bajarme de la acera y arrodillarme ante él como ante un sacerdote que llevara una hostia consagrada. — Vea usted, maestro Pernath, ahí tiene a un hombre que es en todos y cada uno de sus

átomos todo lo contrario de Wassertrum. El es considerado por todos los cristianos que viven en este barrio que, como siempre y también en este caso, están mal informados, como un personaje salido de un cuento del avaro-millonario oculto. Y, sin embargo, es increíblemente pobre».

Me sobresalté: «¿Pobre?».

«Sí, quizás incluso más pobre que yo. La palabra "apropiarse" creo que no la conoce más que por los libros; pero cuando a primeros de mes sale del ayuntamiento le salen corriendo al encuentro todos los mendigos judíos, pues saben que a cualquiera de ellos le daría todo su miserable sueldo aunque unos días después pasasen hambre él y su hija. Si es cierto lo que afirma una antiquísima leyenda del Talmud según la cual, de doce estirpes judías, diez están malditas y dos benditas, él representa las dos benditas y Wassertrum las otras diez juntas. — ¿No se ha fijado cómo Wassertrum se pone de todos los colores posibles cuando Hillel pasa delante de él? ¡Es impresionante, se lo aseguro! Mire usted, *esa* sangre no se *puede* mezclar: los niños nacerían muertos, suponiendo que las madres no se murieran antes de pavor. Hillel es además el único al que Wassertrum no se atreve a acercarse — le huye como al fuego. Probablemente porque Hillel significa para él lo incomprensible, lo absolutamente inextricable. Quizá presiente en él al cabalista.»

Ya estábamos bajando las escaleras.

«¿Cree usted que todavía existen cabalistas — que existe algo en la Cábala?», le pregunté interesado por lo que pudiera responder, pero él pareció no haber oído. Repetí mi pregunta.

Negó nerviosamente y señaló la puerta de una de las casas de la escalera compuesta de tapas de cajas:

«Tiene ahora nuevos vecinos, una familia judía pobre: el músico loco Nephtalí Schaffranek con su hija, su yerno y sus nietos. Cuando oscurece y está solo con la niña le entra la locura: entonces ata a la niña de su pulgar para que no se le escape, la obliga a meterse en un gallinero y le enseña a "cantar" según sus instrucciones para que más tarde sepa ganarse su propio sustento — es decir, le enseña las canciones más locas que existen, textos en alemán, fragmentos que ha

oído en cualquier parte y que en la oscuridad de su alma — los considera himnos de batalla o algo parecido.»

De hecho, sonaba suavemente en el pasillo una música extraña. El arco del violín rascaba en un tono horriblemente alto, siempre el mismo, el esbozo de una canción callejera y dos débiles voces infantiles canturreaban:

La señora Pick
la señora Hock
La señora Kle - pe - tarsch
estaban siempre juntas
hablando sin parar —

Era como la locura y la comicidad juntas y, contra mi voluntad, tuve que soltar una carcajada.

«El yerno de Schaffranek, cuya mujer vende en el mercado jugo de pepinillos a los colegiales, va merodeando todos los días por las oficinas» — continuó Charousek rabioso — «y va mendigando todos los sellos. Después los selecciona y, cuando encuentra entre ellos alguno que por casualidad sólo está sellado al margen, lo coloca sobre otro, los corta por la mitad, pega las dos mitades sin sellar y lo vende como nuevo. Al principio era un negocio floreciente y le producía a veces casi un florín diario, pero al final los grandes industriales judíos de Praga cayeron en la misma idea — y lo hacen ellos. ¡Hacen su agosto!»

«¿Disminuiría su necesidad, Charousek, si tuviera mucho dinero?», pregunté rápidamente. — Nos encontrábamos ante la puerta de Hillel y llamé.

«¿Me cree usted tan tonto para creer que no lo haría?», me respondió asombrado.

Los pasos de Miriam se acercaban, esperé hasta que diera la vuelta a la manilla y entonces metí rápidamente el billete en su bolsillo. «No, señor Charousek, no lo considero así; pero usted me consideraría tonto a mí si no se lo propusiera.»

Antes de que pudiera responder nada le estreché la mano y cerré la puerta tras de mí. Mientras saludaba a Miriam escuchaba para saber lo que haría.

Estuvo parado un momento, luego suspiró en silencio y bajó despacio la escalera con paso dubitativo, como alguien que tiene que sujetarse a la barandilla para no caer.

Era la primera vez que entraba en la habitación de Hillel.

Sin ningún adorno, parecía una cárcel. El suelo excesivamente limpio y cubierto de arena blanca. Ningún mueble excepto dos sillas, una mesa y una cómoda. Un pie de madera a la izquierda y otro a la derecha, junto a la pared.

Miriam estaba sentada frente a mí junto a la ventana y yo manipulaba mi cera de modelar.

«¿Es preciso tener el rostro que se modela delante para conseguir el parecido?», preguntó tímidamente, sólo para romper el silencio.

Evitábamos tímidamente nuestras miradas. Ella no sabía adónde dirigir los ojos, de vergüenza y pudor por la miserable habitación, y mis mejillas también ardían por la vergüenza interior de no haberme preocupado mucho antes por la forma en que vivían ella y su padre.

¡Pero algo tenía que contestarle!

«No tanto para conseguir el parecido como para verificar si interiormente se ha visto con exactitud» — sentí mientras hablaba cuán erróneo era lo que estaba diciendo.

Durante años había seguido e imitado la falsa norma de los pintores según la cual es necesario estudiar la naturaleza exterior para poder crear algo artístico; pero, desde que en aquella noche me despertó Hillel, comenzó a abrirse en mí la observación interior: la verdadera capacidad de ver con los ojos cerrados, que desaparece en cuanto se abren — el don que creen todos poseer y que, sin embargo, muy pocos tienen entre millones de personas.

¡Cómo podía hablar siquiera de la posibilidad de medir, con las burdas posibilidades de la vista, el inequívoco modelo de la visión interna!

Por su gesto de asombro deduje que Miriam pensaba algo parecido.

«No debe tomarlo textualmente», me disculpé.

Observaba con mucha atención cómo hendía sus rasgos con el buril.

«Debe ser infinitamente difícil transportarlos después, exactamente iguales, a la piedra.»

«No, eso es sólo un trabajo mecánico. Bueno, en parte al menos.»

Pausa.

«¿Podré ver la gema cuando esté acabada?», preguntó.

«Es para usted, Miriam.»

«No, no; eso no puede ser — eso —», vi que sus manos se ponían nerviosas.

«¿Ni siquiera esta pequeñez quiere usted aceptar de mí?», la interrumpí enseguida, «quisiera poder hacer algo más por usted.»

Volvió el rostro rápidamente.

¡Qué había dicho! Le debía de haber herido en lo más profundo.

Había sonado como si hubiese querido hacer una insinuación a su pobreza.

¿Podría arreglarlo todavía? ¿No sería aún peor?

Tomé nuevo ímpetu:

«¡Escúcheme tranquila, Miriam! Se lo ruego. — Le debo muchísimo a su padre. — Infinito, usted no lo puede calibrar...»

Me miró insegura; al parecer no entendía nada.

«... sí, sí, infinito. Más que mi propia vida.»

«¿Porque estuvo con usted, entonces, cuando se desmayó? Eso era lógico.»

Sentí que no conocía los lazos que me unían a su padre. Sondeé con cuidado hasta dónde podía llegar sin delatar lo que él le ocultaba a ella.

«Creo que hay que considerar mucho más profunda que la ayuda exterior la ayuda interior. — Me refiero a lo que pasa de la influencia espiritual de un hombre a otro. — ¿Comprende lo que quiero decir con esto, Miriam? — Se puede curar a las personas también espiritualmente, no sólo corporalmente, Miriam.»

«¿Y eso lo ha hecho...?»

«Sí, ¡eso ha hecho su padre conmigo!» — la cogí de la mano. — «¿Comprende ahora que desee de todo corazón proporcionarle una alegría, si no a él mismo, a alguien que está

tan, tan cerca de él como usted? — ¡Tenga un poco de confianza en mí! — ¿No tiene ningún deseo que yo pueda satisfacer?»

Ella negó con la cabeza. «¿Cree que yo me siento infeliz aquí?»

«Seguro que no. Pero quizá tenga a veces preocupaciones que yo pueda evitar. Está obligada — ¿oye usted? — ¡obligada a dejarme tomar parte en ellas! ¿Por qué viven aquí en esta triste y oscura calle, si no lo necesitan? Usted es joven todavía, Miriam, y...»

«Usted también vive aquí, señor Pernath», me interrumpió sonriendo, «¿qué le ata a esta casa?»

Me desconcertó. — Sí, sí, era cierto. ¿Por qué vivía yo aquí? No me lo podía explicar. ¿Qué te ata a esta casa? Me repetía ensimismado. No podía encontrar ninguna explicación y por un momento me olvidé totalmente de dónde estaba. — Me encontraba de repente subido en alguna parte allí arriba — en un jardín — y olía el maravilloso aroma de las flores del saúco — miré hacia abajo, a la ciudad...

«¿He removido alguna herida? ¿Le he hecho daño?», llegó a mí la voz de Miriam desde muy lejos.

Ella se había inclinado sobre mí y miraba asustada escudriñando mi rostro.

Debí haber estado mucho rato inmóvil, pues parecía muy preocupada.

Por un momento se tambaleó todo de un lado para otro dentro de mí, pero después, despejando de repente el camino, abrí a Miriam todo mi corazón.

Le conté a ella, como a un querido y viejo amigo con el que se ha estado unido toda la vida y ante el que no se guarda ningún secreto, lo que me pasaba y de qué modo me había enterado por la narración de Zwakh de que en los años anteriores había estado loco y de que me habían robado los recursos del pasado. — Cómo en los últimos tiempos, se habían despertado en mí imágenes que debían tener sus raíces en aquellos días, cada vez más y más a menudo, haciéndome temblar ante el momento en que se aclarara todo de nuevo y me volviese a desgarrar.

Le oculté sólo lo que me ponía en mayor relación con su

padre: mis experiencias en los pasillos subterráneos y todo lo demás.

Ella se había acercado a mí y escuchaba con una respetuosa y profunda atención que me hacía un bien indecible.

Por fin había encontrado una persona con la que podría desahogarme cuando mi soledad espiritual me fuera demasiado difícil. — Seguro: estaba además Hillel, pero para mí estaba como un ser más allá de las nubes que venía y desaparecía como una luz a la que yo no me podía acercar cuando la añorase.

Se lo dije y ella me comprendió. También ella lo veía así, a pesar de que era su padre.

El dependía de ella con infinito amor y ella de él. — «Y, sin embargo, estoy separada de él como por una pared de cristal», me confió, «que no puedo romper. Desde que puedo pensar, siempre fue así. — Cuando niña le veía en mis sueños junto a mi cama, siempre estaba vestido con el traje de sumo sacerdote: las tablas de oro de Moisés con las doce piedras sobre el pecho y de sus sienes salían brillantes rayos azulados. — Creo que su amor es del tipo que trasciende a la tumba, demasiado grande para que nosotros lo podamos captar. — También mi madre decía eso cuando hablábamos a escondidas de él.» — De repente se estremeció y todo su cuerpo tembló. Quise levantarme, pero ella me lo impidió. — «Tranquilícese. No es nada. Sólo un recuerdo. Cuando murió mi madre — sólo yo sé cómo la quería, a pesar de que no era entonces más que una niña — creí ahogarme de dolor y corrí hacia él y me agarré a su chaqueta y quería gritar, pero no podía, porque todo en mí se había paralizado — y — y entonces — recuerdo — me miró sonriente, me besó en la frente y me pasó suavemente la mano sobre los ojos — y desde aquel instante hasta hoy todo dolor por haber perdido a mi madre ha sido como arrancado de mí. No pude verter ni una sola lágrima cuando la enterraron; veía el sol como la mano acariciadora de Dios en el cielo y me asombraba de por qué lloraban los hombres. Mi padre iba tras el féretro, a mi lado, y cada vez que yo miraba hacia arriba, me sonreía en silencio, y sentía cómo la gente se asombraba al verlo.»

«¿Es usted feliz, Miriam, totalmente feliz? ¿No hay nada

terrible para usted en la idea de tener como padre a un ser que está por encima de toda la humanidad?», le pregunté suavemente.

«Paso mi vida como en un sueño bienaventurado. — Cuando hace un momento me ha preguntado, señor Pernath, si no tenía preocupaciones y por qué vivíamos aquí, he estado a punto de echarme a reír. ¿Es hermosa la naturaleza? Bueno, los árboles son verdes y el cielo azul, pero todo esto me lo puedo imaginar aún mucho más bello cuando cierro los ojos. ¿He de estar para verlos sentada en un prado? ¿Esa gran cantidad de pequeñas necesidades — y — y el hombre? Todo eso está mil veces superado por la confianza y la espera.»

«¿La espera?», pregunté asombrado.

«La espera de un milagro. ¿No lo sabe usted? ¿No? Entonces es usted un hombre muy, muy pobre. — ¡Tan pocos creen en él! Mire, éste es también motivo de que no salga nunca, de que no me trate con nadie. Antes tuve, naturalmente, un par de amigas — judías, por supuesto, como yo —, pero nunca hablábamos de lo mismo; ellas no me entendían a mí y yo no las entendía a ellas. Cuando yo hablaba de milagros, al principio creían que lo hacía en broma, pero cuando se dieron cuenta de lo serio que era para mí y de que yo no entendía por milagro lo que los alemanes con sus lentes entienden por "el crecimiento normal de la hierba y cosas por el estilo", sino más bien todo lo contrario — hubieran querido pensar que estaba loca, pero sabía cómo defenderme porque soy bastante ágil de pensamiento, había aprendido hebreo y arameo y puedo leer el Targumin y el Midraschim y otras cosas por el estilo de poca importancia. Por último encontraron una palabra que ya no significaba nada: me llamaban "excéntrica".

»Cuando les quería explicar que lo importante — lo esencial — para mí en la Biblia y en las otras escrituras sagradas era el *milagro* y sólo el milagro, y no las normas de ética y moral, que no pueden ser más que caminos ocultos para llegar al verdadero milagro — sólo sabían responderme con lugares comunes, pues temían confesar que lo único que creían de las escrituras religiosas podía estar exactamente igual en los

libros de leyes civiles. Sólo oír la palabra "milagro" les resultaba incómodo, desagradable. Decían que se les abría la tierra debajo de los pies.

»¡Como si pudiera haber algo mejor que perder la tierra debajo de los pies!

»En cierta ocasión le oí a mi padre decir que el mundo está aquí para que nosotros nos lo imaginemos roto — que es entonces cuando empieza la vida. -- Yo no sé a qué se refería con la "vida" pero a veces siento que un día me "despertaré". Aunque no puedo imaginarme en qué estado despertaré. Siempre pienso que le precederán esos milagros.

»"¿Has visto ya algunos, puesto que continuamente los esperas?", me preguntaban con frecuencia mis amigas y, cuando lo negaba, de repente se ponían contentas, seguras de su triunfo. Dígame, maestro Pernath, ¿puede *usted* comprender esos corazones? Yo no les quería confiar que yo *sí* he vivido milagros» — los ojos de Miriam brillaban —, «aunque terriblemente pequeños.»

Sentí que lágrimas de alegría entorpecían sus palabras en la garganta.

« — pero usted me comprenderá: a menudo, semanas, incluso meses» — Miriam hablaba muy suavemente — «hemos vivido sólo de milagros. Cuando ya no había más pan en casa, ni un solo bocado, pensaba: ¡Ahora ha llegado la hora! — me quedaba aquí sentada y esperaba y esperaba hasta que los latidos de mi corazón no me dejaran respirar. Y — y de repente, cuando se me ocurría, salía por las calles de un lado para otro, tan rápida como podía, para volver a casa a tiempo, antes de que volviese mi padre. Y — y siempre encontraba dinero, unas veces más, otras menos, pero siempre lo suficiente para poder comprar lo más necesario. A veces encontraba un florín tirado en medio de la calle, lo veía brillar desde lejos y la gente lo pisaba, resbalaba por encima, pero nadie se daba cuenta. — Esto me daba demasiado valor, tanto que no salía directamente, sino que buscaba a mi alrededor, en la cocina, como un niño, para ver si no había caído dinero o pan del cielo.»

Me pasó una idea por la cabeza y tuve que sonreír divertido.

Ella lo notó.

«No se ría, señor Pernath», rogó. «Créame, sé que los milagros crecerán y que un día...»

La tranquilicé: «¡Pero si no me río, Miriam! ¡Qué piensa usted! Soy infinitamente feliz de que no sea como los demás que, tras cada acción, miran y buscan las causas acostumbradas, cuando — en tales casos decimos *nosotros* siempre: ¡Gracias a Dios! — ocurre de otra forma».

Me alargó la mano:

«¿Verdad, señor Pernath, que no volverá a decir que me quiere — o nos quiere ayudar? Ahora que ya lo sabe, ¿se da cuenta de que, si lo hiciera, me robaría la posibilidad de vivir un milagro?»

Se lo prometí. Pero en mi corazón me hice una salvedad.

Entonces se abrió la puerta y Hillel entró.

Miriam le abrazó; y él me saludó cariñosa y amistosamente, pero con un frío «usted».

Parecía como si pasara también sobre él una especie de suave cansancio o inseguridad — ¿o quizá me equivocaba?

Tal vez era sólo por la oscuridad de la habitación.

«Seguro que está usted aquí para pedirme consejo», comenzó a decir cuando Miriam nos dejó solos, «en el asunto que se refiere a esa dama desconocida...»

Pensaba interrumpirle asombrado, pero él no me dejó hablar:

«Lo sé por el estudiante Charousek. Le he hablado en la calle, porque le he visto extraordinariamente cambiado. Me lo ha contado todo. Con el corazón pletórico. También me dijo que usted — le ha regalado dinero.» Me miraba intensamente y acentuaba cada una de sus palabras de un modo extraordinariamente extraño, pero sin dejarme ver lo que pretendía con ello:

«Seguro, por eso ha llovido del cielo un par de gotas más de felicidad y en este — caso quizá no haya hecho daño, pero —», recapacitó un momento — «pero a veces sólo se ocasiona daño a uno mismo y a los demás. ¡No es tan fácil ayudar, como usted cree, querido amigo! Si fuera así sería muy, muy sencillo solucionar el mundo. — ¿O no lo cree así?»

«¿Es que usted no les da también a los pobres? ¿Y a veces incluso todo lo que tiene?», pregunté.

Movió sonriendo la cabeza: «Me parece que de la noche a la mañana se ha convertido en un Talmudista puesto que contesta a una pregunta con otra. Así es difícil discutir».

Se paró un momento, como si tuviera que contestar, pero de nuevo comprendía lo que esperaba.

«Pero bueno, volvamos al tema», continuó en otro tono de voz, «no creo que su protegida — me refiero a la dama — esté de momento amenazada por algún peligro. Deje que las cosas sigan su camino. En realidad se dice que "el hombre listo lo prevé todo", pero a mí me parece que el más listo es el que espera estando preparado para todo. Quizá se dé la ocasión de que Aaron Wassertrum se reúna conmigo, pero eso debe de salir de él — yo no daré un paso, él debe venir aquí, o donde usted o donde mí, da igual — entonces hablaré con él. Dependerá de *él* decidirse a seguir mi consejo o no. Yo me lavo las manos con inocencia.»

Intentaba angustiado leer en su rostro. Nunca había hablado tan fríamente y de un modo tan especialmente amenazador. Pero detrás de esos ojos negros y profundos dormía un abismo escondido.

Me acordé de las palabras de Miriam: «Hay como una pared de cristal entre él y nosotros».

No pude hacer nada más que estrecharle en silencio la mano y marcharme.

Me acompañó hasta la puerta y, cuando empecé a subir las escaleras y me volví, vi que Miriam se había quedado parada y que me saludaba amistosamente, como alguien que quisiera decir todavía algo más pero que no puede.

Miedo

Tenía la intención de coger mi abrigo y mi sombrero e ir a comer a la pequeña taberna Zum alten Ungelt donde se reunían todas las noches, hasta muy tarde, Zwakh, Vrieslander y Prokop y se contaban unos a otros locas historias; pero apenas entré en mi habitación se me fue la intención — como si unas manos invisibles me hubieran arrancado un paño o algo que llevara sobre el cuerpo.

Había en el aire una tensión de la que no podía dar cuenta, pero que, a pesar de todo, existía como algo palpable y que en el transcurso de unos segundos, me dominó tan profundamente que al principio, a causa de la inquietud, no sabía por dónde empezar: encender la luz, cerrar la puerta, sentarme o pasear de un lado para otro.

¿Se había introducido o escondido alguien en mi habitación durante mi ausencia? ¿Era el miedo de un hombre por ser visto lo que se me estaba contagiando? ¿Estaba acaso Wassertrum aquí?

Miré por detrás de las cortinas, abrí el armario y miré en el cuarto de al lado: nadie.

También el cofrecillo estaba en su lugar; no parecía haber sido tocado.

¿No sería lo mejor decidirme de una vez a quemar las cartas y librarme así para siempre de esa preocupación?

Empecé a buscar la llave en el bolsillo de la chaqueta — pero, ¿era necesario hacerlo ahora? Tenía tiempo suficiente hasta la mañana.

¡Primero encender la luz!

No podía encontrar las cerillas.

¿Estaba cerrada la puerta? — Retrocedí un par de pasos. Me quedé quieto.

¿Por qué de repente ese miedo?

Quería reprocharme mi cobardía: pero mis pensamientos quedaban atascados en cuanto los había concebido.

Se me ocurrió de repente una idea loca, subir rápido, muy rápido a una mesa, coger y levantar un sillón y romperle a él la cabeza hasta que cayera al suelo — si — si se acercaba.

«Pero si no hay nadie aquí», me dije en voz alta y de mal humor, «¿has tenido miedo alguna vez en tu vida?»

No servía de nada. El aire que respiraba se hacía cada vez más delgado y tan cortante como el éter.

Si hubiera *visto algo:* lo más horrible que se pueda uno imaginar — en un abrir y cerrar de ojos se me habría pasado el miedo.

Nada se acercaba.

Escudriñaba con la mirada todos los rincones.

Nada.

En todas partes sólo cosas muy conocidas: muebles, arcas, la lámpara, el cuadro, el reloj de pared — viejos amigos sin vida.

Esperaba que cambiaran ante mis ojos y me dieran así la causa para considerar un engaño de mis sentidos el motivo de mi miedo.

Pero tampoco. — Seguían fieles e inmóviles en sus formas. Demasiado inmóviles para que fuesen naturales en la semioscuridad de la habitación.

«Están bajo tu misma tensión forzada», sentí. «No se atreven a hacer el más ligero movimiento.»

¿Por qué no funciona el reloj de pared?

La acechanza a nuestro alrededor ahogaba todo sonido.

Moví la mano y me asombré de poder oír el ruido.

¡Si por lo menos silbara el viento alrededor de la casa! — ¡Pero ni siquiera eso! O si la leña de la estufa chisporroteara — el fuego estaba apagado.

Y continuamente la misma horrible acechanza en el aire — sin pausa, sin orificios, como el fluir del agua.

¡Este estar-dispuesto-al-asalto de mis sentidos tan vano! Dudaba de poderlo soportar. — La habitación llena de ojos que no veía — llena de manos, moviéndose sin una intención premeditada, que yo no podía sujetar.

«Es el miedo que nace de sí mismo, el paralizante horror de la intocable nada — algo que no tiene forma y que sin embargo corroe nuestro pensamiento», comprendí borrosamente.

Me puse rígido y esperé.

Esperé casi un cuarto de hora; ¡quizá «se» dejaría engañar y «se» acercaría a mí por detrás — y yo lo podría coger!

De repente, de improviso me volví: de nuevo nada.

La misma corrosiva nada, que *no existía* y que sin embargo llenaba la habitación con su terrible acechanza.

¿Y si saliera corriendo? ¿Qué me lo impedía?

«Vendría conmigo», supe al momento con inevitable seguridad. También sabía que no me serviría de nada encender la luz — y sin embargo estuve buscando el mechero hasta que lo encontré.

Pero el pábilo de la vela no quería arder y tardó mucho en salir de la cera: la llama no quería ni vivir ni morir y cuando por fin consiguió en su lucha una existencia tísica, permaneció allí, sin ningún brillo, cual hojalata amarilla y sucia. No, la oscuridad era mejor que eso.

La apagué de nuevo y me eché vestido sobre la cama. Conté los latidos de mi corazón: 1, 2, 3, 4 — hasta mil y otra vez desde el principio — horas, semanas, meses, me pareció, hasta que los labios se me quedaron secos y el pelo se me erizó: ni un segundo de alivio.

Ni uno solo.

Comencé a decir en voz alta palabras, tal y como me venían a la boca: príncipe, árbol, niño, libro y las repetía angustiosamente hasta que repentinamente se detuvieron frente a mí, desnudas como horribles sonidos sin sentido de una época bárbara y prehistórica, y tuve que hacer un tremendo esfuerzo de pensamiento para reencontrar su significado: ¿p-r-í-n-c-i-p-e? ¿l-i-b-r-o?

¿No estaría loco? ¿O muerto? — Tanteé a mi alrededor.

¡Levantarse!

¡Sentarme en el sillón!

Me dejé caer en él.

¡Ojalá viniera por fin la muerte!

¡Todo, con tal de no seguir sintiendo esta terrible ace-

chanza sin sangre. fría! «Yo — no quiero — yo — no — quiero!», chillé. «¿Es que no oís?»

Me derrumbé sin fuerzas.

No podía comprender que siguiera viviendo.

Incapaz de pensar ni de hacer algo; miraba fijamente hacia delante.

«¿Por qué se acercaban los granos con tanta tenacidad?», se aproximó a mí un pensamiento, retrocedió y volvió. Retrocedió. Volvió.

Poco a poco me di cuenta claramente de que ante mí había un ser extraño — quizá desde que estaba aquí sentado, ya estaba él ahí de pie — y me alargaba la mano:

Una criatura gris, de hombros anchos, del tamaño de un hombre ancho y rechoncho, apoyado sobre mi bastón de madera nudosa, en espiral.

Donde hubiera debido estar la cabeza, sólo podía distinguir una nube de pálido vapor.

Un oscuro olor a madera de sándalo y a húmeda pizarra surgía de la aparición.

Una sensación de estar absolutamente indefenso casi me robó los sentidos. Toda la tortura que me destrozaba los nervios y que había soportado durante este tiempo se condensaba ahora y se convertía en un terror mortal que había adquirido forma en ese ser.

Mi sentido de autoconservación me decía que me volvería loco de horror y miedo si pudiera ver la cara del fantasma — me lo advertía, me lo gritaba a los oídos — sin embargo me atraía como un imán y no podía retirar la mirada de esa pálida nube y buscaba en ella ojos, nariz y boca.

Pero por mucho que me esforzase el vapor permanecía inmóvil. Si bien conseguía colocar sobre ese cuerpo rostros de todo tipo, sabía perfectamente, cada vez, que sólo provenían de mi imaginación.

Además, siempre se desvanecían — casi en el mismo segundo en que yo los creaba.

Sólo la forma de una cabeza de Ibis egipcio duró algo más.

Los contornos del fantasma se ocultaban esquemáticamente en la oscuridad, se contraían de un modo apenas per-

ceptible y se expandían de nuevo, como por una suave respiración que recorría toda la figura, y era el único movimiento que se podía percibir en él. En lugar de pies tenía unos muñones de huesos que tocaban el suelo: la carne — gris y sin sangre — se había amontonado con bordes hinchados alrededor de los huesos.

Sin moverse, la criatura me alargaba su mano.

En ella había granos. Como una alubia de grandes, de color rojo y con puntos negros en el extremo.

¿Qué debía hacer yo con ellos?

Sentí borrosamente que sobre mí recaía una enorme responsabilidad — una responsabilidad que superaba todo lo terreno — si no hacía ahora lo correcto.

Presentí que en alguna parte, en el reino de las causas, había dos platillos de balanza cargados cada uno de ellos con el peso de la mitad del mundo — y que en cualquiera que echara una mota de polvo, se caería al suelo.

¡Esa era la horrible acechanza que me rodeaba! Comprendí: «¡No mover ni un dedo!», me gritó mi entendimiento — «Aunque la muerte no viniera en toda la eternidad para librarme de este tormento.»

Pero también en ese caso habrías tomado una decisión: habrías *rechazado* los granos, murmuraba algo dentro de mí. Aquí no hay vuelta de hoja.

Miré a mi alrededor en busca de ayuda, para ver si encontraba una señal de lo que debería hacer. Nada.

Tampoco *dentro* de mí, ni un consejo, ni una ocurrencia — todo muerto, totalmente muerto.

Me di cuenta de que la vida de millares de personas pesaba lo que una pluma en este momento.

Debía ser muy tarde ya, noche profunda, pues yo no podía distinguir las paredes de mi habitación.

Al lado, en el ático, se oían pasos, alguien movía los armarios, abría cajones y los arrojaba golpeándolos contra el suelo, creí reconocer la voz de Wassertrum al prorrumpir, con tono de bajo, en salvajes maldiciones: pero no lo escuché. Era para mí tan insignificante como el crujido de un ratón. — Cerré los ojos.

Rostros humanos pasaban en largas filas ante mí. Con los

párpados cerrados — máscaras de muertos, inmóviles, mi propia familia, mis propios antepasados.

Por mucho que pareciera cambiar la forma, era siempre la misma cabeza la que parecía levantarse de su tumba — con el pelo liso y peinado, corto, con raya y rizos, con pelucas largas (estilo Felipe IV) y tupés rizados — a través de los siglos hacia mí, hasta que los rasgos se me fueron haciendo cada vez más y más conocidos y se fueron uniendo todos en un último rostro: el rostro del Golem, con el que se rompía la cadena de antepasados.

Después, la oscuridad convirtió mi habitación en un espacio infinito y vacío, en cuyo centro sabía que yo estaba sentado y ante mí la sombra gris con el brazo tendido de nuevo.

Cuando abrí los ojos, alrededor de nosotros había seres extraños en dos círculos que se entrecruzaban formando un ocho.

Los de un círculo envueltos en un manto de tonalidad violeta, los otros con uno negro-rojizo. Hombres de una raza desconocida, delgados e innaturales, con los rostros ocultos tras paños brillantes.

El pálpito de mi corazón dentro de mi pecho me decía que había llegado el momento de la decisión. Mis dedos se estiraron en busca de los granos — entonces vi cómo una especie de temblor agitaba a las figuras del círculo rojizo.

¿Debería rechazar los granos? El temblor atacó al círculo azulado — miré con agudeza al hombre sin cabeza; seguía allá — en la misma postura: inmóvil como antes.

Incluso su respiración había cesado.

Levanté el brazo sin saber todavía lo que debía hacer y — di un golpe en la mano tendida del fantasma de forma que todos los granos rodaron por el suelo.

Por un momento, tan repentino como una descarga eléctrica, perdí el conocimiento y creí caer en un abismo infinito — después me encontré seguro sobre mis piernas.

Las criaturas grises habían desaparecido. Igual que los seres del círculo rojizo.

Por el contrario, las figuras azuladas habían formado un círculo a mi alrededor: tenían sobre el pecho una inscripción

en jeroglíficos dorados y llevaban en silencio — parecía un juramento — los granos dorados que yo le había tirado al aire de la mano del fantasma sin cabeza.

Oí que afuera una tormenta de granizo golpeaba contra los cristales y que el estrépito de un trueno rompía el aire.

Una tormenta de invierno con toda su incontenible fuerza asolaba la ciudad. Desde el río sonaban, a través del ulular de la tormenta, en intervalos rítmicos, los sordos disparos de cañón que anunciaban la ruptura de la capa de hielo del Moldavia. La habitación llameaba a la luz de los continuados e ininterrumpidos relámpagos. De repente, me sentí tan débil que las rodillas me temblaban y tuve que sentarme.

«Tranquilízate», dijo claramente una voz a mi lado. «Totalmente tranquilo, hoy es el "Lelshimurim", la noche de la protección.»

Poco a poco cedía la tormenta y el ruido ensordecedor se convertía en el monótono tamborileo del granizo en los tejados.

El cansancio de mis miembros aumentó de tal forma que ya sólo sentía, confuso y medio en sueños, lo que sucedía a mi alrededor:

Un ser dijo desde el círculo las palabras siguientes:

«El que buscáis no está aquí.»

Los demás respondieron algo en una lengua extraña.

Otro ser respondió muy suavemente con una frase en la que sólo entendí el nombre de

HENOCH

pero no el resto: el viento traía desde el río demasiado fuerte el ruido del hielo al romperse.

Entonces salió del círculo un ser que vino hacia mí. Señaló el jeroglífico sobre su pecho — eran las mismas letras que en los demás — y me preguntó si sabía interpretarlo.

Cuando — balbuceando por el cansancio — negué, alargó hacia mí la palma de su mano y la escritura apareció luminosa sobre *mi* pecho en caracteres que al principio eran latinos:

pero que poco a poco se fueron transformando en aquellos desconocidos. — Caí en un profundo sueño, sin soñar, como no había vuelto a conocer desde aquella noche en la que Hillel me había soltado la lengua.

Impulso

Las horas del último día se me habían pasado volando. Apenas tuve tiempo para comer.

Un ansia irrefrenable de actividad física me había retenido desde la mañana hasta la noche junto a la mesa de trabajo.

Había acabado la gema y Miriam se alegró como una niña.

También había restaurado la letra «I» del libro *Ibbur*.

Me apoyé en el respaldo y recordé tranquilamente todos los pequeños sucesos del día:

Cómo llegó la mujer que me servía por la mañana después de la tormenta con la noticia de que el puente de piedra se había derrumbado durante la noche.

Extraño: — ¡Derrumbado! Quizá precisamente en el momento en que yo tiré los granos — no, no, no debía pensar en eso; lo que hasta entonces había sucedido podía recibir un ligero toque de sobriedad y yo me había propuesto dejarlo enterrado en mi pecho, hasta que despertara por sí mismo — no debía removerlo.

¿Cuánto tiempo hace que paseé por el puente y admiré las estatuas de piedra? — y ahora ese puente que había estado en pie durante siglos, estaba en ruinas.

Casi me entristecía el hecho de que ya no podría pasear sobre él. Pues, aunque se reconstruyera, ya no sería el mismo misterioso puente de piedra.

Durante horas, mientras trabajaba en la gema, estuve pensando en ello y tan naturalmente como si nunca lo hubiese tenido olvidado, renació en mí: ¿cuántas veces miré siendo niño y también posteriormente la estatua de San Luitgardo y todas las demás que ahora estaban enterradas en las aguas revueltas?

Había vuelto a ver en mi mente la intimidad de pequeñas y queridas cosas que durante mi infancia consideraba mías — y a mi padre y a mi madre y a una gran cantidad de compañeros de colegio. Sólo de la casa en la que había vivido no me podía acordar.

Sabía que cualquier día aparecería de repente ante mí, cuando menos lo esperara; y me alegraba pensando en ese momento.

La sensación de que todo se desarrollaría de repente en mí, tan natural y sencillamente, era muy agradable.

Cuando anteayer saqué el libro *Ibbur* del cofrecillo — y no había nada asombroso en él, sino que era como son todos los pergaminos antiguos adornados con valiosas iniciales — me pareció totalmente lógico.

No podía comprender que en aquella ocasión hubiera tenido una influencia tan fantasmagórica. Estaba escrito en lengua hebrea, totalmente incomprensible para mí.

¿Cuándo vendría a recogerlo el desconocido?

La alegría de vivir que había entrado en mí durante el trabajo se despertó de nuevo en todo su alegre frescor y espantó los pensamientos sombríos que querían atacarme por la espalda.

Enseguida cogí la foto de Angelina — pero ¿por qué no soñar una vez con felicidad, retener el luminoso presente y juguetear con él como una pompa de jabón?

¿Acaso no podría realizarse lo que la añoranza de mi corazón me susurraba? ¿Era tan absolutamente imposible que de la noche a la mañana me convirtiera en un hombre famoso? ¿Igual que ella, aunque de procedencia inferior? ¿Por lo menos igual que el Dr. Savioli? Pensé en la gema de Miriam: si me salieran otras como ésa — no cabía duda, ni los máximos artistas habían hecho nada mejor.

Supongamos sólo una casualidad: ¿si el marido de Angelina se muriera de repente?

Me entraban escalofríos: un mínimo azar — y mi esperanza, mi más audaz esperanza — tomaba forma. La felicidad que me caería en suerte pendía de un hilo finísimo que en cualquier momento, por lo que sea, podía romperse.

¿No me habrían ocurrido ya miles de cosas milagrosas?

¿Cosas de las cuales la humanidad ni siquiera sospecha que existan?

¿No era acaso un milagro que en el transcurso de pocas semanas se hubiera despertado en mí una capacidad artística que me elevaba ya muy por encima del término medio?

¡Me encontraba sólo al principio de este camino!

¿No tenía ningún derecho a la suerte?

¿Es que misticismo significa falta de deseos?

Yo acentuaba el «sí» en mí: ¡soñar sólo una hora — un minuto — una corta existencia humana!

Soñaba con los ojos abiertos:

Las piedras preciosas que estaban sobre la mesa crecían y crecían y me rodeaban por todas partes con cascadas de colores. Arboles de ópalo formaban grupos y reflejaban las olas de luz del cielo que brillaba azulado como las alas de una gigantesca mariposa tropical en una lluvia de chispas sobre una infinita pradera llena de un ardiente aroma estival.

Tenía sed y refresqué mis miembros en el rostro helado de los arroyos que corrían sobre rocas de brillante nácar.

Un hálito templado acariciaba las laderas, cubiertas de flores y de capullos, y me emborrachaba con el olor de los jazmines, los jacintos, los narcisos, las adelfas.

¡Insoportable! ¡Insoportable! Hice desvanecer la imagen. Tenía sed.

Esas eran las torturas del paraíso.

Abrí de golpe las ventanas y dejé que el viento acariciara mi frente.

Olí la primavera que se acercaba. — ¡Miriam!

Me veía obligado a pensar en Miriam. En cómo tuvo que sujetarse a la pared para no caerse de excitación cuando vino a contarme que había sucedido un milagro, un verdadero milagro: había encontrado una moneda de oro en el pan que el panadero le había pasado a través de las rejas en el alféizar de la cocina.

Busqué en mi bolsa. — Esperando que no fuera ya demasiado tarde, y que llegaría todavía a tiempo para, por medio de un encantamiento, darle de nuevo un ducado.

Me había venido a ver a diario para hacerme compañía, como ella decía, pero no hablamos casi nada, tan «llena» es-

taba ella de su milagro. El hecho la había trastornado en lo más profundo de sus entrañas y cuando pienso en cómo a veces se ponía, de repente, sin motivo aparente — únicamente con el recuerdo — pálida hasta los labios, me mareaba con el solo pensamiento de que en mi ceguera hubiera hecho cosas cuyo alcance era infinito.

Me entraba un terrible escalofrío al recordar las últimas y oscuras palabras de Hillel a este respecto.

La pureza de la finalidad no era ninguna disculpa para mí — el fin *no* justifica los medios, eso lo reconocía.

¿Y qué pasaba si además la finalidad de «querer ayudar» no era más que *aparentemente* «pura»? ¿No había acaso una mentira oculta detrás de todo ello? ¿El deseo propio e inconsciente de hacer el papel de auxiliador?

Empezaba a volverme loco a mí mismo.

Estaba claro que había juzgado a Miriam demasiado superficialmente.

Sólo por el hecho de ser hija de Hillel tenía que ser distinta a las demás muchachas.

¿Cómo podía haber sido tan temerario para intervenir de un modo tan insensato en una vida interior que quizás era infinitamente superior a la mía?

Sólo el corte de su rostro, que encajaba cien veces más en la época de la sexta dinastía egipcia — y que incluso para esta época era demasiado espiritual — que en la nuestra, con sus rasgos de hombres racionalistas, debía habérmelo advertido.

No sé dónde leí en cierta ocasión: «Sólo el tonto desconfía del aspecto exterior». — ¡Cuán exacto! ¡Cuán exacto!

Miriam y yo éramos ahora buenos amigos; ¿debería confesarle que había sido yo quien había escondido día tras día los ducados en el pan?

El golpe sería demasiado repentino. La atolondraría.

No debería atreverme a eso. Debía actuar con más cuidado.

¿Debilitar de algún modo el milagro? ¿Poner el dinero, en lugar de en el pan, en la escalera de forma que lo tuviese que encontrar al abrir la puerta, etc.? ¿Encontraría algo nuevo, menos basto, algún camino que la extrajera poco a poco de lo milagroso para volver a lo cotidiano? Esto me consolaba.

Sí. ¡Eso era lo correcto!

¿O acaso romper el nudo? ¿Contárselo a su padre y pedirle consejo? El rubor me subía a la cara. Para dar este paso habría tiempo, cuando todos los demás medios hubieran fallado.

Pero, ¡manos a la obra! ¡No perder tiempo!

Se me ocurrió una buena idea: debería llevar a Miriam a algún lugar muy especial, arrancarla durante unas horas del ambiente al que estaba acostumbrada para que recibiera otras impresiones.

Tomaríamos un coche y daríamos un paseo. ¿Quién nos conocería si evitábamos el barrio judío?

¿Quizá le interesara ver el puente derrumbado?

El viejo Zwakh, o una de sus antiguas amigas, podría acompañarla si le parecía terrible que yo fuera solo con ella.

Estaba firmemente decidido a no aceptar ninguna negativa.

En la puerta casi choqué con un hombre.

¡Wassertrum!

Debía haber estado espiando por la cerradura, pues estaba inclinado cuando tropecé con él.

«¿Me buscaba?», pregunté con brusquedad.

Tartamudeó unas palabras de disculpa en su imposible jerga; después asintió.

Le invité a que entrara y se sentara, pero él se quedó junto a la mesa dando vueltas nervioso, a la cinta del sombrero. En su cara y en cada uno de sus movimientos se reflejaba una profunda enemistad que inútilmente trataba de ocultar.

Nunca había visto antes a este hombre tan de cerca. No era su horrible fealdad lo que me repugnaba tanto (ya que su fealdad casi me hacía sentir compasión por él: parecía una criatura a la que la misma naturaleza había pisoteado la cara al nacer, de rabia y asco) — era otra cosa, algo imperceptible, algo que salía de él, lo que tenía la culpa.

La «sangre», como Charousek lo había denominado con acierto.

Involuntariamente me limpié la mano que le había dado al entrar.

A pesar de que lo hice sin llamar la atención, él debió darse cuenta pues tuvo que hacer un enorme esfuerzo para ahogar las llamas de odio que nacían en su boca.

«Está bien esta casa», comenzó por fin a decir tartamudeando, cuando vio que yo no le daba el gusto de comenzar la conversación.

Como contradiciendo sus palabras cerró los ojos al hablar, quizá para no encontrarse con mi mirada. ¿O puede que pensara que eso le daba a su cara una expresión humilde?

Era muy fácil darse cuenta del esfuerzo que hacía para hablar el alemán correctamente.

No me sentí obligado a contestarle y esperé a ver qué seguiría diciendo.

En su confusión cogió la *lima* que — sabe Dios cómo — todavía estaba, desde la visita de Charousek, sobre la mesa, pero retrocedió inmediatamente como mordido por una culebra. Interiormente me asombré por su subconsciente sensibilidad.

«Es natural, lógico, es parte del negocio, que esto esté bien», se esforzó por decir, «cuando se reciben — tan nobles visitas.» Quiso abrir los ojos para ver la impresión que me hacían sus palabras, pero al parecer lo consideró demasiado pronto y los cerró de nuevo.

Quise llevarle a un callejón sin salida: «¿Se refiere a la dama que hace poco estuvo aquí, no? ¡Diga claramente lo que pretende!».

Dudó un momento, me cogió de la muñeca y me arrastró hasta la ventana.

El modo extraño e inmotivado de hacerlo me recordó la forma en que hace unos días llevó a su cueva al sordomudo Jaromir.

Con dedos encogidos me mostró un objeto brillante:

«¿Cree usted, senor Pernath, que se puede hacer algo con esto?»

Era un reloj de oro con una tapa tan retorcida que casi parecía como si alguien lo hubiera hecho intencionadamente.

Cogí la lupa: las bisagras estaban casi rotas por la mitad y dentro — ¿no había allí algo grabado? Apenas legible y con una gran cantidad de arañazos recientes. Despacio descifré:

K — rl Zott — mann

¿Zottmann? ¿Zottmann? — ¿Dónde había leído yo ese nombre? No podía recordarlo. ¿Zottmann?

Wassertrum estuvo a punto de tirarme la lupa de la mano:

«En la maquinaria no hay nada. Eso ya lo he mirado yo. Pero fuera, la tapa, eso es horrible.»

«No hace falta más que desabollarlo, como máximo unas pequeñas soldaduras. Eso se lo puede hacer exactamente igual cualquier joyero normal y corriente, señor Wassertrum.»

«Sí, pero tengo interés en que sea un buen trabajo. Como se suele decir: artístico», me interrumpió rápida, casi angustiosamente.

«Bueno, si tiene tanto interés...»

«¡Mucho interés!», su voz jadeaba casi de indignación. «Quiero llevar yo mismo el reloj. Y cuando se lo enseñe a alguien quiero poder decir: Mire, mire, *así* trabaja el señor Von Pernath.»

Me repugnaba ese tipo; me escupía sus desagradables lisonjas formalmente a la cara.

«Si vuelve dentro de una hora estará acabado.»

Wassertrum se encogió: «Eso no puede ser. No quiero. Tres días. Cuatro días. La semana que viene es tiempo suficiente. Toda mi vida me reprocharía haberle dado prisas».

¿Qué quería con ponerse tan fuera de sí? — Entré en la habitación de al lado y guardé el reloj en el cofrecillo. La foto de Angelina estaba encima de todo. Rápidamente volví a cerrar la tapa — por si Wassertrum miraba.

Cuando me volví me di cuenta de que había palidecido.

Le examiné con atención, pero borré inmediatamente mis sospechas. ¡Imposible! No *podía* haber visto nada.

«Bueno, entonces quizá la semana que viene», dije para terminar su visita.

De repente, parecía ya no tener prisa. Cogió un sillón y se sentó.

Contrariamente a su actitud anterior tenía ahora al hablar bien abiertos sus ojos de besugo y miraba fijamente el botón superior de mi chaleco. Pausa.

«Aquella fulana le ha dicho naturalmente que usted hiciese como si no supiera nada. ¿Noo?», soltó de improviso sin ningún preámbulo y dando un golpe con el puño en la mesa.

Había algo extraño y terrible en la incoherencia con que podía saltar, como el rayo, de un modo de hablar a otro, de unos tonos halagadores a otros brutales, y me pareció muy probable que la gente, especialmente las mujeres, se encontraran en un abrir y cerrar de ojos en su poder, sólo con que tuviera la más mínima arma contra ellas.

Quise saltar, cogerle del cuello y sacarle al pasillo; ése fue mi primer pensamiento; pero después pensé si no sería más inteligente escucharle primero.

«De verdad que no sé a qué se refiere, señor Wassertrum» — y me esforcé en poner una cara lo más tonta posible —. «¿Fulana? ¿Qué es eso: fulana?»

«¿Acaso tengo que enseñarle alemán?», me dijo groseramente. «Tendrá que levantar la mano en el juicio cuando se trate de eso. ¿Me entiende bien? ¡Eso se lo digo *yo*!» — Empezó a gritar: «¡A mí no me va a jurar usted en mi propia cara que "ésa" de ahí al lado» — y señaló con el pulgar el estudio — «entró aquí, donde usted, solo con una manta — y nada más!».

El odio me subía a los ojos; le cogí al tipo por la pechera y le agité.

«¡Si dice una sola palabra más en ese tono, le romperé todos los huesos del cuerpo! ¿Entendido?»

Se derrumbó en el sillón y tartamudeó:

«¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué quiere? Yo sólo hablaba.» Fui un par de veces de un lado a otro de la habitación para calmarme. No escuché todas las disculpas que baboseaba.

Después me senté frente a él, con la firme intención de arreglar el asunto con él de una vez para siempre, por lo menos en lo que se refería a Angelina, y, si no podía ser en paz, le obligaría a declarar su enemistad y a disparar antes de tiempo sus débiles flechas.

Sin hacer el más mínimo caso de sus objeciones, le dije claramente que cualquier tipo de chantaje — y acentué esta palabra — fallaría, puesto que nunca podría fortalecer ninguna de sus acusaciones con pruebas y que yo sabría *con seguridad* encontrar testigos (suponiendo que estuviera dentro de lo posible el llegar a eso), que Angelina estaba demasiado cerca de mí como para que no la defendiera en un momento de necesidad, costase lo que costase, incluso con un juramento en falso.

Cada uno de los músculos de su cara se tensó y su labio leporino se separó casi hasta la nariz, rechinó los dientes e interrumpió una y otra vez mis palabras glogloteando como un pavo: «¿Es que acaso quiero algo de esa fulana? ¡Pero escúcheme!». — Estaba fuera de sí de impaciencia, porque yo no me dejaba engañar. — «Lo que a mí me importa es el doctor Savioli, por ese maldito perro — él — él», le salió de repente gritando desaforadamente.

Jadeó en busca de aire. Enseguida me contuve: por fin estaba donde yo le quería, pero al momento se había serenado y miraba de nuevo fijamente mi chaleco.

«Escuche, Pernath», se esforzó por imitar el frío y comedido hablar de los negociantes. «Usted sigue hablando de la ful — de la dama. ¡Bien! Está casada. Bueno: ella se ha dejado llevar por ese — ese joven roñoso. ¿Qué tengo yo que ver con eso?» Movía sus manos delante de mi rostro, con los dedos juntos como si cogiera con ellos una pizca de sal —. «Allá *ella,* la fulana. — Yo soy un hombre de mundo y usted es también un hombre de mundo. Eso ya lo conocemos los dos. ¿Noo? Yo lo único que quiero es mi dinero. ¿Lo entiende usted, Pernath?»

Le escuché asombrado:

«¿Qué dinero? ¿Le debe a usted algo el doctor Savioli?»

Wassertrum respondió evasivo:

«Cuentas, tengo cuentas con él. Al fin y al cabo es lo mismo.»

«¡Usted le quiere matar!», grité.

Se levantó de un salto. Dio un traspiés. Cacareó un par de veces.

«¡Sí! ¡Asesinar! ¡Cuánto tiempo piensa seguir representán-

dome esa comedia!» Señalé la puerta: «¡Haga el favor de salir!».

Lentamente cogió su sombrero, se lo puso y se volvió para irse. Entonces se detuvo y me dijo con una tranquilidad de la que no le hubiera creído capaz:

«También es cierto. Le he querido dejar fuera de esto. Bueno. Si no, no. Los barberos piadosos hacen las peores heridas. Ya estoy harto. — Si hubiera sido usted sensato — el doctor Savioli, al fin y al cabo, está en mitad de su camino, ¿no? *Ahora — lo haré — con — ustedes — tres*», y señaló con un gesto lo que pensaba — *estrangulamiento.*

Sus gestos expresaban una maldad satánica y parecía estar tan seguro, que se me heló la sangre en las venas. Debía tener en las manos un arma que yo no sospechaba y que tampoco Charousek conocía. Sentí que el suelo temblaba bajo mis pies. «*¡La lima! ¡La lima!*», sentí que me susurraba algo en mi cabeza. Calculé la distancia: un paso hasta la mesa — dos pasos hasta Wassertrum — iba a saltar — pero apareció Hillel, como surgido del suelo, en la puerta.

La habitación se borró ante mis ojos.

Sólo veía — como a través de una niebla — que Hillel permanecía inmóvil y Wassertrum retrocedía paso a paso hasta la pared.

Entonces le oí decir a Hillel:

«Usted, Aaron, conoce el dicho "Cada judío es fiador de los demás", ¿no? No se lo haga usted a uno tan difícil.» — Añadió un par de palabras en hebreo que yo no comprendí.

«¿Por qué necesita usted husmear detrás de las puertas?», balbuceó el cambalachero con labios temblorosos.

«Si he escuchado o no, no debería preocuparle.» Hillel acabó otra vez con una frase en hebreo que esta vez sonó a amenaza. Esperé que se originara una disputa, pero Wassertrum no respondió ni una sílaba, recapacitó un momento y se fue de mala gana.

Miré asustado a Hillel. Me hizo una seña de que me callara. Al parecer esperaba algo, pues escuchaba con atención lo que pasaba en el pasillo. Quise ir a cerrar la puerta, pero él me hizo retroceder con un gesto impaciente.

Pasó más de un minuto y volvieron a oírse los pasos arrastrados del cambalachero por las escaleras. Sin decir una palabra salió Hillel y le hizo sitio.

Wassertrum esperó a que estuviera lejos como para no oírlo y entonces refunfuñó agriamente:

«Devuélvame mi reloj.»

¿Dónde estaría Charousek?

Habían pasado casi veinticuatro horas y todavía no se había dejado ver.

¿Había olvidado la señal que habíamos concertado? ¿O es que no la veía?

Me acerqué a la ventana y puse el espejo de forma que los rayos de sol se reflejaran precisamente en el agujero enrejado del sótano.

La intervención de Hillel — ayer — me había tranquilizado bastante. Con seguridad me habría avisado si hubiese un peligro amenazador.

Además: Wassertrum no podía haber emprendido nada importante; nada más dejarme, volvió a su tienda — miré hacia abajo; justo, ahí estaba, apoyado detrás de las chapas de cocina, exactamente igual que como le había visto esta mañana.

¡Insoportable, esta eterna espera!

El suave aire primaveral que entraba por la ventana de la habitación de al lado me ponía enfermo de añoranza.

¡Esas gotas de nieve que se derriten en los tejados! ¡Y cómo brillan esos delgados hilos de agua a la luz del sol!

Me sentía atraído hacia el exterior por hilos invisibles. Paseaba impaciente de un lado a otro de la habitación. Me senté en un sillón. Me levanté de nuevo.

No quería apartarse de mí ese brote enfermizo de un incierto enamoramiento que me oprimía el pecho.

Me había estado atormentando toda la noche. Una vez había sido Angelina la que se había pegado a mí, después comencé a hablar muy inocentemente con Miriam, y apenas se había roto esta imagen apareció de nuevo Angelina y me

besó; podía oler el perfume de su cabello y su suave piel de robelina me cosquilleaba en el cuello. Despojó sus hombros desnudos — y se convirtió en Rosina que bailaba con los ojos ebrios y entornados — con un frac — desnuda; y todo esto sucedía en un duermevela que, sin embargo, era exactamente igual a estar consciente. Igual que un dulce y ardiente despertar en las tinieblas.

Hacia el amanecer estaba mi doble junto a mi cama, el sombrío Habla Garmin, «el hálito de los huesos» del que había hablado Hillel — y le miré a los ojos: estaba en mi poder y *tenía* que contestar a todas las preguntas que yo le hiciera sobre cosas eternas y del más allá; y él no *esperaba* más que eso, pero mi sed de misterios no podía contra el calor de mi sangre y se filtraba absorbida en el seco terreno de mi entendimiento. — Ordené al fantasma que se fuera, que se convirtiera en la imagen de Angelina, pero se encogió formando la letra Aleph, creció de nuevo y volvió a estar ahí, como mujer-coloso totalmente desnuda, tal y como la vi entonces en el libro *Ibbur* con el pulso igual a un terremoto, se inclinó sobre mí y respiré el narcotizante olor de su tibia carne.

¿Todavía no venía Charousek? — Las campanas cantaban desde la torre de la iglesia.

Esperaría un cuarto de hora más — pero, después, ¡fuera! Pasear por calles más animadas, llenas de gente vestida de fiesta, mezclarme en en el alegre bullicio de los barrios de los ricos, ver mujeres hermosas con rostros coquetos, manos y pies finos.

Me disculpé a mí mismo diciéndome que quizás encontrase casualmente a Charousek.

Cogí el antiguo juego de tarots del estante de libros para pasar el tiempo más de prisa.

¿Quizá de los dibujos pudiera sacar inspiración para el boceto de un camafeo?

Busqué el *Fou.*

No estaba. ¿Dónde podía haber ido a parar?

Miré otra vez todas las cartas y me perdí pensando en

su significado oculto. Especialmente el Ahorcado — ¿qué podía significar?

Un hombre está colgado de una cuerda entre el cielo y la tierra, con la cabeza hacia abajo, los brazos atados a la espalda, la pantorrilla derecha cruzada sobre la pierna izquierda, de modo que parece una cruz sobre un triángulo puesto al revés.

Una comparación incomprensible.

¡Ya! ¡Por fin! Charousek venía.

¿O todavía no?

Alegre sorpresa, era Miriam.

«¿Sabe usted, Miriam, que ahora mismo pensaba bajar a verla y pedirle que viniera a dar un paseo conmigo?» No era toda la verdad, pero no le di más vueltas. — «¿Cierto que no me rechaza? Me siento hoy tan infinitamente feliz en mi corazón que debe ser usted, precisamente usted, quien corone mi alegría.»

« — ¿De paseo?» — buscó la palabra —. «¡Increíblemente extraño pasear!»

«No es en absoluto extraño si tiene en cuenta los cientos de miles de personas que lo hacen — en realidad, durante toda su vida, no hacen otra cosa.»

«Sí, *¡otras* personas!», concedió, pero todavía totalmente sorprendida.

Le cogí las manos:

«Yo quisiera, Miriam, que la alegría que pueden experimentar *otras* personas la disfrute usted también, pero en una medida infinitamente mayor.»

Repentinamente palideció y, por la fija turbación de su mirada, descubrí lo que pensaba.

Me dio un pinchazo.

«No puede llevarlo siempre consigo, Miriam», le dije, «el — milagro. ¿Quiere usted prometérmelo por — por amistad?»

Se dio cuenta del temor que contenían mis palabras y levantó asombrada su mirada hacia mí.

«Si no la afectara tanto podría alegrarme yo también, ¿pero así? ¿Sabe que estoy profundamente preocupado por usted, Miriam? Por — por — ¿cómo lo podría decir? — ¡Por su

salud mental! No lo tome literalmente, pero — yo desearía — que jamás se hubiera dado el milagro.»

Esperaba que me contradijese, pero asintió sumida en sus pensamientos.

«Le duele, ¿no es cierto, Miriam?» Tomó fuerzas y dijo:

«A veces también yo desearía que no se hubiese dado.»

Sonaba para mí como un rayo de esperanza. «Cuando pienso», hablaba muy despacio y como en sueños, «que pudieran venir tiempos en los que tendría que vivir sin estos milagros...»

«Usted puede hacerse rica de la noche a la mañana, entonces ya no necesitará más...», intervine sin pensar en sus palabras, pero enseguida me contuve cuando noté el horror de su rostro, «me refiero a que usted puede librarse de manera natural de las preocupaciones; los milagros que viviría después serían de tipo espiritual — vivencias internas.»

Ella agitó la cabeza y dijo con brusquedad: «Las vivencias internas no son ningún milagro. Ya es bastante extraño que, al parecer, haya hombres que no tengan ninguna. — Desde mi infancia, día tras día, noche tras noche, vivo yo» — (se interrumpió con un brusco movimiento y me di cuenta de que en ella había alguna otra cosa de la que nunca me había hablado, quizá la existencia de sucesos invisibles parecidos a los míos) — «pero no es ahora el momento para hablar de esto. Incluso si resucitara y curase a los enfermos poniéndoles la mano encima, yo no lo podría llamar milagro. Sólo cuando la materia muerta — la tierra — sea animada por el espíritu y se rompan las leyes de la naturaleza, habrá sucedido aquello que estoy añorando desde que empecé a razonar. — Una vez me dijo mi padre que hay dos partes en la Cábala: una mágica y otra abstracta que nunca podrán coincidir. Es cierto que la mágica podrá atraer a la abstracta, pero jamás ocurrirá al revés. La mágica es un *don,* un *regalo,* la otra se puede *conseguir,* si bien sólo con la ayuda de un guía». Volvió a coger el hilo del comienzo: «Es el *don* lo que deseo; lo que yo pueda conseguir me es indiferente y tiene para mí tan poco valor como el polvo. Cuando tengo que imaginar que podrían venir épocas, como he dicho antes, en las que tendría que vivir otra vez sin milagros» — vi cómo se agarrotaban sus

dedos, y el remordimiento y el dolor me desgarraban — «creo que podría morir ya, a la vista de esa sola posibilidad».

Le pregunté: «¿Es ése el motivo por el que usted deseaba que el milagro no hubiera sucedido nunca?».

«Sólo en parte. Pero además hay otra cosa. Yo — yo —», recapacitó un momento, «no estaba todavía madura para vivir un milagro en esa forma. Es eso — ¿Cómo se le podría explicar? Suponga, sólo como ejemplo, que desde hace años tiene cada noche un único sueño, que continúa siempre más complejo, en el que alguien — digamos: un habitante de otro mundo — me enseña y me muestra en una imagen de mí misma, con sus continuas transformaciones, no sólo lo alejada que estoy de la madurez mágica para poder vivir un "milagro", sino que me da la explicación lógica de las cuestiones que me preocupan durante el día y que en todo momento puedo comprobar. Usted me comprenderá: un ser así suple toda la felicidad que uno pueda imaginar en la vida; es para mí el puente que me une con el "más allá", es la escala de Jacob por la que puedo ascender desde lo cotidiano a la luz — es mi guía, mi amigo; toda la confianza en que no podré perderme en los oscuros caminos que recorre mi alma por la locura y la confusión, la tengo puesta en *él*, quien nunca me ha engañado. — Y ahora, de repente, contra todo lo que él me ha dicho, ¡se cruza un milagro en mi vida! ¿Qué es lo que debo creer ahora? ¿Todo lo que me ha llenado ininterrumpidamente durante tantos años fue sólo un engaño? Si tuviera que dudar de ello caería de cabeza en un abismo sin fin. — Sin embargo, ¡ha sucedido el milagro! ¡Gritaría de alegría, si...»

«¿Si...?», le interrumpí sin respiración. Quizá pronunciara la palabra salvadora y podría confesarle todo.

«... si me enterara de que me he equivocado — de que en realidad no hubo ningún milagro. Pero sé, de igual modo que sé que ahora estoy aquí sentada, que me destrozaría.» (Mi corazón se heló.) «Ser rechazada y arrancada del cielo y tener que bajar de nuevo a la tierra — ¿cree usted que eso lo puede soportar un hombre?»

«Pida ayuda a su padre», dije sin pensar a causa del miedo.

«¿A mi padre? ¿Ayuda?» — me miró sin comprender —.

«Donde no hay más que dos caminos, ¿podría encontrar él un tercero? — ¿Sabe usted cuál sería mi única salvación? Que me sucediera a *mí* lo que le ha sucedido a usted. Si en este momento — pudiera olvidar — todo lo que tengo tras de mí: toda mi vida hasta el día de hoy... ¿No es curioso? Lo que usted considera una desgracia, sería para mí la mayor alegría.»

Ambos permanecimos un largo rato en silencio.

Cogió repentinamente mi mano y sonrió. Casi alegre.

«Pero no quiero que usted se aflija por mi causa.» — (Ella me consolaba a mí — ¡a mí!) — «Hace un momento estaba usted alegre y feliz por la primavera y ahora es la tristeza misma. No le debería haber dicho absolutamente nada. ¡Arránquelo de su cabeza y siga pensando como antes! — Yo estoy tan contenta...»

«¿Usted contenta, Miriam?», la interrumpí amargamente.

Puso cara de convencida. «¡Sí! ¡De verdad! ¡Contenta! Cuando he venido estaba indescriptiblemente temerosa — no sé por qué, pero no podía librarme de la sensación de que usted se encuentra en un gran peligro», escuché con atención, «pero en lugar de alegrarme por encontrarle a usted tan sano y contento, le he — Y —.»

Me esforcé por parecer dichoso: «Y eso sólo lo puede arreglar si sale conmigo». (Intenté poner toda la alegría posible en mi voz.) «Quisiera ver, Miriam, si consigo una sola vez ahuyentar sus tristes pensamientos. Diga lo que quiera: usted no es en absoluto un mago del antiguo Egipto, sino, por el momento, sólo una joven a la que el viento tibio primaveral todavía puede jugar una mala pasada.»

De repente se puso radiante:

«Pero, ¿qué le pasa hoy, señor Pernath? ¡Nunca le he visto así! — Por cierto, para nosotras, las chicas judías, "el viento tibio de la primavera" está controlado, como ya sabe, por nuestros padres, y no podemos más que obedecer. Y por supuesto, lo hacemos. Está en nuestra sangre. — En mi caso, no», añadió con seriedad, «porque mi madre se negó a casarse con ese horrible Aaron Wassertrum cuando querían obligarla a hacerlo.»

«¿Qué? ¿Su madre? ¿Con el cambalachero de abajo?»

Miriam afirmó: «Gracias a Dios no se realizó. — Pero para ese pobre hombre fue, lógicamente, un golpe duro».

«¿Pobre hombre, dice?», dije sobresaltado. «¡Ese tipo es un criminal!»

Ella movió pensativamente la cabeza. «Seguro, un criminal. Pero el que se encuentra dentro de un pellejo como ése y no se convierte en un criminal, tiene que ser un profeta.»

Me acerqué a ella con curiosidad:

«¿Sabe usted algo exacto sobre él? Me interesa. Por algo muy especial...»

«Si hubiera visto alguna vez su tienda por dentro, señor Pernath, sabría al momento cómo es su alma. Se lo digo porque de niña estuve muchas veces en ella. — ¿Por qué me mira tan asombrado? ¿Es eso tan especial? — Conmigo fue siempre amable y bondadoso. Me acuerdo que una vez incluso me regaló una gran piedra muy brillante, era lo que más me había gustado de todas sus cosas. Mi madre me dijo que era un brillante y tuve que devolverlo inmediatamente.

»Al principio estuvo mucho tiempo, sin querer cogerlo, pero después me lo arrancó de las manos y lo tiró lejos, lleno de rabia. Pude ver cómo le salían las lágrimas; además, entonces, ya sabía el suficiente hebreo como para entender lo que murmuró: "Todo lo que toca mi mano está maldito". — Fue la última vez que me dejó visitarlo. Desde entonces nunca me volvió a invitar a que entrara. Y yo sé por qué: si no hubiese intentado consolarle, todo hubiera seguido como hasta entonces, pero así, como me daba una inmensa pena y se lo dije, no me quiso volver a ver. ¿No lo entiende, señor Pernath? Es tan sencillo: es un poseso — un hombre que, en cuanto alguien se acerca a su corazón, se hace desconfiado, irremediablemente desconfiado. Se cree mucho más horrible de lo que en realidad es — si es que eso es posible — y ésta es la razón de su modo de pensar y de actuar. Se dice que su mujer le quería, quizás era más compasión que amor, pero de todas formas mucha gente así lo creía. El único que estaba convencido de lo contrario era él mismo. En todas partes sospecha odio y traición.

»Sólo con su hijo hizo una única excepción. ¿Quién sabe si era porque le había visto crecer desde la lactancia, es decir,

porque vivió desde el primer brote todas las características del niño y por eso nunca llegó al punto en el que pudiera haber comenzado su desconfianza, o porque era de sangre judía: verter todo el cariño que había en él, en su descendencia, — por ese miedo instintivo de nuestra raza a que podamos morir sin cumplir una misión olvidada y que, sin embargo, pervive oscuramente en nosotros? — ¿Quién sabe?

»Educó a su hijo con un cuidado y una perspicacia que rayaba casi la sabiduría, milagrosa en un hombre de tan poca cultura. Apartó del camino del muchacho, con la agudeza de un psicólogo, todo aquello que pudiera despertarle la conciencia, para ahorrarle futuras penas anímicas.

»Le puso como maestro a un excelente sabio que defendía la opinión de que los animales no sienten y que sus manifestaciones de dolor no son más que un reflejo mecánico.

»Sacar de cada criatura toda la alegría y el placer posible para uno mismo y arrojar después la cáscara como algo inservible: ése era poco más o menos el ABC de su sistema de educación.

»Puede imaginarse, señor Pernath, que el dinero, como estandarte y llave del "poder", juega un papel de protagonista. Y del mismo modo que oculta cuidadosamente su propia riqueza, para mantener ocultos los límites de su influencia, así se inventó un medio para hacer posible algo semejante para su hijo, pero ahorrándole al mismo tiempo el sufrimiento de una vida aparentemente pobre: le empapó con la mentira infernal de la "belleza", le mostró los gestos y el porte internos y externos de la estética, y le enseñó a imitar exteriormente a un lirio del campo y ser en el interior un buitre.

»Naturalmente, eso de la "belleza" no fue invención suya — sino seguramente la "corrección" de un consejo que le diera alguna persona culta.

»Nunca le ofendió en lo que más tarde su hijo pudiera negarle. Al contrario, se lo obligó a hacer, pues su amor era lógico y — tal y como le he dicho de mi padre — del tipo que nos alcanza más allá de la tumba.»

Miriam permaneció un momento en silencio y pude leer en su rostro cómo seguía tejiendo sus pensamientos. Lo noté en el cambio de tono de su voz cuando dijo:

«Frutos extraños crecen en el árbol del judaísmo.»

«Dígame, Miriam», le pregunté, «¿no ha oído nunca que Wassertrum tiene en su tienda una figura de cera? Yo no sé quién me lo contó — quizás haya sido sólo un sueño...»

«No, no, es cierto, señor Pernath, hay una figura de cera del tamaño de una persona, en la esquina en la que duerme, sobre un jergón de paja, en medio del más absoluto desorden. Se la regateó al propietario de una barraca de feria y, al parecer, sólo porque se parecía a una dama cristiana que, por lo que dicen, debió ser su amante.»

«¡La madre de Charousek!», se me ocurrió. «Miriam, ¿no sabe usted su nombre?»

Miriam negó con la cabeza: «Pero si le interesa — puedo enterarme».

«¡No, por Dios, Miriam!; me da completamente igual.» (Me di cuenta por el brillo de sus ojos de que hablando se había puesto muy vivaz y había salido de su depresión, y me propuse no dejarla volver a recaer en ella.) «Pero lo que sí me interesa es el tema del que antes he hablado de pasada, eso del "viento tibio primaveral". — Estoy seguro de que su padre no le impondría con quién debe casarse, ¿no?»

Se echó a reír alegremente.

«¿Mi padre? ¡Qué dice usted!»

«Bueno, eso es una gran alegría para mí.»

«¿Por qué?», preguntó ella ingenuamente.

«Porque entonces todavía tengo una posibilidad.»

Era sólo una broma y ella lo tomó como lo que era. Sin embargo, se levantó de un salto y fue hasta la ventana para que no pudiera ver cómo se ruborizaba.

Cambié de tono para ayudarle a salir de su apuro.

«Como viejo amigo, le pido una cosa: usted tiene que confiármelo cuando llegue el momento. — ¿O es que piensa quedarse soltera?»

«¡No, no, no!» — lo negó tan decidida que involuntariamente me eché a reír —. «¡Alguna vez me tendré que casar!»

«¡Naturalmente! ¡Por supuesto!»

Se puso nerviosa como una jovencita.

«¿No puede estar serio durante un minuto por lo menos, señor Pernath?» — Obediente, puse cara de maestro y ella se

volvió a sentar —. «Bueno, cuando digo que alguna vez me tendré que casar me refiero a que hasta ahora no me he roto la cabeza pensando en ello, pero que, con seguridad, no entendería el sentido de la vida si tuviera que aceptar como mujer venir al mundo para no tener hijos.»

Por primera vez vi marcados rasgos de mujer en su rostro.

«Es uno de mis sueños», continuó en voz baja, «imaginarme como meta final que dos seres se fundan en uno — en eso que — ¿no ha oído nunca hablar del antiguo culto egipcio a Osiris? — se conviertan unidos en eso que el "hermafrodita" debe significar como símbolo.»

Escuché con gran atención: «¿El hermafrodita?»...

«Me refiero a la unión mágica de lo masculino y lo femenino en la figura humana del semidiós. Eso, ¡como meta final! — No, no como meta, sino como principio de un nuevo camino, eterno — *sin* fin.»

«¿Y espera encontrar alguna vez», pregunté agitado, «al que usted busca? — ¿No puede ser que viva en un país lejano, que quizá no exista en el mundo?»

«De eso no sé nada», dijo sencillamente. «Solamente puedo esperar. Si él estuviera separado de mí por el tiempo y el espacio — cosa que no creo ¿por qué estaría yo aquí ligada al ghetto? — o por los abismos del desconocimiento mutuo — y no lo encontrara, entonces mi vida no ha tenido en absoluto ningún sentido y ha sido solamente el absurdo juego de un demonio idiotizado. — Pero, ¡por favor, por favor, no hablemos más de eso!», me rogó. «Sólo expresar ese pensamiento deja un sabor terrible y terreno, y yo no quisiera que...», se interrumpió de repente.

«¿Qué es lo que no quisiera, Miriam?»

Levantó la mano. Se incorporó rápidamente y dijo:

«Señor Pernath, ¡tiene usted una visita!»

Se oía el suave fru-fru de unas faldas de seda en el pasillo.

Golpes horribles en la puerta:

¡Angelina!

Miriam quiso marcharse; yo la retuve.

«¿Puedo presentarles? La hija de un querido amigo — la señora Condesa...»

«Ni siquiera se puede ir en coche. Están levantando por todas partes el empedrado. ¿Cuándo se trasladará, señor Pernath, a una zona digna de una persona como usted? Afuera se derrite la nieve, el cielo está tan gozoso que a uno le estalla el corazón y usted está aquí, encogido en esta cueva de estalactitas, como una rana — por cierto, ¿sabe que ayer estuve en mi joyero y me dijo que usted es el mayor artista, el más fino tallador de piedras que hoy existe, si no uno de los más grandes que nunca ha habido?» — Angelina charlaba como un torrente y yo estaba encantado. Ya sólo veía sus brillantes ojos azules, sus pequeños pies en las diminutas botas de charol, su rostro caprichoso, que brotaba animado del enorme cuello de piel, y sus rosadas orejas.

Apenas tenía tiempo de respirar.

«Mi coche está en la esquina. Temía no encontrarle en casa. Espero que usted no haya comido todavía, ¿no? Primero iremos — bueno, ¿adónde vamos primero? Primero iremos — espere — sí, quizás al jardín botánico o mejor: a algún lugar al aire libre, pues ya se puede sentir en la atmósfera la germinación y el secreto brote de los capullos. ¡Vamos, vamos, coja su sombrero!; después comerá en mi casa — y más tarde charlaremos hasta el anochecer. ¡Coja su sombrero! ¿A qué espera? — Abajo hay una manta muy suave y caliente: nos envolveremos en ella hasta las orejas y nos acurrucaremos hasta que entremos en calor.»

¿Qué podía decir yo? «Me disponía a dar un paseo con la hija de mi amigo.»

Antes de que pudiera acabar la frase, Miriam ya se había despedido rápidamente de Angelina.

La acompañé hasta la puerta, a pesar de que me lo quería impedir amablemente.

«Escúcheme Miriam, no se lo puedo explicar, aquí en la escalera, hasta qué punto dependo de usted — yo preferiría mil veces acompañarla...»

«No puede hacer esperar a la señora, señor Pernath», me interrumpió. «Adiós, ¡que se diviertan!»

Lo dijo de corazón, sinceramente y sin alterarse, pero vi que el brillo de sus ojos se había apagado.

Bajó rápidamente la escalera y una gran pena me ahogó. Sentí como si hubiera perdido un mundo.

Como en un sueño me hallo sentado al lado de Angelina. Vamos conducidos por el rápido galope de los caballos a través de las calles llenas de gente.

El oleaje de la vida me rodeaba y me aturdía de tal modo que apenas podía distinguir las pequeñas manchas de luz de las figuras que pasaban ante mí: joyas brillantes en los pendientes y las cadenas de los manguitos, brillantes sombreros de copa, guantes blancos, un caniche con un collar rosa que quería morder nuestras ruedas, caballos cubiertos de espuma corriendo a nuestro encuentro con los arneses de plata, un escaparate con fulgurantes bandejas llenas de perlas y luminosos aderezos — brillo de seda y las finas caderas de las jóvenes.

El viento frío que nos cortaba la cara me hacía sentir mucho más fascinante el calor del cuerpo de Angelina.

Los policías en los cruces se retiraban respetuosamente a un lado cuando pasábamos ante ellos.

Fuimos al trote por el muelle que no tenía más que un estrecho paso para los coches que formaban una fila junto al puente de piedra derrumbado, y lleno de una multitud de rostros curiosos.

Apenas lo miré: — la más mínima palabra de la boca de Angelina, sus pestañas, el rápido juego de sus labios — todo, todo era para mí infinitamente más importante que ver cómo allá abajo los bloques de piedras se defendían de los ataques de los peñascos de hielo.

Caminos en los parques. Después — tierra apisonada, elástica. Más adelante, el crujido de las hojas bajo las pezuñas de los caballos, aire húmedo, árboles gigantescos, sin hojas, llenos de nidos de cornejas, el verdor muerto de los prados con blancas islas de nieve flotante, todo ello pasaba ante mí como en un sueño.

Con unas breves palabras empezó a hablar Angelina del doctor Savioli, casi con indiferencia.

«Ahora que ya ha pasado el peligro», dijo con la encan-

tadora ingenuidad de un niño, «y que ya sé que está mejor, me parece terriblemente aburrido todo lo que ha pasado. — Quiero volver a divertirme, cerrar los ojos y sumergirme en la espuma centelleante de la vida. Creo que todas las mujeres son así. Sólo que no lo admiten, ¿o son acaso tan tontas que ellas mismas ni lo saben? ¿No lo cree usted también?» Ni siquiera escuchó mi respuesta. «Además, las mujeres no me interesan en absoluto. Naturalmente no debe tomar esto como un halago, pero — de verdad, la simple presencia de un hombre simpático me es mucho más agradable que la más interesante conversación de una mujer, por muy inteligente que sea. Pues, al fin y al cabo, no son más que tonterías lo que dicen — como máximo, algo de trapos — bueno, ¿y qué?, las modas tampoco cambian tan a menudo. — ¿No es cierto que soy frívola?», preguntó de repente con tal coquetería que, cautivado por su encanto, tuve que esforzarme para no tomar su cabeza entre mis manos y besarla apasionadamente en el cuello. «¡Diga que soy frívola!»

Se acurrucó aún más cerca de mí y se colgó de mi brazo.

Salimos del paseo y recorrimos bosquecillos cuyos arbustos de adorno, rodeados de paja, parecían en sus envoltorios, troncos de monstruos a los que les hubieran cortado las cabezas y los miembros.

Había gente sentada al sol en los bancos, que nos seguía con la mirada y juntaba sus cabezas.

Estuvimos un momento en silencio, sumidos en nuestros propios pensamientos. ¡Cuán distinta era Angelina, completamente distinta de la Angelina que viviera hasta ahora en mi imaginación! ¡Como si no hubiera llegado realmente a mí hasta hoy!

¿Era de verdad la misma mujer que consolé en la catedral?

No podía retirar mi mirada de su boca entreabierta.

Ella seguía sin pronunciar una palabra. Parecía ver una imagen en su mente.

El coche giró entrando en un campo húmedo.

Olía a tierra que se despertaba.

«¿Sabe usted, señora...?»

«Llámeme Angelina», me interrumpió suavemente.

«¿Sabe, Angelina, que hoy he soñado toda la noche con usted?», dije casi a mi pesar.

Hizo un pequeño y rápido movimiento como si quisiera desenlazar su brazo del mío y me miró con los ojos muy abiertos. «¡Qué curioso! ¡Y yo con usted! — Y en este momento estaba pensando en lo mismo.»

De nuevo se interrumpió la conversación y los dos adivinamos que habíamos soñado lo mismo.

Lo sentí en el palpitar de su sangre. Su brazo temblaba imperceptiblemente contra mi pecho. Retiró violentamente su mirada de la mía y miró hacia fuera del coche.

Lentamente acerqué su mano a mis labios, retiró su guante blanco y perfumado, oí que su respiración se precipitaba y, loco de amor, oprimí los dientes en su mano.

Horas más tarde caminaba hacia la ciudad como un borracho envuelto en la niebla vespertina. Elegía las calles al azar y, sin saberlo, estuve caminando durante mucho rato en círculo.

Después me encontré junto al río, apoyado en una barandilla de hierro, mirando fijamente las olas que bramaban abajo.

Aún sentía los brazos de Angelina alrededor de mi cuello, veía ante mí la pileta de piedra de la fuente junto a la que ya nos habíamos despedido una vez hace muchos años y en la que flotaban las hojas marchitas del olmo. Ella caminaba de nuevo a mi lado, como lo acabábamos de hacer un momento antes, apoyada su cabeza sobre mi hombro, en silencio, al atardecer, por el parque de su castillo.

Me senté en un banco y me cubrí la cara con el sombrero para soñar.

Las aguas se precipitaban sobre el dique y su bramido ahogaba los últimos y quejumbrosos sonidos de la ciudad a punto de adormecerse.

Cuando, de tanto en tanto, levantaba la mirada para envolverme más y más en mi abrigo, veía el río envuelto en sombras cada vez más profundas hasta que, por fin, oculto

por la noche negra, fluyó oscuro, cruzado de una orilla a otra por rayas de la blanca espuma del dique.

La sola idea de tener que volver a mi triste casa me hacía temblar.

El brillo de una corta tarde me había convertido para siempre en un extraño en mi propio hogar.

En el término de unas pocas semanas, quizá sólo unos días, habría acabado la felicidad -- y ya no quedaría de ella más que un bello y doloroso recuerdo.

¿Y entonces?

Entonces estaría sin hogar, aquí y allá, a éste y al otro lado del río.

Me levanté. Sólo quise echar una mirada a través de las verjas al castillo tras cuyas ventanas ella dormía, antes de volver al sombrío ghetto. — Tomé la dirección por la que había venido tanteando a través de la densa niebla a lo largo de enormes filas de casas y de plazas dormidas, vi aparecer amenazadores y negros monumentos, casas señoriales aisladas y las volutas de las fachadas barrocas. La mortecina luz de un farol aumentó en el aire hasta convertirse en gigantescas y fantásticas aureolas de los colores del arco iris, tras lo cual fue disminuyendo y apagándose hasta formar un ojo amarillento y penetrante, que por fin se deshizo en el aire tras de mí.

Mi pie tanteaba anchas escaleras de piedra cubiertas de gravilla.

¿Dónde estaba? ¡En un camino equivocado que conducía a una empinada cuesta!

¿Muros de jardín a derecha e izquierda? Ramas sin hojas cuelgan sobre ellos. Caen del cielo, pues los troncos se esconden tras el espeso muro de niebla.

Un par de delgadas ramitas se rompen crujiendo al rozarlas con mi sombrero y caen resbalando por mi abrigo al gris y nebuloso abismo que me oculta los pies.

Después, un punto luminoso: una luz aislada en la lejanía — en algún lado — enigmática — entre cielo y tierra.

Debía haberme equivocado. No podía ser más que la antigua «Escalera del Castillo» junto a las laderas de los jardines de Fürstenberg.

Seguían largas sendas de tierra arcillosa. — Un camino empedrado.

Una maciza sombra surge con la cabeza cubierta con un gorro de dormir negro y tieso: la «Daliborka», la torre del hambre en la que en otros tiempos morían las gentes de inanición, mientras los reyes perseguían la caza allá abajo en la «fosa de los ciervos».

Una estrecha y retorcida calleja con troneras, un camino de caracol, apenas con el ancho suficiente para dejar paso a un hombre — y me encontré ante una hilera de casitas muy bajas, de las que ninguna era más alta que yo.

Si estiraba el brazo alcanzaba los tejados.

Había llegado a la calle de los «Hacedores de Oro» en la que, en la Edad Media, los adeptos de la alquimia calentaron la piedra filosofal y envenenaron los rayos de luna.

No había ningún otro camino de salida más que por el que había venido.

Pero no pude encontrar el hueco de la muralla por el que había entrado — y choqué contra una valla de madera.

No había nada que hacer; tendré que despertar a alguien para que me muestre el camino, me dije a mí mismo. Qué extraño que haya una casa aquí, cerrando la calle — mayor que las demás y al parecer habitada. No puedo recordar haberme dado cuenta de su existencia anteriormente.

¿Estará pintada de blanco para resaltar tan clara en la niebla?

Cruzo la verja y atravieso un estrecho jardín, pego la cara a los cristales — todo está apagado. Llamo a la ventana. — Entonces, en el interior aparece por una puerta un hombre, increíblemente viejo, con una vela encendida en la mano, y con pasos temblorosos, se dirige hacia el centro de la habitación, se para y vuelve muy lentamente la cabeza hacia las polvorientas retortas y los alambiques de alquimia de la pared, fija su mirada pensativa en las gigantescas telas de araña de las esquinas, hasta que, por fin, la dirige con fuerza sobre mí.

La sombra de sus pómulos le cae sobre las órbitas de sus ojos, de tal forma que parecen vacíos, como los de una momia.

Está claro que no me ve.

Golpeo el cristal.

No me oye. Sale de nuevo en silencio de la habitación, como un sonámbulo.

Espero en vano.

Llamo a la puerta de la casa. No sale nadie a abrir.

No me quedaba más remedio que seguir buscando y por fin encontré la salida de la calleja.

¿No sería mejor dirigirme hacia un lugar más poblado?, pensé — adonde mis amigos Zwakh, Prokop y Vrieslander que estarían sin duda en la taberna Alten Ungelt — por lo menos un par de horas hasta que calmara mi desgarradora añoranza de los besos de Angelina. Rápidamente me puse en camino.

Como un trébol de cadáveres estaban los tres, acurrucados alrededor de la apolillada mesa — los tres con una pipa blanca y fina entre los dientes y la habitación llena de humo.

Las oscuras paredes absorbían de tal modo la escasa luz de la anticuada lámpara que apenas podían distinguirse sus rasgos.

En la esquina estaba la camarera, flaca como un hueso, ajada y taciturna, con su eterna labor de calceta, su apagada mirada y su nariz amarilla como el pico de un pato.

Delante de las puertas cerradas colgaban unas cortinas rojas mate, de tal forma que las voces de los clientes de la habitación de al lado llegaban sólo como el suave zumbido de un enjambre de abejas.

Vrieslander, con su sombrero cónico de ala tiesa puesto, su bigote, el color gris plomizo de su cara y su cicatriz bajo el ojo, parecía un holandés borracho de algún siglo olvidado.

Josua Prokop se había colocado un tenedor entre sus rizos de músico, tamborileaba incansablemente con sus largos dedos huesudos y observaba asombrado cómo Zwakh se esforzaba por colocar alrededor de la panzuda botella de aguardiente la capa purpúrea de una marioneta.

«Este va a ser Babinski», me explicó Vrieslander con gran seriedad. «¿No sabe usted quién fue Babinski? Zwakh, cuéntele enseguida a Pernath quién fue Babinski.»

«Babinski fue», comenzó Zwakh enseguida, mas sin levantar un segundo la mirada de su trabajo, «hace tiempo un fa-

moso ladrón asesino de Praga. — Durante muchos años practicó su vergonzoso oficio sin que nadie lo notara. Pero poco a poco les llamó la atención a las mejores familias de la ciudad que una vez faltaba uno y después otro miembro del clan a comer, a los que no se volvían a ver nunca más. Aunque al principio no dijeron nada, ya que el asunto tenía también en cierta medida su lado bueno, pues era siempre un plato menos en la mesa, no podían olvidar que esto podía perjudicar su reputación en la sociedad y dar lugar a habladurías.

»En particular porque se trataba de la total desaparición, sin dejar ni rastro, de jóvenes casaderas.

»Además, se veían obligados a subrayar con suficiente fuerza de cara al exterior, por consideración de sí mismos, la agradable convivencia y la unión existentes en el seno de la familia.

»Cada vez aumentaban más y más las llamadas en los periódicos: "Vuelve, todo está perdonado" — una circunstancia que Babinski, como la mayoría de los asesinos de profesión, no había tenido en cuenta al hacer sus cálculos — y que acabaron por llamar la atención general.

»Babinski, que en el fondo tenía indudablemente un carácter idílico, se había construido con el tiempo, gracias a su infatigable actividad, una casita, pequeña pero agradable, en el encantador pueblecito de Krtsch, cerca de Praga. Era una casita muy limpia y brillante con un jardincito delante en el que florecían los geranios.

»Como sus ingresos no le permitían agrandarla, se vio obligado a construir, para poder enterrar sin llamar la atención los cadáveres de sus víctimas, en lugar de un parterre de flores — como a él le hubiera gustado — una sencilla colina cubierta de hierba, adecuada a las circunstancias, que se podía alargar sin dificultad si el negocio o la temporada lo exigían.

»Babinski tenía la costumbre de sentarse todas las tardes en este lugar sagrado, tras los trabajos y esfuerzos del día, bajo los rayos del sol poniente, y tocar con su flauta toda una serie de melodías melancólicas.»

«¡Espera!», le interrumpió bruscamente Josua Prokop, sacó

del bolsillo la llave de su casa y se la llevó como un clarinete a la boca cantando: «Zimzerlim zambusla — deh».

«¿Estuvo usted allí para conocer tan bien la melodía?», le preguntó Vrieslander asombrado.

Prokop le dirigió una mirada furiosa: «No, Babinski vivió antes que yo naciera. Pero yo, como compositor, soy el que mejor puede saber lo que debió haber tocado. Usted no puede opinar sobre esto. Usted no es músico — Zimzerlim zambusla busla deh».

Zwakh escuchó atentamente y cuando Prokop hubo guardado de nuevo su llave en el bolsillo continuó:

«El continuo crecimiento de la colina despertó las sospechas de los vecinos y fue un policía de Ziskov, un pueblo de los alrededores, quien vio casualmente desde lejos a Babinski ahogar a una anciana de la buena sociedad, a quien pertenece el mérito de haber puesto de una vez para siempre fin a las actividades egoístas del malvado.

»Se capturó a Babinski en su Tusculum.

»El tribunal, teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes de su, por lo demás, buena reputación, lo condenó a morir en la horca; a la vez encargó a la firma de los hermanos Leipen — cordelería *en gros et en détail* — la entrega de los utensilios necesarios para la ejecución, ya que, en su gremio, eran los que mantenían los precios más módicos, contra factura a enviar a un empleado superior del erario público.

»Pero sucedió que la horca se rompió y Babinski obtuvo la conmutación a cadena perpetua.

»El asesino cumplió veinte años tras los muros de San Pancracio sin que una sola vez saliera el más mínimo reproche de sus labios; todavía hoy, los empleados de la institución prodigan elogios a su ejemplar comportamiento, e incluso se le permitió tocar la flauta en los cumpleaños de nuestra graciosa majestad...»

Prokop intentó sacar de nuevo su llave, pero Zwakh se lo impidió.

«Más tarde, debido a una amnistía general, Babinski fue indultado y obtuvo el puesto de portero en el convento de las Hermanas de la Misericordia.

»El trabajo de jardinería que debía realizar era muy fácil y ligero para él, debido a la habilidad adquirida con la pala en sus anteriores actividades, de modo que le quedaba tiempo suficiente para cultivar su corazón y su espíritu con buenas lecturas, cuidadosamente escogidas.

»Los resultados fueron absolutamente satisfactorios.

»Cada vez que la superiora le enviaba los sábados por la tarde a la taberna para que alegrara un poco su espíritu, volvía puntualmente a casa, antes de la caída de la noche, declarando que la degradación de la moral pública le entristecía y que muchos maleantes de la peor especie, ocultos en la noche, hacían inseguros los caminos, de modo que para todo ciudadano pacífico y lúcido era casi un deber dirigir a tiempo sus pasos hacia su morada.

»En aquella época se introdujo entre los cereros de Praga la mala costumbre de poner en venta pequeñas figuras con un abrigo rojo que representaban al asesino Babinski.

»En ninguna de las familias en luto faltaba una de estas figuritas.

»Pero normalmente estaban en vitrinas en los escaparates y no había nada que indignase más a Babinski que ver una de ellas.

»"Es totalmente indigno y prueba de una extraña brutalidad y falta de delicadeza el poner continuamente de esta manera a la vista de un hombre los errores de juventud", solía decir Babinski en esas ocasiones, "y es muy triste que no se haga nada para impedir este abuso."

»En su lecho de muerte todavía siguió manifestándose en este sentido.

»Pero no fue en vano, pues poco después intervino la autoridad prohibiendo la venta de las irritantes estatuillas de Babinski.»

Zwakh bebió un gran trago de su grog y los tres sonrieron irónicamente como demonios, después de lo cual volvió con prudencia la cabeza hacia la pálida camarera y vi cómo se secaba una lágrima.

«Bien, ¿y usted no nos cuenta nada de nada, además de — que en agradecimiento a las joyas artísticas que se os han ofrecido hagáis de pagano, querido y honorable colega, talla-

dor de piedras preciosas?», me preguntó Vrieslander después de una larga pausa melancólica.

Les conté mi caminata por la niebla.

Cuando en mi narración llegué al momento en que vi la casa blanca, se quitaron los tres las pipas de la boca en una gran tensión y, cuando terminé, Prokop dio un puñetazo en la mesa y gritó:

«¡Esto ya es demasiado! — No hay ninguna leyenda que este Pernath no experimente en su propia carne. — Por cierto, lo de la última aparición del Golem, ya está aclarado.»

«¿Cómo aclarado?», pregunté perplejo.

«Usted conoce a ese mendigo judío medio loco, Haschile, ¿no? Pues bien ese Haschile era el Golem.»

«¿Un mendigo, el Golem?»

«Sí, Haschile era el Golem. Esta tarde el fantasma paseaba contentísimo a pleno sol con su famoso traje del siglo XVI por la calle Salniter; fue cuando el desollador ha tenido la suerte de cazarlo con una correa de perro.»

«¿Qué quiere decir con esto? ¡No entiendo ni una palabra!», interrumpí.

«Se lo estoy diciendo: era Haschile. He oído que hace unos días encontró aquella ropa detrás de la puerta de una casa. Por cierto, volvamos a la casa blanca: el asunto es terriblemente interesante. Cuenta una antigua leyenda según la que ahí arriba, en la calle de los Alquimistas, hay una casa que sólo es visible en la niebla y sólo para los mimados de la fortuna. Se la llama "El muro junto al único farol". Cuando se sube hasta allí, durante el día, no se ve más que una gran piedra gris — detrás de ella se precipita la profunda fosa de los ciervos, y usted Pernath, puede decir que ha tenido suerte de no haber dado un paso más: hubiera caído inevitablemente en ella y se hubiera roto todos los huesos.

»Cuentan que bajo la piedra se oculta un gigantesco tesoro, y que la piedra fue colocada por la Orden de los "Hermanos Asiáticos" como primera piedra de una casa que, al final de los días, será habitada por un hombre — mejor dicho por un hermafrodita — un ser compuesto de hombre y mujer. Llevará en su escudo la imagen de una liebre — digamos

de paso que la liebre era el símbolo de Osiris. Seguramente la costumbre del conejo de Pascua.

»Dicen que, hasta que llegue el momento, Matusalem en persona monta guardia para que Satanás no la robe y dé a luz con este ser a un hijo: el llamado Armilos. — ¿No ha oído nunca hablar de este Armilos? — Incluso se sabe cuál sería su aspecto — es decir, los ancianos rabinos lo saben — si viniera al mundo: tendría cabellos de oro recogidos en una cola, partidos en dos rayas, los ojos en forma de hoz y largos brazos hasta los pies.»

«¡Habría que pintar a ese elegante caballerete!», gruñó Vrieslander mientras buscaba un lápiz.

«Así que, Pernath, si alguna vez tiene la suerte de convertirse en un hermafrodita y *en passant* de encontrar el tesoro», añadió Prokop, «¡no se olvide de que siempre he sido su mejor amigo!»

No tenía ánimo de bromas, sino que sentía un ligero dolor en el corazón.

Zwakh me lo debió notar, aunque no conocía la causa, pues salió rápidamente en mi ayuda:

«De cualquier forma es muy extraordinario, casi inquietante, que Pernath haya tenido esa visión precisamente en ese lugar que está tan estrechamente ligado a una antigua leyenda. — Son coincidencias de cuyas redes al parecer no puede librarse un hombre cuando su alma tiene la capacidad de ver formas que no se pueden captar por el tacto. No lo puedo evitar: lo más fascinante y atractivo es lo *suprasensorial*. — ¿Qué decís vosotros?»

Vrieslander y Prokop se habían puesto serios, y todos nosotros pensamos que sobraba la respuesta.

«¿Qué piensa usted, Eulalia?», repitió Zwakh de espaldas.

La vieja tabernera se rascó la cabeza con la aguja, sonrió, enrojeció y dijo:

«Váyanse. No tienen vergüenza.»

«Durante todo el día ha habido un ambiente terriblemente tenso», dijo Vrieslander cuando nuestra hilaridad se hubo calmado. «No he podido dar ni una pincelada. No he podido apartar en todo el rato mi pensamiento de Rosina cuando bailó con el frac.»

«¿La han encontrado?», pregunté.

«¡"Encontrado", eso es! La brigada de buenas costumbres y de la moral la ha ganado para un compromiso de larga duración. — Quizá le haya caído bien al señor comisario aquella vez en Loisitschek. De cualquier forma ahora anda en una actividad febril y contribuye al aumento de turismo en el barrio judío. Por cierto que en poco tiempo se ha convertido en una muchacha fresca y lozana.»

«Es asombroso, si se piensa lo que una mujer puede hacer de un hombre sólo con dejarse amar», intervino Zwakh cortante. «Para conseguir el dinero que le permitiera estar con ella, se ha convertido ese pobre chico, Jaromir, de la noche a la mañana, en un artista. Va de bar en bar, recortando las siluetas de los clientes que se dejan retratar.»

Prokop, que no había oído el final, chasqueó la lengua: «¿De verdad? ¿Está realmente tan guapa Rosina? — ¿Le ha robado ya usted algún besito, Vrieslander?».

La camarera se levantó rápidamente y abandonó indignada la habitación.

«¡Vieja gallina! De verdad que lo necesita — ¡accesos de virtud! ¡Puah!», gruñó Prokop a su espalda.

«¿Qué quiere? Se ha ido en el momento más escabroso y además acababa de terminar su media», dijo Zwakh para calmarle.

El patrón trajo más grog, y la conversación empezó a tomar un tono bochornoso. Demasiado sofocante como para que no me excitara aún más la sangre en el estado febril en que me encontraba.

Luchaba contra ello, pero cuanto más me aislaba en mi interior y volvía a pensar en Angelina, tanto más violentos eran los zumbidos en mis oídos. Me despedí casi repentinamente.

La niebla, ya algo más dispersa, arrojaba cristales de hielo, pero todavía era lo suficiente densa como para no dejar ver los letreros de las calles y me desvié ligeramente de mi camino.

Me había metido en otra calle e iba a dar la vuelta, cuando oí que me llamaban por mi nombre:

«¡Señor Pernath! ¡Señor Pernath!»

Miré a mi alrededor y hacia arriba.

Nadie.

Un portal abierto y encima, discretamente, un farolillo rojo bostezó junto a mí y me pareció distinguir en el fondo del pasillo una silueta.

Otra vez: «¡Señor Pernath! ¡Señor Pernath!», en un susurro.

Entré asombrado al pasillo — y unos cálidos brazos de mujer me rodearon el cuello y, con el rayo de luz que salía de una puerta que se abría lentamente, vi a Rosina que se apretaba anhelante contra mí.

Ardid

Un día gris, ciego.

Había dormido hasta bien entrada la mañana, sin soñar, sin sentir, como en un letargo.

Mi vieja sirvienta no había venido, o había olvidado encender la calefacción.

Ceniza ya fría en la caldera.

Polvo sobre los muebles.

El suelo sin barrer.

Tiritando iba de un lado para otro.

En la habitación había un desagradable olor a aguardiente barato. Mi abrigo y mis ropas apestaban a humo de tabaco.

Abrí violentamente la ventana, la volví a cerrar: el frío y sucio soplo de la calle era insoportable.

Unos gorriones con el plumaje empapado se acurrucaban inmóviles en el alero.

A todas partes que miraba no encontraba más que un descolorido desabrimiento.

Todo dentro de mí estaba desgarrado, destrozado.

El cojín del sillón — ¡qué deshilachado estaba! Las crines del relleno salían por los bordes.

Había que mandarlo a tapizar — pero, ¿para qué? ¡que se quedara así! — el tiempo de otra desolada vida y todo se convertiría en trastos.

Y ahí, ¡esos desagradables e inútiles andrajos retorcidos en la ventana!

¿Por qué no los retorcía para hacer una cuerda y ahorcarme con ella?

Entonces, por lo menos, ya no tendría que volver a ver esas cosas que dañan la vista y toda esa angustia gris que me carcomía habría pasado — de una vez para siempre.

¡Sí! ¡Eso era lo más inteligente! ¡Poner fin a todo!

Precisamente hoy.

Sí, ahora — por la mañana. — No ir siquiera a comer. — Una idea repugnante, ¡matarse con el estómago lleno! Yacer bajo la tierra húmeda, llevando dentro de sí alimentos sin digerir, pudriéndose.

¡Si por lo menos el sol no volviera a salir y no despertara en el corazón esa insolente mentira de la alegría de vivir!

¡No! No volvería a dejarme engañar, no quería seguir siendo el entretenimiento, la pelota de ese torpe destino sin sentido, que me sacaba y me arrojaba otra vez a los charcos, sólo para demostrarme, para que comprendiera lo efímero, la inconstancia de todas las cosas humanas, hecho que conocía ya hace mucho, que lo saben hasta los niños, que lo saben hasta los perros de la calle.

¡Pobre, pobre Miriam! ¡Si por lo menos pudiera ayudarla a *ella!*

Tenía que tomar una determinación, una primera e inquebrantable decisión antes de que despertara de nuevo en mí el maldito instinto de conservación y me enredase con nuevos engaños.

¿De qué me habían servido todos esos mensajes del reino de lo imperecedero?

Para nada, nada, absolutamente nada.

Quizá sólo para hacerme dar vueltas en círculo y sentir la tierra como una tortura insoportable.

Sólo había una solución.

Calculé de memoria el dinero que tenía en el banco.

Sí, sólo *así* podría ser, sólo eso quedaba. Era el único acto minúsculo, de todos los actos de mi vida, que podía tener algún sentido.

Todo lo que tenía — las piedras preciosas que había en el cajón también — todo lo envolvería en un paquete y se lo mandaría a Miriam. Eso la liberaría de la preocupación por la vida cotidiana, al menos por unos cuantos años. Y escribir a Hillel una carta explicándole lo del «milagro» de su hija.

Sólo él podía ayudarla.

Sentí que él sabría ayudarla.

Reuní las piedras y las guardé en el bolsillo — miré el re-

loj — si iba ahora al banco — en una hora podría estar ya todo en orden.

Después, ¡sólo me quedaría comprar un ramo de rosas rojas para Angelina! — El dolor y el deseo aullaron dentro de mí. — Sólo un día, un único día más, quería vivir aún.

¿Para tener que soportar otra vez esta misma y asfixiante desesperación?

No, ¡no debía esperar ni un solo minuto más! Me sobrevino como una satisfacción de no haber cedido.

Exacto: la lima. La metí en el bolsillo — pensaba tirarla por la calle, tal como me lo había propuesto anteriormente.

¡Odiaba esa lima! ¡Qué poco había faltado para convertirme en un asesino por su culpa!

¿Quién venía a molestarme ahora?

Era el cambalachero.

«Sólo un momento, Sr. de Pernath», me rogó desconcertado cuando le indiqué que no tenía tiempo. «Sólo un instante. Sólo unas palabras.»

El sudor le corría por el rostro y temblaba de excitación.

«¿Se puede hablar aquí sin interrupciones, señor Pernath? No quisiera que el — el Hillel ése vuelva a venir. Mejor cierre la puerta, o si no entremos en la habitación de al lado» — y me arrastró en su ruda forma tras de sí.

Miró tímidamente un par de veces a su alrededor y susurró:

«He estado pensando, ¿sabe?, en lo del otro día. Es mejor así. No sirve de nada. Bueno. Lo pasado, pasado.»

Intenté leer en sus ojos.

Sostuvo mi mirada pero fue tal el esfuerzo que su mano se crispó en el respaldo de la silla.

«Me alegro, señor Wassertrum», dije tan amablemente como pude. «La vida ya es demasiado triste como para amargarla además con odio.»

«Exacto, igual que si estuviera oyendo la lectura de un libro», gruñó aliviado; rebuscó en el bolsillo del pantalón y sacó el reloj de oro con la tapa abollada «y para que vea que hablo sinceramente, acepte como regalo esta pequeñez que le ofrezco.»

«¿Qué está pensando?», exclamó rechazándolo. «Usted no creerá que.» — Entonces recordé lo que Miriam me había contado de él y alargué la mano para no herirle.

Pero vi que él no prestaba atención; de repente se había puesto blanco como la pared, escuchó extrañado y gruñó:

«¡Sí! ¡Ahora! Ya lo sabía. ¡Otra vez ese Hillel! Está llamando.»

Escuché, volví a la otra habitación y para tranquilizarle dejé medio cerrada la puerta de comunicación entre ambas habitaciones.

Esta vez no era Hillel. Entró Charousek y como diciendo que sabía *quién* estaba en la otra habitación se puso los dedos sobre los labios y me inundó, en un segundo, sin esperar a que yo dijera nada, con un torrente de palabras.

«Oh, honorable y estimado maestro Pernath, no puedo encontrar las palabras para expresar mi alegría por haberle encontrado solo en su casa y en buena salud—.» Hablaba como un actor y su tono enfático y forzado contrastaba de forma tan violenta con su cara demudada que me produjo un profundo horror.

«Nunca me hubiera atrevido, maestro Pernath, a venir a su casa en el desastroso estado en el que, con seguridad, me ha visto usted muchas veces por la calle — pero, ¿qué digo visto? — ¿Cuántas veces me ha tendido usted su mano misericordiosa?

»¿Sabe a quién debo el que hoy pueda presentarme aquí con el cuello blanco y un traje limpio? — A uno de los hombres más nobles y por desgracia — a menudo despreciado de nuestra ciudad. La emoción me domina cuando pienso en él.

»A pesar de su condición modesta, siempre tiene su mano abierta para los pobres y los necesitados. Desde hace tiempo, cada vez que le veía triste delante de su puerta, sentía en el fondo de mi corazón el deseo de acercarme a él y estrecharle la mano en silencio.

»Hace unos días, cuando pasaba delante de su puerta, me llamó, me dio dinero y me puso así en condiciones de comprarme un traje a plazos.

»¿Y sabe usted, señor Pernath, quién fue mi bienhechor?

»Lo digo con orgullo, pues creo que desde siempre he sido el único en intuir el gran corazón que se oculta en su pecho: fue — ¡el señor Aaron Wassertrum!»

Comprendí naturalmente que Charousek representaba su comedia para el cambalachero que estaba escuchando en la habitación de al lado: pero no entendía qué se proponía con ello; en ningún caso esa adulación tan burda me parecía adecuada para engañar al desconfiado cambalachero. Charousek comprendió por mi gesto de duda lo que estaba pensando, pues movió la cabeza sonriendo irónicamente, y al parecer sus palabras siguientes debían indicarme también que conocía perfectamente a su hombre y que sabía hasta dónde podía llegar.

«¡Sí! ¡El — señor — Aaron — Wassertrum! Casi se me desgarra el corazón no poder decirle a él lo infinitamente agradecido que le estoy, y le ruego señor Pernath, que nunca le diga que he estado aquí y se lo he contado todo. — Sé que el egoísmo de los hombres le ha amargado y ha llenado su pecho de una irremediable — y, por desgracia, justificada desconfianza.

»Soy psicólogo, pero también mi sensibilidad me dice que lo mejor es que el señor Wassertrum no sepa nunca — ni siquiera de mi boca — el alto concepto que tengo de él. — Sería como sembrar la duda en su desgraciado corazón. Y nada más lejos de mis intenciones. Prefiero que me crea un ingrato.

»¡Maestro Pernath! Yo también soy un desgraciado, y sé también, desde niño, lo que es estar solo y abandonado en el mundo. No conozco siquiera el nombre de mi padre. Ni nunca vi cara a cara a mi madre. Debió morir muy pronto —». La voz de Charousek se hizo extrañamente misteriosa y penetrante. — «Y debió ser, según creo, una de esas naturalezas tan espirituales que nunca pueden expresar cuán infinito es su amor, naturalezas a las que pertenece también el señor Aaron Wassertrum.

»Tengo una hoja arrancada del diario de mi madre — la llevo siempre en mi pecho — en la que dice que amó a mi padre, a pesar de que debió ser feo, como nunca ha amado mujer mortal a un hombre.

»Sin embargo, al parecer, no se lo dijo nunca. — Quizá por motivos parecidos a los que tengo yo ahora para no decirle al señor Wassertrum — aunque esto me desgarre el corazón — el agradecimiento que siento hacia él.

»Pero hay otra cosa más que se desprende de la hoja del diario, aunque casi hay que adivinarlo, pues las frases están casi borradas por las lágrimas: mi padre — ¡que su memoria se borre tanto en el cielo como en la tierra! — debió haber tratado a mi madre de una manera abominable.»

De repente Charousek cayó de rodillas, con gran estruendo y gritó en un tono tan estremecedor que no supe si seguía representando su comedia o si se había vuelto loco:

«Oh, Tú, Todopoderoso, cuyo nombre no deben pronunciar los hombres, aquí estoy, arrodillado ante ti: ¡maldito, maldito, mil veces maldito sea mi padre por toda la eternidad!»

Pronunció la última palabra desgarradamente y escuchó con atención durante unos segundos con los ojos muy abiertos.

Luego sonrió satánicamente. También a mí me pareció que Wassertrum había lanzado un suave gemido en la habitación de al lado.

«¡Perdóneme, maestro Pernath!», continuó Charousek después de una corta pausa, con una voz hábilmente estrangulada. «Perdone que no haya sabido dominarme, pero ésa es mi oración por la mañana y por la noche, que el Todopoderoso conceda que mi padre, esté donde esté, tenga el final más horrible que se pueda imaginar.»

Instintivamente quise responder cualquier cosa, pero Charousek me interrumpió rápidamente: «Pero ahora llego, señor Pernath, al ruego que le quería hacer.

»El señor Wassertrum tenía un protegido al que quería por encima de todas las cosas — debía ser un sobrino suyo. Dicen incluso que era hijo suyo, pero yo no lo creo, de lo contrario hubiese llevado su mismo nombre y en cambio se llama Wassory: Dr. Teodoro Wassory.

»Las lágrimas me vienen a los ojos cuando le veo ante mí. Estaba ligado a él de todo corazón como si un lazo invisible de amor y parentesco me atara a él.» — Charousek sollozó

como si no hubiese podido continuar hablando por la emoción.

«¡Y que un hombre tan noble tuviera que abandonar el mundo! ¡Ah, ay! — Cualquiera que haya sido el motivo — yo nunca he llegado a enterarme — se quitó él mismo la vida. Yo fui uno de los que llamaron en auxilio — ay, pero demasiado tarde — ¡demasiado tarde! Cuando me encontraba solo junto al muerto y cubría su fría y pálida mano con mis besos, entonces — ¿por qué no confesarlo, maestro Pernath? — al fin y al cabo no fue un robo — cogí una rosa del pecho del muerto y me apoderé del frasquito con cuyo contenido el desgraciado había puesto rápido fin a su floreciente vida.»

Charousek sacó un frasco de medicina y continuó tembloroso:

«Le dejo aquí sobre su mesa ambas cosas, la flor marchita y la redoma: han sido para mí el recuerdo de un amigo perdido.

»¡Cuántas veces, en horas de íntimo desamparo, cuando en la soledad de mi corazón deseaba la muerte añorando a mi madre, jugaba con este frasquito que me proporcionaba un íntimo consuelo y cuyo contenido me bastaba verter del frasco sobre un pañuelo y aspirarlo para deslizarme sin dolor a los campos en que mi querido y buen Teodoro descansa de las penas de nuestro Valle de Lágrimas.

»Por ello, ahora, respetado Maestro — os pido — y para eso he venido —, que coja ambas cosas y se las entregue al señor Wassertrum.

»Dígale que se lo ha dado alguien que estaba muy cerca del Dr. Wassory y cuyo nombre ha prometido no decir — quizás una dama.

»El lo creerá y será para él un recuerdo, del mismo modo que lo ha sido para mí, un amuleto muy querido.

»Este será el agradecimiento secreto que le doy. Soy pobre y eso es todo lo que tengo, pero me alegra saber que ambas cosas le pertenecerán ahora a *él*, sin sospechar que he sido *yo* quien se lo ha dado.

»Hay en ello algo infinitamente dulce para mí.

»Y ahora, adiós, queridísimo Maestro, y mil gracias de antemano.»

Me apretó la mano, guiñó un ojo y, al ver que no le entendía, me susurró casi imperceptiblemente:

«Espere, señor Charousek, le acompañaré hasta abajo.» Repetí mecánicamente lo que leyera en sus labios y salí con él.

En el oscuro descansillo nos detuvimos y quise despedirme de Charousek.

«Me imagino lo que ha pretendido con toda esa comedia. — Usted — usted quiere que Wassertrum se envenene con ese frasquito», le dije a la cara.

«Naturalmente», admitió de buen humor.

«¿Y usted cree que yo voy a ayudarle en *eso*?»

«No es en absoluto necesario.»

«Pero usted acaba de decir que yo debía entregarle el frasco a Wassertrum, ¿no?»

Charousek movió la cabeza.

«Cuando vuelva verá que ya se lo ha guardado.»

«¿Cómo puede suponerlo?», pregunté asombrado. «Un hombre como Wassertrum no se suicidaría nunca — es demasiado cobarde para eso — no actúa nunca según sus impulsos.»

«Entonces es que usted no conoce el insidioso veneno de la sugestión», me interrumpió serio Charousek. «Si hubiera hablado en tono cotidiano, quizá tendría usted razón, pero había calculado la más mínima entonación. ¡Sólo el pathos más repugnante es capaz de influir en esos hijos de perra! ¡Créame! Hubiera podido describirle cada uno de sus gestos tras mis palabras. — No hay *kitsch*, como dicen los pintores, suficientemente infame que no arranque lágrimas de la muchedumbre, mendaz hasta la médula, — ¡y que no le llegue al corazón! ¿Cree que, de no ser así, no se habría acabado con todos los teatros hace ya mucho tiempo? Se reconoce al populacho por su sentimentalismo. Miles de pobres diablos pueden morirse de hambre y nadie llora, pero si a un viejo cabestro pintarrajeado, disfrazado de menegilda, le dan vueltas los ojos en escena, entonces los espectadores lloran como becerros. — Aunque el padrecito Wassertrum haya olvidado quizá mañana lo que acaba de causarle algún desgarramiento al corazón, cada una de mis palabras revivirá en él cuando llegue la hora en que él mismo se sienta infinitamente digno

de lástima. — En el momento del gran miserere sólo es preciso un ligero impulso — y de eso me ocuparé yo — para que la mano más cobarde coja el veneno. ¡Basta con que lo tenga a mano! Quizás el querido Teodoro tampoco lo hubiera cogido si yo no se lo hubiera hecho tan fácil.»

«¡Charousek, es usted un hombre monstruoso!», exclamé horrorizado. «¿Es que no siente ninguna — ?»

Me tapó la boca y me empujó a un rincón de la pared. — «¡Silencio! ¡Ahí viene!»

Con pasos vacilantes, apoyándose en la pared, bajó Wassertrum los escalones y pasó tambaleándose ante nosotros.

Charousek me dio la mano ligeramente y se deslizó en silencio tras él.

Cuando regresé a mi habitación vi que habían desaparecido la rosa y el frasquito, y en su lugar estaba sobre la mesa el abollado reloj de oro.

Me dijeron en el banco que debería esperar ocho días antes de poder recibir mi dinero, pues era el plazo habitual.

Dije que llamaran al director, que tenía muchísima prisa y utilicé como excusa que pensaba salir de viaje en una hora.

Me respondieron que no se le podía ver y que de todas formas él no podía cambiar ninguna de las normas del banco; un tipo, con un ojo de cristal que estaba a mi lado, se echó a reír.

¡Debía esperar la muerte por lo tanto ocho grises y horribles días!

Me parecía un espacio de tiempo sin fin.

Estaba tan derrotado que no sabía el tiempo que llevaba caminando de arriba para abajo delante de la entrada de un café.

Por fin entré, sólo para librarme del tipo del ojo de cristal que me había seguido desde el banco y se mantenía siempre a mi lado. Cada vez que le miraba bajaba la vista al suelo como buscando algo que se le hubiera perdido.

Llevaba una chaqueta clara a cuadros demasiado estrecha y unos pantalones negros brillantes de grasa que colgaban de las piernas como sacos. Se le había levantado un trozo de piel

de la bota izquierda en forma de huevo, de modo que parecía como si llevara un anillo en el pulgar del pie.

Apenas me senté, entró también él y se sentó en una mesa próxima.

Pensé que quería mendigarme e iba ya a sacar el monedero cuando vi un enorme brillante en su grueso dedo de carnicero.

Estuve horas y horas en el café pensando que iba a volverme loco de nervios — pero ¿a dónde iba a ir? ¿A casa? ¿A dar vueltas? Una cosa me parecía aún peor que la otra.

El ambiente cargado, el continuo y necio golpeteo de las bolas de billar, el interminable carraspeo de un vendedor de periódicos medio ciego que estaba frente a mí, un teniente de Infantería con piernas de cigüeña que a veces se escarbaba la nariz y otras se peinaba el bigote ante un espejito con el dedo amarillento del cigarro, el grupo de oscuros italianos repugnantes, sudorosos, charlatanes que estaban alrededor de la mesa de cartas, en una esquina, y que tan pronto echaban entre gritos chillones sus triunfos sobre la mesa con grandes puñetazos, como escupían al centro de la habitación como si estuvieran vomitando. ¡Y tener que ver todas estas cosas repetidas dos y tres veces en los espejos! Me iba sacando, chupando lentamente la sangre de las venas.

Poco a poco oscureció y un camarero de pies planos y rodillas temblorosas buscaba tanteando con su garrocha las lámparas de gas para convencerse al fin moviendo la cabeza de que no querían prender.

Siempre que giraba la cabeza me encontraba con la mirada de lobo del ojo de cristal que se escondía rápidamente tras un periódico o hundía su sucio bigote en la taza de café vacía hacía ya mucho tiempo.

Tenía el sombrero tieso y redondo tan metido en la cabeza que las orejas se le ponían casi horizontales, pero no parecía tener intención de irse.

Ya no podía soportar más.

Pagué y me fui.

Cuando iba a cerrar la puerta detrás de mí, alguien me quitó la manilla de las manos. — Me volví.

¡De nuevo ese individuo!

De mal humor quise girar a la izquierda para ir en dirección al barrio judío, pero él se puso a mi lado y me lo impidió.

«¡Ya está bien!», le grité.

«Vamos, a la derecha», dijo brevemente.

Me miró con frescura, muy fijamente.

«¡Usted es Pernath!»

«¿Quiere decir seguramente *señor* Pernath?»

Sonrió con sorna.

«¡Basta ya de bromas! ¡Venga conmigo!»

«Pero, bueno, ¿está usted loco? ¿Quién es usted?», le repliqué.

No contestó, se retiró el abrigo y cuidadosamente señaló un águila de chapa que había estado oculta en el forro.

Comprendí: el individuo era un policía secreta que me arrestaba.

«Pero dígame, por el amor de Dios, ¿qué pasa?»

«Ya se enterará, en la comisaría», respondió groseramente. «¡Venga, vamos ya!»

Le propuse que tomáramos un coche.

«¡Nada de eso!»

Llegamos a la comisaría.

Un policía me llevó hasta una puerta.

ALOIS OTSCHIN
Comisario de policía

leí sobre una placa de porcelana.

«Puede entrar», dijo el policía.

Había dos sucios escritorios, uno frente a otro, cubiertos de montones de papeles.

Entre los escritorios, dos viejas sillas.

En la pared, un cuadro del emperador.

En el alféizar, una pecera con peces dorados.

No había nada más en la habitación.

Debajo del escritorio de la izquierda se veían un pie contrahecho y, junto a él, una gruesa zapatilla de fieltro que asomaba de unos deshilachados y usados pantalones grises.

Oí un murmullo. Alguien susurraba algunas palabras en checo y enseguida surgió del escritorio de la derecha el comisario de policía que vino hacia mí.

Era un hombre pequeño con bigote gris y tenía la extraña manía de rechinar los dientes, como quien mira la cegadora luz del sol, antes de empezar a hablar.

Al hacerlo, guiñó los ojos detrás de los lentes, lo que le dio un horrible aspecto de infamia y villanía.

«Usted se llama Athanasius Pernath, y es —», miró un papel blanco en el que no había nada escrito —, «tallador de piedras preciosas.»

Al momento, el pie contrahecho de debajo de la otra mesa recobró vida: se frotó contra la pata de la silla y oí el rasgueo de una pluma de escribir.

Afirmé:

«Pernath. Tallador de piedras preciosas».

«Bueno, así que ya estamos de acuerdo, señor — Pernath, sí, Pernath. Sí, sí.» — El comisario me alargó ambas manos con un impulso de asombrosa amabilidad, como si hubiera recibido la noticia más feliz del mundo, e hizo unos grotescos esfuerzos por poner cara de buena persona.

«Bueno, señor Pernath, cuénteme qué es lo que suele hacer durante todo el día.»

«Creo que eso no le incumbe a usted, señor Otschin», respondí fríamente.

Frunció los ojos, esperó un momento y después prosiguió rápido como el rayo.

«¿Desde cuándo tiene relaciones la condesa con el Dr. Savioli?»

Estaba preparado para algo parecido y no moví siquiera una pestaña.

Intentó, con habilidad, con rápidas preguntas y contrapreguntas, enredarme en una contradicción pero, a pesar de la fuerza con que latía de miedo mi corazón en el cuello, no me delaté y repetí una y otra vez que no había oído nunca el nombre de Savioli, que conocía a Angelina a través de mi padre y que a menudo me había encargado algunos camafeos.

Sin embargo, sentí claramente que el policía notaba que

le estaba mintiendo e interiormente estaba lleno de rabia por no poder sonsacarme nada.

Recapacitó un momento, entonces me cogió de la chaqueta y me arrastró hacia él, señaló amenazadoramente con el pulgar el escritorio izquierdo y me susurró al oído:

«¡Athanasius! Su querido padre fue mi mejor amigo. ¡Quiero salvarle, Athanasius! Tiene que decírmelo todo sobre la condesa. — ¿Me oye? ¡Todo!»

Yo no comprendí lo que quería decir. «¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué quiere decir salvarme?», le pregunté yo en voz alta.

El pie contrahecho dio unos fuertes golpes rabiosos en el suelo. El comisario se puso pálido de odio, se mordió un labio. Esperó. — Sabía que saltaría enseguida (su sistema de intimidación me recordaba a Wassertrum) y yo también esperé — vi que tras el escritorio surgía una cara de cabra, la propietaria del pie contrahecho, esperando — entonces el comisario me gritó en tono atronador:

«¡Asesino!»

Me quedé mudo de asombro.

La cara de cabra se escondió otra vez de mal humor detrás de la mesa.

También el comisario parecía bastante desconcertado por mi calma, pero lo ocultó hábilmente acercando una silla en la que me obligó a sentarme.

«¿Entonces usted se niega a darme la información que le pido sobre la condesa, señor Pernath?»

«No se la puedo dar, señor comisario, por lo menos no en el sentido que usted espera. En primer lugar no conozco a nadie que se llame Savioli, y además, estoy absolutamente convencido de que es una calumnia el que la condesa engañe a su marido.»

«¿Está usted dispuesto a jurarlo?»

Se me cortó la respiración. «Sí. En cualquier momento.»

«Bueno, hum.»

Se produjo una pausa más larga mientras el comisario parecía recapacitar con esfuerzo.

Cuando me volvió a mirar, había un fingido rasgo de dolor en la expresión de su cara. Sin querer tuve que pensar en

Charousek. Comenzó a decir con una voz ahogada por las lágrimas:

«A mí me lo puede usted decir, Athanasius — a mí, el viejo amigo de su padre —, a mí, que le he llevado en brazos —», apenas pude contener la risa: era como máximo diez años mayor que yo. «¿No es cierto, Athanasius, que ha sido un caso de legítima defensa, no?»

La cara de cabra volvió a salir.

«¡El asunto con *Zottmann*!», dijo el comisario gritándome el nombre a la cara.

La palabra me sentó como una puñalada: ¡Zottmann! ¡Zottmann! ¡El reloj! Ese nombre, Zottmann, era el que estaba grabado en el reloj.

Sentí que la sangre se me agolpaba en el corazón: el monstruo de Wassertrum me había dado el reloj para hacer recaer sobre mí la sospecha de asesinato.

El comisario se quitó inmediatamente la máscara, rechinó los dientes y frunció los ojos:

«¿Así que confiesa usted el asesinato, Pernath?»

«Todo esto es un error. Un terrible error. En nombre de Dios, escúcheme. ¡Se lo puedo explicar, señor comisario! —», grité.

«Ahora me contará todo lo que se refiere a la señora condesa», me interrumpió rápidamente. «Le advierto que con eso mejorará su situación.»

«No le puedo decir más de lo que le he dicho; la condesa es inocente.»

Se mordió los dientes y se volvió hacia la cara de cabra:

«Escriba usted. — Es decir, Pernath confiesa el asesinato del empleado de seguros Karl Zottmann.»

Me dominó una rabia insensata.

«¡Usted, policía canalla!», grité. «¿Se atrevería?»

Busqué un objeto pesado.

Al instante dos policías me agarraron y me pusieron unas esposas.

El comisario se infló como un gallo sobre el estiércol.

«¿Y este reloj? —», mostró de repente el reloj abollado en su mano. — «¿Vivía todavía el desgraciado de Zottmann cuando se lo robó, o no?»

Me había vuelto a calmar completamente y respondí con voz muy clara para el protocolo:

«Ese reloj me lo ha regalado esta mañana el cambalachero Aaron Wassertrum.»

Hubo una gran carcajada y vi que el pie contrahecho y la zapatilla de fieltro comenzaron juntos un baile de alegría.

Tormento

Tuve que caminar de noche por las calles iluminadas con las manos atadas y un policía con la bayoneta calada detrás de mí.

Bandas de golfillos me seguían, escoltándome a derecha e izquierda alegremente, las mujeres, abriendo las ventanas, me amenazaban con sus cazos y gritaban injurias a mi paso.

Desde lejos vi acercarse el macizo cubo de piedras que formaba la prisión cuyo letrero, sobre el frontón, decía:

«La severidad de la justicia.

protege a las personas honestas.»

Entré por una gigantesca puerta a un vestíbulo que apestaba a cocina.

Un hombre barbudo, con el sable, la chaqueta y la gorra del uniforme de empleado, descalzo y envueltas sus delgadas piernas en unos largos calzoncillos, se levantó, retiró el molinillo de café que tenía entre las rodillas y me ordenó desvestirme.

Después me registró los bolsillos, sacó todo lo que había en ellos y me preguntó si tenía — chinches.

Cuando negué me quitó los anillos de los dedos y me dijo que estaba bien, que podía volver a vestirme.

Me condujeron por varios pisos a través de largos pasillos en los que grandes cajas grises, que se podían cerrar, ocupaban los huecos de las ventanas.

A lo largo de la pared se sucedían, en una fila ininterrumpida, puertas de hierro con enormes pestillos y con pequeñas aberturas enrejadas, sobre cada una de las cuales ardía una llama de gas.

Un carcelero gigantesco, con aspecto de soldado — el primer rostro noble que veía hacía horas — abrió una de las

puertas, me empujó a un agujero oscuro, apestoso, estrecho como un armario, y cerró detrás de mí.

Me encontré en una oscuridad absoluta y traté de situarme a tientas.

Mi rodilla chocó contra un cubo de hojalata.

La habitación era tan estrecha que apenas podía darme la vuelta, pero, por fin, encontré una manilla y me encontré en una — celda.

A cada lado de la pared había dos catres con sacos de paja.

Entre ellos un pasillo, no más de un paso de ancho.

Arriba, en la pared de enfrente, una ventana enrejada, de un metro cuadrado, dejaba entrar la pálida luz del cielo nocturno.

Un calor insoportable y el olor a ropas viejas apestaban el aire y llenaban la habitación.

Cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, vi que en tres de los camastros — el cuarto estaba vacío — estaban sentados unos hombres con el uniforme de presidiario, los brazos apoyados sobre las rodillas y el rostro oculto en las manos.

Ninguno dijo una palabra.

Me senté en la cama vacía y esperé. Esperé. Esperé.

Una hora.

Dos — ¡tres horas!

Cada vez que creía oír un paso afuera me levantaba:

Ahora, ahora venían a buscarme para llevarme ante el juez de instrucción.

Todas las veces fui desengañado. Una y otra vez se perdían los pasos en el pasillo.

Me abrí el cuello — creía ahogarme.

Oí que un preso se movía gimiendo hacia otro.

«¿No se puede abrir esa ventana de ahí arriba?», pregunté desesperado en voz alta a la oscuridad. Casi me asusté de mi propia voz.

«No se puede», respondió un gruñido desde uno de los sacos de paja. A pesar de ello fui tanteando la pared con la mano — había una madera a la altura del pecho — dos jarros de agua — trozos de pan.

Con gran esfuerzo trepé hasta arriba y sujetándome de los barrotes pegué la cara contra las junturas de la ventana para respirar por lo menos un poco de aire fresco.

Estuve así hasta que me empezaron a temblar las rodillas. Ante mis ojos, sólo la niebla nocturna, de un gris oscuro uniforme.

Los fríos barrotes de hierro sudaban.

Debía ser cerca de medianoche.

Oí roncar tras de mí. Sólo uno parecía no poder dormir: daba vueltas en la paja y suspiraba a veces en voz baja.

¿No iba a llegar nunca la mañana? El reloj volvió a dar la hora.

Conté con los labios temblorosos.

¡Una, dos, tres! — Gracias a Dios, unas pocas horas y amanecería. Seguía sonando:

¿cuatro? ¿cinco? — El sudor me cubrió la frente. ¡Seis! — siete — eran las *once*.

Sólo había pasado una hora desde que oí el reloj por última vez.

Poco a poco se fueron ordenando mis pensamientos.

Wassertrum me había pasado el reloj del desaparecido Zottmann para hacerme sospechoso de haber cometido un asesinato. — Por lo tanto debía ser él mismo el asesino; si no, ¿cómo podía haber llegado el reloj a sus manos? Si se hubiera encontrado el cadáver en alguna parte y lo hubiera robado entonces, hubiera ido a buscar los mil gulden de recompensa que ofrecían por encontrar al desaparecido. — Pero eso no podía ser: todavía estaban los anuncios en las calles, como acababa de ver claramente durante todo el trayecto hasta la cárcel.

Estaba claro que el cambalachero me había denunciado.

Y también que ocultaba al comisario por lo menos todo lo referente a Angelina. Si no, ¿a qué venía todo el interrogatorio sobre Savioli?

Por otra parte, de eso se deducía que Wassertrum *no tenía todavía* la carta de Angelina en las manos.

Recapacité —

De golpe todo apareció con una espantosa claridad ante mis ojos, como si hubiese estado presente.

Sí, sólo así podía ser: Wassertrum me había cogido ocultamente la cajita de hierro en la que creía que estaban las pruebas, precisamente cuando revolvía con sus cómplices, los policías, en mi habitación — pero no la podía abrir enseguida puesto que yo llevaba la llave conmigo y quizás estuviese —, precisamente ahora forzándola en su agujero.

Con loca desesperación agité los barrotes viendo a Wassertrum ante mi revólver entre las cartas de Angelina.

¡Si por lo menos pudiera avisar a Charousek para que fuera a advertir a tiempo a Savioli!

Durante un momento me agarré a la esperanza de que la noticia de mi captura hubiese corrido como un reguero de pólvora por todo el barrio judío y confiaba en Charousek como en un ángel salvador. El cambalachero no podía hacer nada contra su infernal ingenio. «Le tendré cogido por el gaznate, precisamente en el momento en que intente arrojarse sobre el cuello del Dr. Savioli», había dicho Charousek una vez.

Al minuto siguiente rechazaba todo esto y de nuevo me dominaba un miedo salvaje: ¿Y si Charousek llegaba tarde?

Entonces Angelina estaba perdida.

Me mordía los labios hasta hacerme sangre y me arañaba el pecho, arrepentido de no haber quemado entonces las cartas inmediatamente; me juré a mí mismo suprimir a Wassertrum de este mundo en el mismo momento en que me dejaran libre.

¿Qué más me daba? — ¡suicidarme o morir en la horca!

No dudé ni un momento de que el juez de instrucción creería en mis palabras si le narraba la historia del reloj de una forma plausible y le contaba las amenazas de Wassertrum.

Sin duda mañana mismo estaría ya libre; por lo menos la Corte haría encarcelar también a Wassertrum bajo sospecha de homicidio.

Contaba las horas y rezaba por que pasasen más de prisa; miraba afuera el aire negruzco.

Después de un tiempo inenarrablemente largo comenzó a aclarar, y, al principio como una mancha oscura y después cada vez más claro, apareció un enorme rostro de cobre entre

la niebla: la hoja del viejo reloj de una torre. Pero faltaban las agujas — un nuevo suplicio.

Después dieron las cinco.

Oí cómo los presos se despertaban bostezando y mantenían una conversación en checo.

Una de las voces me sonaba conocida; me volví, bajé de mi cama y vi a Loisa, el de la viruela, sentado en el catre frente al mío que me miraba asombrado.

Los otros tipos de caras temerarias me miraban despreciativos.

«¿Un maleante, eh?», le dijo uno a su camarada a media voz y le pegó con el codo.

El otro gruñó algo despreciativo, revolvió en su saco de paja y sacando un hule negro lo puso en el suelo.

Después echó algo de agua del jarro sobre él, se arrodilló y reflejándose allí, se peinó con los dedos el pelo sobre la frente.

Al acabar, secó el hule con enorme delicadeza y lo escondió de nuevo bajo el camastro.

Entretanto, Loisa murmuraba todo el tiempo, con los ojos muy abiertos, como quien está viendo ante sí a un fantasma: «¡Pan Pernath, Pan Pernath!».

«Veo que los señores se conocen», dijo en amanerado dialecto el que estaba sin peinar a otro al que esto le había llamado la atención, y me hizo una inclinación burlona. «Permítame que me presente: Vóssatka es mi nombre. — El negro Vóssatka — Incendiario», añadió orgulloso, una octava más bajo.

El que se había peinado escupió entre los dientes, me miró despreciativo un momento, se señaló el pecho y dijo lacónicamente:

«Robo con fractura.»

Yo permanecí en silencio.

«Bueno, ¿bajo qué sospecha está usted aquí, señor Conde?», preguntó el vienés después de una pausa.

Recapacité un momento y dije tranquilamente: «Por asesinato».

Los dos saltaron atónitos — la expresión de burla de sus caras dejó paso a una infinita admiración — exclamaron

como por una sola boca: «Nuestros respetos, nuestros respetos».

Cuando vieron que no les hacía caso se volvieron a un rincón y charlaron en voz baja.

El que se había peinado se levantó, vino hacia mí, comprobó en silencio los músculos de mi brazo y se volvió meneando la cabeza hacia su amigo.

«Usted también está sin duda aquí bajo sospecha de haber asesinado a Zottmann, ¿no?», le pregunté a Loisa sin llamar la atención.

Él afirmó: «Sí, hace mucho».

De nuevo pasaron unas horas.

Cerré los ojos y me tumbé como para dormir.

«¡Señor Pernath, señor Pernath!», oí de repente, muy suave, la voz de Loisa.

«¿Sí?» — hice como si me despertara.

«Señor Pernath, por favor, perdóneme — por favor —, por favor, ¿no sabe usted lo que hace la Rosina? — ¿Está en casa?», tartamudeó el pobre muchacho. Me daba una pena infinita ver cómo dependía con sus ojos de mis labios, crispando sus manos de excitación y angustia.

«Le va bien. Ahora — ahora está de camarera en — en la taberna Zum alten Ungelt», le mentí. Vi cómo respiraba aliviado.

Dos presos depositaron en silencio unos cuencos de hojalata sobre una tabla con una cocción de salchichas hirviendo y dejaron tres de ellos en la celda; después, al cabo de unas horas, sonaron de nuevo los cerrojos y el vigilante me condujo donde el juez de instrucción.

Las rodillas me temblaban de impaciencia mientras bajábamos y subíamos escaleras.

«¿Cree posible que me pongan hoy en libertad?», pregunté tímidamente al vigilante.

Vi como, compadecido, ahogaba una sonrisa: «Hum, ¿hoy? hum —. ¡Por Dios!, todo es posible».

Me recorrió un escalofrío helado.

De nuevo leí una placa de porcelana sobre una puerta y en ella un nombre.

KARL, BARON VON LEISETRETER
Juez de instrucción

De nuevo una habitación sin adornos y dos escritorios con enormes montones de papeles.

Un hombre mayor, corpulento, con una bata blanca abierta, chaqueta negra, labios rojos y carnosos, y botas crujientes:

«¿Es usted el señor Pernath?»

«Sí.»

«¿Tallador de piedras preciosas?»

«Sí.»

«¿Celda número 70?»

«Sí.»

«¿Sospechoso del asesinato de Zottmann?»

«Le ruego, señor Juez...»

«*¿Sospechoso del asesinato de Zottmann?*»

«Probablemente. Por lo menos yo lo supongo. Pero...»

«¿Lo confiesa?»

«¿Qué es lo que debo confesar, señor Juez? ¡Soy inocente!»

«*¿Lo confiesa?*»

«No.»

«Entonces le declaro en detención preventiva, mientras se investiga. — Guardián, llévese a este hombre.»

«Por favor, escúcheme, señor Juez. — Hoy debo estar necesariamente en casa. Debo organizar unos asuntos muy importantes.»

Alguien soltó una risita detrás del otro escritorio.

El barón sonrió satisfecho.

«Llévese a este hombre, guardián.»

Pasaron días y días, semanas y semanas y seguía en la celda.

A las doce podíamos bajar todos los días al patio de la cárcel y pasear con los otros presos en filas de dos, dando vueltas en la tierra mojada.

Estaba prohibido hablar con los demás.

En la mitad del patio había un árbol sin ramas moribundo, en cuya corteza se había incrustado una imagen ovalada de la Virgen.

Junto a las murallas crecían unos raquíticos arbustos de aligustre con las hojas casi negras del hollín.

Alrededor, los barrotes de las celdas por las que a veces asomaban unas caras grises con los labios pálidos, sin sangre.

Después, otra vez al calabozo de siempre, donde había pan, agua y sopa de salchicha y, los domingos, lentejas podridas.

Sólo una vez habían vuelto a interrogarme.

Si tenía testigos de que el «señor» Wassertrum me hubiese regalado el reloj.

«Sí, el señor Schemajah Hillel — es decir no (me acordé de que él no estuvo entonces) — pero, el señor Charousek — no, no, ¡él tampoco estaba!»

«En una palabra: ¿no había nadie?»

«No, no había nadie, señor Juez.»

Otra vez la risita detrás de la mesa y de nuevo él:

«¡Guardián, llévese a este hombre!»

Mi preocupación por Angelina se había convertido en una sorda resignación, ya no tenía por qué temblar por ella: o bien el plan de venganza de Wassertrum había sido un éxito hace ya mucho tiempo, o bien Charousek había intervenido, me decía a mí mismo.

Pero la preocupación por Miriam me llevaba ahora casi a la locura.

Me imaginaba cómo esperaría hora tras hora a que se renovase el milagro — cómo saldría por la mañana al llegar el panadero, corriendo para buscar con manos temblorosas entre el pan — y cómo, quizá, se moriría de miedo por mi causa.

Muy a menudo me despertaba este pensamiento por la noche, me subía a la madera de la pared y, mirando la cara cobriza del reloj de la torre, me desgarraba con el deseo de que mis pensamientos llegaran hasta Hillel y le gritaran al oído que debía ayudar a Miriam y librarla del suplicio de su esperanza en un milagro.

Después me echaba otra vez sobre la paja y contenía la respiración casi hasta explotar con el fin de hacer llegar a mí

la imagen de mi doble y poder mandarlo a su lado, al lado de Miriam, para consolarla.

Una vez apareció junto a mi lecho con un cartel sobre el pecho que llevaba las letras: *Chabrat Zereh Aur Bocher* y quise saltar de alegría, pues ahora podría arreglarse todo, pero desapareció en el suelo antes de que pudiera darle la orden de aparecerse a Miriam.

¡Y no recibir ni una noticia de mis amigos!

¿Está prohibido recibir cartas?, les pregunté a mis camaradas.

No lo sabían.

Dijeron que nunca habían recibido ninguna — aunque, por otra parte, tampoco había nadie que pudiera escribirles.

El vigilante me prometió que se enteraría.

Mis uñas se habían agrietado de mordérmelas y mi pelo se había vuelto al estado salvaje, pues no había tijeras, peine, ni cepillos.

Tampoco había agua para lavarse.

Tenía continuas náuseas, pues la sopa estaba aderezada con sosa en vez de sal — una prescripción de la cárcel para evitar «que llegue a ser excesivo el deseo sexual».

El tiempo transcurría en una horrible y gris monotonía.

Giraba en círculo en la celda como la rueda de una tortura.

En ciertos momentos que todos conocíamos perfectamente, uno de nosotros saltaba de repente y caminaba durante horas de un lado para otro, como un animal salvaje, para después dejarse caer, roto, sobre el catre y seguir estúpidamente esperando — esperando — esperando.

Cuando anochecía, nubes de chinches cubrían las paredes como hormigas y yo me preguntaba asombrado por qué el tipo del sable y de los calzoncillos me había revisado tan concienzudamente para ver si tenía bichos similares.

¿Temían acaso en el juzgado que surgiera un cruce de razas de insectos extraños?

Los miércoles por la mañana solía asomarse un tipo con cara de cerdo, un chambergo y grandes y anchos pantalones: era el médico de la prisión, el doctor Rosenblatt, que se convencía de que todos resplandecíamos de salud.

Y cuando uno se quejaba, se quejase de lo que se quejase, recetaba una pomada de zinc para frotarse el pecho.

Una vez vino con él el presidente del tribunal — un bribón alto y perfumado de la «buena sociedad», que tenía grabados en la cara los vicios más viles — a ver «si nadie se había ahorcado todavía», como decía el que se peinaba.

Me acerqué para hacerle una petición, pero se escondió de un salto detrás del guardián y, empuñando un revólver, me gritó qué quería.

Pregunté cortésmente si no había cartas para mí. En lugar de una respuesta, recibí del doctor Rosenblatt, que inmediatamente se alejó, un golpe en el pecho. También el señor Presidente se apartó y dijo burlándose, por el hueco de la puerta, que mejor sería que confesara el crimen. Que antes no recibiría ninguna carta.

Hacía ya mucho que me había acostumbrado al mal ambiente y al calor, y, sin embargo, tiritaba continuamente. Incluso cuando daba el sol.

Habían cambiado ya en alguna ocasión a dos de los presos. Pero a mí me daba igual. Esta semana eran un ratero y un asaltante de caminos, la próxima serían un falsificante de monedas y un encubridor.

Lo que vivía un día lo olvidaba al día siguiente.

Frente a la angustia de mi preocupación por Miriam palidecían todos los incidentes exteriores.

Sólo *un* hecho se me había grabado — me perseguía a veces como una caricatura hasta en sueños.

Estaba sobre la madera de la pared para ver el cielo y de repente sentí que un instrumento puntiagudo se me clavaba en la cadera, y cuando miré me di cuenta de que era la lima que se había metido por el bolsillo entre la chaqueta y el relleno del forro. Debía llevar mucho tiempo allí, de lo contrario el hombre de la entrada lo habría encontrado.

La saqué y la eché, sin darle importancia, en mi saco de paja.

Cuando bajé, había desaparecido y en ningún momento dudé de que sólo Loisa podía haberla cogido.

Unos días más tarde le sacaron de la celda para ponerle un piso más abajo.

El guardián había dicho que dos presos en detención preventiva, acusados del mismo delito, como él y yo, no podían estar en la misma celda.

De todo corazón deseé que el pobre muchacho lograra liberarse con ayuda de la lima.

Mayo

A mi pregunta de qué fecha era — el sol calentaba tanto como en verano, y el cansado árbol del patio tenía algunos capullos — el guardián permaneció al principio en silencio; pero después me susurró que era el 15 de mayo. En realidad, no lo podía decir, porque estaba prohibido hablar con los presos — especialmente con aquéllos que no habían confesado su crimen y debían perder el control del tiempo.

¡Ya llevaba tres meses enteros en la cárcel y todavía seguía sin noticias del exterior!

Al oscurecer entraban por la ventana enrejada, que ahora en los días calurosos permanecía abierta, las suaves notas de un piano.

Uno de los presos me comentó que la hija del encargado de la despensa era la que tocaba el piano cada día al anochecer.

Día y noche soñaba con Miriam.

¿Cómo estaría?

A veces tenía la consoladora sensación de que mis pensamientos llegaban hasta ella, estaban junto a su cama mientras dormía y le ponían la mano tranquilizadora sobre la frente.

Pero, en los momentos de desesperación, cuando llamaban al interrogatorio a cada uno de mis compañeros — y a mí no — me angustiaba el miedo sordo de que quizá ya hubiese muerto hacía mucho tiempo.

Entonces le planteaba cuestiones al destino y le preguntaba si vivía o no, si estaba enferma o sana, y el número de pajas que sacaba del saco era el que me daba la respuesta.

Siempre que «salía mal», buscaba en mi interior una mirada hacia el futuro — intentaba engañar a mi alma, que me ocultaba el secreto, con preguntas al parecer muy lejanas al

asunto, de si llegaría alguna vez el día en que pudiera estar alegre y reír de nuevo.

El oráculo siempre afirmaba en esos casos, y me ponía contento y feliz durante una hora.

Así como nacen y crecen en silencio las plantas, nació y creció en mí un incomprensible y profundo amor por Miriam y no comprendía que hubiese podido estar sentado charlando con ella tan a menudo sin haberlo visto con toda claridad.

El tembloroso deseo de que ella pensase en mí con los mismos sentimientos crecía en esos momentos hasta convertirse en un presentimiento de certeza, y si entonces oía pasos en el pasillo casi temía que me vinieran a buscar y me dejaran en libertad, por si mi sueño, arrancado a la burda realidad del momento exterior, se diluyera en la nada.

Mi oído se había agudizado tanto en el largo tiempo de prisión que oía el más mínimo ruido.

Todos los días, al comenzar la noche, oía pasar en la lejanía un coche y me rompía la cabeza pensando quién podría ser.

Había algo raro y extraño en la idea de que afuera otros seres podían hacer y deshacer lo que quisieran — podían moverse libremente e ir de un lado a otro, sin embargo, no lo consideraban como una felicidad indescriptible.

Ya no era capaz de imaginarme — que yo también podría alguna vez volver a ser tan feliz como para poder pasear bajo el sol por las calles.

Me parecía que el día en que tuve a Angelina en mis brazos pertenecía a una existencia perdida ya hace mucho tiempo — lo recordaba con esa suave y dulce melancolía que nos invade al abrir un libro y encontrar en él las flores marchitas que en otro tiempo llevó la amada de los años de juventud.

¿Seguiría aún el viejo Zwakh noche tras noche con Vrieslander y Prokop en la taberna Zum alten Ungelt volviendo loca a la seca Eulalia?

No, era mayo: la época en la que él marchaba con su vieja caja de marionetas por los pueblos de la provincia y representaba en los verdes campos, en la entrada de la población, la historia de Barbazul.

Estaba solo en la celda. — Hacía un par de horas que se habían llevado a Vóssatka, el incendiario, mi único compañero desde hacía una semana, ante el juez de instrucción.

Su interrogatorio era esta vez extraordinariamente largo.

Por fin. El pestillo de hierro de la puerta retrocedió. Vóssatka entró con una expresión de infinita alegría y, tirando un montón de ropa sobre el catre, empezó a cambiarse rápido como el viento.

Iba arrojando al suelo con una maldición cada una de las prendas de su uniforme de presidiario.

«No han podido demostrar nada esos cerdos. — ¡Incendiario! ¡Tengo una vista!», y tiró con el pulgar de su párpado izquierdo. «El negro Vóssatka tiene sus agudezas. — He dicho que había sido el viento y no me he apeado del burro. Ahora pueden encerrar al señor viento — cuando lo pillen. — Hasta la vista, adiós. — Iré a Loisitschek — y adelante» — extendió los brazos e hizo un paso de baile. «Sólo una vez en la vida florece el mes de mayo.» Se puso con gran alboroto sobre el cráneo el sombrero duro con una pluma de pinzón azulada. «Ah, por cierto, esto le interesará, señor Conde, ¿conoce la noticia? ¡Se ha escapado un amigo, el Loisa! — Acabo de enterarme ahora, ahí arriba, donde los puercos. Eso fue el mes pasado — buscó la salida hacia Uldimoh y hace ya mucho que pasó — pfuff», se golpeó con los dedos el dorso de la mano — «debe de haber cruzado ya todas las montañas.»

«¡Ja, la lima!», pensé para mí y sonreí.

«Bueno, prepárese también para esto pronto, señor Conde», dijo el incendiario dándome amistosamente la mano «para que le suelten lo más brevemente posible. — Y cuando se quede sin dinero pregunte entonces en Loisitschek por el negro Vóssatka. — Todas las chicas de ahí abajo me conocen. ¡Bueno! Entonces, servidor, señor Conde. ¡Ha sido un placer!»

Estaba todavía en la puerta cuando el guardián empujó en la celda a un nuevo preso.

Enseguida reconocí al grosero de la gorra de soldado que estuvo junto a mí aquel día de tormenta bajo el arco de la

calle Hahnpass. ¡Una agradable sorpresa! ¡Quizá sabía él por casualidad algo de Hillel y Zwakh y todos los demás!

Quise empezar a interrogarle inmediatamente, pero para mi mayor asombro hizo un gesto misterioso y con el dedo sobre la boca me indicó que permaneciera callado.

Sólo cuando hubieron cerrado la puerta desde fuera y se hubo perdido el ruido de los pasos del vigilante en el pasillo, brotó la vida en él.

Mi corazón latía con fuerza de excitación.

¿Qué significaba eso?

¿Me conocía él y qué quería?

Lo primero que hizo fue sentarse y quitarse la bota izquierda.

Entonces arrancó con los dientes una clavija del tacón y del hueco sacó una pequeña y retorcida lámina de metal, arrancó la suela que al parecer estaba muy floja, y me dio ambas cosas con un gesto de orgullo.

Lo hizo todo a gran velocidad y sin poner la más mínima atención a mis nerviosas preguntas.

«¡Bueno, un saludo del señor Charousek!»

Estaba tan atolondrado que no pude decir ni una sola palabra.

«Basta coger el hierro por la noche y rasgar en dos la suela cuando nadie le vea. — Dentro está hueca», explicó el tipo con aire de pensador. «Y dentro encontrará una carta de Charousek.»

Movido por el exceso de alegría, me lancé al cuello del granuja y se me saltaron las lágrimas.

Me rechazó con dulzura y me dijo en voz baja en tono de reproche:

«¡Debe usted contenerse, señor Von Pernath! No tenemos ni un momento que perder. Pueden darse cuenta enseguida de que no es ésta la celda que me corresponde. El Franzl y yo hemos cambiado los números abajo, en la portería.»

Debí poner una cara de tonto horrible, pues el pillo continuó: «Aunque no entienda, da igual. ¡Estoy aquí y eso basta!».

«Dígame, ¿qué hace el archivero Hillel, señor...?»

«Wenzel», dijo enseguida en mi ayuda. «Me llamo el bello Wenzel.»

«Dígame, Wenzel, ¿qué es del archivero Hillel y qué tal está su hija?»

«No tenemos tiempo para eso», me interrumpió el bello Wenzel impaciente. «Pueden echarme de aquí en cualquier momento. — Estoy aquí porque he confesado un robo extra...»

«¿Qué? ¿Ha cometido un robo sólo por mí, sólo por poder llegar hasta mí, Wenzel?», pregunté conmovido.

El pillo movió despectivamente la cabeza. «Si de verdad hubiera *cometido* yo un robo no lo *confesaría*. ¿Cómo puede suponer eso de mí?»

Empecé a comprender: el bravo muchacho había usado un truco para poder pasarme la carta de Charousek en la cárcel.

«Bueno, lo primero» — hizo un gesto de importancia — «tengo que darle unas clases de epilepsia.»

«¿De qué?»

«¡De epilepsia! — Ponga mucha atención y no se olvide de nada. — Ahora mire: primero se hace mucha saliva en la boca» — hinchó los carrillos y los movía de un lado para otro como cuando alguien se enjugaba la boca «y se echa baba por la boca, mire, así» y lo hizo con una naturalidad repugnante. «Después se retuerce uno los dedos en el puño — se da la vuelta a los ojos como si uno fuera a sacarlos» — bizqueó horriblemente — «y después, esto es un poco más difícil, unos gritos ahogados. Mire, así, bo - bo - bo y al mismo tiempo se deja uno caer.» Se dejó caer al suelo todo lo largo que era, de modo que el suelo tembló, y dijo al levantarse:

«Esta es una epilepsia natural tal como nos la enseñó el bienaventurado doctor Hulbert en el "Batallón".»

«Sí, sí, es engañosamente parecida», afirmó. «Pero, ¿para qué todo esto?»

«Primero para que le saquen de la celda», explicó el bello Wenzel. «El doctor Rosenblatt es un charlatán. Aunque a uno le falte la cabeza, sigue diciendo ¡este tipo está totalmente sano! — Sólo ante la epilepsia siente un enorme respeto. Si se sabe hacerlo bien, se es trasladado al acto a las celdas de enfermos y fugarse de allí es un juego de niños» — se puso profundamente misterioso — «pues los barrotes de la ventana de

la celda de enfermos están limados y pegados sólo con un poco de porquería. — ¡Este es un secreto del "Batallón"! — Bastará con poner atención un par de noches y, cuando vea una cuerda caer desde el tejado hasta la ventana, levantará los barrotes en silencio, para que nadie se despierte, se atará por los hombros de la cuerda y nosotros le subiremos al tejado y le bajaremos por el otro lado a la calle. — ¡Con esto, basta!»

«¿Por qué tengo que huir de la cárcel», objeté tímidamente, «si soy inocente?»

«Tampoco es motivo para no huir», respondió el bello Wenzel y abrió grandes ojos de asombro.

Tuve que emplear toda mi elocuencia para abandonar el peligroso plan que, según me dijo, era el resultado de una reunión del «Batallón».

Le parecía imposible que rechazara y dejara escapar ese «don de Dios», y prefiriera esperar hasta que me liberaran.

«De cualquier forma se lo agradezco a usted y a todos sus camaradas de todo corazón», dije conmovido y le estreché la mano. «Cuando haya pasado esta mala temporada, lo primero que haré será atestiguarles mi gratitud.»

«No es necesario», rechazó Wenzel amablemente. «Si nos invita a un par de cervezas se lo agradeceremos, pero nada más. Charousek, que es ahora el "tesorero" del "Batallón", ya nos ha contado la clase de persona que es usted y cómo actúa en silencio para hacer el bien. ¿Debo decirle algo cuando salga dentro de unos días?»

«Sí, por favor», dije rápidamente, «que vaya, por favor, donde Hillel y le diga que tengo miedo por la salud de su hija Miriam. Es preciso que no la pierda de vista. — ¿Se acordará usted del nombre? *¡Hillel!*»

«¿Hirräl?»

«No, Hillel.»

«¿Hillär?»

«No, Hill — el.»

Wenzel casi se desgarró la lengua para pronunciar ese nombre imposible para un checo, pero, por fin, consiguió dominarlo poniendo extrañas caras.

«Otra cosa: me gustaría que el señor Charousek se ocu-

para — se lo ruego de corazón — en la medida en que pueda de la noble dama — él ya sabe a quién me refiero.»

«Usted se refiere seguramente a esa noble muñeca que andaba con ese teutón de Niemetz — el doctor Savioli, ¿no? —. Bueno, ésa ya se ha divorciado y se ha ido con la hija y el doctor Savioli lejos.»

«¿Está usted seguro de ello?»

Sentí que mi voz temblaba. A pesar de lo mucho que me alegraba por Angelina — sin embargo, se me encogía el corazón.

Todo lo que me había preocupado por ella, y ahora — ahora ya me había olvidado.

Me vino un sabor amargo a la garganta.

El pillo, con la delicadeza que caracteriza, por extraño que parezca, a todos los seres más abandonados en todo lo que se refiere al amor, pareció adivinar cómo me sentía, pues retiró tímidamente la mirada y no contestó.

«¿Quizá sepa usted también cómo está la hija de Hillel, la señorita Miriam? ¿La conoce?», pregunté.

«¿Miriam? ¿Miriam?», el rostro de Wenzel se arrugó como en un esfuerzo de memoria — «¿Miriam? — ¿Va a menudo por las noches al Loisitschek?»

Involuntariamente me eché a reír. «No. Seguro que no.»

«Entonces no la conozco», dijo Wenzel secamente.

Estuvimos un rato en silencio.

Quizás haya algo sobre ella en la carta, esperé.

«Supongo que ya se habrá enterado», comenzó a decir Wenzel de repente, «de que el diablo se ha llevado a Wassertrum, ¿no?»

Me erguí anonadado.

«Sí, sí.» Wenzel señaló su garganta. «Cric. Se lo digo yo. Fue horrible. Cuando entraron en la tienda, pues ya hacía un par de días que nadie lo había visto, fui yo naturalmente el primero en entrar. — ¡Cómo no! — Y allí abajo estaba él, sentado en un viejo y sucio sillón con el pecho cubierto de sangre y los ojos como de cristal. — ¿Sabe usted? Soy un tipo fuerte, pero todo empezó a darme vueltas y creí, como se lo digo, que me iba a caer desmayado. Poco a poco tuve que convencerme y decirme a mí mismo: Wenzel, me dije, Wen-

zel, no te excites, no es más que un judío muerto. — Tenía clavada una lima en la garganta y en la tienda estaba todo tirado y revuelto. — Un asesinato con robo, naturalmente.»

¡La lima! ¡La lima! — Sentí como si se me cortara la respiración de terror. — ¡La lima! ¡Así que al fin y al cabo la lima había encontrado su camino!

«Sé además quién fue», continuó después de una pausa, a media voz. «No fue otro que Loisa, el de la viruela. — Encontré su navaja en el suelo, en la tienda, y me la guardé enseguida para que no la viera la poli. — El llegó a la tienda por un pasadizo subterráneo» — de repente cortó sus palabras y escuchó tieso durante un segundo, se echó sobre su catre y empezó a roncar terriblemente.

Al momento sonó la cerradura de fuera y entró el guardián mirándome de mal humor.

Puse cara de indiferencia, pero era casi imposible despertar a Wenzel.

Después de muchos golpes se levantó bostezando y tambaleando, y, medio dormido, se dirigió hacia afuera seguido por el guardián.

Enfebrecido por la tensión desdoblé la carta de Charousek y leí:

12 de mayo.

«Mi querido, pobre amigo y bienhechor:

Semana tras semana he estado esperando que le liberaran — siempre en vano —, he intentado todos los pasos posibles con el fin de reunir material para que le soltaran, pero no he encontrado nada.

Pedí al Juez de instrucción que acelerara el proceso, pero siempre me contestaba que él no podía hacer nada, que era asunto de la fiscalía y no suyo.

¡Burros administrativos!

Pero ahora mismo acabo de conseguir algo, que espero tenga el *mayor* éxito: me he enterado de que Jaromir le vendió a Wassertrum un reloj de oro que encontró en la cama de su hermano Loisa después de que le detuvieran.

En Loisitschek, adonde ahora van muchos detectives,

como usted sabe, se dice que encontraron en *su* casa el reloj del, al parecer, asesinado Zottmann, cuyo cadáver todavía no ha sido encontrado. — Como *corpus delicti:* El resto lo he recompuesto yo: ¡Wassertrum, etcétera!

He llamado inmediatamente a Jaromir y le he dado 1.000 florines», dejé caer la carta porque lágrimas de alegría me cegaban los ojos: sólo Angelina pudo haber dado esa cantidad a Charousek, pues ni Zwakh, ni Prokop, ni Vrieslander tenían tanto dinero. ¡Así que ella no me había olvidado! — Seguí leyendo — «1.000 florines y prometido otros 2.000 si venía conmigo inmediatamente a la Policía y confesaba haber quitado el reloj a su hermano, en su casa, y haberlo vendido después.»

Pero todo esto sólo se puede hacer mientras esta carta esté ya en camino, por Wenzel, hacia usted. El tiempo no da para más.

Pero esté usted seguro: eso *sucederá.* Hoy. Se lo garantizo.

No tengo ninguna duda de que Loisa cometió el crimen y de que el reloj es el de Zottmann.

Pero si, contra lo que esperamos, no lo es — entonces Jaromir ya sabe lo que tiene que hacer — *en cualquier caso él certificará que es el que encontraron en su casa.*

Así que tenga confianza y no desespere. Quizás esté ya muy próximo el día de su liberación.

¿Llegará el día en que nos volvamos a ver?

No lo sé.

Casi prefiero decir que creo que no, pues mi fin se acerca a grandes pasos y debo estar preparado para que no me coja de sorpresa.

Pero de una cosa esté seguro: nosotros nos *volveremos* a ver.

Aunque no sea en *esta* vida y no sea como los muertos, en la *otra,* será en el final del tiempo — cuando el SEÑOR según está en la Biblia escupa de su boca a *esos* que fueron tibios, ni fríos ni cálidos.

No se asombre de que yo hable así. No he hablado nunca con usted sobre estas cosas y, cuando en cierta ocasión usted nombró la palabra «Cábala», yo lo evité. Pero — sé lo que sé.

Quizás entienda a lo que me refiero, pero si no es así, le ruego que borre de su memoria todo lo que le he dicho. — Una vez en mis delirios creí ver un signo sobre su pecho. Puede ser que soñase despierto.

Si de verdad no me entendiese, acepte que yo tenga ciertos conocimientos internos — casi desde mi infancia, conocimientos que me han llevado por un camino especial y que no coincide con lo que la medicina enseña o, gracias a Dios, no conoce todavía, y esperemos que no conozca nunca.

Pero no me he dejado embrutecer por la ciencia, cuyo fin primordial es equipar una — «sala de espera», que sería mejor destruir.

¡Pero basta ya de esto!

Quiero contarle todo lo que ha ocurrido mientras tanto.

Al final de abril llegó el momento en que mi sugestión comenzó a actuar sobre Wassertrum.

Lo noté porque empezó a hacer continuos gestos y a hablar consigo mismo por la calle. Esto es señal certera de que los pensamientos de un hombre se están convirtiendo en una tormenta que un día se abatirá sobre él.

Después, se compró una agenda y empezó a tomar notas.

¡Escribía!

¡Escribía! Había para reírse: *¡El escribía!*

Más tarde fue a ver a un notario. Desde abajo, delante de la casa, sabía lo que él estaba haciendo arriba: — su testamento.

Pero lo que nunca pensé es que me nombrara su heredero. Si se me hubiera ocurrido tal cosa, me hubiera entrado el Baile de San Vito de gusto y de alegría.

Me nombró su único heredero porque, a su parecer, yo era el único en el mundo al que él podría todavía reparar de sus fechorías. Pero su conciencia le engañó.

O quizá fuese también la esperanza de que le bendijese cuando, tras su muerte, me convirtiese de repente en millonario debido a su magnanimidad y reparase así la maldición que tuvo que oír en su habitación de mis labios.

Por lo tanto ha sido triple la influencia de mi sugestión.

Es terriblemente gracioso que en secreto creyera en su recompensa en el Más-allá, después de estar durante toda su

vida tratando con mucho esfuerzo de convencerse de lo contrario.

Pero eso les pasa siempre incluso a los más inteligentes y se comprueba en la absurda y loca rabia que les entra cuando alguien se lo dice a la cara. — Se sienten atrapados. — A partir del momento en que Wassertrum volvió del notario, yo ya no le perdí de vista.

Durante la noche escuchaba con la oreja pegada a las maderas de la contraventana de su tienda, pues, en cualquier momento, podría llegar lo decisivo.

Creo que si hubiera quitado el tapón del frasco del veneno hubiera podido oír, incluso a través de los muros, el pequeño ruido chasqueante producido al hacerlo.

Quizá sólo faltaba una hora y se habría cumplido la obra de mi vida.

Pero apareció un intruso y le mató con una lima.

Haga que Wenzel le cuente esto con más detalles; a mí me amarga demasiado tener que decírselo todo por escrito.

Llámelo superstición, si quiere — pero cuando vi que se había derramado sangre — las cosas de la tienda estaban salpicadas — me dio la impresión de que su alma se me había escapado.

Hay algo en mí — un instinto sutil e infalible — que me dice que no es lo mismo que un hombre muera por una mano desconocida que por la suya propia. Sólo se hubiera cumplido mi misión si Wassertrum se hubiera llevado consigo a la tierra toda su sangre. — Ahora que todo ha sucedido de un modo distinto me siento rechazado, como un instrumento al que no se considera digno de las manos del ángel exterminador.

Pero no quiero rebelarme. Mi odio es de ésos que van más allá de la tumba y de la muerte; además, aún tengo mi propia sangre que puedo derramar, y eso me he propuesto y deseo, para que siga a la suya paso a paso en el reino de las sombras.

Desde que enterraron a Wassertrum voy todos los días al cementerio y me siento allí junto a su tumba y escucho en mi pecho para que éste me diga lo que debo hacer.

Creo que ya lo sé, pero quiero esperar hasta que la voz

interior que me habla se haga clara como una fuente. — Nosotros los hombres somos casi siempre impuros y a menudo necesitamos de largos ayunos y vigilias para poder entender los susurros de nuestra alma.

La semana pasada me dijo oficialmente el juzgado que Wassertrum me había nombrado su heredero universal.

No necesito asegurárselo, señor Pernath, que no utilizaré para mí mismo ni uno solo de sus florines. — Me libraré de darle a «él» un asidero para el «Más-allá».

Pondré a subasta las casas que él poseía y quemaré todo lo que él tocara con su mano, y de todo el dinero y los valores que consiga con ello le corresponderá a usted, a mi muerte, una tercera parte.

Me parece verle ya protestando y rechazándolo, pero puedo tranquilizarle. Lo que usted recibirá es de su justa propiedad con sus intereses y el interés de los intereses. Hace ya mucho tiempo supe que hace bastantes años Wassertrum había arruinado a su padre y a su familia, pero hasta ahora no he podido probarlo con documentos.

Otra tercera parte se repartirá entre los doce miembros del «Batallón» que conocieron personalmente al doctor Hulbert. Quiero que cada uno de ellos sea rico y tenga acceso a — «la buena sociedad» — de Praga.

Y la última tercera parte se repartirá equitativamente entre los futuros asesinos del país, para que, por falta de pruebas, sean puestos en libertad.

Esto se lo debo a la opinión pública.

Bien, creo que eso es todo.

Y ahora, mi muy querido amigo, adiós, suerte, y piense algunas veces en su sincero y agradecido

Innozenz Charousek.»

Profundamente emocionado dejé la carta a un lado.

No podía alegrarme con la noticia de mi próxima puesta en libertad.

¡Charousek! ¡Pobre muchacho! Se preocupaba por mi suerte como un hermano. Sólo porque una vez le regalé 100 fl. ¡Ojalá le pudiera dar una mano una vez más!

Pero sentí que él tenía razón. Nunca llegaría ese día.

Vi ante mí sus ojos enfebrecidos, sus hombros de tísico y su frente ancha y noble.

Quizás hubiera sido todo muy distinto si una mano caritativa hubiera intervenido a tiempo en esa vida destrozada.

Volví a releer la carta.

¡Cuánto método había en la locura de Charousek! ¿Estaría loco en realidad?

Me avergoncé casi de haber tolerado ese pensamiento un solo momento.

¿Es que sus alusiones no decían bastante? El era un hombre como Hillel, como Miriam, como yo mismo; un hombre en el que dominaba su propia alma — que le llevaba sobre todos los barrancos y abismos de la vida a las cimas perpetuamente nevadas de un mundo no violado.

¿Es que acaso no era más puro él, que durante toda su vida estuvo planeando y meditando un asesinato, que cualquiera de ésos que van por ahí arrugando la nariz y que pretenden seguir los mandamientos aprendidos maquinalmente de cualquier desconocido profeta mítico?

El observaba el mandamiento que le dictaba su instinto irresistible. Sin pensar en ninguna «recompensa», ni aquí ni en el Más-allá.

Lo que había hecho ¿no era acaso el más piadoso cumplimiento de un deber, en el sentido más esotérico de la palabra?

«Cobarde, pérfido, ávido de sangre, enfermo, una naturaleza problemática de criminal» — me parecía oír ya el juicio que sobre él emitiría la multitud cuando intentasen aclarar las profundidades de su alma con sus lámparas de establo — esta misma multitud babeante que nunca jamás comprenderá que el venenoso cólquico es mil veces más bello y más noble que la práctica cebolleta.

De nuevo se movió la cerradura desde fuera y oí que metían a alguien. — Ni siquiera me volví, tal era la impresión que me había causado la carta.

Ni una palabra sobre Angelina, ni sobre Hillel.

Claro: Charousek debió haber escrito con mucha prisa, en la letra se veía.

¿Me llegaría alguna otra carta secreta de él?

Apenas me atrevía a esperar y confiar interiormente en el día siguiente, en el paseo común de los presos en el patio. — Ese era el sitio más fácil para que alguien del «Batallón» me diera, ocultamente, alguna nota.

Una suave voz me sacó de repente de mis cavilaciones.

«¿Me permite, señor, que me presente? Mi nombre es Laponder, Amadeus Laponder.»

Me volví.

Un hombre pequeño, delgado, todavía bastante joven, elegantemente vestido, aunque sin sombrero, como todos los presos de prevención, se inclinó correctamente ante mí.

Estaba muy bien afeitado, como un actor, y sus grandes ojos verdes, claros y brillantes, en forma de almendra, tenían la característica de que, aunque estaban dirigidos directamente hacia mí, parecían, sin embargo, no verme.

Había en ellos algo así como ausencia.

Susurré mi nombre, me incliné también y quise volverme, pero no pude apartar en mucho rato la mirada de ese hombre que producía una extraña impresión con su sonrisa de pagoda, que con los ángulos hacia arriba y los labios ligeramente arqueados, estaba plasmada continuamente en su rostro.

Parecía la estatua china de un buda de cuarzo rosado, con su piel lisa, casi transparente y su fina y delicada nariz de muchacha.

«Amadeus Laponder, Amadeus Laponder», repetía para mí.

¿Qué ha podido hacer él?

Al cabo de un rato le pregunté:

«¿Le han interrogado ya?»

«Vengo ahora mismo de ahí. — Espero no tener que molestarle a usted aquí mucho tiempo.»

«Pobre diablo», pensé, «no sabe lo que le espera a un preso en detención preventiva.»

Quise irle preparando poco a poco.

«Uno se va acostumbrando a estar sentado en silencio, cuando pasan los primeros días, los más difíciles.»

Puso cara amable, de compromiso.

Pausa.

«¿Ha sido muy largo el interrogatorio, señor Laponder?»

Sonrió distraído.

«No. Sólo me han preguntado si confesaba el hecho y he tenido que firmar el expediente.»

«¿Ha firmado confesándose culpable?», se me escapó.

«¡Ya lo creo!»

Lo dijo como si fuera lo más lógico del mundo.

No debe ser nada grave, me dije, porque no se muestra nada nervioso. Seguramente un reto a duelo o algo parecido.

«Yo por desgracia llevo tanto tiempo aquí que me parece toda una vida» — suspiré involuntariamente y él puso cara de acompañarme en mis sentimientos —. «No le deseo lo mismo, señor Laponder. Por lo que veo, estará pronto en libertad.»

«Según cómo se tome», dijo tranquilamente, pero sonó como con un oculto doble sentido.

«¿No lo cree usted?», pregunté sonriente. El negó con la cabeza.

«¿Qué debo entender? ¿Qué hecho tan terrible ha cometido usted? Perdone, señor Laponder; no es curiosidad, sino

simplemente simpatía lo que me mueve a hacerle esta pregunta.»

Vaciló un momento, pero después respondió sin mover siquiera una pestaña:

«Asesinato con estupro.»

Fue como un golpe en la cabeza.

No pude articular ni un sonido a causa del horror y el espanto.

Pareció notarlo y, discretamente, retiró la vista, pero ni el más ligero gesto en la sonrisa de autómata de su rostro reveló que mi repentino y nuevo comportamiento le hubiese herido.

No cambiamos ni una palabra más y retiramos en silencio nuestra mutua mirada.

Cuando, al entrar la noche, me tumbé, él siguió inmediatamente mi ejemplo. Se desnudó, colgó cuidadosamente su ropa del clavo de la pared, se echó y pareció, por la regularidad y la profundidad de su respiración, dormirse inmediatamente.

En toda la noche no pude tranquilizarme.

La continua sensación de tener tal monstruo a mi lado y de tener que compartir con él el mismo aire, me era repulsivo y me excitaba tanto que todas las impresiones del día, la carta de Charousek y todas las otras novedades, quedaron en segundo plano, como si no tuvieran importancia.

Me había tumbado de forma que podía observar continuamente al asesino, pues no hubiera podido soportar saber que estaba detrás de mí.

La celda estaba débilmente iluminada por la luz de la luna y yo podía ver que Laponder estaba allí tendido, inmóvil, casi tieso.

Sus rasgos tenían algo de cadáver y la boca semiabierta acentuaba esta impresión.

Durante muchas horas permaneció sin cambiar ni una sola vez de posición.

Pero, pasada la medianoche, al caer un fino rayo de luna sobre su rostro, le sobrevino una ligera inquietud y movió inaudiblemente sus labios como quien habla en sueños. Parecía ser siempre la misma palabra — quizás una frase de tres sílabas — algo así como:

«Déjame. Déjame. Déjame.»

Los días siguientes pasaron sin que yo le hiciera caso, y él tampoco rompió nunca el silencio.

Su comportamiento fue en todo momento amable y cortés. Cada vez que yo quería pasear de un lado a otro, él se daba cuenta inmediatamente y retiraba en silencio los pies cortésmente debajo de su camastro para no molestarme.

Empecé a hacerme reproches por mi sequedad pero, a pesar de mi mejor voluntad, no podía liberarme del horror que me causaba.

Por mucho que deseara poder acostumbrarme a su proximidad no era posible.

Esto me mantenía despierto incluso por la noche. Apenas dormía media hora.

Noche tras noche se repetía con toda exactitud el mismo proceso: esperaba respetuoso a que yo me acostara para desvestirse, doblaba meticulosamente su ropa, la colgaba, etc.

Una noche — debían ser las dos — estaba de nuevo medio dormido de cansancio sobre la madera de la pared, mirando la luna llena, cuyos rayos se reflejaban como aceite brillante en el rostro de cobre del reloj de la torre, pensando lleno de tristeza en Miriam.

Oí de repente su voz, la voz de Miriam, detrás de mí.

Al momento me desperté — muy despierto, me volví y escuché.

Pasó un minuto.

Ya creía que me había equivocado cuando volvió. No pude entender las palabras claramente, pero sonaba algo así como:

«Pregúntame. Pregúntame.»

Era sin duda la voz de Miriam.

Vacilante por la excitación bajé, tan silenciosamente como pude, y me acerqué a la cama de Laponder.

La luz de la luna caía de pleno sobre su cara, y pude distinguir claramente que tenía los párpados abiertos, pero sólo se veía el blanco del ojo.

Por la rigidez de los músculos de sus mejillas vi que estaba profundamente dormido.

Sólo los labios se volvieron a mover, igual que antes.

«Pregúntame. Pregúntame.»

La voz era engañosamente parecida a la de Miriam.

«¿Miriam? ¿Miriam?», exclamé involuntariamente, pero al momento bajé el tono para no despertar al dormido.

Esperé a que su cara adquiriese de nuevo la rigidez del sueño y entonces repetí muy bajito:

«¿Miriam? ¿Miriam?»

Su boca formó un «Sí» casi imperceptible, pero claro.

Acerqué mi oído a sus labios.

Al cabo de un momento oí susurrar *la voz de Miriam* — tan inconfundible que un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Bebía sus palabras con tal avidez que únicamente podía comprender su sentido. Ella me hablaba de amor y de una felicidad inenarrable, que por fin habíamos hallado nosotros — y que ya nunca más nos volvería a separar — impacientemente — sin pausa, como quien teme ser interrumpido y que por lo tanto quiere aprovechar cada segundo.

Después su voz comenzó a perderse — y por un rato se extinguió por completo.

«¿Miriam?», pregunté temblando de miedo y conteniendo la respiración, «Miriam, ¿estás muerta?»

Mucho tiempo sin respuesta.

Después, de un modo casi imperceptible:

«No — estoy viva — estoy durmiendo.»

Nada más.

Escuché y escuché.

En vano.

Nada más.

Tuve que apoyarme en el borde del catre para no caerme sobre Laponder, debido a mi profunda emoción y al temblor.

La ilusión fue tan perfecta que durante unos minutos me pareció ver a Miriam realmente tendida ante mí, y tuve que reunir todas mis fuerzas para no besar los labios del asesino.

«¡Henoch! ¡Henoch!»

Reconocí inmediatamente la voz de Hillel.

«¿Eres tú, Hillel?»

Sin respuesta.

Me acordé de haber leído que, para hacer hablar a los que

duermen, no se les debe dirigir las preguntas al oído, sino hacia el plexo nervioso de la fosa epigástrica.

Así lo hice.

«¿Hillel?»

«Sí, te oigo.»

«¿Está bien Miriam? ¿Lo sabes todo?», pregunté enseguida.

«Sí, lo sé todo. Lo sabía hace mucho. — No te preocupes, Henoch, no te temo.»

«¿Me podrás perdonar, Hillel?»

«Ya te lo he dicho; no te preocupes.»

«¿Nos volveremos a ver pronto?», temí no llegar a poder entender la respuesta, pues ya la última frase había sido sólo un suspiro.

«En eso confío. Te esperaré — si puedo — después tengo que — país.»

«¿Adónde? ¿A qué país?» — Estuve a punto de caerme sobre Laponder —. «¿A qué país? ¿A qué país?»

«País — Gad — al sur — de Palestina.»

La voz se apagó.

Cien preguntas más me cruzaban en mi desconcierto por la cabeza: ¿por qué me llama Henoch? Zwakh, Jaromir, el reloj, Vrieslander, Angelina, *Charousek.*

«Adiós, suerte, y piense algunas veces en mí», surgió otra vez de repente en voz alta y clara de los labios del asesino.

Esta vez con la entonación de Charousek, pero sonó igual que si lo hubiese pronunciado yo mismo.

Recordé: era textualmente la frase final de la carta de Charousek.

El rostro de Laponder estaba ya en la oscuridad, la luz de la luna caía sobre el final del saco de paja. Un cuarto de hora más tarde habría de desaparecer de la habitación.

Hice una pregunta tras otra, pero no recibí ninguna respuesta más.

El asesino yacía inmóvil como un cadáver y tenía los párpados cerrados.

Me reproché con acritud no haber visto en Laponder durante los días anteriores nada más que al asesino y nunca al hombre.

Por lo que yo acababa de vivir era, al parecer, un sonámbulo — una criatura bajo la influencia de la luna llena.

Quizás había cometido el asesinato en una especie de estado crepuscular.

Con seguridad.

Ahora que alboreaba la mañana, había desaparecido la rigidez de sus rasgos dejando paso a una expresión de paz espiritual.

Un hombre que tiene un asesinato sobre su conciencia no puede dormir tan tranquilamente, me dije a mí mismo.

Apenas podía esperar el momento de su despertar.

¿Sabría él lo que había ocurrido?

Por fin abrió los ojos, se encontró con mi mirada y desvió la vista.

Me acerqué a él al momento y cogí su mano: «Perdóneme, señor Laponder, que haya sido hasta ahora tan poco amable con usted. Estaba aturdido. Era la sorpresa lo que...».

«Créame, yo lo comprendo perfectamente», me interrumpió con vivacidad, «debe ser una sensación horrible vivir con un asesino.»

«No hable más de eso», le rogué. «Esta noche se me han ocurrido ciertas cosas y no puedo librarme de la idea de que usted quizá...», busqué las palabras adecuadas.

«Usted me considera un enfermo», dijo viniendo en mi ayuda.

Afirmé: «Creo poder deducirlo de ciertas pruebas. — Yo — yo — ¿puedo hacerle una pregunta directa, señor Laponder?»

«Se lo ruego.»

«Suena algo extraño — pero — ¿me podría decir lo que ha soñado hoy?»

Negó sonriendo con la cabeza: «Yo nunca sueño».

«Pero usted ha hablado en sueños.»

Levantó muy asombrado la cabeza. Recapacitó un momento. Después dijo con seguridad:

«Eso sólo pudo darse si usted me ha hecho preguntas.» Lo confesé. «Pero, como acabo de decir, nunca sueño. — Yo — yo — deambulo», añadió después de una pausa a media voz.

«¿Que usted deambula? ¿Cómo puedo entender eso?»

Parecía no querer hablar y me pareció oportuno contarle

los motivos que me habían movido a entrar en él y le conté a grandes rasgos lo que había sucedido por la noche.

«Puede usted estar absolutamente seguro», dijo seriamente cuando acabé, «que todo está basado en la realidad. Cuando hace un momento he precisado que no sueño, sino que "deambulo", me refería a que mi mundo de los sueños está formado de manera distinta a la de — digamos: los hombres normales. Llámelo, si quiere, un "salir del cuerpo". — Así, por ejemplo, he estado esta noche en una habitación muy especial, a la que se entraba subiendo por una trampilla.»

«¿Cómo era?», pregunté rápidamente, «¿estaba deshabitada? ¿Vacía?»

«No, había muebles, pero no muchos. Una cama en la que dormía — o yacía en un letargo — una joven, y junto a ella estaba sentado un hombre con la mano sobre su frente.» Laponder describió los rostros de ambos. Sin duda alguna, eran Hillel y Miriam. No me atrevía a respirar de impaciencia.

«Por favor, siga contando. ¿Había alguien más en la habitación?»

«¿Alguien más? Espere — no; no había nadie más en la habitación. — Sobre la mesa ardía un candelabro de siete velas. — Luego una escalera de caracol conducía hacia abajo.»

«¿Estaba rota?», le interrumpí.

«¿Rota? No, no. Estaba en perfecto estado y de ella se ramificaba, a un lado, una cámara en la que estaba sentado un hombre con hebillas de plata en los zapatos, de un aspecto muy raro, como nunca había visto en un hombre: el color de su cara era amarillo y los ojos oblicuos; estaba inclinado hacia adelante y parecía esperar algo. Quizás un encargo.»

«Un libro. — ¿No ha visto en ninguna parte un libro antiguo?», investigué.

Se rascó la frente.

«¿Dice usted un libro? — Sí, exacto: en el suelo había un libro. Estaba abierto, era todo él de pergamino y la página empezaba con una enorme A dorada.»

«Usted quiere decir seguramente una I.»

«No, con una A.»

«¿Está seguro? ¿No era una I?»

«No, era seguro una A.»

Moví la cabeza y empecé a dudar. Al parecer Laponder, en su sueño, había estado leyendo en mi mente y lo había mezclado todo: Hillel, Miriam, el Golem, el libro *Ibbur* y el pasillo subterráneo.

«¿Hace mucho que tiene el don de "deambular", como usted lo dice?», le pregunté.

«Desde que cumplí 21 años» — se detuvo; parecía que no le gustaba hablar de ello; pero entonces esbozó, de repente, un gesto de infinita extrañeza y miró mi pecho fijamente, como si viera algo en él.

Sin hacer caso de mi asombro me cogió rápidamente de las manos y me rogó casi ardientemente:

«Por el amor de Dios, dígamelo *todo*. Hoy es el último día que puedo pasar con usted, pues quizá dentro de una hora me vengan a buscar para llevarme a escuchar mi sentencia de muerte.»

Le interrumpí estupefacto:

«¡Entonces me tiene que llevar como testigo! Juraré que está enfermo. — Usted es sonámbulo. No puede ser, no le pueden ejecutar sin antes haber examinado el estado de su mente. ¡Piénselo bien!»

El negaba con nerviosismo. «Pero eso es secundario — por favor, ¡dígamelo todo!»

«Pero, ¿qué es lo que le tengo que decir? — Mejor hablemos de *usted* y...»

«Usted tiene que haber vivido, ahora lo sé, ciertos hechos extraños que me atañen muy directamente — mucho más directamente de lo que usted puede ni siquiera imaginar — se lo ruego, ¡cuéntemelo todo!», rogó.

No podía comprender que mi vida le interesara más que sus propios problemas mucho más urgentes; para tranquilizarle le conté todas las cosas incomprensibles que me habían sucedido.

Al final de cada capítulo él afirmaba con la satisfacción de quien comprende el asunto hasta el fondo.

Cuando llegué al punto en que tuve la aparición de aquel ser sin cabeza que me mostraba en la mano los granos rojos – negros, apenas pudo esperar el final.

«Entonces, usted se los tiró de la mano», murmuró pensativo. «Nunca hubiese creído que podía haber un *tercer* camino.»

«No era un tercer camino», dije, «era lo mismo que si hubiese rechazado los granos.»

El sonrió.

«¿No lo cree usted, señor Laponder?»

«Si los hubiera usted rechazado, hubiera seguido usted el "Camino de la vida", pero los granos, que significan los poderes mágicos, se hubieran perdido. — De esta forma en cambio rodaron por el suelo, como usted acaba de decir. O sea: esos poderes se quedaron aquí y sus antepasados los cuidarán hasta que llegue el momento de su germinación. Entonces revivirán los poderes que ahora están dormidos en usted.»

No comprendí bien. «¿Mis antepasados cuidan los granos?»

«Usted debe tomar todo lo que ha vivido como un símbolo», me explicó Laponder. «El círculo de hombres con resplandores azulados que le rodeaban eran la cadena del "Yo" heredado, que todo nacido de madre lleva siempre consigo. El mundo no es "aislado" — pero es preciso que se convierta en ello, ¡y a eso se le llama "inmortalidad"! Su alma está compuesta de muchos "Yos" — igual que un hormiguero. Usted lleva en sí los restos anímicos de miles de antepasados — los amos de su estirpe. En todos los seres es así. ¿Cómo podría si no encontrar su alimento un pollo recién salido de un huevo artificialmente empollado si no llevara dentro de sí la experiencia de millones de años? — La existencia del "instinto" indica la presencia de los antepasados en el cuerpo y en el alma. — Pero, perdóneme, no pretendía interrumpirle.»

Acabé mi narración. Toda. Le conté incluso lo que Miriam había dicho sobre el «hermafrodita».

Cuando me detuve y levanté la vista, me di cuenta de que Laponder se había puesto pálido como la cera y que por sus mejillas corrían lágrimas.

Me levanté rápidamente, y, como si no lo hubiera notado, me puse a pasear de un lado para otro de la celda esperando a que se tranquilizara.

Después me senté frente a él y emplee toda mi capacidad

de persuasión para convencerle de lo absolutamente necesario que era mostrar a los jueces su estado mental enfermizo.

«¡Si por lo menos no hubiera usted confesado el asesinato!», finalicé.

«¡Pero tuve que hacerlo! Me lo preguntaron apelando a mi conciencia!», dijo ingenuamente.

«¿Considera peor una mentira que un asesinato?», pregunté estupefacto.

«En general, quizá no, pero en mi caso sí. — Mire usted, cuando el Juez me preguntó si lo confesaba, tuve la fuerza de decir la verdad. Yo podía, por lo tanto, elegir entre mentir o no mentir. — Cuando cometí el asesinato — por favor, ahórreme los detalles, fue tan horrible para mí que no quisiera volver a recordarlo —, cuando cometí el asesinato, entonces *no* tenía elección. Pues a pesar de que actuaba con clara conciencia, *a pesar de eso no tenía elección.* Algo, cuya existencia no había imaginado anteriormente y que era más fuerte que yo, se despertó en mí. ¿Cree que si hubiera tenido posibilidad de elección hubiera asesinado? — Nunca he matado, ni siquiera al más pequeño animal — y ahora ya ni siquiera sería capaz.

»Suponga que existiera la ley humana de matar y que, de no cumplirse, se castigase con la muerte — un caso semejante al de la guerra — yo ya me hubiera ganado la muerte. Pues no tendría otra elección. Sencillamente, no podría matar. Cuando cometí el asesinato, la situación era exactamente al revés.»

«Pues mucho mejor, ahora que usted se siente casi otro hombre, hay muchos más motivos que pondrán todo de su parte y lo librarán de la sentencia del Juez», dije enfrentándome a él.

Laponder hizo un movimiento de rechazo: «Usted se equivoca. Los jueces tienen, desde su punto de vista, toda la razón. ¿Deben acaso dejar libre por ahí a un hombre como yo? ¿Para que mañana o pasado mañana vuelva a ocurrir la desgracia?».

«No, pero a usted le deberían internar en un establecimiento para enfermos mentales. ¡Eso es lo que quiero decir!»

«Si yo estuviera loco, tendría usted razón», respondió

Laponder con indiferencia. «Pero yo no estoy loco. Tengo otra cosa muy distinta — algo que parece muy semejante a la locura, pero que es precisamente lo contrario. Por favor, escúcheme. Me comprenderá enseguida. — Lo que me acaba de contar sobre ese fantasma sin cabeza — naturalmente este fantasma es un símbolo: encontrará la clave con facilidad en cuanto piense un poco sobre ello — me pasó a mí también, exactamente igual. Sólo que yo *acepté* los granos. ¡Yo sigo por lo tanto el "Camino de la Muerte"! — Lo más sagrado que hay para mí es poder dejarme guiar por lo espiritual que hay en mí. Ciego, confiado, adonde quiera que conduzca el camino: a la horca o al trono, a la pobreza o la riqueza. Nunca he dudado, cuando estuvo la elección en mis manos.

»Por ello, cuando pude elegir, no mentí.

»Conoce las palabras del profeta Miqué:

Se te ha dicho, hombre, lo que es bueno
y lo que el Señor exige de ti.

»Si yo hubiese mentido hubiera creado la causa, porque yo tenía la elección — cuando cometí el asesinato, no creé ninguna causa, era sólo el efecto de una causa que hacía mucho tiempo que tenía medio dormida en mí, sobre la que ya no tenía ningún poder.

»Por lo tanto mis manos están limpias.

»Al convertirme, lo espiritual que hay en mí, en un asesino se ha cumplido una ejecución. Cuando los hombres me cuelguen de la horca, mi destino se liberará del de ellos: yo llegaré a la libertad.»

Sentí que era un santo y el temor ante mi propia pequeñez me erizaba el cabello.

«Usted me ha contado que había olvidado los recuerdos de su juventud debido a una intervención hipnótica realizada en su conciencia por un médico hace mucho tiempo», continuó. «Ese es el signo — el estigma — de todos los que han sido mordidos por la "serpiente del reino espiritual". Parece casi necesario que en nuestra vida se injerten dos vidas, igual que el injerto noble en el árbol salvaje, para que pueda tener

lugar el *milagro de la resurrección.* Lo que normalmente separa la muerte, se separa así por la extinción de la memoria — a veces sólo por un repentino giro en el interior.

»En mi caso sucedió que una mañana, sin causa aparente, cuando tenía 21 años, me desperté como cambiado. Todo lo que hasta entonces había querido me era de repente indiferente: la vida me parecía tan tonta como una historia de indios y perdió en realidad; los sueños se convirtieron en una certeza — en una certeza apodíctica, concluyente — entiéndame bien, en una certeza apodíctica, *real* y la vida diurna se convirtió en un sueño.

»Todos los hombres podrían hacer esto, si tuvieran la clave. Y la única clave está, sola y exclusivamente, en que se tome conciencia en el sueño de la forma del propio "Yo", de la piel, por decirlo así — en que se encuentre la estrecha rendija por la que se desliza la conciencia entre el sueño profundo y la vigilia.

»Por eso he dicho antes que "deambulo" y no que "sueño".

»La lucha por la inmortalidad es una batalla por el cetro contra los fantasmas y los clamores que llevamos en nosotros mismos; y la espera a que el propio "Yo" se convierta en rey es la espera del Mesías.

»Habla Garmin, el espectral, el "hálito de los huesos" de la Cábala, ése que usted vio, ése era el rey. Cuando esté coronado — entonces se rasgará la cuerda, con la que usted está unido al mundo a través de los sentidos, y el canal de la razón.

»Usted me preguntará cómo puede ser que, a pesar de mi separación del mundo, me convirtiera de la noche a la mañana en un asesino. El hombre es como un tubo de cristal por el que ruedan bolas de colores; en casi todos los que viven sólo hay una. Si la bola es roja, a ese hombre se le llama "malo"; si es amarilla, "bueno". Si se deslizan dos bolas, una roja y otra amarilla, una detrás de otra se tiene un carácter "inestable". Nosotros, los "mordidos por la serpiente", vivimos en nuestra existencia todo lo que normalmente vive una raza durante toda una era: las bolas de colores se siguen velocísimas por el tubo de cristal y cuando se han acabado

— somos profetas — nos hemos convertido en espejos de Dios.» — Laponder guardó silencio —. Durante mucho rato no pude pronunciar palabra. Lo que acababa de oír me había atontado.

«¿Por qué me ha preguntado antes tan temerosamente por *mis* experiencias, cuando usted está mucho, mucho más alto que yo?», reanudé por fin la conversación.

«Usted se equivoca», dijo Laponder. «Estoy muy por *debajo* de usted. — Se lo pregunté porque sentía que usted poseía la clave que a mí todavía me faltaba.»

«¿Yo? ¿Una clave? ¡Oh, Dios!»

«Sí, *¡usted!* Y usted me la ha dado. — No creo que haya un hombre en la tierra más feliz que yo ahora.»

De fuera surgió un ruido: corrieron los pestillos. — Laponder apenas hizo caso.

«Lo del hermafrodita era la clave. Ahora tengo la seguridad. Y por eso estoy contento de que me vengan a buscar, pues pronto habré alcanzado la meta.»

Las lágrimas no me dejaban distinguir la cara de Laponder, sólo podía *oír* la sonrisa de su voz.

«Y ahora, adiós, señor Pernath, y piense que lo que colgarán mañana serán sólo mis ropas. Usted me ha abierto el camino a lo más bello — a lo último que me quedaba por saber. Ahora comienza la boda...», se levantó y siguió al guardián. «Está estrechamente relacionado con el asesinato», fueron las últimas palabras que pude oír y que sólo comprendí oscuramente.

Desde aquella noche, cada vez que había luna llena, me parecía ver siempre la cara dormida de Laponder sobre la sábana gris de la cama.

Los días que siguieron a su marcha oí golpes de martillos y clavos en el patio de ejecuciones, que llegaban hasta mí y a veces duraban hasta el amanecer.

Adiviné lo que significaba y, lleno de desesperación, me tapaba durante horas los oídos.

Pasaron los meses uno tras otro. Vi cómo el verano llegaba a su fin porque las miserables hojas del patio empeza-

ron a marchitarse; lo notaba en el olor mohoso de las paredes.

Cuando, durante los paseos en el patio, caía mi vista sobre el árbol moribundo y la imagen de la Virgen incrustada en su corteza, involuntariamente lo relacionaba con la huella profunda que había dejado en mí el rostro de Laponder. Ese rostro de Buda con su tersa piel y su extraña y eterna sonrisa me daba vueltas continuamente en la cabeza.

El Juez me llamó una vez más — en septiembre — y me preguntó, con desconfianza, qué razones podía aducir por haber dicho en el banco que tenía que irme urgentemente de viaje; por qué había estado tan nervioso durante las horas precedentes a mi detención y por qué llevaba todas mis piedras preciosas en el bolsillo.

Cuando respondí que había tenido la intención de suicidarme, hubo una nueva sonrisa irónica detrás del escritorio.

Hasta entonces estuve solo en mi celda y esto me permitía seguir con mis pensamientos, con mi pena por Charousek, quien, suponía, debía haberse muerto ya hacía mucho y por Laponder, y con mi nostalgia de Miriam.

Después vinieron nuevos presos: viajantes ladrones con rostros ajados y decrépitos, gruesos y ventrudos cajeros de banco — «Huérfanos», como los hubiera llamado el negro Vóssatka — que apestaron el aire y mi estado de ánimo.

Uno de ellos contó, absolutamente indignado, que poco antes había habido un asesinato en la ciudad. Pero por suerte, cogieron inmediatamente al autor que fue sometido a un proceso expeditivo.

«¡El desgraciado miserable se llamaba Laponder!», gritó un tipo con hocico de bestia salvaje al que habían condenado por maltratar a niños a los catorce días de prisión. «Le cogieron con las manos en la masa. En el jaleo se cayó la lámpara y se incendió toda la habitación. El cadáver de la chica quedó tan carbonizado que todavía hoy no se ha podido deducir quién era en realidad. Tenía el pelo negro y la cara delgada, eso es todo lo que se sabe. Y el Laponder ése no quiso soltar su nombre ni que reventase. Si hubiera sido yo le hubiera arrancado la piel y le hubiera espolvoreado pimienta encima.

– ¡Así son los señores finos! ¡Todos unos asesinos! – ¡Como si no hubiera otros medios para librarse de una chica!», añadió con una sonrisa cínica.

La ira y la rabia bullían en mí y hubiera deseado arrastrarlo por el suelo.

Noche tras noche roncaba en la cama en la que había dormido Laponder. Por fin, pude respirar cuando le pusieron en libertad.

Pero ni así conseguí librarme de él: sus palabras se me habían clavado como una flecha. La horrible sospecha de que podría haber sido Miriam la víctima de Laponder me carcomía continuamente, sobre todo en la oscuridad.

Cuanto más luchaba contra esta idea, más me ahogaba en ella, hasta que casi se convirtió en una idea fija, una obsesión.

A veces se atenuaba y mejoraba, sobre todo cuando entraba la luna clara por entre las rejas: entonces podía revivir las horas pasadas con Laponder y el profundo sentimiento que le profesaba me aliviaba el tormento – pero de todas formas me volvían con demasiada frecuencia los momentos en que veía a Miriam asesinada y carbonizada, y creía perder la razón de terror.

Los débiles indicios que tenía para mi sospecha se habían entretejido en aquellos momentos formando un todo cerrado – una pintura llena de detalles indescriptiblemente terroríficos.

Al principio de noviembre, hacia las diez, era ya noche cerrada, había alcanzado mi desesperación tal punto que tuve que morder el saco de paja, como un animal rabioso, para no gritar; el guardia abrió repentinamente la celda y me obligó a acompañarle al despacho del Juez. Me sentía tan débil que me tambaleaba al andar.

Hacía ya mucho tiempo que había muerto en mí la esperanza de abandonar alguna vez aquella horrible casa.

Me preparé a que me hicieran de repente, una vez más, una fría pregunta, a oír de nuevo la sonrisa irónica, estereotipada, detrás del escritorio y a tener que volver a las tinieblas.

El señor Baron von Leisetreter se había ido ya a su casa y

en la habitación no había más que un viejo y jorobado escribano con dedos de araña.

Esperé insensiblemente lo que sucedería.

El guardián había entrado conmigo y me miraba bonachón; esto me llamó la atención, pero estaba demasiado abatido para comprender el significado de todo aquello.

«El resultado de la investigación», empezó a decir el escribano y riendo se subió a un sillón revolviendo durante mucho tiempo en el montón de libros en busca de los expedientes, «el resultado es que el tal Karl Zottmann en cuestión, tras un encuentro con la antigua prostituta Rosina Metzeles, que por aquel entonces era conocida como "Rosina la Pelirroja", liberada posteriormente por el sordomudo siluetista, actualmente bajo vigilancia policíaca, llamado Jaromir Kwássnitschka, del bar Kantsky y que desde hace unos meses vive en calidad de favorita en flagrante concubinato con Su Excelencia el Conde de Athenstädt, fue atraído antes de su muerte por una mano alevosa a un sótano subterráneo y aislado de la casa *conscripcionis* 21.873, bajo el número romano III de la calle Hahnpass, número actual 7, allí encerrado y abandonado a una muerte por hambre o por frío. — Pues, el arriba mencionado Zottmann» — explicó el escribano y, mirando por encima de las gafas, pasó por encima unas cuantas hojas del montón desordenado que llevaba en las manos.

«De la investigación ha resultado también que al arriba mencionado Karl Zottmann le robaron, según todas las apariencias — después de su muerte — todas las pertenencias que llevaba, en especial un reloj de oro de doble tapa, citado en el fascículo P romana, sección "Bäh"» — el escribano levantó el reloj por la cadena. «Por falta de verosimilitud no se ha podido dar crédito a la declaración jurada del siluetista Jaromir Kwássnitschka, hijo huérfano del hostiero del mismo nombre, muerto hace 17 años, según la que había encontrado el reloj en la cama de su hermano Loisa, actualmente en fuga, y que lo había entregado contra recibo de dinero a Aaron Wassertrum, el rico anticuario, entre tanto desaparecido.

»De la investigación ha resultado además que el cadáver del mencionado Karl Zottmann llevaba, en el momento de su

descubrimiento, en el bolsillo trasero de su pantalón, una agenda en la que había apuntado, posiblemente unos días antes de su muerte, varias notas que aclaran los hechos y que facilitan finalmente el arresto del verdadero culpable por las autoridades reales e imperiales.

»En consecuencia, la atención de la alta fiscalía real e imperial se dirige al hasta ahora altamente sospechoso, debido a las notas testamentarias de Zottmann, *Loisa* Kwássnitschka, actualmente fugitivo, y ordena el fin de la detención preventiva de Athanasius Pernath, tallador de piedras preciosas, hasta ahora sin antecedentes, y cesar todo proceso contra él.

Praga, Julio
firmado
Dr. Baron Von Leisetreter.»

El suelo tembló bajo mis pies y por un minuto perdí el conocimiento.

Cuando me desperté estaba sentado en una silla y el guardián me daba amables golpes en los hombros.

El escribano se había quedado completamente impasible, carraspeó, se sonó y me dijo:

«La lectura de esta disposición se ha retrasado hasta hoy porque comienza por una "P" y por orden alfabético, lógicamente, viene al final.» — Después siguió leyendo:

«Además, es necesario poner a Athanasius Pernath, tallador de piedras preciosas, en conocimiento de que, debido a la disposición testamental del estudiante de Medicina Innozenz Charousek, muerto en mayo, le corresponde un tercio de todas sus pertenencias como heredero.»

El escribano metió la pluma en el tintero mientras pronunciaba las últimas palabras y comenzó a garabatear.

Esperé que, como de costumbre, soltara su sonrisita, pero no lo hizo.

«Innozenz Charousek», murmuré repitiendo absorto sus palabras.

El guardián se inclinó sobre mí y me susurró al oído:

«Poco antes de su muerte estuvo conmigo el señor Charousek y se interesó por usted. Dijo que le saludara cariñosamente. Naturalmente yo no se lo pude decir entonces. — Por

cierto que el señor Charousek tuvo un horrible final. Se suicidó. Se le encontró caído de bruces sobre la tumba de Aaron Wassertrum. — Había cavado dos profundos hoyos en la tierra y se abrió las venas de las muñecas metiendo después los brazos en los agujeros. Así se descargó. Debía estar loco — el señor Char —.»

El escribano empujó ruidosamente la silla y me entregó la pluma para que firmara.

Después se irguió orgulloso y dijo exactamente en el tono de su noble superior:

«Guardián, saque a este hombre.»

Exactamente igual que hace mucho, mucho tiempo, el hombre del sable y de los calzoncillos de la puerta retiró el molinillo de café de su regazo; sólo que esta vez no me registró, sino que me devolvió mis piedras preciosas, mi monedero con sus diez florines, mi abrigo y todo lo demás.

Entonces me encontré en la calle.

«¡Miriam! ¡Miriam! ¡Qué próximo está nuestro encuentro!» — Ahogué un grito de salvaje alegría.

Debía ser media noche. La luna llena se escondía, sin brillo, como un plato de pálido latón, entre los vasos de bruma.

El asfalto estaba cubierto de una sólida capa de suciedad.

Llamé un carruaje que en la niebla parecía un destartalado monstruo antediluviano; se me había olvidado andar y me tambaleaba — sobre unas plantas insensibles, como un enfermo con la columna desviada.

«¡Cochero, lléveme tan deprisa como pueda a la calle Hahnnpassgasse, núm. 7! — ¿Me ha entendido? — Hahnpassgasse, núm. 7.»

El coche se detuvo al cabo de unos pocos metros.

«¿Hahnpassgasse, señor?»

«Sí, sí, pero de prisa.»

De nuevo caminó un trecho el carruaje.

«Por amor de Dios, ¿qué pasa?»

«¿Hahnpassgasse, señor?»

«Sí, sí. He dicho que sí.»

«No podemos entrar en coche en la Hahnpassgasse.»

«¿Por qué no?»

«Por todas partes está levantado el pavimento; dicen que van a hacer nuevas instalaciones de sanidad en el barrio judío.»

«Bueno, entonces lléveme hasta donde pueda. Pero dése prisa.»

El coche dio un salto encabritado y luego siguió traqueteando plácidamente.

Bajé las ventanillas y llené mis ansiosos pulmones con el aire de la noche.

Todo era tan extraño para mí; tan incomprensiblemente nuevo: ¡las casas, las calles, las tiendas cerradas!

Un perro blanco caminaba solo y taciturno por la mojada acera.

Le seguí con la vista. — ¡Qué extraño! ¡Un perro! Me había olvidado completamente de que existían esos animales. Lleno de alegría le grité como un niño: «Pero bueno, ¿cómo se puede estar de tan mal humor?».

¿Qué diría Hillel? — ¿Y Miriam?

Unos pocos minutos más y estaría en su casa. No dejaría de llamar a su puerta hasta que les sacara de la cama.

Ahora ya iba todo bien — ¡todos los sufrimientos de este año habían terminado!

¡Qué Navidades serían!

Este año no me las perdería durmiendo como la última vez.

Por un momento me volvió a paralizar el antiguo temor: me acordé de las palabras del preso con hocico de animal salvaje — su rostro quemado — el asesinato — pero, ¡no, no! Lo rechacé con fuerza: no, no, no podía, no podía ser. — ¡Miriam vivía! Yo había oído su voz por la boca de Laponder.

Un solo minuto más — medio minuto — — y entonces —.

El coche se detuvo ante un montón de ruinas. Por todas partes había barricadas de piedras del pavimento.

Sobre ellas ardían unas lámparas rojas.

Un ejército de trabajadores cavaba y paleaba bajo la luz de las antorchas.

Montones de escombros y ruinas cerraban el camino. Escalé por ellos, hundiéndome hasta las rodillas.

¡Ésta tenía que ser la Hahnpassgasse!

Intenté orientarme con gran esfuerzo. No había más que ruinas alrededor.

¡No era ésa la casa en la que yo había vivido!

Habían derrumbado la fachada.

Subí a un montón de tierra; debajo de mí había un estrecho camino amurallado, a lo largo del antiguo callejón. Levanté la vista: las casas desnudas colgaban como gigantescos paneles unos junto a otros en el aire, alumbrados en parte por la luz de las antorchas y en parte por la oscura luz de la luna.

Eso de ahí arriba debió ser mi habitación — la reconocí por la pintura de las paredes.

Ya sólo quedaban los restos.

Y pegado junto a ella el estudio de Savioli. — De repente sentí mi corazón vacío. ¡Qué extraño! ¡El estudio! — ¡Angelina! ¡Estaba todo tan lejos, tan inevitablemente lejos y detrás de mí!

Me volví. No quedaba ya una piedra sobre otra de lo que antes fue la casa de Wassertrum. Como si lo hubieran igualado todo a ras del suelo: la cambalachería, el sótano donde vivía Charousek — todo, todo.

«El hombre va por ahí como una sombra», recordé de repente una frase que en cierta ocasión había leído en cualquier parte.

Pregunté a un obrero si sabía dónde vivían ahora los que se habían alojado aquí y además si casualmente conocía al archivero Hillel.

«No hablo alemán», fue la respuesta.

Le di al hombre un gulden; al momento entendió el alemán, pero no me pudo informar.

Ni tampoco ninguno de sus camaradas.

Quizá podría enterarme de algo en Loisitschek.

Dijeron que el Loisitschek estaba cerrado, que iba a renovar la casa.

Entonces despertaría a alguien de la vecindad. — ¿No era posible?

«En estos alrededores no vive ni un gato», dijo el obrero. «Está absolutamente prohibido. A causa del tifus.»

«Pero el Alten Ungelt. Eso estará abierto ¿no?»

«Ungelt está cerrado.»

«¿Seguro?»

«Seguro.»

Dije al azar unos cuantos nombres de encubridores y traficantes de tabaco que habían vivido cerca; después los nombres de Zwakh, Prokop, Vrieslander — —.

Todas las veces negó con la cabeza.

«Quizá conozca a Jaromir Kwássnitschka.»

El obrero puso más atención.

«¿Jaromir? ¿Es sordomudo?»

Lancé gritos de alegría. ¡Gracias a Dios! Por lo menos un conocido.

«Sí. Es sordomudo. ¿Dónde vive?»

«¿Recorta dibujitos? ¿De papel negro?»

«Sí. Es él. ¿Dónde le puedo encontrar?»

El hombre me hizo la descripción más complicada posible de un café nocturno del centro de la ciudad y empezó inmediatamente a trabajar con la pala.

Durante más de una hora caminé por entre los montones de escombros, balanceándome sobre los maderos y gateando por debajo de las vigas atravesadas en la calle. Todo el barrio

judío se había convertido en un desierto pedregoso, como si lo hubiera destruido un terremoto.

Excitado y nervioso, cubierto de barro y con los zapatos destrozados, conseguí salir, por fin, del laberinto.

Un par de filas de casas más y me encontré delante de la taberna deseada.

Encima de la puerta colgaba un letrero donde se leía: «Café Caos».

Un local desierto y diminuto en el que apenas había sitio para un par de mesas pegadas a la pared.

En el centro, sobre una mesa de billar de tres patas, roncaba un camarero.

Una verdulera estaba sentada en un rincón con su cesto de verduras a un lado, inclinada sobre un vaso de ron.

Por fin el camarero se dignó levantarse y preguntarme qué quería. Por la mirada descarada con la que me observó de la cabeza a los pies, me di cuenta de lo desharrapado de mi aspecto.

Me miré en el espejo y me asusté: una cara desconocida, pálida y sin sangre, arrugada, gris como la masilla, con una barba hirsuta y un pelo largo y revuelto, me miraba fijamente.

Pregunté si había estado por allí el siluetista Jaromir, y pedí un café.

«No sé dónde se ha metido desde hace tiempo», respondió el camarero entre bostezos.

Se volvió a tumbar sobre la mesa de billar y siguió durmiendo.

Cogí de la pared el periódico *Prager Tageblatt* y — esperé —.

Las letras corrían como hormigas sobre las páginas y no comprendí ni una de las palabras que leí.

Las horas pasaron y detrás de los cristales se veía ya el profundo azul oscuro que anunciaba la llegada del amanecer en un local con luz de gas.

De vez en cuando aparecían unos guardias con sus brillantes plumas verdes y miraban al interior siguiendo después con su paso lento y pesado.

Entraron tres soldados con cara de trasnochadores.

Un barrendero tomó una copa.

Por fin, por fin: Jaromir.

Había cambiado tanto que al principio no le reconocí: había perdido los dientes delanteros, tenía los ojos apagados, el pelo ralo y unos profundos hoyos detrás de las orejas.

Estaba tan contento de encontrar, por fin, después de tanto tiempo, una cara conocida que salté hacia él y le di la mano.

Se comportó con extraordinaria timidez y miraba continuamente hacia la puerta. Intenté hacerle comprender con todos los gestos posibles que me alegraba de haberle encontrado. — Pero parecía no creerme.

De cualquier pregunta que le hiciera obtenía siempre el mismo gesto manual de incomprensión.

¿Cómo podía hacerme comprender? ¡Ya! ¡Una idea!

Pedí un lápiz y pinté, una detrás de otra, las caras de Zwakh, Vrieslander y Prokop.

«¿Qué? ¿Ya no está ninguno de ellos en Praga?»

Agitó con viveza sus manos por el aire e hizo el gesto de contar dinero, hizo caminar sus dedos sobre la mesa y se golpeó el dorso de la mano. Adiviné: seguramente los tres habían recibido dinero de Charousek e iban formando compañía comercial por el mundo tras haber ampliado el teatro de marionetas.

«¿Y Hillel? ¿Dónde vive ahora?» — Dibujé su cara, una casa y añadí una interrogación.

Jaromir no comprendió la interrogación, pues no sabía leer, pero entendió lo que yo quería — cogió una cerilla, la tiró, al parecer, al aire y la hizo desaparecer rápidamente, como un prestidigitador.

«¿Qué significa eso? ¿También Hillel se había ido de viaje?»

Dibujé el ayuntamiento judío.

El sordomudo negó con la cabeza.

«¿Entonces, Hillel ya no está allí?»

«No» (con la cabeza).

«¿Dónde está, entonces?»

De nuevo el juego de la cerilla.

«Quiere decir que este señor se ha ido y que nadie sabe

adónde», intervino doctoralmente el barrendero que nos había estado observando durante todo el tiempo con gran interés.

El corazón se me encogió del susto: ¡Hillel se ha ido! — Ahora estaba completamente solo en el mundo. — Los muebles de la habitación comenzaron a desaparecer de mi vista.

«¿Y Miriam?».

Mi mano temblaba de tal modo que no pude dibujar su cara de modo que se pareciese a ella.

«¿También ha desaparecido Miriam?»

«Sí. También desaparecida. Sin dejar rastro.»

Gemí en voz alta, corrí de un lado a otro de la habitación de tal modo que los tres soldados se miraron entre sí intrigados.

Jaromir intentó calmarme y se esforzó por transmitirme algo más, de lo que, al parecer, se había enterado: apoyó una cabeza sobre un brazo, como quien duerme.

Me sujeté a la mesa: «Por el amor de Dios, ¿se ha muerto Miriam?».

Movimiento negativo de cabeza. Jaromir volvió a apoyar su frente en el brazo.

Llegó el crepúsculo, se apagaron una tras otra las llamas y seguía sin poder entender lo que significaban sus gestos.

Me rendí. Recapacité.

Lo único que podía hacer era ir muy de mañana al ayuntamiento judío para pedir información sobre el paradero de Hillel y Miriam.

Tenía que encontrarlos —.

Estaba sentado en silencio al lado de Jaromir, sordo y mudo como él.

Cuando al cabo de un rato levanté la mirada vi que estaba recortando con su tijera una silueta.

Reconocí el perfil de Rosina. Me alargó el papel por encima de la mesa, se tapó los ojos con la mano y — lloró en silencio.

De repente se levantó y se fue tambaleando hacia la puerta sin hacer un solo gesto de saludo.

En el ayuntamiento judío me dijeron que el archivero Hillel había dejado de ir un día sin motivo y que no había vuelto nunca más; en cualquier caso se había llevado,

desde luego, a su hija, pues desde aquel momento tampoco a ella nadie la había visto. Eso fue todo lo que pude saber.

No había ni una sola pista de hacia dónde podrían haberse dirigido.

En el banco me dijeron que mi dinero seguía confiscado por orden judicial, pero que en cualquier momento se esperaba el permiso para pagarme.

Así que también la herencia de Charousek debía seguir el camino oficial, mientras yo esperaba con ardiente impaciencia el dinero para ofrecerlo y gastarlo todo en buscar y seguir las huellas de Hillel y Miriam.

Había vendido las piedras preciosas que seguía llevando en el bolsillo y alquilado dos pequeñas buhardillas amuebladas que se comunicaban entre sí en la calleja de la Vieja Escuela — la única calle que había respetado el saneamiento del barrio judío.

Extraña casualidad: era la misma casa bien conocida en la que, según decía la leyenda, había desaparecido el Golem hacía tiempo.

A los habitantes de la casa que, en su mayoría, eran comerciantes y obreros — les había preguntado si había algo de cierto en ese rumor de la «habitación sin entrada», y todos se rieron de mí. — ¿Cómo podía creer en una locura y un absurdo semejante?

Mis propias experiencias y aventuras referentes a ello habían adquirido en la cárcel la palidez de un sueño apagado desde hacía mucho tiempo y ya sólo veía en ello símbolos sin vida, sin sangre — por lo que lo borré del libro de mis pensamientos.

Las palabras de Laponder, que a veces oía tan claramente dentro de mí, igual que si estuviese sentado allí delante, como entonces en la celda, me afirmaban en la idea de que debió de ser algo puramente interno lo que antes me había parecido una realidad tangible.

¿Acaso no había desaparecido y terminado todo lo que antes había poseído? El libro *Ibbur*, las cartas de tarots, An-

gelina e incluso mis viejos amigos Zwakh, Vrieslander y Prokop.

Era Nochebuena y había llevado a casa un árbol pequeño con velas rojas. Quería ser joven otra vez y tener a mi alrededor el brillo de las luces y el olor de los abetos y la cera ardiente.

Quizás antes de que se acabase el año estuviera ya de camino, buscando en las ciudades y los pueblos, o donde quiera que el instinto me dirigiese hacia Hillel y Miriam.

Toda impaciencia, toda espera y todo miedo de que hubiesen podido asesinar a Miriam se había ido apagando poco a poco y mi corazón sabía que los encontraría.

Había en mí una continua sonrisa de felicidad y cada vez que ponía mi mano sobre algo me daba la sensación de que de aquello surgiría una especie de salvación. De un modo extraño, estaba lleno del bienestar y la dicha del hombre que vuelve tras una larga ausencia y desde lejos ve las torres de su ciudad natal.

Volví una vez más al viejo café para invitar a Jaromir a que pasara la Navidad conmigo. — Me enteré de que no había vuelto nunca más por allí y ya pensaba irme entristecido cuando entró un viejo buhonero ofreciendo a la venta pequeñas antigüedades sin valor.

Revolví en su caja y entre todas las baratijas, pequeños crucifijos, peinetas y broches, cayó en mi mano un corazón de piedra roja colgado de una gastada cinta de seda y, lleno de asombro, lo reconocí como el recuerdo que Angelina me había dado, cuando todavía era una niña, junto a la fuente del parque de su castillo.

De golpe vi ante mí toda mi juventud, como si estuviese mirando por una cámara oscura un dibujo pintado por una mano infantil.

Me quedé allí mucho, mucho rato, emocionado, mirando el pequeño corazón rojo.

Estaba sentado en mi buhardilla escuchando el chisporroteo del abeto, mientras, de vez en cuando se quemaba una pequeña rama bajo las velas de cera.

«Quizás esté el viejo Zwakh representando en este momento en alguna parte del mundo su "Noche de Marionetas"», imaginé y declamé con voz misteriosa la estrofa de Oscar Wiener, su poeta preferido:

¿Dónde está el corazón de piedra roja?
Cuelga de una cinta de seda.
Oh tú, no entregues el corazón;
¡Yo le he sido fiel y lo he amado,
he servido siete duros años
por este corazón, y lo he amado!

De repente sentí una extraña sensación de solemnidad.

Las velas habían ardido hasta el final. Sólo una llameaba trémula aún. El humo se apelotonaba en la habitación.

Como si una mano tirase de mí me volví: *en el umbral estaba mi propia imagen. Mi doble.* Envuelto en un abrigo de color blanco. Con una corona sobre la cabeza.

Sólo un momento.

Entonces las llamas irrumpieron a través de la madera de la puerta y una nube de humo asfixiante y caliente inundó la habitación.

¡Un incendio en la casa! ¡Fuego! ¡Fuego!

Abro la ventana. Escalo hasta el tejado.

Desde lejos suenan ya las estridentes campanas de los bomberos.

Cascos brillantes y cortantes voces de mando.

Después la respiración espectral, rítmica de las bombas que se acurrucan, igual que los demonios del agua lo hacen para saltar sobre un mortal enemigo: el fuego.

Los cristales saltan y rojas llamaradas surgen por todas las ventanas.

Se arrojan colchones, toda la calle está llena de ellos, los hombres saltan después y se los llevan heridos.

Pero en mí hay algo que brota con un frenético y exultante éxtasis; ¡no sé por qué! Los cabellos se me erizan.

Corro hacia la chimenea para no abrasarme, pero las llamas me buscan.

Atada a ella, la cuerda de un deshollinador.

La desenredo y me la enrollo en los tobillos y las muñecas, tal como aprendí de niño en clase de gimnasia, y bajo tranquilamente por la fachada de la casa.

Paso ante mi ventana. Miro hacia dentro.

Dentro está todo iluminado.

Y entonces veo — — entonces veo — — todo mi cuerpo se convierte en un resonante grito de alegría:

«¡Hillel! ¡Miriam! ¡Hillel!»

Quiero saltar a los barrotes.

Extiendo mi mano hacia ella. Dejo de sujetarme a la cuerda.

Por un momento cuelgo *con la cabeza hacia abajo y las piernas cruzadas, entre el cielo y la tierra.*

La cuerda canta por la tensión.

Las hebras se estiran con un crujido.

Caigo.

Pierdo el conocimiento.

Al caer me agarro al borde de la ventana, pero resbalo. No ofrece sostén:

La piedra es lisa.

Lisa como un pedazo de grasa.

«¡— — — como un pedazo de grasa!»

Esta es la piedra que parece un pedazo de grasa.

Todavía me resuenan las palabras en los oídos. Después me levanto y tengo que esforzarme por recordar dónde estoy.

Acostado en la cama del hotel donde vivo.

No me llamo Pernath.

¿No ha sido todo más que un sueño?

¡No! Así no se sueña.

Miro el reloj: apenas he dormido una hora. Son las dos y media.

Y ahí está colgado ese extraño sombrero que hoy, al confundirme, he traído de la catedral del Hradschin, cuando he estado sentado en un banco durante la misa mayor.

¿Hay algún nombre en él?

Lo cojo y leo, escrito con letras doradas sobre el suave y blanco forro de seda, ese extraño y sin embargo tan conocido nombre:

ATHANASIUS PERNATH

Ahora ya no estoy tranquilo; me visto apresuradamente y bajo corriendo las escaleras.

«¡Portero! ¡Abrame! Voy a salir una hora más de paseo.»

«¿Adónde, por favor?»

«Al barrio judío. A la Hahnpassgasse. Porque hay una calle que se llama así, ¿no?»

«Claro, claro», sonrió el portero maliciosamente. «Pero le advierto que en el barrio judío ya no hay nada interesante. Todo está reconstruido y nuevo.»

«No importa. ¿Dónde está la Hahnpassgasse?»

El grueso dedo del portero señala un punto en el plano: «Aquí, mire».

«¿Y la taberna Zum Loisitschek?»

«Aquí, señor.»

«Déme un trozo grande de papel.»

«Tenga, señor.»

Envuelvo en él el sombrero de Pernath. Es curioso, está casi nuevo, inmaculadamente limpio y sin embargo tan quebradizo como si fuese antiquísimo.

Por el camino voy pensando.

Todo lo que ha vivido este Athanasius Pernath, lo he vivido yo con él en el sueño, en *una* noche lo he visto, oído y sentido, a la vez como si hubiera sido *él*. Pero, ¿por qué no sé lo que vio él tras las ventanas en el momento en que, al desprenderse de la cuerda, gritó: ¡Hillel! ¡Hillel!?

Comprendo, en ese momento se separó él de mí.

Tengo que encontrar a ese Athanasius Pernath, aunque tenga que dar vueltas y más vueltas durante tres días y tres noches. Me lo propongo.—

Entonces, ¿ésta es la calle Hahnpass?

¡Ni se aproximaba a la que yo había visto en mi sueño!

Sólo casas nuevas.

Un minuto más tarde me encuentro sentado en el café Loisitschek. Un local sin estilo propio, bastante limpio.

Pero al fondo había un estrado con una barandilla de madera; no se puede negar una cierta semejanza con el viejo Loisitschek de mis sueños.

«¿Qué desea, por favor?», me pregunta la camarera, una guapa muchacha, literalmente enguantada en una chaqueta de frac de terciopelo rojo.

«Coñac, señorita. — Así, gracias. — Hum, ¿señorita? —.»

«Sí, ¡dígame!»

«¿A quién pertenece este café?»

«Al señor consejero comercial Loisitschek. — Toda la casa es suya. Un señor muy elegante y rico.»

¡Ajá! ¡El señor con los dientes de jabalí en la cadena del reloj!, recordé.

Se me ocurre una buena idea, que me orientará:

«¡Señorita!»

«Dígame.»

«¿Hay aquí, entre los clientes, alguien que todavía recuerde cómo era antiguamente el barrio judío? Soy escritor y me interesa mucho.»

La camarera piensa un momento: «¿Entre los clientes? No. — Pero, espere usted un momento: el apuntador de billar que está ahí jugando con un estudiante, ¿lo ve usted? — ése con la nariz encorvada, el viejo — ése siempre ha vivido aquí y se lo podrá contar a usted todo. ¿Quiere que le llame cuando acabe?».

Seguí la mirada de la muchacha.

Un hombre viejo, delgado y con el pelo cano estaba apoyado junto al espejo y untaba con una tiza el taco. Una cara desolada, pero sin embargo extrañamente distinguida. ¿Qué me recuerda?

«Señorita, ¿cómo se llama el apuntador?»

La camarera, de pie, apoya el codo sobre la mesa, mordisqueando un lapicero, y escribe a la velocidad del viento su nombre mil veces sobre la placa de mármol, borrando cada vez con sus dedos húmedos. Entretanto, me va lanzando miradas más o menos ardientes — cuando lo consigue. Levanta, simultáneamente las pestañas pues ello aumenta inevitablemente la fascinación de su mirada.

«Señorita, ¿cómo se llama el apuntador?», repito mi pregunta. Me doy cuenta de que ella hubiera preferido oír: Señorita, ¿por qué no lleva usted sólo el frac? o algo así. Pero yo no se lo pregunto. Mi sueño me tiene demasiado obsesionado.

«¿Cómo se va a llamar?», dice ella gruñendo, «pues, Ferri, Ferri Athenstädt.»

¿Ah, sí? ¡Ferri Athenstädt! — Bueno, de nuevo un viejo conocido.

«Cuénteme muchas, muchas cosas de él, señorita», digo reteniéndola pero siento a la vez que necesito fortalecerme con otro coñac. «¡Habla usted de una manera tan encantadora!» (Siento repugnancia de mí mismo.)

Ella se inclina misteriosamente hacia mí para que sus cabellos me cosquilleen la cara y susurra:

«El Ferri ése era antes todo un tipo. — Dicen que pertenece a la más antigua nobleza — pero naturalmente no son más que habladurías, sólo porque no lleva barba — y que debió de tener una enorme cantidad de dinero. Pero una judía pelirroja, que ya desde muy joven debió ser todo un "personaje"» — escribió de nuevo rápidamente un par de veces su nombre — «se lo llevó todo. El dinero, claro. Bueno, y luego, cuando él se quedó sin un céntimo, ella se fue y se casó con un señor muy importante: con el — —», — me susurra al oído un nombre que no llego a entender. — «Este caballero tuvo que renunciar naturalmente a todos sus honores y títulos y, desde entonces, ya sólo pudo llamarse el caballero de Dämmerich. Bueno, además, él nunca pudo borrar lo que había sido antes. Yo siempre lo digo — —.»

«¡Fritzi, la cuenta!», grita alguien desde el estrado.

Paseo mi mirada por el local y de repente oigo a mis espaldas un suave canto metálico, como el de un grillo.

Me vuelvo curioso. No creo en mis ojos:

Con la cara vuelta hacia la pared, viejo como Matusalem, con una caja de música tan pequeña como una cajetilla de cigarrillos entre sus manos temblorosas y esqueléticas, sentado y totalmente encogido, veo al *viejo ciego Nephtalí Schaffranek* en un rincón, dando vueltas al minúsculo manubrio.

Me acerco a él.

Canta susurrando confusamente para sí:

Señora Pick.

Señora Hock.

y estrellas rojas y azules

y charlan continuamente

de — — — — —

«¿Sabe usted cómo se llama ese anciano?», le pregunto a un camarero al pasar.

«No, señor, nadie le conoce, ni a él, ni su nombre. El mismo lo ha olvidado. Está completamente solo en el mundo. ¡Tiene 110 años! Todas las noches le damos un café por caridad.»

Me inclino sobre el anciano — y le digo una palabra al oído:

«¡Schaffranek!»

Se contrae como atravesado por un rayo. Murmura algo y se pasa la mano por la frente.

«¿Me entiende usted, señor Schaffranek?»

Asiente.

«¡Atienda un momento, por favor! Quisiera preguntarle algo ocurrido hace mucho tiempo. Si contesta correctamente a todo le daré este gulden que está aquí sobre la mesa.»

«Gulden», repite el anciano y empieza inmediatamente a tocar como un loco su rechinante caja de música.

Le cojo la mano: «¡Piense un momento! ¿No conoció hace unos treinta y tres años a un *tallador de piedras preciosas llamado Pernath*?».

«¡Hadrbolletz! ¡Pantalonero!», balbucea asmático y se echa a reír como si le hubiera contado un magnífico chiste.

«No, no Hadrbolletz: — — *¡Pernath!*»

«¿Pereles?», y literalmente lanzó gritos de alegría.

«No, tampoco es Pereles — *¡Per — nath!*»

«¿Pascheles?», cacareó de alegría.

Desilusionado, abandono mi intento.

«¿Quería hablar conmigo, señor?», el apuntador Ferri Athenstädt está ante mí y se inclina con frialdad.

«Sí, exacto. — Mientras tanto podemos jugar una partida de billar.»

«¿Juega con dinero, señor? Le doy noventa a cien de ventaja.»

«Está bien: vamos a un gulden. Mejor empiece usted, apuntador.»

Su excelencia coge el taco, apunta, falla y pone cara de mal humor. Ya sé de qué va: me deja llegar hasta noventa y nueve y después con *una sola* jugada acaba la serie.

Cada vez me siento más curioso. Voy directo a mi asunto.

«Intente recordar, señor apuntador: hace muchos años, aproximadamente en la época en que se hundió el puente de piedra, debió haber conocido en el barrio judío de entonces a *un cierto Athanasius Pernath*.»

Un hombre con una chaqueta de tela de rayas rojas y

blancas, bizco, con unos pequeños pendientes de oro, que está sentado en el banco junto a la pared, levanta la mirada del periódico que está leyendo, me mira asombrado y se persigna.

«¿Pernath? ¿Pernath?», repite el apuntador y se esfuerza por recordar. «¿Pernath? ¿No era alto y delgado? ¿De pelo castaño con una barba canosa?»

«Sí. Exacto.»

«¿Qué tendría entonces? Unos 40 años. Parecía —.»

Su excelencia me mira asombrado de repente, con gran fijeza — —

«¿Es usted pariente suyo, señor?»

El bizco se persigna.

«¿Yo? ¿Un pariente? ¡Qué idea más extraña! — No. Sólo me intereso por él. ¿Sabe usted algo más?», digo con serenidad, pero siento que se me hiela el corazón.

Ferri Athenstädt vuelve a recapacitar.

«Si no me equivoco, era considerado en su época como un loco. — En cierta ocasión afirmó que se llamaba — — espere — sí, Laponder. Y después se hizo pasar por un tal Charousek.»

«Ni una palabra de ésas es cierta», interrumpe de repente el bizco. «*Charousek* existió de verdad. Mi padre heredó de él unos cuantos miles de gulden.»

«¿Quién es este hombre?», preguntó entonces al apuntador a media voz.

«Es barquero y se llama Tschamrda. — En cuanto a Pernath, sólo me acuerdo, al menos así creo — de que unos años más tarde se casó con una bella judía, morena.»

«¡Miriam!», me digo y me excito de tal modo que las manos me tiemblan y no puedo seguir fingiendo.

El barquero se persigna.

«Bueno, ¿qué le pasa a usted hoy, señor Tschamrda?», pregunta el apuntador asustado.

«¡Ese Pernath no vivió jamás!», exclamó el bizco. «No lo creo.»

De inmediato le sirvo una copa de coñac al hombre para que se haga más locuaz.

«Claro que hay gente que dice que ese Pernath vive to-

davía», soltó por fin el barquero. «Es, según he oído, tallador de piedras y vive en el Hradschin.»

«¿Dónde, en el Hradschin?»

El barquero se persigna:

«Así es precisamente, vive donde ningún hombre vivo puede habitar, *¡junto a la muralla del último farol!*»

«¿Conoce usted su casa — señor — señor — Tschamrda?»

«¡Por nada del mundo quisiera subir allí!», protestó el bizco. «¿Quién se cree usted que soy yo? ¡Jesús, María y José!»

«Pero por lo menos sí me podrá enseñar desde lejos el camino, ¿no, señor Tschamrda?»

«Eso sí», gruñó. «Si quiere esperar hasta las seis de la mañana, entonces bajaré hasta el Moldavia. Pero, ¡no se lo aconsejo! ¡Se caerá a la fosa de los ciervos, se romperá el cuello y todos los huesos! ¡Santa Madre de Dios!»

Vamos juntos por la mañana; desde el río nos llega un viento fresco. Lleno de impaciencia, apenas siento el suelo bajo mis pies.

De repente aparece ante mí la casa en la calle de la Vieja Escuela.

Reconozco cada una de las ventanas: el curvo canalón, la reja, el borde de la ventana de piedra, brillante, como grasienta — ¡todo, todo!

«¿Cuándo se quemó esta casa?», le pregunto al bizco. Estoy tan excitado que me zumban los oídos.

«¿Quemado? ¡Nunca!»

«¡Claro, lo sé con seguridad!»

«No.»

«Pero, ¡si yo lo sé! ¿Quiere usted apostar?»

«¿Cuánto?»

«Un gulden.»

«¡Hecho!» — y Tschamrda va a buscar al portero. «¿Se ha quemado alguna vez esta casa?»

«¿De dónde saca eso?», se ríe el hombre.

Sigo sin creerlo.

«Hace ya setenta años que vivo en esta casa», aseveró el portero, «por lo tanto tengo que saberlo muy bien.»

— — — ¡Curioso, curioso! — — —

El barquero me lleva en su barca que consta de ocho tablas sin cepillar, con unos golpes de remo furiosos y torcidos, al otro lado del Moldavia. Las aguas amarillas espumean contra la madera. Los tejados del Hradschin brillan rojos a la luz del sol del amanecer.

Se apodera de mí una incomprensible sensación de solemnidad. Una sensación que alborea suavemente como de una existencia anterior, como si todo el mundo a mi alrededor estuviera encantado — una experiencia como de sueño, como si viviera en varios sitios a la vez.

Bajo.

«¿Cuánto le debo, señor Tschamrda?»

«Un crucero. Si no me hubiera ayudado a remar — le hubiera costado dos cruceros.»

Ahora comienzo a ascender por el mismo camino que he subido ya una vez esta noche en mi sueño: la pequeña y solitaria escalera del castillo. Me golpea el corazón y sé porqué: ahora llego junto al árbol deshojado, cuyas ramas caen por encima de la muralla.

No: está cubierto de flores blancas.

El aire está lleno de un dulce olor a lilas.

A mis pies yace la ciudad, envuelta en las primeras luces, como una visión de la tierra de promisión.

Ni un ruido. Sólo aromas y luces.

Podía llegar con los ojos cerrados hasta la pequeña y curiosa calle de los Alquimistas, así de familiar y conocido me es de repente cada paso.

Pero allí, donde esta noche estaba la barandilla de madera de la casa blanca, ahora hay en la calleja unas soberbias rejas doradas y pansudas.

Dos cipreses se elevan sobre los arbustos florecidos y flanquean la puerta de entrada de la muralla que corre por detrás de la reja y a lo largo de ella.

Me estiro para mirar por encima de los arbustos y su nuevo esplendor me asombra:

Toda la muralla del jardín está cubierta de mosaicos. Azul turquesa con frescos dorados curiosamente aconchados que representan el culto del dios egipcio Osiris.

La puerta es el mismo Dios: un hermafrodita compuesto de dos mitades formadas por las dos hojas de la puerta: la derecha femenina, la izquierda masculina. — Está sentado sobre un valioso trono de madreperla — en forma de medio arco — y su dorada cabeza es la de un conejo. Las orejas están hacia arriba y muy pegadas una a otra de forma que parecen las dos páginas de un libro abierto.

Huele a rocío y sobre la muralla llega hasta mí un suave aroma a jacintos. —

Permanezco asombrado, como petrificado durante mucho rato. Me siento como si ante mí surgiera un mundo desconocido, y un viejo jardinero o criado con una chaqueta de corte extraño, chorreras y zapatos con hebillas de plata, se acerca por la izquierda hacia mí y me pregunta por entre los barrotes qué deseo.

Le entrego, sin una palabra, el sombrero envuelto de Athanasius Pernath.

Lo coge y cruza la puerta.

Al abrirse veo dentro una casa de mármol, como un templo, y en sus escaleras a

ATHANASIUS PERNATH

y apoyada en él a

MIRIAM

y ambos miran hacia abajo, a la ciudad.

Miriam se vuelve por un momento, me ve, sonríe y susurra algo a Athanasius Pernath.

Estoy fascinado por su belleza.

Está tan joven como la he visto en el sueño.

Athanasius Pernath se vuelve lentamente hacia mí y mi corazón se detiene:

Me siento como si me viera en un espejo, tan parecido es su rostro al mío.

Se cierra la puerta y sólo puedo ver al brillante hermafrodita.

El viejo criado me entrega mi sombrero y me dice — siento su voz como si surgiera de las profundidades de la tierra —:

«El señor Athanasius Pernath le da muchísimas gracias y le ruega que no le considere inhospitalario por no invitarle a entrar en el jardín. Pero ésta es una severa norma de la casa desde tiempos muy lejanos.

Me encarga que le haga saber que él no se ha puesto su sombrero, puesto que al momento se dio cuenta del cambio.

Solamente espera que el suyo no le haya causado muchos dolores de cabeza.»

¿Qué es el Golem? ¿Un fantasma? ¿Un monstruo legendario? ¿O su propio doble, querido lector? Ese otro yo fantasmal y monstruoso que usted oculta, pero que está ahí, en su inconsciente, en sus sueños...

El Golem, escrito por **Gustav Meyrink** en 1915, es ya hoy en día un clásico de la literatura fantástica. Esta extraordinaria creación cabalística pasó a ser con el tiempo, al igual que otras importantes novelas de este género, más una imagen cinematográfica que una obra literaria. No obstante, **El Golem** sigue siendo una de las grandes obras de nuestro siglo, su autor, una figura destacada en la ilustre galería de los célebres malditos, y este personaje –o esta sombra– al que Meyrink dio vida en el ghetto judío de Praga aún puede, ahora, de pronto, al doblar una esquina, aparecérsele en cualquier momento, en cualquier parte del mundo.

PVP 8,95 €

ISBN 978-84-7223-834-3

9 788472 238343